

[DE FIDE.]

ADVERTENCIA SOBRE LOS LIBROS DE LA FE.

Cuando Auxencio, apoyado por el emperador arriano Constancio, ocupó por la fuerza la Iglesia de Milán tras la expulsión del santo prelado Dionisio, y la desgarró y deformó con todo tipo de crímenes, no cabe duda de que Ambrosio, tan pronto fue elegido para sucederle, no tuvo nada más urgente que reparar las ruinas infligidas bajo la tiránica dominación arriana. A estos piadosos esfuerzos aspiró el favor divino. Pues aunque fue trasladado de dignidades seculares al episcopado, inmediatamente suscitó tal admiración que todos lo veían como un maestro y oráculo de la verdad.

Movido por esto, el César Graciano, cuando estaba a punto de partir hacia Oriente para ayudar a su tío Valente en la guerra contra los godos, le pidió un comentario que afirmara la divinidad de Cristo (Lib. I de Fide, prólogo; lib. III, cap. 1, num. 1), para que con él se protegiera contra la peste arriana que se extendía ferozmente en esas provincias como un antídoto presente. Ambrosio, alabando la fe del emperador (Lib. I, prólogo, num. 4), confesó que con más gusto habría escrito una exhortación a la fe que una disputa sobre la fe, pero quiso obedecer su voluntad de tal manera que argumentó brevemente y con la autoridad de los Concilios (Ibid., num. 5), especialmente del de Nicea.

En la obra, distribuida en dos libros, desde el principio expone la diferencia entre la fe católica y la perfidia arriana (Lib. I, cap. 1, num. 6 y ss.). Allí también afirma la unidad de naturaleza en Dios (Ibid., num. 8 y ss.), así como la trinidad de personas, de donde prueba que Cristo es el Hijo de Dios y que se le debe adoración como verdadero Dios (Cap. 2, num. 13), ya que está dotado de atributos divinos (Ibid., num. 14, 15) y en la Escritura se le designa con cuatro nombres de divinidad (Num. 16 y ss.). Luego, a partir de Isaías y Jeremías, enseña (Cap. 3, 4) que esto es lo que proclama la naturaleza común. Inmediatamente, al exponer los principales capítulos del error arriano, a saber, aquellos en los que se proclamaba que el Hijo era diferente del Padre, que había comenzado en el tiempo y que había sido creado (Cap. 5), mientras que, por el contrario, se negaba que fuera bueno, omnipotente, verdadero Hijo de Dios y uno con el Padre en divinidad, aborda y refuta cada uno de estos puntos en estos dos libros. Por lo tanto, después de advertir (Cap. 6) que de los líderes de la facción arriana, a quienes sabía que no ignoraban que estaban en desacuerdo entre sí, no atacaría a ninguno en particular, sino a todos en general bajo el nombre de herejes; demuestra que el Hijo es en todo semejante al Padre (Cap. 7), y coeterno con él (Cap. 8 y ss.), y por lo tanto ni hecho (Cap. 14 y ss.) ni creado. De donde concluye que se debe suscribir a la definición de los Padres de Nicea, que también fue aprobada por la primera y tercera confesión de los de Rímmini (Cap. 18, 19). Finalmente, ora a Dios (Cap. 10, num. 122) para que infunda en sus lectores, y especialmente en el emperador, la mente que prefiera nada al sagrado depósito de la fe (Ibid., num. 136).

En el libro II, después de exponer los doce títulos con los que la Escritura designa al Hijo de Dios (Lib. II, prólogo), prosigue la lucha contra los arrianos. Enseña (Cap. 1 y ss.) cuán grande es la impiedad de negar su bondad. Luego prueba que, aunque enviado por el Padre, a quien llamaba mayor, y sujeto a él, sin embargo, era completamente libre (Cap. 4 y ss.). A esto añade que, vencido por su infinita bondad, había asumido aquellas debilidades y miserias (Cap. 7), debiendo ellos ser llevados a una mejor comprensión: si no, deberían temerle como juez, cuya sentencia infundirá tanta desesperación en los herejes como confianza en los católicos (Cap. 11 y ss.). Después de esto, dirigiéndose a Graciano (Cap. 15), dice que estos libros fueron escritos por él brevemente y sin pulir; sin embargo, serán suficientes para todos

aquellos que busquen sinceramente la verdad. Finalmente, promete al Augusto una victoria segura y pide a Dios el triunfo debido a su fe (Cap. 16).

Ambrosio envió estos dos libros a Graciano, que se preparaba para viajar a Oriente. Sin embargo, el César los aprobó tanto que, al regresar a su patria, rogó por carta (Epist. ad Ambros.) al santo Prelado que se los enviara de nuevo, y que añadiera a ellos una disertación sobre la divinidad del Espíritu Santo. Sin embargo, esta misma obra no había recibido mayor aprobación de los católicos que ofensa de los herejes, quienes con todos los medios intentaron desprestigiarla. Sin embargo, no pudieron encontrar nada que reprocharle, excepto que decían que había afectado deliberadamente una excesiva brevedad (Lib. III, cap. 1, num. 2), para así eludir la necesidad de responder a sus argumentos con soluciones más fuertes. Ambrosio quiso cerrar el camino a tales acusaciones, que aunque injustas, podían sin embargo mover a los más débiles. Por lo tanto, habiendo pedido al emperador permiso para diferir la elaboración sobre el Espíritu Santo (Epist. ad Gratian., y lib. V, cap. 2, num. 34 y ss.), compuso otros tres libros para obligar a los arrianos al silencio.

En el primero de estos, después de refutar inmediatamente algunas quejas de los adversarios (Lib. III, cap. 1), enseña que la fuente del error arriano (Cap. 2) es que atribuyen a la divinidad de Cristo, que no puede negarse como creador y altísimo, lo que solo corresponde a su humanidad, por la cual se le llama redentor y hecho con justicia: con este único fundamento establecido, todas sus maquinaciones se desmoronan, y ellos mismos no pueden imponer en vano que en las sagradas páginas se afirme que el Padre es el único poderoso y el único que tiene inmortalidad (Ibid., n. 11 y ss.); mientras que el Hijo es hecho y creado (Cap. 4 y ss.). Luego (Cap. 7 y ss.) muestra que el mismo Hijo es verdadero Dios como el Padre, ya que tienen un solo reino (Cap. 12), una sola majestad (Cap. 13), una sola gloria. Añade que, como no pueden negar que la voz de la sustancia (Cap. 14) no es usada en las Escrituras, se debe proclamar que es consustancial al Padre con el sínodo de Nicea, condenada la impiedad de Rímmini (Cap. 16). Finalmente, otros testimonios de la divinidad del Hijo, junto con las soluciones a los que se les oponían, concluyen el libro (Ibid. y cap. ss.).

En el siguiente, aunque pronuncia que es sorprendente (Lib. IV, cap. 1, 2) que los hombres abroguen la fe de las Escrituras, no niega que los mismos hayan estado dudosos sobre la divinidad de Cristo; ya que en su ascensión los mismos ángeles profesaron su duda al respecto. Luego, al pasar a las objeciones de los herejes, explica en qué sentido deben entenderse las palabras que ellos objetaban: la cabeza de Cristo es Dios (Cap. 3); así como aquellas otras: El Hijo no puede hacer nada por sí mismo (Cap. 4). Luego, demostrando que todo es verdaderamente posible para él (Cap. 5 y ss.), muestra claramente que no es imperfecto porque no puede engendrar (Cap. 8), ni temporal porque es engendrado (Cap. 9). Finalmente, después de resolver la dificultad tomada de la misión y glorificación del Hijo (Cap. 10, num. 130 y ss.), refuta algunas otras objeciones (Cap. 11, 12).

El último libro, comenzado con un breve prólogo, primero revela las causas de la escritura de estos cinco libros y lo que se espera de los lectores (Lib. V, prólogo, num. 8 y ss.). Inmediatamente se repiten las objeciones, y se enseña extensamente cómo el pasaje: Para que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, no perjudica a Cristo (Cap. 1 y ss.). Otro pasaje: Adoramos lo que sabemos, se trata un poco más brevemente (Cap. 4); pero en lo que se lee dicho por el Señor: Sentarse a la derecha, etc., nuestro Doctor es prolijo (Cap. 5 y ss.). Luego se acerca a aquellas palabras: Los has amado como a mí; donde nuevamente discute brevemente sobre la misión del Señor (Cap. 7). Después de discutir esto, explica en qué sentido Cristo llamó al Padre Señor (Cap. 8); y con esa ocasión prueba que todas las herejías se extinguen con este único versículo de David: Dijo el Señor a mi Señor, etc. Después de

esto, después de mostrar (Cap. 9) cuán inútiles son los esfuerzos de los herejes para eludir las palabras del bautismo, demuestra que el texto: El que cree en mí, no cree en mí, etc., no favorece en absoluto la abrogación de la divinidad de Cristo, que allí mismo confirma con varios argumentos (Cap. 11). Finalmente, después de aclarar cualquier dificultad que pudiera haber en la sentencia: Cuando entregue el reino a Dios, etc., así como en esta otra: Del día y la hora nadie sabe, etc., profesa su fe (Cap. 12, 19); y también se lanza contra la soberbia de Arrio, que se arrogaba el conocimiento de los secretos divinos, que ni siquiera a Moisés o Pablo fueron revelados, declarando expresamente que ese impío era más arrogante que el mismo Lucifer.

Estos libros son citados por muchos autores (Magist. Sent., Gratian. D. Thom.) bajo el título de *De Trinitate*, que también se lee en no pocos manuscritos. Sin embargo, es cierto que Ambrosio los tituló comúnmente *De Fide*; pues no solo son alabados así por el Papa León (Epist. ad Leon. imp.) y otros, sino que también son mencionados frecuentemente por el mismo Ambrosio con este mismo nombre (Epist. ad Gratian., lib. I, de Fide, prólogo, n. 4). Aunque frecuentemente en ellos se impugnan a Maniqueo, Sabelio, Fotino y otros líderes de las antiguas herejías (Lib. I, cap. 1, 6; lib. II, cap. 5, 9; lib. IV, cap. 3; lib. V, cap. 8), sin embargo, es claro que fueron principalmente editados contra los comentarios de los seguidores del puro arrianismo, como lo demuestran las objeciones mencionadas anteriormente y toda la obra.

De lo que hemos observado hasta ahora, queda claro que los dos primeros libros fueron elaborados en el tiempo en que Graciano preparaba una expedición contra los godos, que presionaban a Valente, es decir, a finales del año 377 o principios de 378. En cuanto a los tres posteriores, dado que no hay duda de que fueron compuestos solo después de que el mismo emperador regresara a Occidente, cualquiera puede entender que deben ser atribuidos al año 379. Sin embargo, aunque fueron escritos en diferentes tiempos, se unieron fácilmente en un solo cuerpo tanto por la unidad del argumento como por el consejo del mismo autor, que no solo lo declaró con la disposición de la obra, sino también con la frecuente cita de los primeros en los posteriores (Lib. III, cap. 12, num. 93, c. 13; n. 103; lib. IV, cap. 1 y ss.). Además, no es más evidente que él distribuyó toda la disertación en cinco libros, que la división de estos libros en capítulos no es suya. Esto lo prueban tanto los manuscritos más antiguos, en los que cada libro se presenta en un discurso continuo, como los códices más recientes y las ediciones, donde los resúmenes de los capítulos están tan inadecuadamente y en lugares tan ajenos que no solo fue necesario sustituirlos por nuevos, como hemos hecho en toda esta obra, sino que también fue necesario distinguir el mismo discurso de manera diferente, lo que rara vez ocurre en otros lugares, aquí casi siempre.

Sin embargo, como las obras polémicas suelen traer a los lectores, especialmente a los príncipes, una cierta insípida saciedad, Ambrosio, para evitar este mal, había decidido limitar su disertación a las estrecheces de dos libritos: los cuales alegró no poco con la destreza e industria de su tratamiento. Pero cuando entendió que la materia debía ser discutida más ampliamente, se preocupó mucho más diligentemente de que se eliminara cualquier cosa que pudiera causar algún fastidio. Con ese propósito, dedicó un esfuerzo diligente a entrelazar pruebas y objeciones, empleó transiciones adecuadas e ingeniosas, insertó prefacios, de vez en cuando mezcló e intercaló preceptos morales, e incluso algunas agudas observaciones. En todas partes dispone las objeciones con tal arte que el lector prevé con placer sus soluciones: las cuales, leídas, son tan sólidas que cualquiera que después haya trabajado en el mismo argumento no ha considerado preferibles otras a estas.

Cuánto fueron apreciados los primeros libros de esta obra por Graciano, ya lo hemos observado antes. Sin embargo, no contento con los testimonios comunes de su juicio, quiso añadir un indicio más ilustre del mismo (Lib. I, de Spirit. sancto, cap. 1), cuando ordenó que la Iglesia, que la maldad de los herejes había usurpado, fuera devuelta a los católicos. Los sumos pontífices (León I, Agatón, etc.), los doctores (Jerónimo, Agustín, Teodoreto, Vicente de Lérins, etc.), los concilios ecuménicos (Éfeso, Calcedonia, Constantinopla III, etc.), no solo adornaron estos libros con excelentes alabanzas, sino que también usaron sus testimonios para luchar con la mayor fuerza contra las herejías que surgieron en épocas posteriores. Por lo tanto, no podemos dejar de asombrarnos de que en nuestra memoria y en la de los Padres se hayan encontrado quienes, pisoteando la tradición universal de toda la Iglesia y de todos los tiempos, establecida por la autoridad de los códigos divinos, afirmada por los Padres en todos los concilios, defendida con la sangre de tantos mártires y los trabajos de tantos confesores, como testifica el mismo Ambrosio (Lib. III, c. 15, n. 128), probada por los libros de tantos y tan grandes doctores, recibida con una sola palabra por innumerables hombres ilustres por su ingenio, doctrina y piedad, se hayan atrevido a renovar aquella antigua y obsoleta herejía. Pero lo que más asombra es que esos temerarios no oponen nada a todos ellos, excepto las mismas objeciones que el santo Doctor refutó tan invictamente en esta obra. Y aunque no hubiera otros libros de los socinianos como testigos de esto, la impía disertación de Crellius De uno Deo Patre sería suficiente por sí sola para que nadie dudara de esto.

SANCTI AMBROSII MEDIOLANENSIS EPISCOPI DE FIDE AD GRATIANUM AUGUSTUM LIBRI QUINQUE (C,S)

LIBRO PRIMERO.

443 PRÓLOGO.

Ambrosio alaba a Graciano por su ardor en aprender la fe, mientras se deprecia a sí mismo. Aunque niega que él necesite la doctrina humana, ya que fue instruido por Dios mismo, añade que con esta piedad suya se está abriendo el camino hacia la victoria. Luego, insinuando la dificultad de la obra, profesa que seguirá no tanto la razón como la autoridad, especialmente la del concilio de Nicea.

1. La reina de Saba vino a escuchar la sabiduría de Salomón, como leemos en el libro de los Reyes (III Reg. X, 1 y ss.). También el rey Hiram envió a Salomón para conocerlo (III Reg. V, 1). Tú también, santo emperador Graciano, imitador de la historia antigua, has querido escuchar mi fe. Pero yo no soy Salomón, cuya sabiduría admires: ni tú eres Augusto de una sola nación, sino del mundo entero, y has considerado que la fe debe ser expresada en un librito: no para aprender, sino para aprobar.

2. Pues, ¿qué podrías aprender, emperador Augusto, que desde tus primeros años has fomentado siempre con piadoso afecto? Antes de que te formara en el vientre de tu madre, te conocí: y antes de que salieras del útero, te santifiqué (Jerem. I, 5). Por lo tanto, la santificación no se transmite, sino que se infunde; y por eso guarda los dones divinos. Porque lo que nadie te enseñó, ciertamente Dios, el autor, lo infundió.

3. Me pides un librito de fe, santo emperador, 444 dispuesto a ir a la batalla; pues sabes que la victoria suele buscarse más por la fe del emperador que por la valentía de los soldados. Pues Abraham llevó trescientos dieciocho a la guerra, y de entre innumerables enemigos obtuvo trofeos; y con el signo de la cruz del Señor y su nombre, sometiendo la fuerza de cinco reyes

y tropas victoriosas, vengó a su prójimo y mereció tanto el triunfo como al hijo de su hermano (Gen. XIV, 14 y ss.). También Josué, hijo de Nun, venció a los enemigos que no podía superar con la mano fuerte de todo el ejército, con el sonido de siete trompetas sacerdotales, cuando reconoció al líder del ejército celestial (Jos. VI, 6 y ss.). Por lo tanto, tú también te preparas para vencer, tú que adoras a Cristo: te preparas para vencer, tú que defiendes la fe, de la cual me has pedido un librito.

4. Preferiría asumir el deber de exhortar a la fe que de discutir sobre la fe; pues en el primero hay una confesión religiosa, en el segundo una presunción imprudente: pero como tú no necesitas exhortación, ni yo estoy libre de excusa donde hay un deber de piedad, asumiré la audaz tarea con una ocasión modesta; para discutir brevemente sobre la fe, y tejer más sobre los testimonios.

5. De los concilios seguiré principalmente lo que 445 trescientos dieciocho sacerdotes, elegidos como por el juicio de Abraham, con la fuerza unánime de la fe victoriosa, levantaron como un trofeo, sometiendo a los pérfidos en todo el mundo; de modo que me parece que esto es divino, que tenemos un oráculo de fe en los concilios con el mismo número con el que tenemos un ejemplo de piedad en la historia.

445 CAPÍTULO PRIMERO.

Distingue la fe católica de los errores de los gentiles, judíos y herejes: y expuesto el significado de las palabras Dios y Señor, demuestra la distinción de personas y la unidad de naturaleza: que al separar los arrianos, no solo introducen tres dioses, sino que también destruyen el reino de la Trinidad.

6. La afirmación de nuestra fe es esta, que decimos que hay un solo Dios: ni, como los gentiles, separamos al Hijo: ni como los judíos, negamos que nació del Padre antes de los tiempos, y después fue engendrado de la Virgen: ni como Sabelio, confundimos al Padre y al Verbo; para que afirmemos que el Padre y el Hijo son el mismo: ni como Fotino, discutimos que el principio del Hijo es de la Virgen: ni como Arrio, al creer en múltiples y diferentes potestades, hacemos múltiples dioses con el error gentil, porque está escrito: Escucha, Israel, el Señor tu Dios, Dios es uno (Deut. VI, 4).

7. Pues Dios y Señor es un nombre de magnificencia, un nombre de potestad, como él mismo dice: Señor es mi nombre. Y como en otro lugar afirma el Profeta: Señor omnipotente es su nombre (Isaías XLII, 8). Por lo tanto, Señor y Dios, ya sea porque domina sobre todos, o porque observa todo, y es temido por todos.

8. Si, por lo tanto, hay un solo Dios, un solo nombre, una sola potestad es la de la Trinidad. De hecho, él mismo dice: Id, bautizad a las naciones en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo (Mat. XXVIII, 19). En el nombre, ciertamente, no en los nombres.

9. Él mismo también dice: Yo y el Padre somos uno (Juan X, 30). Dijo uno, para que no haya distinción de potestad y naturaleza: añadió somos, para que reconozcas al Padre y al Hijo; que se crea que el Padre perfecto ha engendrado al Hijo perfecto: y que el Padre y el Hijo son uno, no por confusión de persona, sino por unidad de naturaleza.

10. [Alias cap. II.] Decimos que hay un solo Dios, no dos o tres dioses; para que la impía herejía de los arrianos, al acusar, caiga en error. Pues dice tres dioses quien separa la divinidad de la Trinidad; cuando el Señor, al decir: Id, bautizad a las naciones en el nombre

del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, mostró que la Trinidad es de un solo poder. Confesamos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo; de tal manera que en la Trinidad perfecta haya plenitud de divinidad y unidad de poder.

11. Todo reino dividido contra sí mismo será fácilmente destruido, dice el Señor (Mat. XII, 25). Por tanto, el reino de la Trinidad no está dividido. Si no está dividido, es uno; porque lo que no es uno, está dividido. Así desean que sea el reino de la Trinidad, que por su división sea fácilmente destruido. Más bien, porque no puede ser destruido, es evidente que no está dividido. La unidad no se divide, ni se rompe; y por eso no está sujeta a corrupción, ni a tiempo.

CAPÍTULO II.

Exhortando al emperador al celo por la fe, muestra que Dios es uno por la unidad de voluntad y operación que existe en Cristo con el Padre. Por lo tanto, expuestos los atributos divinos, afirma que también convienen a Cristo: además, al tratar sus diversas denominaciones, enseña que se prueba la unidad sustancial y la distinción personal: luego, con algunos ejemplos para explicar esa unidad, niega que la unidad de Dios pueda ser defendida de otra manera.

12. No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos (Mat. VII, 21). Por tanto, la fe no debe ser superficial, emperador Augusto; pues está escrito: El celo de tu casa me consume (Sal. LXVIII, 10). Así que invoquemos al Señor Jesús con espíritu fiel y mente devota, creamos que es Dios; para que en su nombre obtengamos lo que pidamos al Padre; pues el Padre quiere ser rogado por el Hijo, el Hijo quiere que se ruegue al Padre.

13. La gracia de la piedad concuerda, ni los hechos de la virtud discrepan. Porque todo lo que hace el Padre, lo hace también el Hijo de igual manera. Y de igual manera lo hace, y lo mismo hace el Hijo: pero quiere que se ruegue al Padre en lo que él mismo va a hacer; para que no reconozcas un indicio de imposibilidad, sino la unidad de poder. Por tanto, con razón es adorado y venerado el Hijo de Dios, quien creó el mundo con su divinidad, y formó nuestro afecto con su piedad.

14. Y por eso debemos creer que Dios es bueno, eterno, perfecto, omnipotente, verdadero, como hemos recibido en la Ley y los profetas, y en las demás Escrituras divinas, porque sin estas cosas no es Dios. Pues no puede no ser bueno quien es Dios, ya que en la naturaleza de Dios está la plenitud de la bondad: ni puede ser Dios temporal, quien hizo los tiempos: ni puede ser Dios imperfecto; pues quien es menor, ciertamente es imperfecto, a quien le falta algo para poder igualarse al mayor. Esta es, por tanto, la proclamación de la fe: Dios no es malo, nada es imposible para Dios: Dios no es temporal, Dios no es menor. Si me equivoco, que me refuten.

15. Porque, por tanto, Cristo es Dios: y ciertamente es bueno, y omnipotente, y eterno, y perfecto, y verdadero; pues estas cosas están en la naturaleza de la divinidad. O bien niegan la naturaleza de la divinidad en Cristo, o no pueden negar a Dios lo que pertenece a la naturaleza divina.

16. Ciertamente, para que nadie pueda errar, siga lo que la Sagrada Escritura ha significado para que podamos entender al Hijo. Se le llama Verbo, se le llama Hijo, se le llama poder de Dios, se le llama sabiduría de Dios. Verbo, porque es inmaculado: poder, porque es perfecto; Hijo, porque es engendrado del Padre: sabiduría, porque es uno con el Padre, uno en

eternidad, uno en divinidad. Pues no es el Padre mismo quien es el Hijo: sino que entre el Padre y el Hijo hay una distinción clara de generación; para que de Dios sea Dios, de quien permanece, permanezca, lleno de quien es pleno.

17. Por tanto, estos no son nombres vacíos, sino indicios de poder operativo; pues hay plenitud de divinidad en el Padre, hay plenitud de divinidad en el Hijo, no discrepante, sino una sola divinidad. Ni está confundido lo que es uno: ni múltiple lo que es indiferente.

18. Pues si de todos los creyentes, como está escrito (Hech. IV, 32), había un solo alma y un solo corazón: si todo el que se adhiere al Señor es un solo espíritu, como dijo el Apóstol (I Cor. VI, 27): si el hombre y la mujer son una sola carne: si todos los hombres, en cuanto a la naturaleza se refiere, somos de una sola sustancia: si la Escritura dice esto de los humanos, porque muchos son uno, de los cuales no puede haber comparación con los divinos; cuánto más el Padre y el Hijo son uno en divinidad, donde no hay diferencia de sustancia ni de voluntad.

19. Pues de otro modo, ¿cómo diremos que hay un solo Dios? La diversidad hace muchos, la unidad de poder excluye la cantidad numérica; porque la unidad no es número, sino que esta es el principio de todo.

CAPÍTULO III.

Prueba la unidad del Padre y del Hijo con testimonios de las Escrituras, y primero ilustra un pasaje de Isaías con la comparación de otros, de modo que no afirma ninguna diferencia de naturaleza del Padre en el Hijo, salvo en cuanto a la carne, y por lo tanto, que hay una sola deidad de ambos. Lo cual, una vez confirmado con la autoridad de Baruc, enseña que se debe tener fe en los profetas en este asunto.

20. Cuánta unidad según la divinidad ha expresado la Escritura divina del Padre y del Hijo, lo testifican los oráculos proféticos. Así dice el Señor de los ejércitos: Trabajó Egipto, y el mercado de los etíopes y los sabeos: hombres altos pasarán a ti, y serán tus siervos, y te seguirán atados con cadenas, y te adorarán, y en ti suplicarán; porque en ti está Dios, y no hay Dios fuera de ti. Tú eres Dios, y no lo sabíamos, Dios de Israel (Isa. XLV, 14).

21. Escucha la voz profética: En ti, dice, está Dios, y no hay Dios fuera de ti. ¿Cómo concuerda esto según los arrianos? Es necesario que nieguen o la divinidad del Padre o la del Hijo, a menos que crean en la unidad de la misma divinidad.

22. En ti, dice, está Dios; porque en el Hijo está el Padre. Pues está escrito: El Padre que mora en mí, él hace las obras; y: Las obras que yo hago, él también las hace (Juan V, 5). Pero también en otro lugar está el Hijo en el Padre, quien dice: Yo en el Padre, y el Padre en mí está (Juan XIV, 10). Disuelvan, si pueden, esta propiedad de la naturaleza y la unidad de la obra.

23. Por tanto, Dios está en Dios, pero no dos dioses; pues está escrito que hay un solo Dios (Deut. VI, 4): y el Señor en el Señor, pero no dos Señores; porque igualmente está escrito: No sirváis a dos señores (Mat. VI, 24). Y la ley dice: Escucha, Israel, el Señor tu Dios es un solo Dios (Deut. VI, 4). Y ciertamente en el mismo Testamento: Llovió el Señor desde el Señor (Gen. XIX, 24). El Señor, dice, llovió desde el Señor. Así también tienes en Génesis: Y dijo Dios, e hizo Dios; y más adelante: E hizo Dios al hombre a imagen de Dios (Gen. I, 3, 26); pero sin embargo no se dice dos dioses, sino un solo Dios. Por lo tanto, en ambos se conserva

la unidad de operación y de nombre. Pues ciertamente cuando leemos, Dios de Dios, no decimos dos dioses.

24. Finalmente, tienes en el Salmo cuarenta y cuatro, que el Profeta llamó a Dios Padre y declaró a Dios Hijo, diciendo: Tu trono, oh Dios, es por los siglos de los siglos; y más adelante: Te ungió Dios, tu Dios, con óleo de alegría más que a tus compañeros (Sal. XLIV, 7, 8). Dios es quien unge, y Dios es quien según la carne es ungido, el Hijo de Dios. Finalmente, ¿a quiénes tiene Cristo como compañeros de su unción sino en la carne? Ves, por tanto, que Dios es ungido por Dios: pero en la ascensión de la naturaleza humana se designa al Hijo de Dios ungido, y no se viola la forma de la Ley.

25. Y aquí, por tanto, cuando se dice: Llovió el Señor desde el Señor, reconoce la unidad de la divinidad. Pues la unidad de operación no hace plural la divinidad, como el mismo Señor mostró, diciendo: Creedme que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí: de otro modo, creed por las mismas obras (Juan X, 38). Y aquí advertimos que designó la unidad de la divinidad por la unidad de las obras.

26. Pero para que se probara que hay una sola deidad del Padre y del Hijo, y un solo dominio; para que no incurramos en el error de la impiedad gentil o judía, el Apóstol, previendo lo que debíamos seguir, mostró diciendo: Un solo Dios Padre, de quien son todas las cosas, y nosotros en él: y un solo Señor Jesucristo, por quien son todas las cosas, y nosotros por él (I Cor. VIII, 6). Pues al decir un solo Señor Jesucristo, no negó al Padre como Señor; así como al decir un solo Dios Padre, tampoco separó al Hijo de la verdad de la deidad. Por lo tanto, no mostró pluralidad de divinidad, sino unidad de poder; porque tanto en el dominio está la divinidad, como en la divinidad está el dominio; como está escrito: Sabed que el Señor es Dios; él nos hizo, y no nosotros a nosotros mismos (Sal. XCIX, 3).

27. En ti, por tanto, está Dios, por la unidad de naturaleza: y no hay Dios fuera de ti, por la propiedad de sustancia, rechazada la diferencia.

28. También en el libro de Jeremías la Escritura dice que hay un solo Dios, y sin embargo confiesa tanto al Padre como al Hijo. Así que tienes: Este es nuestro Dios, y no se considerará otro junto a él. Este encontró todo el camino de la disciplina, y se la dio a Jacob su siervo, y a Israel su amado. Después de esto fue visto en la tierra, y convivió con los hombres (Baruc. III, 36, 37).

29. Habla del Hijo: Pues él es quien convivió con los hombres; y dice: Este es nuestro Dios, y no se considerará otro junto a él. ¿Por qué discutimos sobre él, de quien un profeta tan grande dice que no puede ser considerado otro junto a él? Pues, ¿qué otra consideración puede haber, donde hay unidad de deidad? El pueblo confesaba esto en los peligros: no sabía sembrar cuestiones quien temía la religión.

30. Asiste, Espíritu Santo, a tus profetas, en quienes solías estar, en quienes creemos. Si no creemos a los profetas, ¿creeremos a los sabios de este mundo? Pero, ¿dónde está el sabio, dónde el escriba? Nuestro rústico, mientras injertaba higueras, encontró lo que el filósofo ignoró. Pues Dios eligió lo que es necio en este mundo, para confundir lo que es fuerte (I Cor. I, 27). ¿Creemos a los judíos, porque Dios fue conocido alguna vez en Judea (Sal. LXXV, 2)? Pero ellos mismos niegan por lo que creemos, porque no conocen al Padre, quienes negaron al Hijo.

CAPÍTULO IV.

Propuestos algunos argumentos para probar la unidad de Dios, muestra que en los tres dones de los magos se adumbran la divinidad y humanidad de Cristo; no de otro modo que en el ángel que caminaba con los tres jóvenes entre las llamas, la verdad de la divinidad y la trinidad.

31. La naturaleza común testifica que hay un solo Dios, porque hay un solo mundo. La fe significa un solo Dios, porque hay una sola fe del Nuevo y del Antiguo Testamento. La gracia testifica un solo Espíritu Santo, porque hay un solo bautismo en el nombre de la Trinidad. Los profetas dicen que hay un solo Dios, los apóstoles escuchan. Los magos creyeron en un solo Dios, y llevaron oro, incienso y mirra como ofrendas a la cuna de Cristo, confesando al rey con oro, venerando a Dios con incienso. Pues el tesoro del reino, el sacrificio de Dios, es la mirra de la sepultura.

32. ¿Qué quisieron significar, por tanto, los dones místicos entre el humilde pesebre, sino que entendiéramos en Cristo la diferencia entre la divinidad y la carne? Se le ve como hombre, se le adora como Señor: yace en pañales, pero resplandece en las estrellas: las cunas indican al nacido, y las estrellas al dominante: es carne la que se envuelve: divinidad, a la que los ángeles ministran. Así, ni se pierde la dignidad de la majestad natural, ni se comprueba la verdad de la carne asumida.

33. Esta es nuestra fe. Así quiso Dios ser conocido por todos, así creyeron los tres jóvenes, y no sintieron los incendios que los rodeaban; mientras el fuego nocivo quemaba a los infieles, y la llama inofensiva refrescaba a los fieles, a quienes los incendios de otros refrigeraban; porque por el mérito de la fe, el castigo había perdido su naturaleza. Pues estaba presente en forma de ángel quien advertía que en el número de la Trinidad, la alabanza fuera de un solo poder. Se bendecía a Dios, se veía al Hijo de Dios en el ángel, la gracia santa y espiritual hablaba en los jóvenes.

CAPÍTULO V.

Se refieren varias blasfemias de los arrianos contra Cristo, antes de responder a las cuales, se advierte a los católicos que se cuiden de los sofismas de los filósofos; ya que en ellos los herejes colocan su principal esperanza.

34. [Alias cap. III.] Consideremos ahora qué cuestiones plantean los arrianos sobre el Hijo de Dios.

35. Dicen que el Hijo de Dios es diferente al Padre. Esto, si se objeta a un hombre, es una injuria.

36. Dicen que el Hijo de Dios comenzó en el tiempo; cuando él mismo es el creador de los tiempos. Somos hombres, y no queremos ser temporales. Comenzamos en el tiempo, y creemos que seremos sin tiempo. Deseamos ser eternos, y ¿cómo podemos negar que el Hijo de Dios es eterno, a quien la naturaleza, no la gracia, enseña y demuestra eterno?

37. Dicen que fue creado. ¿Quién consideraría al autor entre sus obras, para que parezca ser lo que hizo?

38. Niegan que sea bueno. La voz sacrílega se condena a sí misma, para que no pueda esperar indulgencia.

39. Niegan que sea el verdadero Hijo de Dios, niegan que sea omnipotente; cuando confiesan que todo fue hecho por el Hijo, todo creado por el poder de Dios. Pues, ¿qué es el poder, sino la naturaleza perfecta?

40. Niegan también que sea uno en divinidad con el Padre. Borren, por tanto, el Evangelio, borren la voz de Cristo. Pues él mismo dijo: Yo y el Padre somos uno (Juan X, 30). No lo digo yo, lo dijo Cristo. ¿Acaso es engañoso, para mentir? ¿Acaso es impío, para usurpar lo que no era? Pero cada cosa se tratará más plenamente en su lugar.

41. Ahora, ya que el hereje dice que es diferente, y se esfuerza por demostrarlo con astutas disputas, debemos decir lo que está escrito: 451 Tened cuidado de que nadie os engañe por medio de la filosofía y el vano engaño según la tradición de los hombres, y según los elementos de este mundo, y no según Cristo: porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad (Col. II, 8, 9).

42. Pues toda la fuerza de sus venenos la constituyen en la disputa dialéctica, que la sentencia de los filósofos define que no tiene la fuerza de afirmar, sino el afán de destruir. Pero no complació a Dios salvar a su pueblo en la dialéctica: pues el reino de Dios está en la simplicidad de la fe, no en la contienda de palabras (I Cor. IV, 20).

CAPÍTULO VI.

A punto de probar que Cristo no es diferente al Padre, menciona a los líderes más célebres de los arrianos, y revela cuán mal se llevan entre ellos, y contra ellos, como si fueran monstruos, muestra el auxilio de las Escrituras.

43. [Alias cap. IV.] Dicen, por tanto, que es diferente: nosotros lo negamos; más bien, aborrecemos esta voz. Pero no quiero que creas en el argumento, santo Emperador, y en nuestra disputa: interroguemos las Escrituras, interroguemos a los apóstoles, interroguemos a los profetas, interroguemos a Cristo. ¿Qué más? Interroguemos al Padre, cuyo honor dicen buscar, si el Hijo es juzgado degenerado. Pero no es honor de un buen Padre, la injuria al Hijo. No puede agrandar a un buen Padre, si se cree que el Hijo ha degenerado del Padre, en lugar de igualarlo.

44. Perdona, santo Emperador, si por un momento dirijo mis palabras a ellos. Pero, ¿a quién debo leer principalmente, a Eunomio, o a Arrio, o a Aecio, sus maestros? Pues hay muchos nombres, pero una sola perfidia, no disonante en impiedad, discordante en comunión: no diferente en fraude, pero separada en alianza. Pues no entiendo por qué no quieren estar de acuerdo entre ellos.

452 45. Los arrianos evitan la persona de Eunomio, pero afirman su perfidia, ejecutan su impiedad. Dicen que él divulgó más ampliamente lo que Arrio escribió. ¡Gran efusión de ceguera! Aprueban al autor, rechazan al ejecutor. Así que ahora se han dividido en muchas formas. Algunos siguen a Eunomio, o a Aecio, otros a Palladio, o a Demófilo y Auxencio, o a los herederos de esta perfidia, otros a diversos. ¿Acaso está dividido Cristo? Pero quienes lo dividen del Padre, ellos mismos se dividen.

46. Y por eso, ya que han conspirado comúnmente contra la Iglesia de Dios, aquellos a quienes no les conviene entre ellos mismos, los nombraré con el nombre común de herejes, a quienes se debe responder. Pues la herejía, como cierta Hidra de las fábulas, ha crecido con sus heridas: y mientras a menudo se corta, ha brotado, destinada al fuego, y a perecer en el incendio: o como cierto monstruoso portento de Escila, dividida en varias formas de perfidia,

como un nombre superfluo de la secta cristiana, pero a quienes encuentra en ese estrecho de su impiedad, miserables entre los naufragios de la fe, flotando, los destroza con el diente salvaje de su dogma monstruoso.

47. Cuyo antro, santo Emperador, como dicen los marineros, horrorizado por sus oscuros escondites, y toda su vecindad resonando con perros azules entre las rocas de la perfidia, debemos pasar, por así decirlo, con el oído cerrado. Pues está escrito: Cierra tus oídos con espinas (Ecl. XXVIII, 28). Y en otro lugar: Guardaos de los perros, guardaos de los malos obreros (Filip. III, 2). Y de nuevo: Al hombre hereje, después de la primera corrección, evítalo, sabiendo que el tal está pervertido y peca, siendo condenado por su propio juicio (Tit. III, 10, 11). Así que, como buenos gobernadores, para que podamos pasar más seguros, extendamos las velas de la fe, y repasemos el orden de las Escrituras.

453 CAPÍTULO VII.

De Pablo, los profetas y el Evangelio se afirma que Cristo es semejante al Padre; especialmente de la creación del hombre a semejanza divina.

48. El Apóstol dice que Cristo es la imagen del Padre; pues dice que él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda criatura (Col. I, 15). Primogénito, dice, no primocreado; para que se crea que es engendrado por naturaleza, y primero por perpetuidad. En otro lugar también el Apóstol afirmó que él lo puso como heredero de todo, por quien hizo también los siglos, quien es el resplandor de su gloria, y la imagen de su sustancia (Heb. I, 2). El Apóstol dice imagen, y Arrio dice que es diferente: ¿por qué imagen, si no tiene semejanza? En las pinturas los hombres no quieren ser diferentes, y Arrio sostiene que el Padre es diferente al Hijo, y quiere que el Padre haya engendrado a uno diferente de sí mismo, como si fuera impotente para engendrar a uno semejante.

49. Los profetas dicen: En tu luz veremos la luz (Salmo XXXV, 10). Los profetas dicen: Porque es el resplandor de la luz eterna, y el espejo sin mancha de la majestad de Dios, y la imagen de su bondad (Sab. VII, 26). Observa cuán grandes cosas se dicen. Resplandor; porque la claridad de la luz paterna está en el Hijo: espejo sin mancha; porque el Padre se ve en el Hijo: imagen de la bondad; porque no se percibe un cuerpo en un cuerpo, sino toda la virtud en el Hijo. La imagen enseña que no es diferente, el carácter significa que está expresado, el resplandor indica que es eterno. La imagen ciertamente no es un rostro corporal, no está compuesta de colores, ni de ceras: sino que es simple de Dios, salida del Padre, expresada de la fuente.

50. A través de esta imagen, el Señor mostró al Padre a Felipe, diciendo: Felipe, el que me ve a mí, ve también al Padre. ¿Y cómo dices tú: Muéstranos al Padre? ¿No crees que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí? (Juan XIV, 9 y 10). Pues ve al Padre en la imagen, quien ve en el Hijo. ¿Ves qué imagen dice? Esta imagen es verdad, esta imagen es justicia, esta imagen es la virtud de Dios: no es muda, porque es Verbo: no es insensible, porque es sabiduría: no es vana, porque es virtud: no está vacía, porque es vida: no está muerta, porque es resurrección. Ves, por tanto, que cuando se dice imagen, significa que el Padre es aquel cuya imagen es el Hijo; porque nadie puede ser su propia imagen.

51. Podría decir más testimonios del Hijo, pero para que no se diga que él mismo se favorece demasiado, preguntemos al Padre. Él mismo dijo: Hagamos al hombre a nuestra imagen y

semejanza (Gén. I, 26). El Padre dice al Hijo: A nuestra imagen y semejanza; ¿y tú dices que el Hijo de Dios es diferente?

52. Juan dice: Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos: sabemos que cuando se manifieste, seremos semejantes a él (I Juan III, 2). ¡Oh imprudente locura! ¡Oh impudente obstinación! Somos hombres, y en lo que podemos, seremos a semejanza de Dios; ¿y nos atrevemos a negar que el Hijo de Dios es semejante?

53. Por tanto, el Padre dijo: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza. Al principio del mundo oigo que están el Padre y el Hijo, y veo una obra única. Oigo hablar, reconozco al que hace; pero leo una imagen única, una semejanza única del Padre y del Hijo. Esta semejanza no es de diversidad, sino de unidad. Lo que, por tanto, te apropias, lo derogas al Hijo de Dios; ya que ciertamente no puedes ser a imagen de Dios, sino a través de la imagen de Dios.

CAPÍTULO VIII.

De la probada semejanza del Hijo con el Padre, se demuestra fácilmente que también es eterno, lo cual se confirma con la profecía de Isaías y el Evangelio de Juan; cuya última autoridad se declara que derrumba a los herejes.

54. [Alias cap. V.] Por tanto, está claro que no es diferente, y por eso el camino es más fácil, para que también confesemos que es eterno, ya que el semejante al eterno es ciertamente eterno. Pero si decimos que el Padre es eterno, y negamos lo mismo del Hijo, decimos que es diferente; porque lo temporal es diferente de lo eterno. El Profeta clama que es eterno, y el Apóstol clama que es eterno: el Antiguo Testamento está lleno de testimonios del Hijo eterno, el Nuevo está lleno.

55. Mantengamos, por tanto, el orden. Está escrito en el Antiguo Testamento, para decir al menos uno de los muchos: Antes de mí no fue formado otro Dios, ni lo será después de mí (Isaías XLIII, 10). Por tanto, no argumentaré nada, te pregunto a ti mismo. ¿Quién dice esto, el Padre o el Hijo? Cualquiera que digas, entenderás que te convences a ti mismo: o si crees, serás enseñado. ¿Quién dice esto, el Padre o el Hijo? Si el Hijo: Antes de mí, dice, no fue formado otro Dios: Si el Padre: Después de mí, dice, no lo será. Este no tiene anterior, aquel no tiene posterior: se conocen mutuamente en sí mismos, y el Padre en el Hijo, y el Hijo en el Padre. Pues cuando dices Padre, también designas a su Hijo; porque nadie es padre de sí mismo: cuando nombras al Hijo, también confiesas a su Padre; porque nadie es hijo de sí mismo. Por tanto, ni el Hijo puede ser sin el Padre, ni el Padre sin el Hijo. Siempre, por tanto, el Padre, siempre también el Hijo.

56. En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios, este estaba en el principio con Dios (Juan I, 1). Estaba, dice, con Dios. Estaba, estaba, estaba, estaba: he aquí cuatro veces estaba. ¿Dónde encuentra el impío que no estaba? También en otro lugar Juan dice en su epístola: Lo que era desde el principio (I Juan I, 1); se extiende indefinidamente, era: cualquier cosa que imagines, el Hijo era.

57. Todas las herejías fueron excluidas por este breve capítulo de nuestro pescador. Pues lo que era desde el principio, no está incluido en el tiempo, no es precedido por un principio. Por tanto, que Arius calle. Pero lo que estaba con Dios, no se confunde por mezcla: sino que se distingue por la sólida perfección del Verbo que permanece con el Padre, para que Sabellius enmudezca. Y el Verbo era Dios. Por tanto, este Verbo no es en la pronunciación

del discurso, sino en aquella designación celestial de virtud, para que Photinus sea refutado. Pero lo que era en el principio con Dios, se enseña la unidad inseparable de la divinidad eterna en el Padre y el Hijo, para que Eunomius se sonroje. Finalmente, cuando se dice que todas las cosas fueron hechas por él, él mismo es designado como el creador del Nuevo Testamento y del Antiguo; para que Manes no pueda tener lugar de tentación. Así, el buen pescador encerró a todos en una red, para hacerlos incapaces de fraude, aunque fueran inútiles para la captura.

CAPÍTULO IX.

El Santo Varón interroga a los herejes, y mostrando su respuesta, en la que afirmaban que el Hijo era anterior a todo tiempo, pero posterior al Padre, concluye que se introduce un cambio en Dios, y que la eternidad debe atribuirse a ambas personas.

58. Dime, hereje, pues el emperador clementísimo concede permiso, para que te hable por un momento, no por deseo de conversación, ni por ansia de escuchar, sino por gracia de exposición: dime, pregunto, ¿hubo alguna vez un tiempo en que el Dios Padre omnipotente no era, y Dios era? No afirmo, dices, el tiempo. Bien y astutamente. Pues si dijeras tiempo, te convencerías a ti mismo: porque es necesario que afirmes que hubo tiempo antes del Hijo, ya que el Hijo es el autor y creador del tiempo; pues no puede haber comenzado después de su obra: es necesario, por tanto, que confieses que es el autor de su obra.

59. Antes de los tiempos, dices, no niego al Hijo: pero cuando digo Hijo, muestro que el Padre es anterior, porque el Padre, dices, es anterior al Hijo. ¿Qué es esto? Niega que haya tiempo antes del Hijo, y sin embargo quieres que algo preceda al Hijo, que es del tiempo; y muestras que hubo en medio no sé qué esfuerzos de generación, en lo que significas una generación temporal del Padre. Pues si el Padre comenzó a ser, entonces Dios primero era, después se hizo Padre. ¿Cómo, entonces, es Dios inmutable? Pues si antes era Dios, después Padre: ciertamente ha sido cambiado por la adición de la generación.

60. Pero Dios aleje esta locura; pues nosotros, para refutar su impiedad, hemos planteado esta cuestión. Porque la mente piadosa afirma la generación sin tiempo; para que diga que el Padre es eterno con el Hijo, y no afirme que alguna vez ha sido cambiado.

61. Que la honorabilidad, por tanto, una al Hijo con el Padre, a quien la divinidad ha unido: no separe la impiedad, a quien la propiedad de la generación ha unido. Honremos al Hijo, para que honremos también al Padre, como está escrito en el Evangelio (Juan V, 23). La eternidad del Hijo es el signo de la majestad paterna. Si este no siempre fue, entonces aquel ha sido cambiado: pero el Hijo siempre fue, por tanto, el Padre nunca ha sido cambiado; porque siempre es inmutable. Por tanto, vemos que aquellos que quieren negar que el Hijo es eterno, quieren enseñar que el Padre ha sido cambiado.

CAPÍTULO X.

Habiendo confirmado la eternidad de Cristo a partir del Apóstol, declara que la generación divina no debe ser medida por el modelo humano, ni investigada con curiosidad, sino que, evitando las dificultades que de ahí surgen, todo lo que se dice de esta generación de manera corporal debe ser entendido en sentido espiritual.

62. Recibe otra cosa por la cual se hace claro que el Hijo es eterno. El Apóstol dice que la virtud eterna de Dios es y la divinidad (Rom. I, 20): pero la virtud de Dios es Cristo; pues

está escrito que Cristo es la virtud de Dios, y la sabiduría de Dios (I Cor. I, 24). Por tanto, si Cristo es la virtud de Dios, porque la virtud de Dios es eterna: por tanto, Cristo es eterno.

63. No, por tanto, construyas, hereje, una calumnia a partir del uso de la generación humana; ni compongas a partir de nuestro discurso. Pues no podemos incluir con nuestros discursos limitados la inmensa magnitud de la divinidad, cuya magnitud no tiene fin (Salmo CXLIV, 3). Pues si intentas definir la generación del hombre, muestras tiempo: pero la generación divina está por encima de todo: se extiende ampliamente, asciende por encima de todos los pensamientos y sentidos. Pues está escrito: Nadie viene al Padre, sino por mí (Juan XIV, 6). Por tanto, cualquier cosa que pienses del Padre, por más que su eternidad, no puedes pensar nada de él sino por el Hijo: ni puede ningún sentido pasar al Padre sino por el Hijo. Este es, dice, mi Hijo muy amado (Mateo XVII, 5). Es, dice, quien es, siempre es. Por lo cual también David: Para siempre, dice, Señor, permanece tu palabra en el cielo (Salmo CXVIII, 89). Pues lo que permanece, no carece de sustancia, ni de eternidad.

64. Me preguntas cómo puede ser el Hijo, si no tiene al Padre como anterior. También te pregunto a ti, cuándo o cómo piensas que el Hijo fue engendrado. Pues me es imposible conocer el secreto de la generación: la mente falla, la voz calla, no solo la mía, sino también la de los ángeles. Está por encima de las Potestades, por encima de los Ángeles, por encima de los Querubines, por encima de los Serafines, por encima de todo sentido; pues está escrito: Pero la paz de Cristo que está por encima de todo sentido (Filip. IV, 7). Si la paz de Cristo está por encima de todo sentido, ¿cómo no está por encima de todo sentido una generación tan grande?

65. Tú también pon la mano sobre la boca, no está permitido escrutar los misterios celestiales. Está permitido saber que ha nacido: no está permitido discutir cómo ha nacido. No me está permitido negar eso, esto me da miedo preguntar. Pues si Pablo dice que las cosas que oyó arrebatado al tercer cielo son inefables, ¿cómo podemos nosotros expresar el misterio de la generación paterna, que ni pudimos sentir, ni oír?

66. Pero si me llevas a la costumbre de la generación humana, para decir que el Padre es anterior; ve si los ejemplos de la generación terrenal convienen a la generación de Dios. Si hablamos según el hombre, no podrás negar que en el hombre las pasiones del padre son anteriores a las del hijo. Primero creció, primero envejeció, primero sufrió, primero lloró. Si, por tanto, aquí es menor en tiempo, aquel es más antiguo en pasión. Si aquí incurrió en la edad de la generación, tampoco aquel evitó la vergüenza de engendrar.

67. ¿Por qué te deleitan estos tormentos de cuestiones? Oyes al Hijo de Dios: o borra el nombre, o reconoce la naturaleza. Oyes útero, reconoce la verdad evidente de la generación. Oyes corazón, entiende Verbo. Oyes mano derecha, reconoce virtud. Oyes boca, reconoce sabiduría. Estas cosas no deben ser estimadas corporalmente en Dios. El Hijo es engendrado de manera incomprensible: el Padre engendra de manera impasible; y sin embargo, lo ha engendrado de sí mismo, y antes de todo entendimiento, el Dios verdadero ha engendrado al Dios verdadero. El Padre ama, y tú discutes: el Padre se complace, y tú envidias con los judíos: el Padre honra, y tú insultas con los gentiles.

CAPÍTULO XI.

No se puede probar por la Escritura que el Padre sea anterior al Hijo; ni tampoco con argumentos tomados de la generación de los hombres; ya que de ahí se seguirían

innumerables absurdos: pero lo que se atreven a pronunciar que Cristo nació en el tiempo, es la cúspide de la impiedad.

68. Me preguntas si no puede ser anterior quien es Padre. Te pregunto que enseñes cuándo el Padre fue anterior, con testimonios, o recoge la verdad con argumentos. Si con testimonios, ciertamente has recibido que la virtud de Dios es eterna. También has leído que dice: Israel, si me escuchas, no habrá en ti un Dios nuevo, ni adorarás a un Dios extraño (Salmo LXXX, 10). Una cosa de estas significa eternidad, otra significa la propiedad de una sustancia indiferente; para que no creamos que el Hijo es posterior al Padre, ni de otra divinidad. Pues si es posterior al Padre, es nuevo: y si no es de una divinidad, es extraño. Pero no es posterior; porque no es nuevo: ni es extraño, porque ha nacido del Padre; porque está por encima de todo, Dios bendito por los siglos (Rom. IX, 5), como está escrito.

69. Pero si lo consideran extraño, ¿por qué lo adoran, cuando está escrito: Ni adorarás a un Dios extraño (Salmo LXXX, 10)? O si no lo adoran, que lo confiesen, y es el fin; para que no engañen a nadie bajo la profesión del nombre religioso. Estas son ciertamente las pruebas de las Escrituras. O si tienes otra, deberás presentarla.

70. Resta, por tanto, que también se recoja la verdad con argumentos. Aunque también los argumentos suelen ceder a los testimonios humanos; argumenta, sin embargo, hereje, como quieras. Por costumbre, dices, aceptamos que quien engendra es anterior a quien nace. Persigue, por tanto, todas las huellas de la costumbre, y si las demás concuerdan, no me opongo a que también exijas esto: pero si ninguna concuerda, ¿cómo exiges esto solo cuando faltan las demás? Pues porque buscas la costumbre, cuando fue engendrado del Padre, fue pequeño. Viste al infante llorando en la cuna, recibió algunos progresos de edad; pues si tuvo la debilidad de la generación, es necesario que también haya incurrido en la debilidad no solo de nacer, sino también de vivir.

71. Pero tal vez caigas en tal locura, que no niegues estas cosas del Hijo de Dios, a quien mides con la debilidad humana; ¿qué si no puedes negar a Dios por nombre, pero quieres probarlo hombre por debilidad? ¿Qué si mientras discutes al Hijo, acusas al Padre: y mientras prejuzgas a Cristo, adjudicas al Padre?

72. Pues si la generación divina estuvo sujeta al tiempo, y eso se usurpa del uso de la generación humana; entonces también el Padre llevó al Hijo en un útero corporal, llevó la carga durante el curso de diez meses. Pero ¿cómo sin el otro sexo el uso de la generación? Ves que la serie solemne de la generación no ha comenzado, y tú piensas que los partos de alguna necesidad corporal han sido solemnes. Tú buscas el uso, yo el sexo: tú exiges el tiempo, yo el orden: tú discutes el fin, yo busco el principio. Ciertamente el fin depende del principio, no el principio del fin.

73. Todo, dices, lo que ha nacido, tiene principio; y por eso, porque es Hijo, tiene principio, y comenzó a ser en el tiempo. Que esto sea dicho por su propia boca. Pero yo profeso que el Hijo ha nacido: lo que queda de impiedad, me horroriza. Confiesas a Dios, hombre, y lo circunscribes con tal calumnia. Dios aleje esta locura.

CAPÍTULO XII.

A la objeción reiterada sobre el Hijo se responde nuevamente que también puede ser revertida al Padre; pues así como el Padre no necesita lugar, ni tiempo, ni otra criatura alguna, tampoco debe atribuirse al Hijo esa necesidad: cuya generación singular es no solo del Padre, sino

también de la Virgen; y por eso, así como en esta no tuvieron lugar el sexo ni cosas similares, tampoco lo tuvieron en aquella.

74. Nuevamente objetan: Entonces no es Hijo, si no tiene lo que tienen los hijos. Que me perdone el Padre, que me perdone el Hijo, que me perdone también el Espíritu Santo, por querer plantear la cuestión por piedad. Ciertamente es Padre, y siempre permanece: también hay criaturas por disposición divina. ¿Hay, por tanto, algo de ellas que no esté sujeto ni a lugares, ni a tiempos, ni a creación, ni a alguna causa o autor? En verdad, nada. ¿Qué decís, entonces? ¿Hay algo de esto que el Padre necesite? Es impío decirlo. Por tanto, o dejad de aplicar a la divinidad lo que es de las criaturas: o si os empeñáis en comparar, considerad a dónde lleva vuestra impiedad; lo cual está lejos de que alguna vez llegue a nuestros sentidos.

75. Pues nosotros mantenemos una respuesta piadosa. Porque Dios es omnipotente, y por eso el Padre no necesita nada de eso, que no tiene alguna mutación de sí mismo, o progreso del que nosotros carecemos, cuya debilidad recibe progreso de tales cosas. Pero quien es omnipotente, ciertamente no es creado, y está sin lugar, y por encima de los tiempos. Pues nada es antes que Dios, más bien esto mismo, el Verbo, decir que hay algo antes que Dios, es grave. Por tanto, si es así, porque nada de esto está en Dios Padre, que signifique progreso; porque es Dios: nada de esto puede aplicarse también al Hijo de Dios, para que reciba principio o progreso; porque es Dios verdadero de Dios verdadero.

76. Por tanto, porque no encontramos el orden acostumbrado, acepta, arriano, que la generación del Hijo fue especial. Acepta, digo; y si no me crees, al menos avergüénzate de la voz de Dios que dice: ¿A quién me habéis comparado? (Isaías XLVI, 5). Y de nuevo: Porque no como hombre, así es Dios (Núm. XXIII, 19). Pues si la operación de Dios es especial, porque no obra algo con manos, no lo realiza con trabajo, no lo completa en días; Pues él dijo, y fueron hechas, él mandó, y fueron creadas (Salmo CXLVIII, 5): ¿por qué no creemos que su generación es especial en el Hijo, cuya creación especial reconocemos en las obras? Ciertamente es digno que se vea que ha engendrado especialmente y de manera especial al Hijo. Que tenga la gloria de una generación inusitada, quien tiene la gracia de un poder inusitado.

77. No solo es admirable la generación de Cristo del Padre, también es admirable su generación de la Virgen. Tú dices que aquella es similar a nuestra concepción, y yo pruebo que esta también es disímil a la nuestra, más bien te obligaré a confesarlo. Di cómo nació de María, qué uso tuvo el útero virginal de él, cómo sin semilla de varón el parto, de dónde la virgen embarazada, cómo la doncella madre antes del parto, qué unión experimentó como esposa. Faltaba la causa, y se generaba el hijo. ¿De dónde, entonces, lees los partos renovados?

78. Si, por tanto, en la Virgen faltó el uso de la generación humana, ¿cómo exiges en Dios Padre el uso propio de la generación? Ciertamente, el uso está en el sexo, porque el sexo está en la carne: donde no hay carne, ¿cómo exiges la debilidad de la carne? Nadie discute lo mejor: se te ha ordenado creer, no se te ha permitido discutir. Pues está escrito: Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia (Gén. XV, 6). Y no solo en la generación del Hijo falta la palabra, sino también en las obras de Dios. Pues está escrito: Todas sus obras son en fe (Sal. XXXII, 4). ¿Las obras, entonces, en fe, y la generación sin fe? ¿Y discutimos lo que no vemos, quienes estamos mandados a creer más que a discutir lo que vemos?

CAPÍTULO XIII.

El santo Doctor resuelve la cuestión de cómo fue engendrado el Hijo; y enseña que se debe creer en la revelación con el ejemplo de Nabucodonosor y Pedro. Que la visión de este último señala la eternidad y divinidad del Hijo; y por tanto, se debe creer en él, dejando de lado a los filósofos, a quienes ya en todas partes se les revocaba la fe. Por el contrario, a los gentiles se les muestran similares a los arrianos.

79. Alguien dirá: ¿Cómo fue engendrado el Hijo? Como eterno, como Verbo, como esplendor de la luz eterna, porque el esplendor opera al mismo tiempo que nace. Este es el ejemplo de los Apóstoles, no es mío. No creas, por tanto, que hubo algún momento en que Dios estuvo sin sabiduría, o la luz sin esplendor (Hebr. I, 3). No, arriano, estimes lo divino por lo nuestro: sino cree lo divino, donde no encuentras lo humano.

80. Un rey gentil vio en el fuego con tres jóvenes hebreos la figura de un cuarto como un ángel: y porque pensaba que superaba a los ángeles, juzgó que era el Hijo de Dios, a quien no leyó, sino que creyó (Dan. III, 92). También Abraham vio a tres, y adoró a uno (Gén. XVIII, 2).

81. Pedro en el monte vio a Moisés y Elías con el Hijo de Dios, y no erró en la naturaleza, ni erró en la gloria. Finalmente, sobre qué debía hacer, no les preguntó a ellos, sino a Cristo; pues aunque preparaba servicio para los tres, esperaba el mandato de uno solo. Pero como consideró simplemente que el número de tabernáculos debía ser deferido a los tres, fue corregido por la autoridad de Dios Padre diciendo: Este es mi Hijo amado, a él escuchad (Mat. XVII, 5), es decir: ¿Por qué asocias a tus conserenos con tu Señor? Este es mi Hijo. No Moisés hijo, no Elías hijo: sino este Hijo. El apóstol sintió la corrección, cayó sobre su rostro, consternado por la voz del Padre y la claridad del Hijo: pero es levantado por el Hijo, quien acostumbra a levantar a los caídos. Vio a uno, vio solo al Hijo de Dios. Pues se retiraron los siervos, para que solo el Señor, quien solo era designado Hijo, fuera visto.

82. ¿Qué quiso significar aquella visión, no indicando la igualdad de Cristo y los siervos, sino señalando el misterio, sino que apareciera para nosotros que la Ley y los Profetas, concordando con el Evangelio, revelaran al eterno Hijo de Dios, a quien habían anunciado? Por tanto, también nosotros cuando escuchamos del Hijo desde el vientre, del Verbo desde el corazón, creamos que no fue formado por manos, sino nacido del Padre: no es obra de un artífice, sino progenie de un padre.

83. Y por eso quien dice: Este es mi Hijo, no dijo: Este es temporal; no dijo: Esta es mi criatura, esta es mi obra, este es mi siervo; sino este es mi Hijo, a quien veis en gloria. Este es el Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob, quien apareció en la zarza a Moisés, de quien Moisés dijo: El que es, me envió (Éxod. III, 14). No el Padre en la zarza, no el Padre en el desierto: sino el Hijo habló a Moisés. Finalmente, de él dijo Esteban: Este es el que estuvo en la Iglesia, en el desierto, con el ángel (Hech. VII, 38). Este es, por tanto, quien dio la Ley, el mismo que habló a Moisés, diciendo: Yo soy el Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob (Éxod. III, 16). Este es, por tanto, el Dios de los patriarcas, este es el Dios de los profetas.

84. Leemos, por tanto, al Hijo: tu mente percibe la lectura, que tu lengua emita la confesión. Aparta de aquí los argumentos, donde se busca la fe: en sus propios gimnasios ya la dialéctica calle. No busco qué dicen los filósofos, indago qué hacen. Solo en sus gimnasios permanecieron. Ve cómo la fe pesa más que los argumentos. Ellos son abandonados diariamente por sus compañeros, quienes disputan copiosamente: estos crecen diariamente,

quienes creen simplemente. No se cree a los filósofos, se cree a los pescadores: no se cree a los dialécticos, se cree a los publicanos. Ellos ataron al mundo con placeres y delicias, estos lo despojaron con ayunos y dolores. Por tanto, ya comenzó a atraer más la injuria que el placer.

85. Ahora veamos en qué se diferencian de los gentiles los arrianos. Aquellos llaman a los dioses dispares en sexo, disímiles en poder: estos afirman una Trinidad de diferente divinidad y disímil poder. Aquellos aseguran un principio temporal de sus dioses; y estos mienten que Cristo comenzó en el tiempo. ¿No han tomado de la filosofía todo el color de su impiedad? Sin embargo, aquellos amplifican lo que veneran: estos afirman que el Hijo de Dios es una criatura, quien es Dios.

CAPÍTULO XIV.

Se demuestra que el Hijo de Dios no es una criatura, porque no mandó que se predicara el Evangelio de sí mismo, porque la criatura está sujeta a la vanidad, porque creó todas las cosas, porque se lee que es engendrado, y finalmente porque se ha dado la diferencia entre generación y adopción: donde se declara en él ambas naturalezas. Estos tantos y tan grandes testimonios se confirman con la exposición apostólica.

86. [Alias cap. VI.] Creo que ha quedado claro, santo Emperador, que el Señor Jesús no es disímil al Padre, ni es temporal. Resta que también se refute ese sacrilegio, y probemos que el Hijo de Dios no es una criatura: en lo cual nos inspira el oráculo de la lectura presente; pues hemos oído leer, diciendo el Señor: Id por todo el mundo, y predicad el Evangelio a toda criatura (Marc. XVI, 15). Quien dice toda criatura, no exceptúa ninguna. Y por eso, ¿dónde están los que llaman criatura a Cristo? Pues si fuera criatura, ¿acaso él mismo se mandaría predicar el Evangelio? No es, por tanto, criatura, sino creador, quien manda a sus discípulos el oficio de enseñar a la criatura.

87. Cristo no es criatura: pues la criatura está sujeta a la vanidad, como dijo el Apóstol (Rom. VIII, 20). ¿Acaso Cristo está sujeto a la vanidad? Nuevamente, según el mismo Apóstol: La criatura gime y sufre dolores hasta ahora (Ibid., 22). ¿Acaso Cristo gime y sufre dolores, quien nos liberó de los gemidos de la muerte? La criatura, dice, será liberada de la servidumbre de la corrupción (Ibid., 21). Vemos, por tanto, una gran distancia entre la criatura y el Señor; porque la servidumbre es criatura; pero el Señor es espíritu; donde está el espíritu del Señor, allí hay libertad (II Cor. III, 17).

88. ¿Quién introdujo este error, para decir que quien creó todo, quien hizo todo, es una criatura? ¿Acaso el mismo Señor se creó a sí mismo? Pues si está escrito que por él todas las cosas fueron hechas, y sin él nada fue hecho (Juan I, 3): ¿acaso él se hizo a sí mismo? Si está escrito, lo cual no puede negarse, que Dios hizo todo en sabiduría: ¿acaso puede parecer verosímil que la sabiduría se hizo en sí misma (Sal. CIII, 24)?

89. Leemos que es engendrado; porque el Padre dijo: Yo te engendré desde el vientre antes del lucero (Sal. CIX, 3). Leemos primogénito (Mat. I, 25): Hijo, leemos unigénito (Juan I, 14)? primogénito, porque nadie antes que él: unigénito, porque nadie después de él: leemos también: ¿Quién contará su generación (Isa. LIII, 8)? Generación, dice, no creación. ¿Qué puede compararse con estos tantos y tales testimonios?

90. También el Hijo de Dios mostró la diferencia entre generación y gracia, diciendo: Subo a mi Padre y a vuestro Padre: a mi Dios y a vuestro Dios (Juan XX, 17). No dijo: Subo a

nuestro Padre, sino: Subo a mi Padre y a vuestro Padre. Esta separación muestra la diversidad, que de él es generador, nuestro creador.

91. Y añadió: A mi Dios y a vuestro Dios; porque aunque él y el Padre son uno, y a él el Padre es por propiedad de naturaleza, a nosotros el Padre Dios comenzó a ser por el Hijo, no por derecho de naturaleza, sino de gracia; sin embargo, aquí parece significar ambas naturalezas en Cristo, tanto de divinidad como de carne, de divinidad del Padre, de carne de la madre, aquella antes de todo, esta de la Virgen. Finalmente, antes nombró al Padre como Hijo, después a Dios como hombre.

92. En todas partes, además, los testimonios enseñan que dice Dios suyo desde la persona del hombre: Dios mío, Dios mío, mírame; ¿por qué me has desamparado (Sal. XXI, 1)? Y en otro lugar: Desde el vientre de mi madre eres mi Dios (Ibid., 11). Y arriba como hombre sufre: y abajo es hombre, quien es arrojado desde el vientre de la madre. Así que cuando dice: Desde el vientre de mi madre eres mi Dios; significa que quien siempre era Padre, desde entonces es Dios para él, desde que fue arrojado del vientre de la madre.

93. Por tanto, cuando en el Evangelio, en el Apóstol, en los profetas hemos leído la generación de Cristo, ¿de dónde se atreven a decir que fue creado o hecho? Y ciertamente en qué leyeron creado, en qué hecho, deberían considerar. Se ha enseñado que el Hijo de Dios es engendrado de Dios, nacido de Dios: pero en qué leyeron hecho, deberían advertir diligentemente; pues no es Dios hecho, sino Dios Hijo de Dios nacido: después, sin embargo, según la carne hecho hombre de María.

94. Si no me creen a mí, crean al Apóstol diciendo: Pero cuando vino la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo hecho de mujer, hecho bajo la Ley (Gál. IV, 4). Hijo, dice, suyo, no uno de muchos: no común, sino suyo. Al decir suyo, señaló la propiedad de la generación eterna. A este después afirmó hecho de mujer, para que la hechura no se atribuyera a la divinidad, sino a la asunción del cuerpo: hecho de mujer por la asunción de la carne: hecho bajo la Ley por la observancia de la Ley: pero aquella generación celestial antes de la Ley, esta después de la Ley (Conc. Calcedon. act. I, en expos. fid. Nic.).

CAPÍTULO XV.

Para satisfacer a los dos lugares de la Escritura donde se dice que Cristo fue hecho y creado, el santo Prelado declara que solo le convienen según la naturaleza del hombre: en los cuales también se demuestra que el pasado se pone por el futuro con la autoridad de los libros sagrados.

95. [Alias cap. VII.] De donde también acostumbran a vanagloriarse de lo que está escrito: Y Dios lo hizo Señor y Cristo. Los inexpertos lean todo, y entiendan; pues así está escrito: Y Dios lo hizo Señor, y lo hizo Cristo a este Jesús, a quien vosotros crucificasteis (Hech. II, 36). No la divinidad fue crucificada, sino la carne. Esto ciertamente pudo hacerse, lo que pudo ser crucificado. No es, por tanto, hechura el Hijo de Dios.

96. Que se aleje, por tanto, también aquello de lo que suelen calumniar, y aprendan cómo se dijo: El Señor me creó. (Prov. VIII, 22). No dijo: El Padre me creó, sino El Señor me creó. La carne reconoce al Señor, la gloria significa al Padre: nuestra criatura confiesa al Señor, la caridad conoce al Padre. Así que, ¿quién ignora que esto se dice por causa de la incorporación? Por tanto, se dice creado en lo que también testifica ser hombre diciendo:

¿Por qué buscáis matarme, hombre, que os he dicho la verdad (Juan VII, 20)? Hombre dice, en lo que también fue crucificado y muerto, y sepultado.

97. No se debe dudar que puso el pasado, lo que era futuro: pues esta es la costumbre de la profecía, que lo que es futuro, se diga como presente o como hecho. Finalmente, en el salmo XXI leíste: Toros gordos me rodearon (Sal. XXI, 13); también leíste: Repartieron entre sí mis vestiduras (Ibid., 19): lo cual el evangelista indica que fue profetizado sobre el tiempo de la pasión; pues para Dios lo que es futuro, es presente: y para aquel a quien todo le es conocido de antemano, lo venidero es como hecho, como está escrito: Quien hizo lo que ha de venir (Isa. XLV).

98. No es de extrañar si dice que fue fundado antes de los siglos, cuando leíste que fue predestinado antes de los tiempos seculares. Cuán verdaderamente parece expresado sobre la encarnación, lo declaran las siguientes palabras: La sabiduría, dice, se edificó una casa, y colocó siete columnas, y mató sus víctimas: mezcló en el cáliz su vino, y preparó su mesa; y envió a sus siervos, convocando con alta predicación, diciendo: Quien es insensato, que se desvíe hacia mí (Prov. IX, 1 y ss.). ¿No vemos en el Evangelio después de la encarnación que todo esto se ha cumplido, que celebró los misterios del sagrado banquete, que envió a los apóstoles, clamó con gran voz diciendo: Si alguno tiene sed, venga a mí, y beba (Juan VII, 37)? Por tanto, las siguientes palabras responden a las anteriores, y vemos el curso de toda la encarnación ordenado por la exposición de la profecía.

99. Muchos otros documentos podrían estar disponibles que parecen dichos sobre la encarnación: pero no me involucro en libros, para que el tratado no parezca más extenso.

CAPÍTULO XVI.

Los arrianos, si para ellos creado y engendrado es lo mismo, infligen injuria a Cristo: pero si creen que difieren, a quien leyeron engendrado, no debe tenerse por criatura. Esto se confirma con el testimonio de Pablo que prohíbe servir a la criatura; pero se profesa siervo de Cristo: a quien se debe creer más que a Arrio. Se añade también que la criatura no está en Dios, siendo simple: ni debe reducirse al Hijo al orden de la criatura; pues en él el Padre se complace.

100. Ahora pregunto a los mismos arrianos, si creen que es lo mismo ser engendrado que creado. Pues si dicen que es lo mismo, ciertamente no hay diferencia entre engendrar y crear. Por tanto, ya que también nosotros fuimos creados, no hay diferencia entre nosotros y Cristo y los elementos. Pero aunque sean insensatos, no se atreverán a decir eso.

101. Finalmente, para que yo ceda a la insensatez de ellos lo que no es verdad; si nada, como piensan, difiere en la palabra: ¿por qué no llaman a quien adoran con un nombre mejor? ¿por qué no usan la palabra del Padre? ¿por qué rechazan lo que es de honor, asumen lo que es de injuria?

102. Pero si hay diferencia entre creado y engendrado, como yo creo, cuando hemos leído engendrado, ciertamente no entendemos lo mismo engendrado y creado. Digan, por tanto, engendrado del Padre, procreado de la Virgen: o digan cómo el Hijo de Dios es tanto engendrado como creado. Una naturaleza, y especialmente Dios, no recibe diversidad.

103. Ciertamente, que se aleje nuestra sentencia: preguntemos a Pablo, quien lleno del Espíritu de Dios, previendo estas cuestiones; hablando en general contra las naciones, especialmente contra los arrianos, dijo que son condenados por juicio divino, quienes sirven a

la criatura más que al Creador. Finalmente, así lo tienes: Dios los entregó a los deseos de sus corazones, para que deshonren sus cuerpos entre sí: quienes cambiaron la verdad de Dios en mentira, y adoraron, y sirvieron a la criatura más que al Creador, quien es Dios bendito por los siglos (Rom. I, 24, 25).

104. Prohíbe, por tanto, Pablo que sirva a la criatura, y advierte que se debe servir a Cristo. No es, por tanto, criatura Cristo, Pablo, dice, siervo de Jesucristo (Rom. I, 1). Y buen siervo quien reconoce al Señor, él mismo nos prohíbe servir a la criatura: ¿cómo, por tanto, serviría él a Cristo, si pensara que Cristo es una criatura? O dejen de adorar a quien llaman criatura, o dejen de decir criatura a quien simulan adorar; para que no cometan sacrilegios más graves bajo el nombre de adoradores. Pues es más detestable el enemigo doméstico que el extraño: y es un crimen más grave que abusen del nombre de Cristo contra Cristo.

105. ¿Qué mejor intérprete de las Escrituras busquemos, que aquel doctor de las naciones, vaso de elección, elegido de entre los perseguidores? Quien había perseguido a Jesús, lo confiesa. Ciertamente había leído a Salomón más que Arrio, y era experto en la Ley; y por eso, porque había leído, no dice que Cristo es creado, sino engendrado. Pues había leído: Él dijo, y fueron hechas: él mandó, y fueron creadas (Sal. CXLVIII, 5). ¿Acaso Cristo fue hecho por dicho? ¿Acaso Cristo fue creado por mandato?

106. ¿Cómo puede estar la criatura en Dios? Pues Dios es de naturaleza simple, no conjunta y compuesta: a quien nada se le añade, sino que solo lo que es divino tiene en su naturaleza: llenando todo, nunca él mismo confundido: penetrando todo, nunca él mismo penetrable: en todas partes entero, y al mismo tiempo presente en el cielo, en la tierra, o en lo más profundo del mar: incomprensible a la vista, ininterpretable en el habla, inestimable en el sentido, seguido por la fe, venerado por la religión; para que todo lo que puede ser sentido religiosamente, todo lo que es más excelente para la belleza, todo lo que es más sublime para el poder, eso entiendas que conviene a Dios.

107. Por tanto, porque en el Hijo se complace el Padre (Mat. XVII, 5), cree que el Hijo es digno del Padre, cree que el Hijo salió de Dios, como él mismo testimonia diciendo: De Dios salí, y vine (Juan VIII, 42); y en otro lugar: De Dios salí (Juan XVI, 27). Quien salió de Dios, y de Dios salió, no puede tener nada más que lo que es de Dios.

CAPÍTULO XVII.

Se prueba que Cristo es verdadero Dios por el hecho de que es el propio Hijo de Dios; y, habiendo resuelto la dificultad que surge, se confirma la misma cosa por el hecho de que es engendrado, y que salió de Dios. A esto se añade la unidad de operación y voluntad del Padre y del Hijo. Luego, habiendo traído como testimonio a los apóstoles y al Centurión con quienes contunde con los arrianos, se une a Isaías y a Juan.

108. De donde no solo es Dios, sino también verdadero Dios, verdadero de verdadero, y tan verdadero, que él mismo es la verdad. Por tanto, si buscamos el nombre, es la verdad: si buscamos la majestad natural, hasta el punto de que el Hijo de Dios es verdadero, que también es propio. Pues está escrito: Quien no escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó por nosotros (Rom. VIII, 32): lo entregó ciertamente según la carne. La propiedad es de la divinidad, la verdad de la propiedad, la misericordia de la piedad, la ofrenda de la seguridad.

109. Pero para que no se calumniara, ya que está escrito: "El Padre lo entregó"; el mismo Apóstol dijo en otro lugar: "Paz de Dios Padre y de nuestro Señor Jesucristo, quien se entregó

por nuestros pecados" (Gálatas I, 3, 4); y en otro lugar: "Como Cristo nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros" (Efesios V, 2). Si, por lo tanto, fue entregado por el Padre y él mismo se entregó, se muestra que hay una sola operación, una sola voluntad del Padre y del Hijo.

110. Si buscamos, por tanto, la majestad natural, fue engendrado. Quien niega al engendrado, niega lo propio: quien niega lo propio, lo considera común a los demás. Pero si buscamos la propiedad de su generación, salió de Dios. Pues aunque en nuestro uso salir es lo que ya es, y parece salir de los secretos interiores lo que se dice que sale: aunque con palabras limitadas advertimos la propiedad de la generación divina; para que no parezca haber salido de algún lugar, sino como Dios de Dios, Hijo del Padre; ni parezca haber comenzado en el tiempo, quien al nacer del Padre sale, como dijo él mismo que nació: "Salí de la boca del Altísimo" (Eclesiástico XXIV, 5).

111. Pero si no reconocen la naturaleza, si no creen en las Escrituras, al menos crean en las obras. ¿A quién dice el Padre: "Hagamos al hombre" (Génesis I, 26), sino a aquel que sabía que era su verdadero Hijo? ¿En quién sino en el verdadero reconocería su imagen? No es uno adoptivo y verdadero; ni diría el Hijo: "Somos uno" (Juan XVI, 22); si se comparara con el verdadero, que no fuera él mismo verdadero. Por lo tanto, dice el Padre: "Hagamos". Quien lo dijo, es verdadero: ¿puede, por tanto, no ser verdadero aquel que lo hizo; y lo que se atribuye al que dice, se niega al que hace?

112. ¿Y cómo, si no conociera al verdadero Hijo, le confiaría la unidad de su voluntad y la verdad de su obra? Pues cuando el Hijo hace las mismas obras que hace el Padre, y a quienes quiere vivifica el Hijo, como está escrito (Juan V, 19, 21); ni difiere en poder, y es libre en voluntad: así se conserva la unidad; porque también la virtud de Dios está en la propiedad de la divinidad; y la libertad no está en alguna diferencia, sino en la unidad de la voluntad.

113. Los apóstoles turbados en el mar, aunque aún no creyendo de corazón, cuando primero vieron a las aguas jugar bajo los pies del Señor, y las huellas intrépidas del Señor caminando sobre las aguas en el agitado oleaje del mar; y de repente, cuando Cristo subió a la nave que se agitaba con las olas; vieron las aguas calmadas y los elementos sirviendo, creyeron que era el verdadero Hijo de Dios, diciendo: "Verdaderamente eres el Hijo de Dios" (Mateo XIV, 25 y ss.).

114. Esto mismo confiesa el Centurión con otros que estaban con él, cuando los ejes del mundo temblaron en la pasión del Señor: ¡y tú, hereje, lo niegas! El Centurión dice: "Verdaderamente este era el Hijo de Dios" (Mateo XXVII, 54). "Era", dice el Centurión, y el arriano dice, "no era". Él, por tanto, afirma la verdad y la eternidad de la generación con mano ensangrentada, pero con mente devota: tú, hereje, niegas la verdad de la generación, atribuyes tiempo. ¡Ojalá hubieras ensangrentado más bien tu mano que tu alma! Pero ni inocente de mano, y de mente mortal, en cuanto depende de ti, infliges muerte, quien opinas que es débil; más aún, lo que es más grave, aunque la divinidad no pueda sentir herida, en cuanto depende de ti, intentas matar su majestad en Cristo, no el cuerpo.

115. Por lo tanto, no podemos dudar que es verdadero Dios, a quien los verdugos creyeron verdadero Hijo de Dios, y los demonios confesaban: de los cuales ahora no se requieren testimonios, pero sin embargo se prefieren a tus sacrilegios. Los mencionamos para que te avergüences, también aducimos respuestas divinas para que creas.

116. Clama el Señor por medio de Isaías: "A los que me sirven se les llamará con un nombre nuevo, que será bendecido sobre la tierra, y bendecirán al Dios verdadero: y los que juran

sobre la tierra, jurarán por el Dios verdadero" (Isaías LXV, 16). Esto, digo, dijo Isaías, cuando vio su majestad. Esto se designa en el Evangelio, que vio la majestad de Cristo, y habló de él.

117. Sin embargo, recibe lo que también escribió el evangelista Juan en su epístola diciendo: "Sabemos que el Hijo de Dios ha aparecido, y nos ha dado entendimiento, para que conozcamos al Padre, y estemos en su verdadero Hijo Jesucristo nuestro Señor. Este es el verdadero Dios, y la vida eterna" (I Juan V, 20). Juan dice que el Hijo de Dios es verdadero, y verdadero Dios: por lo tanto, si es verdadero Dios, ciertamente no creado, no tiene nada de engañoso ni falso, nada confuso ni disímil.

CAPÍTULO XVIII.

En la definición de Nicea se recuerdan los errores arrianos, para que no engañen a nadie. Los mismos se refieren con su anatema, que se dice no solo pronunciado en Nicea, sino también en Rímini una y otra vez.

118. [Alias cap. VIII.] Por lo tanto, Dios de Dios, luz de luz, verdadero Dios de verdadero Dios, nacido del Padre, no hecho, de la misma sustancia que el Padre.

119. Así dijeron nuestros Padres según las Escrituras, quienes también consideraron que los dogmas sacrílegos debían ser insertados en sus decretos, para que la perfidia de Arrio se delatara a sí misma; para que no se ocultara como cubierta con ciertos maquillajes y colores. Hacen maquillaje, en efecto, quienes no se atreven a explicar lo que sienten. Por lo tanto, la impiedad arriana no se revela con exposición, sino con condena; para que quien curiosamente desea escuchar, primero la conozca condenada, para que no caiga, antes de escucharla expuesta, para que crea.

120. [Alias cap. IX.] A aquellos, dice, que dicen: "Hubo un tiempo cuando no era", y "antes de que naciera no era": y que dicen que fue hecho de la nada, o de otra sustancia o οὐσίᾳ, o que el Hijo de Dios es mutable o convertible, la Iglesia católica y apostólica los anatematiza.

121. Has recibido, santo Emperador, que aquellos que afirman tales cosas, están justamente condenados. No por industria humana, no por algún acuerdo, como dije antes (Prólogo n. 5), se reunieron trescientos dieciocho obispos en el concilio: sino para que en su número, por el signo de su pasión y nombre, el Señor Jesús probara que estaba presente en su concilio; la Cruz está en los trescientos, el nombre de Jesús en los dieciocho sacerdotes.

122. Esto también tuvo la primera confesión en el concilio de Rímini, y después del concilio de Rímini la segunda corrección. La confesión la atestigua una carta enviada al emperador Constancio, la corrección la confiesan los concilios que siguieron.

CAPÍTULO XIX.

Donde primero atribuye a Arrio el primero de los errores mencionados, Juan lo refuta con su testimonio, y de paso describe la trágica muerte del hereje. Luego examina y refuta individualmente las demás blasfemias del mismo.

123. Arrio, por tanto, dice: "Hubo un tiempo cuando no era"; pero la Escritura dice, "Era", no dice, "no era". De hecho, Juan escribió: "En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios: este era en el principio con Dios" (Juan I, 1). He aquí cuántas veces dice "era" y en ninguna parte dice que "no era". ¿A quién, entonces, creemos? ¿A Juan,

que se recostaba en el pecho de Cristo, o a Arrio, revolcándose entre sus propias entrañas derramadas; para que reconozcamos que la perfidia de Arrio también fue similar a la de Judas el traidor, a quien una pena similar condenó?

124. Pues también las entrañas de Arrio se derramaron, da vergüenza decir dónde, y así reventó por el medio, postrado en el rostro; con la boca sucia por aquellas cosas con las que había negado a Cristo. Reventó, como también dijo el apóstol Pedro de Judas (Hechos I, 18), porque poseyó un campo con el precio de la injusticia, y postrado en el rostro reventó por el medio, y se derramaron todas sus entrañas. No es una muerte fortuita, donde en sacrilegio una pena similar avanzó con un ejemplo similar; para que sufrieran el mismo castigo quienes negaron al mismo Señor; y quienes traicionaron al mismo Señor.

125. Vayamos a otras cosas. Arrio dice: "Antes de que naciera, no era"; pero la Escritura dice que todo es por el Hijo. ¿Cómo, entonces, dio ser a otros, quien no era? Pero cuando el impío dice, "cuando" y "antes", estas dos palabras ciertamente muestran tiempo. ¿Cómo, entonces, niegan el tiempo antes del Hijo, y quieren que primero existieran las cosas que son del tiempo: cuando eso mismo, "cuando" y "antes" y "alguna vez no fue", es del tiempo?

126. Arrio dice que el Hijo de Dios es de la nada. ¿Cómo, entonces, es Hijo de Dios? ¿Cómo es engendrado del seno paterno? ¿Cómo se lee que el Verbo fue eructado del corazón, sino para que se entienda que salió del secreto íntimo e inestimable del Padre, como está escrito? Pues el Hijo es o por adopción, o por naturaleza: por adopción nosotros somos llamados hijos, él es por la verdad de la naturaleza. ¿Cómo, entonces, es de la nada aquel que hizo todo de la nada (Salmo XLIV, 1)?

127. No tiene Hijo quien no sabe de dónde es. De hecho, ni los judíos tenían al Hijo, porque no sabían de dónde era. Y por eso el Señor les dijo: "No sabéis de dónde vengo" (Juan VIII, 14); y más adelante: "Ni a mí me conocéis, ni a mi Padre conocéis" (Juan VIII, 19). Pues quien niega al Hijo del Padre, ni al Padre de quien es el Hijo, conoce: ni al Hijo conoce; porque al Padre no conoce (Gálatas IV, 5).

128. Arrio dice: "De otra sustancia". ¿Qué otra sustancia, entonces, se iguala al Hijo de Dios, para que de ella sea el Hijo de Dios? ¿O cómo reprenden porque nosotros en Dios decimos en griego οὐσίαν o en latín sustancia, cuando al decir que el Hijo es de otra sustancia, también ellos confirman que hay sustancia de Dios?

129. Pero si quisieran hablar del nombre de la sustancia o naturaleza divina, fácilmente serán refutados; porque tanto οὐσίαν en griego, como sustancia en latín, la Escritura lo ha mencionado frecuentemente. Y Pedro quiere que seamos, como leemos (II Pedro I, 4), partícipes de la naturaleza divina. Pero si dicen que el Hijo es de otra sustancia, se refutan a sí mismos, confesando tanto la palabra de sustancia que temen, como comparando al Hijo con las criaturas a las que pretenden preferirse.

130. Arrio dice que el Hijo de Dios es criatura, no como las demás criaturas. Pues ¿qué criatura no es como otra criatura? El hombre no como el ángel, la tierra no como el cielo, el sol no como el agua, la luz no como las tinieblas. Por lo tanto, no ha otorgado nada al preferir, sino que ha cubierto con un miserable color el engaño de su impiedad para engañar a los simples.

131. Arrio dice que el Hijo de Dios es mutable y convertible. ¿Cómo, entonces, es Dios, si es mutable; cuando él mismo dijo: "Yo soy, yo soy, y no he cambiado" (Malaquías III, 6)?

CAPÍTULO XX.

Desea que algún Serafín vuele hacia él para purificarlo como en otro tiempo a Isaías; más bien invita a Cristo a venir a él, al Emperador y a otros lectores suyos; y finalmente, designando mística y alegóricamente el cáliz del Señor, pide que por su virtud se embriague Graciano y los demás fieles.

132. Pero ahora debo confesar aquello profético que Isaías preanuncia sobre el Señor diciendo: "¡Ay de mí, que estoy perdido! Porque soy hombre de labios impuros, y habito en medio de un pueblo de labios impuros; he visto al Señor de los ejércitos" (Isaías VI, 5). Por lo tanto, si Isaías se dice a sí mismo miserable, que vio al Señor de los ejércitos: ¿qué diré yo de mí mismo, que teniendo labios impuros, me veo obligado a tratar sobre la generación de Dios? ¿Cómo, entonces, me atreveré a hablar de lo que temo; cuando David pide custodia para su boca sobre lo que sabe (Salmo XXXVIII, 2)? ¡Oh, si también a mí uno de los Serafines, trayendo aquel carbón candente que tomó del altar divino con las tenazas de ambos Testamentos, quemara mis labios impuros!

133. Pero como entonces el Serafín descendió en figura al profeta (Isaías VI, 6): tú, sin embargo, Señor, revelado el misterio, viniste a nosotros en carne, no por mensajero, ni por enviado, sino tú mismo por ti, purifica mi conciencia de mis ocultos; para que yo también, antes impuro, pero ya por tu misericordia puro en la fe, cante aquello de David, diciendo: "Te cantaré con la cítara, Dios de Israel: se alegrarán mis labios cuando te cante; y mi alma, que has redimido" (Salmo VII, 22, 23).

134. Por lo tanto, Señor, dejando a tus calumniadores y enemigos, ven a nosotros; y santifica los oídos del príncipe Graciano, y de todos aquellos a quienes llegue este libro, concédeme oídos vacíos; para que no queden residuos de las inmundicias de la perfidia escuchada. Purifica, por lo tanto, purifica el oído no con copas de fuentes, ni con sorbos de río, ni con el murmullo de un arroyo que pasa: sino con palabras que obran como aguas, más claras que el brillo de las aguas, y más puras que toda nieve; con aquellas palabras, ciertamente, con las que dijiste: "Si vuestros pecados fueran como la grana, los haré blancos como la nieve" (Isaías I, 18).

135. Hay también una copa con la que sueles purificar los secretos de la mente, una copa no de la naturaleza antigua, ni de la vid habitual: sino una copa nueva traída del cielo a la tierra, exprimida de aquel racimo extranjero, que como una uva de la vid, así él colgó en la carne de la cruz del madero. De este racimo, por lo tanto, es el vino que alegra el corazón del hombre, embriaga con sobriedad, exhala la embriaguez de la fe y la verdadera religión, infunde la embriaguez de la castidad.

136. Con este vino, por lo tanto, mi Señor, purifica los oídos del Augusto de la mente, para que así como los hombres embriagados con vino natural, aman la quietud, expulsan el temor de la muerte, no sienten las injurias, no buscan lo ajeno, olvidan lo suyo: así también embriagado con tu vino, ame la paz, y con la exultación de la fe seguro, ignore la muerte de la infidelidad, exhiba la paciencia de la caridad, no retenga los sacrilegios ajenos, prefiera la fe incluso a sus propios empeños, según lo que está escrito: "Deja todo lo tuyo, y ven, sígueme" (Mateo XIX, 21).

137. Con este vino, Señor Jesús, lava también nuestros sentidos, para que te adoremos, te veneremos como creador de lo visible e invisible. No puedes, por lo tanto, ser invisible o no ser bueno, quien también otorgaste eso a tus obras.

LIBRO SEGUNDO.

PRÓLOGO.

Ambrosio, al añadir este libro al anterior, enseña que los doce nombres del Hijo de Dios, primero divididos en tres partes, prueban no solo su eternidad, sino también la del Padre. Luego, comparando brevemente los mismos con las doce piedras de la vestidura sacerdotal, muestra cuán necesariamente deben unirse, introduciendo una nueva distribución de las mismas. Después, volviendo a la comparación propuesta, alaba alegóricamente la textura y las piedras de la mencionada vestidura. De aquí, aportando también la razón mística de la doble división, prosigue exponiendo la comparación emprendida; de la cual, deduciendo la fe por las obras, añade una descripción concisa de la misma fe sobre el Hijo.

1. Suficientemente, creo, en el libro anterior, santo Emperador, se ha enseñado que el Hijo de Dios es eterno, no diferente del Padre, engendrado, no creado: también hemos demostrado con lecturas de las Escrituras que el Hijo de Dios es verdadero Dios, y designado con claros indicios de su majestad.

2. Por lo tanto, aunque estas cosas son abundantemente suficientes para la fe, ya que la magnitud del río que fluye a menudo se estima por el flujo del manantial; sin embargo, para que nuestra fe brille más puramente, parece que debe derivarse una distinción tripartita. Pues hay indicios evidentes que muestran la propiedad de la deidad: hay los que muestran la semejanza del Padre y del Hijo: también hay los que expresan claramente la unidad de la majestad divina. Por lo tanto, son de propiedad, generación, Dios, Hijo, Verbo: de semejanza, esplendor, carácter, espejo, imagen: de unidad eterna, sabiduría, virtud, verdad, vida.

3. Estos indicios señalan así al Hijo de Dios, para que de ellos también reconozcas que el Padre es eterno, y que el Hijo no difiere de él. De aquel que es, generación; de lo eterno, Dios; del Padre, Hijo; de Dios, Verbo; esplendor de gloria, carácter de sustancia, espejo de Dios, imagen de la majestad, de lo bueno, bondad; de lo sabio, sabiduría; de lo fuerte, virtud; de lo verdadero, verdad; de lo viviente, vida. Por lo tanto, los indicios del Padre y del Hijo concuerdan, de los cuales nadie dudará que no difieren entre sí, sino que son de una sola majestad. De cada uno de ellos podríamos presentar ejemplos de nombres, si no estuviéramos obligados por el deseo de un discurso más conciso.

4. Con estas doce piedras preciosas se levanta la columna de la fe. Estos son, en efecto, aquellas piedras preciosas (Éxodo XXVIII, 17 y ss.), sardio, jaspe, esmeralda, crisólito, y las demás, con las que se teje la vestidura del santo Aarón, quien ciertamente lleva la figura de Cristo, el verdadero sacerdote: piedras rodeadas de oro, y grabadas con los nombres de los hijos de Israel, doce piedras unidas entre sí. Pues si alguien las separa y las divide, toda la estructura de la fe se disuelve.

5. Por lo tanto, el principio de nuestra fe es saber que el Hijo de Dios es engendrado: si no es engendrado, tampoco es Hijo. Y no basta con haber dicho Hijo, a menos que también designes al Hijo unigénito. Si es criatura, no es Dios: si no es Dios, tampoco es vida: si no es vida, tampoco es verdad.

6. Por lo tanto, esos tres, es decir, generación, Hijo, unigénito, indican principalmente y propiamente al Hijo de Dios.

7. Los tres siguientes, es decir, Dios, vida, verdad, manifiestan su virtud, por la cual creó y hizo subsistir la criatura: "En él vivimos, nos movemos y somos", como dijo Pablo (Hechos XVII, 28). Y por eso en esos tres se declara la propiedad del Hijo, en estos otros la unidad de la operación del Padre y del Hijo.

8. También se dice que el Hijo de Dios es imagen, esplendor y carácter, porque estos revelaron la divinidad incomprensible e inescrutable de la majestad paterna, y la semejanza expresada. También vemos que estos tres pertenecen a la semejanza.

9. Resta, virtud, sabiduría, justicia; para que con estas operaciones individuales se pruebe la eternidad.

10. Este es, por tanto, el vestido adornado con piedras preciosas, este es el verdadero atuendo del sacerdote, esta es la vestidura nupcial; este es el tejedor profético, que sabe bien cómo entrelazarlas. Y no es una textura vulgar, de la cual el Señor dice por el profeta: ¿Quién dio a las mujeres la sabiduría para tejer? (Job 38, 36). Ni son piedras comunes, piedras, como leemos, de suplemento: pues en él está toda la perfección, si nada falta. Piedras compuestas y rodeadas de oro, es decir, de naturaleza inteligible; si nuestra mente las compone bien, y el sentido natural las une con razonamiento probable. Finalmente, la lectura enseña cuán no mediocres son las piedras (Éxodo 35, 27), ya que mientras otros traían cosas más vulgares, los príncipes religiosos llevaron estas piedras sobre sus hombros, de las cuales hicieron el racional, obra textil (Éxodo 35, 27). Pues es obra textil cuando los hechos de la fe concuerdan.

11. Que nadie piense que me equivoco, porque arriba hice una distinción tripartita de cuatro, y abajo una cuatripartita de tres. La gracia de la buena obra agrada más a través de diversas formas. Buena es también aquella que muestra el tejido del atuendo sacerdotal, ya sea la ley o la Iglesia, que hizo dos vestiduras para su esposo, como está escrito (Proverbios 31, 22 y ss.): una de obra, otra de mente, entrelazando la fe y los velos de los hechos. Así que en otro lugar, como leemos, cubre con oro, y luego añade jacinto y púrpura con escarlata y lino fino. Nuevamente en otro lugar, forma primero flores de jacinto y otras, y luego añade oro, y es un solo hábito del sacerdote; para que brillando con los mismos colores, la diversidad de orden resplandezca con gracia y decoro.

12. Así que para que también se disponga la serie típica de la razón, no hay duda de que las palabras del Señor se designan con oro y plata probada, en las cuales se basa la fe. Pues está escrito: Las palabras del Señor son palabras puras, plata refinada en el crisol, purificada siete veces (Salmo 11, 7). El jacinto tiene semejanza con el aire que respiramos y del cual tomamos aliento: la púrpura también expresa la apariencia de las aguas: por el escarlata se entiende el fuego: la tierra por el lino fino; pues este se genera de la tierra. De estos cuatro elementos subsiste el cuerpo humano.

13. Así que ya sea que unas los hechos del cuerpo a la fe de la mente precedente: o que los hechos precedan, y la fe acompañe religiosamente a los hechos, este es el ornamento religioso del obispo, este es el velo del sacerdote.

14. Buena es, por tanto, la fe, cuando resplandece con el hermoso ornato de las obras: de la cual, para hablar en resumen, estas son las definiciones que no pueden ser disueltas. Si es de la nada, no es Hijo: si es criatura, no es creador: si es hecho, no es hacedor de todo: si es aprendiz, no es preconecedor: si es receptor, no es perfecto: si es progresivo, no es Dios: si es

disímil, no es imagen: si es por gracia, no por naturaleza: si es ajeno a la divinidad, es autor de maldad: Nadie es bueno, sino solo Dios (Marcos 10, 18).

CAPÍTULO PRIMERO.

Para resolver la objeción de los arrianos que niegan la bondad del Hijo de Dios, explica la sentencia de Cristo desde las personas que hablan, así como desde las mismas palabras.

15. Me asombro, por tanto, ante lo demás, santo emperador, y desfallezco en todo mi cuerpo y alma, de que haya algunos hombres, o más bien no hombres, sino cubiertos con apariencia humana, pero por dentro de bestial demencia; que después de tantos y tan divinos beneficios del Señor, nieguen al mismo autor de los bienes.

16. Está escrito, dicen: Nadie es bueno, sino solo Dios. Reconozco lo escrito: pero la letra no tiene error; ¡ojalá la interpretación arriana no lo tuviera! Los caracteres son sin culpa, el sentido está en culpa. Reconozco la palabra del Señor Salvador: pero consideremos cuándo lo dice, a quién lo dice, con qué circunspección lo dice.

17. Lo dice ciertamente en forma de hombre el Hijo de Dios, y lo dice al escriba, a aquel que llamaría al Hijo de Dios buen maestro, pero negaría que es Dios. Lo que él no cree, Cristo añade; para que crea al Hijo de Dios no como buen maestro, sino como buen Dios. Pues dondequiera que se dice un solo Dios, de ninguna manera el Hijo de Dios se separa de la plenitud de la unidad; ¿cómo es que donde se nombra un solo Dios bueno, el unigénito es excluido de la plenitud de la bondad divina? Es necesario, por tanto, o que nieguen que el Hijo de Dios es Dios, o que confiesen que es buen Dios.

18. Y por eso, con circunspección celestial no dijo: Nadie es bueno, sino solo el Padre; sino: Nadie es bueno, sino solo Dios. Pues Padre es nombre propio del que engendra, pero Dios uno no excluye la deidad de la Trinidad, y por eso se alaba la naturaleza. La bondad, por tanto, está en la naturaleza de Dios, y en la naturaleza de Dios también está el Hijo de Dios; y por eso no se predica lo que es de singularidad, sino lo que es de unidad.

19. Por tanto, no se niega la bondad por el Señor, sino que se rechaza a tal discípulo. Pues cuando el escriba dijo: Maestro bueno, el Señor respondió: ¿Por qué me llamas bueno? (Marcos 10, 18) es decir, a quien no crees Dios, no basta con que lo llames bueno. No busco tales discípulos, que me crean más buen maestro según el hombre, que buen Dios según la divinidad.

CAPÍTULO II.

Prueba que el Hijo de Dios es bueno por sus obras, a saber, por sus beneficios a los israelitas bajo el Antiguo Testamento, y a los cristianos bajo el nuevo. Luego, después de haber dicho que le conviene considerarlo como buen señor y juez, aporta el testimonio paterno sobre el Hijo; incluso también de una parte no pequeña de los judíos, por lo cual declara que los arrianos son peores. Todo lo cual concluye con la exposición de las palabras de la Esposa, que designan la misma bondad de Cristo.

20. Pero no quiero que use la prerrogativa de su naturaleza y el privilegio de su potestad. No se le llame bueno, si no lo merece, por nosotros. Si no lo merece por sus obras, si no lo merece por sus beneficios, que se abdique de su derecho de naturaleza, que se someta a nuestro juicio. Quien ha de juzgarnos, no desdeña ser juzgado; para que sea justificado en sus palabras, y venza cuando sea juzgado (Salmo 50, 6).

21. ¿Acaso no es bueno aquel que me concede bienes? (Salmo 12, 6) ¿Acaso no es bueno aquel que, cuando seiscientas mil personas del pueblo judío cedían a sus perseguidores, dividió de repente el oleaje del Mar Rojo con una masa indivisa de aguas; para que las olas circundantes protegieran a los fieles, y las aguas que se volvían sumergieran a los infieles?
22. ¿Acaso no es bueno aquel que, por su mandato, los mares se solidificaron para los que huían, las rocas se humedecieron para los sedientos; para que se reconociera la obra del verdadero autor, cuando el agua se endurecía, la roca manaba? (Éxodo 17, 6) Para que reconozcas que es obra de Cristo, el Apóstol dijo: Pero la roca era Cristo (1 Corintios 10, 4).
23. ¿Acaso no es bueno aquel que alimentó a tantas innumerables multitudes del pueblo, para que no les sobreviniera hambre, en el desierto con pan celestial, sin el uso del trabajo, con el fruto del descanso (Éxodo 16, 13 y ss.): de modo que durante cuarenta años ni sus vestiduras envejecieron, ni sus calzados se desgastaron (Deuteronomio 8, 4), mostrando a los fieles la futura resurrección, que ni el decoro de las obras espléndidas, ni el brillo de la virtud circundante, ni el curso de la vida humana perecería?
24. ¿Acaso no es bueno aquel que hizo que el cielo fuera para nosotros lo que es la tierra; para que así como en el cielo, como en un espejo, resplandecieran los globos de las estrellas luminosas; así también los coros de apóstoles, mártires y sacerdotes, en lugar de estrellas resplandecientes, iluminaran todo el mundo?
25. Por tanto, no solo es bueno, sino también buen pastor, es decir, no solo para sí mismo, sino también para sus ovejas: Porque el buen pastor da su vida por las ovejas (Juan 10, 11). Ciertamente dio su vida, para elevar la nuestra: pero por el poder de la divinidad la dio y la tomó, como está escrito: Tengo poder para dar mi vida, y tengo poder para tomarla. Nadie me la quita, sino que yo mismo la doy (Juan 10, 17, 18).
26. Ves la bondad, porque la dio voluntariamente: ves el poder, porque la tomó; y tú niegas que es bueno, cuando él mismo dijo de sí en el Evangelio: Si yo soy bueno, ¿por qué es malo tu ojo? (Mateo 20, 15) Ingrato, ¿qué haces? ¿Niegas al bueno, por quien esperas bienes, si es que crees? ¿Niegas al bueno, que nos dio lo que ojo no vio, ni oído oyó? (1 Corintios 2, 9)
27. Me conviene creer que es bueno: Porque es bueno confiar en el Señor (Salmo 117, 8). Me conviene confesar al Señor; pues está escrito: Confesad al Señor, porque es bueno (Salmo 117, 1).
28. Me conviene considerar a mi juez como bueno; porque el Señor es buen juez para la casa de Israel. Por tanto, si el Hijo de Dios es juez, ya que el juez es buen Dios, y el Hijo de Dios es juez; el Hijo de Dios es buen Dios y juez.
29. Pero tal vez no creas a otros, no creas al Hijo; escucha al Padre diciendo: Mi corazón ha pronunciado una palabra buena (Salmo 44, 1). Por tanto, la Palabra es buena, esta Palabra de la cual está escrito: Y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios (Juan 1, 1). Por tanto, si la Palabra es buena, y el Hijo de Dios es la Palabra: ciertamente el Hijo de Dios es buen Dios; aunque no agrade a los arrianos. Que se avergüencen alguna vez.
30. Los judíos decían: Es bueno (Juan 7, 12). Aunque algunos decían: No lo es, otros decían sin embargo: Es bueno; y vosotros todos negáis que es bueno.

31. Es bueno, quien perdona el pecado de uno; y no es bueno, quien quitó el pecado del mundo? Pues de él se dijo: He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo (Juan 1, 29).

32. Pero ¿por qué dudamos? La Iglesia ya ha creído que es bueno, y lo ha confesado diciendo: Que me bese con los besos de su boca; porque tus amores son mejores que el vino (Cantar de los Cantares 1, 1); y en otro lugar: Y tu paladar es como el mejor vino (Cantar de los Cantares 7, 9). Por tanto, él nos nutre con los pechos de la Ley y la gracia, calmando las preocupaciones de los hombres con la predicación celestial; y nosotros negamos que es bueno, cuando es la imagen de la bondad, expresando en sí mismo la figura de la bondad eterna, como también mostramos arriba que está escrito, porque él es un espejo sin mancha, y la imagen de su bondad (Sabiduría 7, 26).

CAPÍTULO III.

El Hijo de Dios es Dios bueno y verdadero, siendo Dios uno.

33. [Alias cap. II.] Pero ¿qué os parece a vosotros, que negáis que el Hijo de Dios es buen y verdadero Dios; cuando está escrito que no hay otro Dios, sino uno solo (1 Corintios 8, 4)? Pues aunque hay quienes son llamados dioses, ¿acaso contáis a Cristo entre aquellos que son llamados, y no lo son? Siendo propio de él, que siempre sea: y fuera de él no hay otro Dios bueno y verdadero; porque en él está Dios: y es propio también del Padre, que después de él no haya otro Dios verdadero; porque uno es Dios, ni confundiendo al Padre y al Hijo según los sabelianos, ni separando al Padre y al Hijo según los arrianos. Pues el Padre y el Hijo tienen distinción, como Padre e Hijo; no tienen separación de divinidad.

CAPÍTULO IV.

Se demuestra que el Hijo de Dios es omnipotente con la autoridad del antiguo y nuevo pacto.

34. [Alias cap. III.] Por tanto, siendo el Hijo de Dios verdadero y bueno, ciertamente es omnipotente Dios el Hijo de Dios: ¿acaso de esto también se puede dudar? Arriba (lib. I, cap. 1) dijimos que el Señor es su nombre omnipotente. Por tanto, porque el Hijo es Señor, y el Señor es omnipotente; el Hijo de Dios es omnipotente.

35. Pero recibe también una lectura de la cual no puedas dudar: He aquí que viene, dice, con las nubes, y todo ojo le verá, y los que le traspasaron; y todas las tribus de la tierra se lamentarán por él. Sí, amén. Yo soy el Alfa y la Omega, dice el Señor Dios, el que es, y el que era, y el que ha de venir, el omnipotente (Apocalipsis 1, 7, 8). ¿A quién, pues, traspasaron, y a quién esperamos que venga, sino al Hijo? Por tanto, el omnipotente Señor y Dios es Cristo.

36. Recibe otra cosa, santo emperador, y recibe a Cristo hablando: Así dice el Señor omnipotente: Después del honor me envió sobre las naciones que os despojaron; porque el que os toca, toca la niña de su ojo. Porque he aquí que yo extendiendo mi mano sobre ellos, que os despojaron, y os libraré; y serán despojo, los que os despojaron, y sabrán que el Señor omnipotente me envió (Zacarías 2, 8, 9). Ciertamente quien dice: El Señor es omnipotente: y quien envió, el Señor es omnipotente. Por tanto, tanto el Padre como el Hijo son omnipotentes; pero sin embargo, Dios es uno omnipotente; porque la unidad de poder es.

37. Y para que sepas, emperador augusto, que Cristo es quien habló tanto en el profeta como en el Evangelio, como en la predestinación del Evangelio por Isaías dice: Yo mismo que

hablaba, estoy presente (Isaías 52, 6), es decir: Estoy presente en el Evangelio, quien hablaba en la Ley.

38. Luego en otro lugar: Todo lo que el Padre tiene, es mío (Juan 16, 25). ¿Qué es todo? Ciertamente no habló de las cosas creadas; pues todas estas cosas fueron hechas por el Hijo: sino de lo que el Padre tiene, es decir, la eternidad, la majestad, la divinidad, que poseyó al nacer. Por tanto, de aquel que tiene todo lo que el Padre tiene (pues está escrito: Todo lo que el Padre tiene, es mío), no podemos dudar que es omnipotente.

CAPÍTULO V.

Expone los textos de la Escritura objetados contra la omnipotencia de Cristo; y se detiene especialmente en probar que él mismo habló no pocas veces desde el afecto de la naturaleza humana.

39. Ni temo que porque está escrito de Dios: Bienaventurado y solo poderoso (1 Timoteo 6, 15), el Hijo de Dios sea separado de él; cuando la Escritura dijo que Dios es el único poderoso, no el Padre solo: y el mismo Dios Padre afirma de Cristo por el profeta: Puse ayuda sobre el poderoso (Salmo 88, 20). Por tanto, no solo el Padre es poderoso, sino también el Hijo de Dios es poderoso; pues en el Padre se alaba también al Hijo.

40. Ciertamente, que alguien muestre qué es lo que el Hijo de Dios no puede hacer: ¿quién fue su ayudante cuando hizo el cielo, fue? ¿quién fue su ayudante cuando creó el mundo? ¿Acaso quien no necesitó ayudante en la constitución de los ángeles y dominaciones, necesitó para liberar al hombre?

41. Está escrito, dicen: Padre mío, si es posible, pasa de mí este cáliz (Mateo 26, 39; Lucas 22, 42). Y por eso es omnipotente, ¿cómo duda de la posibilidad? Por tanto, porque he probado que es omnipotente, he probado ciertamente que no puede dudar de la posibilidad.

42. Son palabras, dices, de Cristo. Dices la verdad: pero advierte cuándo, y en qué forma habla. Llevó la sustancia del hombre, asumió el afecto del hombre. Por tanto, arriba tienes que avanzó un poco y se postró sobre su rostro, orando y diciendo: Padre, si es posible. Por tanto, no habla como Dios, sino como hombre; ¿acaso Dios no sabía algo posible o imposible? ¿O hay algo imposible para Dios, cuando está escrito: Porque nada te es imposible? (Job 22, 17)

43. ¿De qué duda? ¿de sí mismo, o del Padre? Ciertamente de aquel que dice: Pasa; y duda con afecto humano. Por tanto, el profeta no cree que algo sea imposible para Dios. El profeta no duda, y ¿tú crees que el Hijo duda? ¿Acaso colocas a Dios por debajo de los hombres? ¿Y Dios duda del Padre, y teme a la muerte? ¿Entonces Cristo teme; y cuando Pedro no teme, Cristo teme? Pedro dice: Mi vida pondré por ti (Juan 13, 37); Cristo dice: Mi alma está turbada (Juan 12, 27).

44. Ambas cosas son verdaderas, y ambas están llenas de razón; que aquel que es inferior, no teme: y aquel que es superior, lleva el afecto del que teme: pues aquel como hombre ignora la fuerza de la muerte, este como Dios constituido en el cuerpo expone la fragilidad de la carne; para que se excluyera la impiedad de aquellos que niegan el sacramento de la Encarnación. Por tanto, dijo estas cosas, y el maniqueo no creyó, Valentino negó, Marción juzgó que era un fantasma.

45. Tanto igualaba al hombre que mostraba con la verdad del cuerpo, con el afecto, que decía: Pero no como yo quiero, sino como tú quieres (Mateo 26, 39); cuando ciertamente es igual el querer de Cristo, que lo que el Padre quiere: de quien es igualmente hacer, lo que el Padre hace.

46. En este lugar también se silencia vuestra cuestión, que soléis objetar, porque el Señor dijo: No como yo quiero, sino como tú quieres; y en otro lugar: Para esto he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió (Juan 6, 38).

CAPÍTULO VI.

Aprovechando la ocasión de los lugares de la Escritura anteriores, se desvía un poco para demostrar primero la libertad del Señor, a partir de que el mismo Espíritu Santo está dotado de ella, y luego con testimonios expresos que se le atribuyen al Hijo de Dios.

47. Por tanto, como si con interposiciones de una exposición más completa, por un momento, demostremos que el Señor dijo: Si es posible, mientras tanto, que el Señor fue de voluntad libre. Habéis avanzado tanto en impiedad, que negáis que el Hijo de Dios es de voluntad libre. Pero ciertamente soléis también menospreciar al Espíritu Santo, y no podéis negar que está escrito: El Espíritu sopla donde quiere (Juan 3, 8). Donde quiere, dice, no donde se le ordena. Por tanto, si el Espíritu sopla donde quiere, ¿el Hijo no hace lo que quiere? Y ciertamente el mismo Hijo de Dios en su Evangelio dice, donde quiera que el Espíritu tenga la facultad de soplar. ¿Acaso, pues, confiesa a uno superior; porque a aquel le es lícito, lo que a él no le es lícito?

48. El Apóstol también dice que todo lo opera un mismo y único Espíritu, distribuyendo a cada uno según su voluntad (I Cor. XII, 11). Según su voluntad, dice, es decir, por el libre albedrío de su voluntad, no por la obediencia de la necesidad. Y el Espíritu distribuye no cosas mediocres, sino aquellas que Dios suele operar, la gracia de las curaciones y la operación de las virtudes. Por lo tanto, ¿el Espíritu distribuye según su voluntad, y el Hijo de Dios no libera a quien quiere? Pero escucha también que Él mismo actúa según su voluntad. Pues dijo: "Quise hacer tu voluntad, Dios mío" (Sal. XXXIX, 9). Y en otro lugar: "Voluntariamente te sacrificaré" (Sal. LIII, 8).

49. El santo apóstol Pedro sabía que Jesús tenía en su poder lo que quería; y por eso, cuando lo vio caminar sobre el mar, dijo: "Señor, si eres tú, manda que yo vaya a ti sobre las aguas" (Mat. XIV, 28). Pedro creyó que si Cristo lo mandaba, la condición de la naturaleza podría cambiarse; para que la ola se sometiera a las huellas humanas, y la concordia pudiera unir naturalezas dispares. Pedro pide que lo mande, no que Cristo lo ruegue: Cristo no rogó, sino que mandó, y se hizo: ¿y Ario contradice?

50. ¿Qué es, sin embargo, que el Padre quiera y el Hijo no quiera, o que el Hijo quiera y el Padre no quiera? El Padre vivifica a quienes quiere; y el Hijo vivifica a quienes quiere, como está escrito (Juan V, 21). Dime ahora a quiénes ha vivificado el Hijo y el Padre no ha querido vivificar. Pero cuando el Hijo vivifica a quienes quiere, y la operación es una; ¿ves que no solo el Hijo hace la voluntad del Padre, sino que también el Padre hace la voluntad del Hijo? ¿Y qué es vivificar, sino a través de la pasión del Hijo? La pasión de Cristo es la voluntad del Padre. Por lo tanto, a quienes el Hijo vivifica, los vivifica por la voluntad del Padre. Por lo tanto, hay una sola voluntad.

51. ¿Y cuál es la voluntad del Padre, sino que Jesús viniera a este mundo y nos limpiara de los vicios? Escucha al leproso diciendo: "Si quieres, puedes limpiarme" (Mat. VIII, 2). Cristo respondió: "Quiero"; y de inmediato siguió el efecto de la sanidad. Ves que el Hijo es árbitro de su propia voluntad, y que la voluntad de Cristo es la misma que la del Padre. Aunque cuando dijo: "Todo lo que el Padre tiene es mío" (Juan XVI, 15): sin duda, porque nada se exceptúa, lo que el Padre tiene, también lo tiene el Hijo en voluntad.

CAPÍTULO VII.

Vuelve a la solución de la dificultad propuesta, y enseña que la voluntad y los afectos humanos fueron verdaderamente asumidos por Cristo, y por lo tanto, todo lo que en Él no concuerda con la divinidad, surge de los mismos, y se refiere a lo que era simultáneamente Dios y hombre.

52. Una sola voluntad, donde hay una sola operación; pues en Dios la serie de la voluntad es el efecto de la operación. Pero una es la voluntad del hombre, otra la de Dios. Por lo tanto, para que sepas que la vida está en la voluntad del hombre; porque tememos la muerte: pero la pasión de Cristo está en la voluntad divina; para que sufriera por nosotros: cuando Pedro quiso apartarlo de la pasión, el Señor dijo: "No entiendes lo que es de Dios, sino lo que es de los hombres" (Mat. XVI, 23).

53. Por lo tanto, asumió mi voluntad, asumió mi tristeza. Con confianza nombro la tristeza, porque predico la cruz. Mi voluntad es, la que dijo suya; porque como hombre asumió mi tristeza, como hombre habló; y por eso dijo: "No como yo quiero, sino como tú quieres" (Mat. XXVI, 39). Mi tristeza es, la que asumió con mi afecto: pues nadie que va a morir se regocija. Se compadece de mí, está triste por mí, sufre por mí. Por lo tanto, por mí y en mí sufrió, quien por sí mismo no tenía nada por lo que sufrir.

54. Por lo tanto, sufres, Señor Jesús, no por tus heridas, sino por las mías: no por tu muerte, sino por nuestra debilidad, como dice el profeta: "Porque sufre por nosotros" (Isa. LIII, 4): y nosotros, Señor, te consideramos en dolores; cuando tú no sufrías por ti, sino por mí.

55. ¿Y qué maravilla si sufrió por todos, quien lloró por uno? ¿Qué maravilla, si iba a morir por todos, que se entristeciera, quien iba a resucitar a Lázaro lloró? Pero allí también se conmovió por las lágrimas de la hermana piadosa, porque fue tocado por la mente humana: y aquí obra con alto afecto; para que así como su muerte quitó la muerte, su herida sanó nuestras llagas: así también su tristeza aboliera nuestra tristeza.

56. Por lo tanto, como hombre duda, como hombre se turba. No se turba su virtud, no se turba su divinidad: pero se turba su alma: se turba según la asunción de la fragilidad humana. Y por eso, porque asumió el alma, asumió también las pasiones del alma; pues Dios, por ser Dios, no podía turbarse ni morir. Por lo tanto, "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" (Sal. XXI, 1). Como hombre, por lo tanto, habla, llevando mis temores; porque en los peligros pensamos que el Señor nos abandona. Como hombre se turba, como hombre llora, como hombre es crucificado.

57. Así también el apóstol Pablo dijo: Porque "crucificaron la carne de Cristo" (Gál. V, 24). Y en otro lugar el apóstol Pedro dice: "Cristo padeció según la carne" (I Ped. IV, 1). Por lo tanto, la carne sufrió, pero la divinidad está libre de la muerte: el cuerpo concedió a la pasión por la ley de la naturaleza humana; ¿acaso puede morir la divinidad, cuando el alma no

puede? "No temáis", dice, "a los que pueden matar el cuerpo, pero no pueden matar el alma" (Mat. X, 28). Si, por lo tanto, el alma no puede ser matada, ¿cómo puede la divinidad?

58. [Alias cap. IV]. Por lo tanto, lo que se ha leído, que el Señor de la majestad fue crucificado, no debemos pensar que fue crucificado en su majestad (I Cor. II, 8): sino porque el mismo Dios, el mismo hombre, por la divinidad Dios, por la ascensión de la carne hombre Jesucristo, el Señor de la majestad se dice crucificado, porque participe de ambas naturalezas, es decir, humana y divina, en la naturaleza del hombre sufrió la pasión; para que indiscriminadamente se diga que el Señor de la majestad es quien sufrió, y el Hijo del hombre, como está escrito, "que descendió del cielo" (Juan III, 13).

CAPÍTULO VIII.

A partir del principio establecido anteriormente, se resuelve lo que Cristo dijo: "El Padre es mayor que yo". Estas palabras y otras de la misma razón, cuando se muestran que deben entenderse según la humanidad, se confirma que el mismo Señor según la naturaleza divina no puede ser dicho inferior al Padre.

59. Por la naturaleza del hombre, por lo tanto, dudó, y se entristeció y resucitó; porque lo que cayó, eso resurge. Por la naturaleza del hombre dice también aquello, de lo que suelen calumniar; porque se dijo: "Porque el Padre es mayor que yo" (Juan XIV, 28).

60. Pero porque en otro lugar se dice: "Salí del Padre, y vine al mundo: otra vez dejo el mundo, y voy al Padre" (Juan XVI, 28): ¿cómo va, sino por la muerte: y viene, sino por la resurrección? Por lo tanto, añadió, para señalar que hablaba de la ascensión: "Por eso os lo dije antes de que suceda; para que cuando suceda, creáis" (Juan XIV, 29). Pues hablaba de la pasión de su cuerpo, y de la resurrección por la cual comenzaron a creer, quienes antes dudaban; pues Dios no pasa de un lugar a otro, quien siempre está en todas partes. Como hombre es quien va, él mismo es quien viene. Por lo tanto, en otro lugar dice: "Levántate, vamos de aquí" (Ibid., 31). En eso, por lo tanto, va y viene, lo que es común con nosotros.

61. Pues, ¿cómo puede ser menor Dios, cuando Dios es perfecto y pleno? Pero menor en la naturaleza del hombre, ¿y te sorprendes si en la persona del hombre dijo que el Padre es mayor, quien en la persona del hombre dijo ser un gusano, no un hombre? Pues dijo: "Pero yo soy un gusano y no un hombre" (Sal. XXI, 7); y en otro lugar: "Como oveja fue llevado al matadero" (Isa. LIII, 7).

62. Si en esto dices que es menor, no puedo negarlo: pero, para usar la palabra de la Escritura, no menor nacido, sino disminuido (Heb. II, 9), es decir, hecho menor. ¿Y cómo hecho menor, sino porque: "Siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse, sino que se despojó a sí mismo" (Fil. II, 6, 7): no renunciando ciertamente a lo que era, sino asumiendo lo que no era; porque tomó la forma de siervo.

63. Por lo tanto, para que supiéramos que fue disminuido por la ascensión del cuerpo, David señaló que profetizaba de él como hombre diciendo: "¿Qué es el hombre, para que te acuerdes de él: o el Hijo del hombre, para que lo visites? Lo hiciste un poco menor que los ángeles" (Sal. VIII, 5, 6). Y el mismo Apóstol interpretó esto, diciendo: "Vemos a Jesús, que fue hecho un poco menor que los ángeles, a causa del sufrimiento de la muerte, coronado de gloria y honor; para que por la gracia de Dios gustara la muerte por todos" (Heb. II, 9).

64. Por lo tanto, no solo fue hecho menor que el Padre, sino también que los ángeles el Hijo de Dios. Y si esto lo llevas a juicio; ¿acaso el Hijo es menor en la naturaleza de Dios que sus

ángeles que le sirven y ministran (Mat. IV, 6)? Así, mientras quieren afirmar que es menor, incurren en impiedad; para que prefieran la naturaleza de los ángeles al Hijo de Dios. Pero "no es el siervo mayor que su Señor" (Mat. X, 24). Por lo tanto, incluso en la carne constituido, los ángeles le ministraban; para que no reconozcas que fue disminuido por la naturaleza del cuerpo; pues Dios no pudo sufrir detrimento de sí mismo, ya que lo que asumió de la Virgen, ni es adición a la divina ni disminución de poder.

65. Por lo tanto, no es menor según la divinidad, quien tiene la plenitud de la divinidad y la gloria. Pues mayor y menor suelen distinguirse en las cosas corporales: o mayor en estatura, o en plenitud, o ciertamente en edad. Estas cosas no tienen lugar, donde se introduce un tratado sobre lo divino. Pues mayor suele decirse comúnmente, quien instruye e informa a alguien: pero en la sabiduría de Dios no cabe, que sea instruida por las disciplinas de otro; cuando ella misma ha dado el instituto de todas las disciplinas. Pero qué bien puso el Apóstol: "Para que por la gracia de Dios gustara la muerte por todos" (Heb. II, 9); para que no pensáramos que esa pasión fue de la divinidad, no de la carne.

66. Por lo tanto, si no han encontrado cómo pueden probar que es mayor, no calumnien con palabras, sino busquen la razón de las palabras. Por lo tanto, les pregunto en qué piensan que es mayor. Si porque es Padre, piensan que es mayor: pero aquí no hay edad ni tiempo, ni la canicie del Padre, y la juventud del hijo; pues estas cosas suelen hacer mayor al padre. Además, padre e hijo son nombres de generante y nacido, que no parecen separar, sino unir; pues la piedad no es detrimento de la naturaleza: ya que la necesidad une a los hombres entre sí, no los separa.

67. Por lo tanto, si no pueden aportar alguna cuestión de la naturaleza, al menos crean en los testimonios. Pues el evangelista testifica que el Hijo no es menor por ser Hijo; y él mismo indica que es igual, porque es Hijo, diciendo: "Por eso los judíos querían matarlo, porque no solo quebrantaba el sábado, sino que también decía que Dios era su propio Padre, haciéndose igual a Dios" (Juan V, 18).

68. No lo dicen los judíos, sino que el evangelista testifica que se hacía igual a Dios, diciendo que era su propio Hijo. Pues no está escrito en persona de los judíos diciendo: Por eso queríamos matarlo: sino que el evangelista dice en su propia persona: "Por eso los judíos querían matarlo". Y explicó la causa, que los judíos se habían movido a su muerte, porque al quebrantar el sábado como Dios, y reivindicar a Dios como su propio Padre, no solo en la solución del sábado mostraba la majestad del poder divino, sino que también en el nombre de su propio Padre se atribuía el derecho de la igualdad eterna.

69. A lo cual respondió el Hijo de Dios muy adecuadamente, para probar que era Hijo de Dios y que era igual: "Todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo de igual manera" (Ibid., 19). Por lo tanto, el Hijo es dicho y probado igual al Padre. Buena igualdad, que excluye la diferencia de divinidad, y señala al Padre con el Hijo, a quien el Hijo es igual; pues no es una igualdad diversa, ni singular; porque nadie es igual a sí mismo solo. Por lo tanto, el evangelista interpretó qué significa decir que es el propio Hijo de Dios, es decir, hacerse igual a Dios.

70. De donde el Apóstol, siguiendo esto, dijo: "No consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse" (Fil. II, 6). Pues lo que uno no tiene, intenta arrebatar. Por lo tanto, no tenía la igualdad con el Padre como algo arrebatado, que en su sustancia poseía como Dios y Señor. De donde añadió: "Tomó la forma de siervo" (Ibid. 7). Contrario ciertamente es el siervo, y el igual. Por lo tanto, igual en la forma de Dios; menor en la asunción de la carne, y en la pasión

del hombre. Pues, ¿cómo podría ser menor y al mismo tiempo igual la misma naturaleza? ¿Y cómo, si es menor, hace las mismas cosas que hace el Padre? Pues, ¿cómo podría ser la misma operación de un poder diverso? ¿Acaso puede el menor operar de la misma manera que el mayor? ¿O puede haber una operación donde hay una sustancia diversa?

71. Por lo tanto, acepta que Cristo según la divinidad no puede ser dicho menor. Él mismo habla a Abraham: "Por mí mismo he jurado" (Gen. XXII, 16). Pero el Apóstol muestra que quien jura por sí mismo, no puede ser menor. Por lo tanto, así dice: "Cuando Dios hizo la promesa a Abraham, no teniendo a nadie mayor por quien jurar, juró por sí mismo, diciendo: De cierto te bendeciré, y multiplicaré tu descendencia" (Heb. VI, 13, 14). Por lo tanto, Cristo no tuvo a nadie mayor, y por eso juró por sí mismo. Y bien añadió: "Porque los hombres juran por alguien mayor que ellos; porque los hombres tienen a alguien mayor, Dios no tiene" (Ibid., 16).

72. O si quieren que se vea dicho del Padre, las demás cosas no concuerdan; pues ni el Padre fue visto por Abraham, ni lavó los pies al Dios Padre, sino a aquel en quien está la figura del hombre futuro. Por lo tanto, el Hijo de Dios dice: "Abraham vio mi día, y se alegró" (Juan VIII, 56). Él mismo es, por lo tanto, quien juró por sí mismo, a quien Abraham vio.

73. Y en verdad, ¿cómo tiene a alguien mayor, quien en divinidad es uno con el Padre (Juan X, 30)? Pues lo que es uno, no es disímil: pero entre mayor y menor hay distinción. Por lo tanto, el ejemplo de la presente lectura enseña sobre el Hijo y el Padre, que ni el Padre tiene a alguien menor, ni el Hijo de Dios a alguien mayor; pues en el Padre y el Hijo no hay distancia de divinidad, sino una majestad.

CAPÍTULO IX.

A los que objetan que el Hijo, al ser enviado por el Padre, es por tanto menor; se responde que también fue enviado por el Espíritu, a quien sin embargo no se considera menor. Se añade también que el Espíritu es enviado por el Padre y el Hijo, para que se designe la unidad de sus operaciones: De aquí se nos advierte que debemos distinguir cuidadosamente qué locuciones convienen a Cristo como Dios, y cuáles a Él mismo como hombre: de las cuales se presentan y explican no pocos ejemplos.

74. Tampoco temo eso que suelen objetar, que es menor porque fue enviado. Pues si no se demuestra menor, y se demuestra la igualdad de honor; ya que todos honran al Hijo, como honran al Padre (Juan V, 23), está claro que no es menor por haber sido enviado.

75. Por lo tanto, no mires las limitaciones del discurso humano, sino la claridad de las palabras, cree en las obras. Considera que nuestro Señor Jesucristo en Isaías habló de ser enviado por el Espíritu Santo (Isa. LXI, 1). ¿Acaso es menor el Hijo que el Espíritu, porque fue enviado por el Espíritu? Tienes, por lo tanto, escrito que el Hijo dice ser enviado por el Padre y su Espíritu: "Yo soy", dice, "el primero, y yo en la eternidad, y mi mano fundó la tierra, mi diestra consolidó el cielo" (Isa. XLVIII, 12, 13); y más adelante: "Yo hablé, y yo llamé; lo traje, y prosperé su camino. Acercaos a mí, y escuchad esto: no he hablado en secreto desde el principio. Cuando se hicieron, allí estaba: y ahora el Señor me ha enviado, y su Espíritu" (Ibid., 15, 16). Ciertamente, quien hizo el cielo y la tierra, él mismo dice ser enviado por el Señor y por su Espíritu. Ves, por lo tanto, que la simplicidad del discurso no es una injuria de la misión. Él mismo, por lo tanto, enviado por el Padre, es enviado por el Espíritu.

76. Y para que conozcas que no hay distancia de majestad, también el Hijo envía al Espíritu, como él mismo dijo: "Pero cuando venga el Consolador, a quien yo enviaré a vosotros desde mi Padre, el Espíritu de verdad, que procede de mi Padre" (Juan XV, 26). Este mismo Consolador también enseñó que sería enviado por el Padre diciendo: "Pero el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre" (Juan XIV, 26). Ve la unidad, porque a quien envía Dios Padre, lo envía también el Hijo: y a quien envía el Padre, lo envía también el Espíritu. O si no quieren que el Hijo sea enviado, porque leemos que el Hijo es la diestra del Padre; ellos mismos confesarán del Padre lo que niegan del Hijo: a menos que quizás los arrianos encuentren para sí otro Padre, o para sí otro Hijo.

77. Callen, por lo tanto, las vanas cuestiones sobre las palabras; porque el reino de Dios, como está escrito (I Cor. II, 4), no está en la persuasión de la palabra, sino en la demostración del poder. Guardemos la distinción de la divinidad y la carne. Uno en ambos habla el Hijo de Dios; porque en el mismo están ambas naturalezas: y si el mismo habla, no siempre habla de la misma manera. Atiende en él ahora la gloria de Dios, ahora las pasiones del hombre. Como Dios habla lo que es divino, porque es Verbo: como hombre dice lo que es humano, porque hablaba en mi sustancia.

78. Este es el pan vivo que descendió del cielo (Juan VI, 51). Este pan es carne, como Él mismo dijo: Este pan que yo daré, es mi carne (Ibid., 52). Este es el que descendió del cielo, este es a quien el Padre santificó y envió a este mundo. La letra misma no nos enseña que la divinidad necesitara santificación, sino la carne. Finalmente, el mismo Señor dijo: Y yo me santifico a mí mismo por ellos (Juan XVII, 19); para que reconozcas que se santifica en la carne por nosotros, y con su divinidad santifica.

79. Este es el mismo que el Padre envió, pero hecho de mujer, hecho bajo la Ley, como dijo el Apóstol (Gálatas IV, 4). Este es el que dijo: El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha unguido: me ha enviado a evangelizar a los pobres (Lucas IV, 18). Este es el que dice: Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me envió. Si alguno quiere hacer su voluntad, conocerá de la doctrina, si es de Dios, o si yo hablo por mí mismo (Juan VII, 16, 17). Por lo tanto, una doctrina es de Dios, otra es del hombre. Así que los judíos, al buscar su doctrina según el hombre, y decir: ¿Cómo sabe este letras, sin haber estudiado? (Juan VII, 15), Jesús respondió y dijo: Mi doctrina no es mía; pues al enseñar sin erudición de letras, no parece enseñar como hombre, sino más bien como Dios, quien no aprendió la doctrina, sino que la descubrió.

80. Pues descubrió todo camino de disciplina, como se leyó antes; ya que ciertamente se dijo del Hijo de Dios: Este es nuestro Dios, y no se considerará otro igual a él que descubrió todo camino de disciplina. Después de esto fue visto en la tierra, y convivió con los hombres (Baruc III, 36 y ss.). ¿Cómo, pues, según la divinidad, no tiene su doctrina, quien descubrió todo camino de disciplina, antes de ser visto en la tierra? ¿O cómo es menor, de quien se dijo: No se considerará otro igual a él? Ciertamente se dice incomparable, a quien nadie más puede ser comparado: pero tan incomparable, que no puede ser preferido al Padre. Si piensan que se dijo del Padre, no escapan de la impiedad de Sabelio, al atribuir al Padre la asunción de la carne humana.

81. Sigamos con lo siguiente: El que habla de sí mismo, busca su propia gloria (Juan VII, 18). Observa la unidad, que señala tanto al Padre como al Hijo. No puede no existir quien habla: pero no puede ser de sí mismo lo que habla, en lo cual naturalmente todo es del Padre.

82. ¿Qué significa: Busca su propia gloria? Esto es, no una gloria separada del Padre; pues ciertamente el Verbo Dios tiene gloria. Finalmente, dice: Para que vean mi gloria (Juan XVII, 24). Pero esa gloria del Verbo es la misma gloria del Padre, como está escrito: El Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre (Filipenses II, 11). Así, según la divinidad, el Hijo de Dios tiene su propia gloria, de modo que la gloria del Padre y del Hijo es una sola. Por lo tanto, no es menor en claridad, porque es una sola gloria: no es menor en divinidad, porque la plenitud de la divinidad está en Cristo.

83. Y ¿cómo, preguntas, está escrito: Padre, ha llegado la hora, glorifica a tu Hijo (Juan XVII, 1)? Quien dice esto, preguntas, necesita glorificación. Hasta aquí tienes ojos: lo que queda no lo has leído; pues sigue: Para que tu Hijo te glorifique a ti (Ibid.). ¿Acaso también el Padre necesita, quien ha de ser glorificado por el Hijo?

CAPÍTULO X.

Resuelve la objeción tomada de la obediencia del Hijo, y mostrando que la Trinidad tiene un solo poder, divinidad y operación, añade que Cristo también mostró obediencia a su madre, quien de ninguna manera puede ser llamada menor.

84. De manera similar suelen objetar la obediencia del Hijo, porque está escrito: Y hallado en forma de hombre, se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte (Filipenses II, 7, 8). Y precedió al hombre, y dijo hasta la muerte; para que entendamos que la obediencia no fue de la divinidad, sino de la encarnación: en la cual asumió también nuestros oficios y nombres.

85. Hemos aprendido, por lo tanto, que hay un solo poder de la Trinidad, que nos enseñó en ella y después de su pasión; pues el Hijo sufre a través del sacramento del cuerpo, el Espíritu Santo es infundido en los apóstoles: el espíritu es encomendado en manos del Padre, y Dios Padre es señalado con gran voz. Hemos aprendido que hay una sola imagen del Padre y del Hijo, una sola semejanza, una sola santificación. Hemos aprendido que hay una sola operación, una sola gloria, una sola divinidad.

86. Por lo tanto, uno y solo Dios; porque está escrito: Adorarás al Señor tu Dios, y a él solo servirás (Deuteronomio VI, 13). Un solo Dios, no para que él mismo sea Padre e Hijo, como afirma el impío Sabelio: sino porque hay una sola divinidad del Padre y del Hijo, y del Espíritu Santo: donde hay una sola divinidad, hay una sola voluntad, un solo mandato.

87. Finalmente, para que sepas que hay Padre, y que hay Hijo, y que hay una sola obra del Padre y del Hijo, sigue al Apóstol, quien dijo: Y el mismo Dios, y nuestro Padre, y nuestro Señor Jesús dirija nuestro camino hacia vosotros (I Tesalonicenses III, 11). Y habla del Padre, y habla del Hijo: pero la unidad es de dirección; porque la unidad es de poder. Así también en otro lugar tienes: Y el mismo Señor nuestro Jesucristo, y Dios, y nuestro Padre que nos amó, y nos dio consolación eterna, y buena esperanza en gracia; consuele vuestros corazones, y los confirme (II Tesalonicenses II, 16, 17). ¡Cuánta unidad muestra, para que la unidad de consolación, no sea pluralidad! Que cese, pues, la perfidia, o si no es vencida por la razón, que sea doblegada por la humanidad moral.

88. Consideremos cuán moralmente actuó el Señor; para que nos enseñara no solo la fe, sino también las costumbres. Pues estando en forma de hombre, estaba sujeto a José y María (Lucas II, 51). ¿Acaso era menor que los hombres, porque estaba sujeto? Una cosa es la

piedad, otra cosa es el poder: pero la piedad no prejuzga al poder. ¿En qué, pues, lees que estaba sujeto al Padre? En el cuerpo, ciertamente, en el cual estaba sujeto a su madre.

CAPÍTULO XI.

Propone actuar humanamente con los arrianos siguiendo el ejemplo de Cristo, quien cura las heridas con vino y aceite: a este medicamento celestial invita a todos, explicando con qué propósito asumió la carne, y qué utilidad tiene. De aquí revela cuánto beneficia tener fe, al reconocer que Cristo asumió toda debilidad por nosotros, cuya divinidad se manifestaba en la pasión. De lo cual se entiende que el Hijo de Dios fue enviado sin ninguna sujeción: y no hay que temer que esta fe desagrade al Padre; ya que él mismo indica complacerse en el Hijo.

89. Actuemos también nosotros moralmente, persuadamos a ellos lo que les conviene, supliquemos y lloremos ante el Señor que nos hizo (Salmo XCIV, 6). No queremos vencer, sino sanar: no actuamos insidiosamente, sino que aconsejamos religiosamente. A menudo la humanidad doblega a quienes ni la virtud pudo superar, ni la razón. Finalmente, el Señor a aquel hombre que descendía de Jericó, que cayó en manos de ladrones, a quien no había curado con medicamentos más severos de la Ley, ni con el rigor profético, lo curó con aceite y vino (Lucas X, 30 y ss.).

90. Vengan, pues, a este todos los que quieren ser sanados; reciban el medicamento, que tanto el Padre trajo, como preparó en el cielo, hecho de aquellos jugos inmortales. Esto no brota de la tierra; pues toda naturaleza carece de esta confección. Con consejo divino asumió esta carne, para mostrar que la ley de la carne está sujeta a la ley de la mente. Asumió carne, para que como hombre venciera, quien enseñara a los hombres.

91. ¿De qué me serviría, si como Dios, con poder manifiesto, solo demostrara su divinidad inviolable? ¿O por qué asumiría carne, sino para que se permitiera ser tentado por la condición de mi naturaleza y debilidad? Debía ser tentado, debía compadecerse de mí; para que supiera cómo vencer tentado, escapar compadecido. Venció por la continencia, venció por el desprecio de las riquezas, venció por la fe: pisoteó la ambición, ahuyentó la intemperancia, relegó la lascivia.

92. Este medicamento vio Pedro, y dejó sus redes, es decir, los instrumentos de ganancia y sustento, renunciando a la concupiscencia de la carne como a una nave corrupta, en la que entra como una sentina de muchas pasiones. Gran medicamento, que no solo amputó la cicatriz de la vieja herida, sino que también cortó la causa de la pasión. ¡Oh fe más rica que todos los tesoros! ¡Oh medicina más excelente de nuestras heridas y pecados!

93. Consideremos que nos conviene creer bien. Pues me conviene saber que por mí Cristo asumió mis debilidades, soportó las pasiones de mi cuerpo (Isaías LIII, 4): por mí se hizo pecado, es decir, por todo hombre, por mí se hizo maldición, por mí y en mí se hizo sujeto y subyugado, por mí cordero, por mí vid, por mí piedra, por mí siervo, por mí hijo de esclava, por mí ignorante del día del juicio, por nosotros sin saber el día ni la hora.

94. Pues ¿cómo podría no saber el día, quien hizo los días y los tiempos? ¿Cómo podría ignorar el día del juicio, quien expresó tanto la hora del juicio futuro como la causa? Por lo tanto, se hizo maldición no según la divinidad, sino según la carne; pues está escrito: Maldito todo el que cuelga de un madero (Deuteronomio XXI, 23). Ciertamente colgó según la carne; y por eso maldición, quien asumió nuestras maldiciones. Él lloró, para que tú, hombre, no lloraras mucho tiempo: él sufrió injurias, para que tú no dolieras por tu injuria.

95. Gran remedio, tener consuelo en Cristo. Pues él por nosotros soportó estas cosas pacientemente, y somos quienes no podemos soportar pacientemente estas cosas por su nombre. ¿Qué apetito no aprende a perdonar, cuando incluso por sus perseguidores Cristo oraba crucificado? ¿Ves esas que tú crees debilidades de Cristo, ser tus virtudes? ¿Por qué cuestionamos sus remedios? Esas lágrimas nos lavan, esos llantos nos purifican, y esa duda nos fortalece; para que si tú comienzas a dudar, no desesperes. Cuanto mayor es la injuria, tanto más abundante gracia se debe.

96. Pero en esas mismas injurias reconoce la divinidad. Colgaba en la cruz, y todos los elementos le servían. El sol se ocultó, el día se extinguió, tinieblas se esparcieron y rodearon, la tierra tembló: no tembló quien colgaba (Mateo XXVII, 51). ¿Qué otra cosa significan estas, sino reverencia al Autor? Porque está en la cruz, ves: porque otorga el reino de Dios, no ves. Porque probó la muerte, lees: porque invitó también al ladrón al paraíso (Lucas XXIII, 43), no lees. Ves a las mujeres llorando en el sepulcro, no ves a los ángeles vigilando (Juan XX, 12). Lees lo que dijo, no lees lo que hizo. Dices que el Señor dijo a la mujer cananea: No he sido enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel (Mateo XV, 24): no dices que hizo lo que ella le pidió.

97. De donde te conviene entender que enviado no significa que haya sido obligado por un mandato ajeno, sino que actuó por su propia voluntad: de lo contrario, muestras desprecio al Padre. Pues si, como tú interpretas, Cristo vino a Judea como siervo de los mandatos paternos, para sanar solo a sus habitantes, y primero liberó a la hija de la cananea, como leemos; ciertamente no fue ejecutor de un mandato ajeno, sino de libre albedrío voluntario. Donde hay libertad de voluntad, allí no hay transgresión de misión.

98. Ni temas que desagrade al Padre lo que hizo el Hijo; cuando él mismo dice: Hago siempre lo que le agrada (Juan VIII, 29); y en otro lugar: Las obras que yo hago, él mismo las hace (Juan XIV, 12). ¿Cómo, pues, podría desagradar al Padre lo que él mismo hizo por el Hijo? Pues uno es Dios, como está escrito, quien justificó la circuncisión por la fe, y el prepucio por la fe (Romanos III, 30).

99. Lee todo, observa todo diligentemente; encontrarás que Cristo se mostró de tal manera, que Dios fue visto en el hombre: ni tomes maliciosamente al Hijo gloriándose del Padre, cuando escuchas al Padre complaciéndose en el Hijo (Mateo XVII, 5).

CAPÍTULO XII.

Se investiga si los católicos o los arrianos se concilian mejor con Cristo considerado en la persona del juez. Se resuelve la objeción surgida por la sesión del juez y las voces del Padre; y se demuestra que no se significa ninguna sujeción en el Hijo, por sentarse invitado por el Padre: ni prelación, por sentarse a su derecha. Finalmente, se declara que en el Trisagio angélico se significa la Trinidad de personas en Dios, y al mismo tiempo la unidad de naturaleza.

100. Pero si no pueden ser doblegados por lo moral, provoquemos al juez. ¿A quién iremos entonces? Sin duda al que tiene el juicio. ¿Acaso al Padre? Pero el Padre no juzga a nadie; pues todo juicio lo dio al Hijo (Juan V, 22). Lo dio ciertamente generando, no otorgando. Mira cómo no quiso que le quitaras al Hijo, para darte a él mismo como juez.

101. Veamos, pues, antes del juicio quién tiene mejor causa; yo, o tú. Sin duda es de un actor prudente primero conciliarse con el juez. ¿Honras al hombre, no honras a Dios? ¿Qué,

entonces, concilia al conoedor, la honorificencia, o la injuria? Supón que he pecado, lo cual no es; ¿acaso Cristo se ofende con su honor? Pecamos todos: ¿quién, entonces, obtendrá el perdón, quien ofrece honor, o quien inflige injuria?

102. O si la razón no te mueve, al menos la apariencia misma del juicio te conmueva. Levanta tus ojos al juez, observa quién se sienta, con quién se sienta, dónde se sienta. Cristo se sienta a la derecha del Padre. O si no puedes comprender esto con tus ojos, escucha al Profeta diciendo: Dijo el Señor a mi Señor, siéntate a mi derecha (Salmo CIX, 1). Por lo tanto, el Hijo se sienta a la derecha del Padre. Di ahora, tú que juzgas las cosas divinas con criterios seculares, ¿te parece inferior quien se sienta a la derecha? ¿te parece injuria al Padre, porque se sienta a la izquierda? El Padre honra, y tú piensas que es injuria? El Padre prefiere que sea un ejemplo de piedad, y tú piensas que es un mandato de precepto? Resucitó de la muerte, y se sienta a la derecha de Dios.

103. Pero, dices, el Padre dijo. Toma también donde no dice el Padre, y predice el Hijo: Desde ahora veréis al Hijo del hombre sentado a la derecha del poder (Mateo XXVI, 64). Y esto lo dice de la ascensión del cuerpo; a este dice: Siéntate a mi derecha (Salmo CIX, 1). Pues si inquieres sobre la sede eterna de la divinidad, interrogado por Pilato si él era el rey de los judíos, dijo: Para esto he nacido (Juan XVIII, 37). De donde también el Apóstol advierte que esto nos es útil, si creemos que Cristo no se sienta por mandato, ni por gracia, sino como el Hijo más amado a la derecha de Dios. Así tienes: Buscad las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios: saboread las cosas de arriba (Colosenses III, 1, 2). Esto es saborear las cosas superiores, creer que Cristo se sienta, no como obedeciendo un mandato, sino como el Hijo más amado es honrado. Por razón del cuerpo, pues, dice: Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por escabel de tus pies (Salmo CIX, 1, 2).

104. Pero si también esto lo llevas a la calumnia, porque el Padre dijo: Pondré a tus enemigos; también el Padre lleva al Hijo, a quienes el Hijo resucitará y vivificará: Pues nadie puede venir a mí, si el Padre que me envió no lo atrae: y yo lo resucitaré en el último día (Juan VI, 44). ¿Y tú dices que el Hijo de Dios es sujeto por debilidad, a quien el Padre atrae, a quienes él resucitará en el último día? ¿Te parece que esta es sujeción, en la que se prepara el reino para el Padre, cuando el Padre atrae al Hijo, y no hay lugar para la calumnia, cuando el Hijo entrega el reino al Padre, y nada se prefiere? Pues estos son documentos de piedad, que tanto el Padre entrega al Hijo, como el Hijo entrega al Padre; así se entregan, que ni el que recibe, adquiere como ajeno: ni el que entrega, pierde.

105. Sentarse a la derecha tampoco es prelación, ni a la izquierda injuria; pues la divinidad no conoce grado, ni se circunscribe en lugar alguno, ni se define por tiempos. Con mentes estrechas los hombres ponderamos estas cosas. No hay diferencia de caridad, no hay distinción de unidad.

106. Pero ¿por qué nos desviamos más? Has observado todo, has visto al juez, has advertido a los ángeles proclamando. Ellos alaban, y tú vituperas! Dominaciones y Potestades veneran, y tú calumnias! Todos sus santos adoran: no adora el Hijo de Dios, no adora el Espíritu Santo. Los serafines dicen: Santo, santo, santo (Isaías VI, 3).

107. ¿Qué significa bajo un solo nombre de santidad la triple repetición? Si triple repetición, ¿por qué una sola alabanza? Si una sola alabanza, ¿por qué triple repetición? ¿Por qué triple repetición, sino porque el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo son uno en santidad? No dijo una vez, para no separar al Hijo: no dos veces, para no pasar por alto al Espíritu: no cuatro veces, para no unir a las criaturas. Y para mostrar que la Trinidad es una sola deidad, cuando

dijo por tercera vez: Santo, santo, santo; añadió singularmente: Señor Dios de los ejércitos (Isaías VI, 3). Santo, por lo tanto, el Padre, santo el Hijo, santo también el Espíritu de Dios. Por lo tanto, la Trinidad es adorada, no adora: la Trinidad es alabada, no alaba. Yo prefiero creer como los serafines, y adorar como todas las Potestades y Virtudes celestiales.

CAPÍTULO XIII.

Continuada la alegoría del juicio del Señor, Ambrosio refuta brevemente las opiniones blasfemas de los arrianos, sabelianos y maniqueos sobre su juez. Luego, planteadas las quejas de Cristo sobre sus otros adversarios, espera un juicio más benigno para sí mismo.

108. Veamos, pues, tu acusación, cómo te concilias con el juez. Di, ciertamente, di, digo: Yo te considero, Cristo, diferente del Padre. Y él responderá: Distingue, si puedes; distingue, digo, en qué crees que soy diferente.

109. Di otra cosa: Te considero una criatura. Y Cristo responderá: Si el testimonio de dos hombres es verdadero, ¿no debiste al menos creerme a mí, ni al Padre, quien me llamó engendrado?

110. Dirás que niegas el bien. Él también dirá: Que se haga según tu fe, para que no sea bueno contigo.

111. No considero que sea omnipotente. Él responderá: Entonces no puedo perdonarte tus pecados.

112. Digo que es sujeto. Él replicará: ¿Por qué entonces pides libertad y perdón a aquel que crees que está sujeto al servicio?

113. Veo que tu argumento se detiene: no insisto, porque soy consciente de mis propios pecados. No envidio el perdón, porque yo mismo deseo indulgencia: deseo conocer tu voto. Aquí presento ante el juez tus deseos: no revelo crímenes, espero la serie de tus votos.

114. Di, pues, lo que está en el voto común; di, digo: Señor, hazme a imagen de Dios. Él responderá: ¿A qué imagen? ¿La que negaste?

115. Di: Hazme incorruptible. Él replicará: ¿Cómo puedo hacerte incorruptible, cuando al decir que eres criatura, quisiste que fueras capaz de corrupción? Los muertos resucitarán incorruptos, ¿y tú dices que es corruptible aquel a quien ves como Dios (I Cor. XV, 52)?

116. Di: Sé bueno conmigo. Él te dirá: ¿Qué pides, lo que negaste? Yo quise que fueras bueno, yo dije: Sed santos, porque yo soy santo (Lev. XIX); ¿y tú te esfuerzas en negármelo? ¿y tú esperas el perdón de los pecados? Pero nadie puede perdonar pecados, sino solo Dios. Así que, como no soy el verdadero y único Dios para ti, ciertamente no puedo perdonar tus pecados.

117. Que el arriano diga esto, y el fotiniano: Niego que seas Dios, dice. El Señor le responderá: Dijo el insensato en su corazón: No hay Dios (Sal. LII, 1). ¿De quién crees que se dijo esto, del judío, del gentil, o del diablo? De quienquiera que se haya dicho, fotiniano, es más tolerable aquel que calló: pero tú incluso te atreviste a decirlo en voz alta, para que se te probara más insensato que el insensato. Niega, pues, dice, a Dios; cuando yo dije: Sois

dioses, y todos vosotros hijos del Altísimo (Sal. LXXXI, 6). ¿Y tú niegas a Dios, cuyas obras divinas contemplas?

118. Que el sabeliano diga también: Yo considero que tú mismo eres el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Y el Señor responderá: No escuchas al Padre, no escuchas al Hijo. ¿Acaso hay aquí alguna confusión? La Escritura misma te enseña que es el Padre quien ha delegado el juicio: que es el Hijo quien juzga. ¿No me has oído decir: No estoy solo; sino yo y el Padre que me envió (Juan VIII, 29)?

119. Que el maniqueo diga también: Yo creo que el diablo es el autor de nuestra carne. Él le responderá: Entonces, ¿qué harás en los cielos? Ve a tu autor. Yo quiero que estén conmigo aquellos que el Padre me dio. Tú te consideras creado por el diablo, maniqueo: apresúrate, pues, a su sede; donde hay fuego y azufre, donde su incendio no se apaga, para que nunca muera el castigo.

120. Dejo de lado otros portentos de los herejes, no sus nombres; ¿qué juicio les espera, cuál será la forma de la sentencia? Él responderá moralmente a todos ellos: Pueblo mío, ¿qué te hice, o en qué te contristé (Miq. VI, 3)? ¿No te saqué de Egipto, y te liberé de la casa de servidumbre?

121. Pero es poco haber liberado de Egipto y haber rescatado de la casa de servidumbre: es más haberte dado a ti mismo por nosotros. Dirás, pues: ¿No soporté todas vuestras injurias? ¿No ofrecí mi cuerpo por vosotros? ¿No busqué la muerte, que no era de mi divinidad, sino de vuestra redención? ¿Es así como se devuelve la gracia? ¿Esto logró mi sangre, como ya dije en el Profeta: ¿Qué utilidad hay en mi sangre, porque descendí a la corrupción (Sal. XXIX, 10)? ¿Esto logró, que me negarais impíamente, por quienes soporté estas cosas?

122. Pero yo entonces, Señor Jesús, aunque sea consciente de mis graves pecados, diré sin embargo: No te negué; tienes que perdonar la fragilidad de la carne. Confieso la falta, no niego el pecado: Si quieres, puedes limpiarme (Mat. VIII, 2); porque quien lo dijo, lo mereció. No, te ruego, entres en juicio con tu siervo (Sal. CXLII, 2). No busco que juzgues, sino que perdones.

CAPÍTULO XIV.

Expone la sentencia del juez; y, discutidos los sofismas de los adversarios, deja claro que no se da apelación de ella.

123. ¿Qué pensamos que Cristo juzgará? Yo sé, ¿juzgará digo? Más bien ya ha juzgado. Tenemos su sentencia: Todos, dice, honren al Hijo, como honran al Padre. Quien no honra al Hijo, no honra al Padre que lo envió (Juan V, 23).

124. Si la sentencia no agrada, apela al Padre, rescinde el juicio que el Padre ha delegado. Di que tiene un Hijo diferente. Él te responderá: Entonces, ¿mentí yo, que dije al Hijo: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza (Gen. I, 26)?

125. Di que lo creó. Él te responderá: ¿Por qué entonces adoraste a quien consideraste criatura?

126. Di que engendró un Hijo menor. Él responderá: Mide, veamos.

127. Di que no debiste creerle. Él replicará: ¿No te dije: Este es mi Hijo amado, en quien me complazco, escuchadle (Mat. XVII, 5)? ¿Qué significa, escuchadle? Diciendo ciertamente: Todo lo que el Padre tiene, es mío (Juan XVII, 10). Esto oyeron los apóstoles, como está escrito: Y cayeron sobre sus rostros, y tuvieron gran temor (Mat. XVII, 6). Si cayeron los que confesaron, ¿qué harán los que negaron? Pero Jesús los tocó y los levantó: a vosotros os dejará caer; para que no veáis la gloria que negasteis.

128. Veamos, pues, que a quien el Hijo condena, también el Padre condena. Y por eso honremos al Hijo, como honramos al Padre; para que por el Hijo podamos llegar al Padre.

CAPÍTULO XV.

Opina modestamente sobre su obra: sin embargo, dice que es suficiente para la fe; ya que en tantos lugares la Escritura apoya la generación divina, a la que los arrianos se ensordecen. Mostrando claramente que su obstinación es similar a la judía, les ruega amor por la verdad. Finalmente, enseña que deben ser abandonados, como herejes y anticristos.

129. Estas cosas, emperador augusto, las he propuesto de manera fragmentaria y breve, más desordenadas que elaboradas. Si los arrianos consideran que algo está incompleto, apenas admito que está comenzado: si creen que aún queda algo, yo creo que casi todo; porque a los infieles les falta todo, a los fieles les sobra. En definitiva, una confesión de Pedro fue suficiente para la fe en Cristo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo (Mat. XVI, 16); pues es suficiente conocer la generación divina, no dividida, no disminuida, no derivada, no creada.

130. Esto también se expone en todos los libros de las Escrituras, y aún no es creído por los impíos: Porque se ha engrosado, como está escrito, el corazón de este pueblo, y con los oídos han oído pesadamente, y han cerrado sus ojos; para que no vean con sus ojos, ni oigan con sus oídos, ni entiendan con su corazón (Isa. 6, 10). Porque, al modo judío, los arrianos suelen cerrar sus oídos, o sembrar tumultos, cada vez que se escucha la palabra de salvación.

131. Y ¿qué maravilla si los infieles no suelen creer en las voces humanas, que no creen en las divinas? El Hijo de Dios decía, como tienes en el Evangelio: Padre, glorifica tu nombre. Se oyó la voz del Padre desde el cielo diciendo: Y lo he glorificado, y lo glorificaré de nuevo (Hech. IX, 4). Los infieles oían esto, pero no creían. Decía el Hijo, respondía el Padre; y decían los judíos: Un trueno le ha hablado (Ibid., 29); otros decían: Un ángel le ha hablado (Juan 12, 29).

132. También Pablo, como está escrito en los Hechos de los Apóstoles, cuando fue llamado a la gracia por la voz de Cristo, y muchos compañeros caminaban juntos, dijo que solo él había oído la voz de Cristo. Tanto, santo emperador, que quien cree, oye; y oye, para creer: quien no cree, no oye; pero ni quiere, ni puede oír, para no creer.

133. Y ojalá, en lo que a mí respecta, quisieran oír, para creer: oír con buena caridad y mansedumbre, para buscar la verdad, no para combatir la verdad. Porque está escrito, que no atendamos a fábulas y genealogías interminables, que más bien provocan cuestiones que la edificación de Dios, que es en la fe. El fin del mandamiento es la caridad de un corazón puro, y de una buena conciencia, y de una fe no fingida. De las cuales algunos, desviándose, se han convertido en vaniloquio, queriendo ser doctores de la ley, sin entender ni lo que dicen, ni de lo que afirman (I Tim. I, 4 y ss.). En otro lugar, el mismo Apóstol dice: Evita las cuestiones necias y sin disciplina (II Tim. II, 23).

134. Tales deben ser abandonados, dice el Apóstol, que siembran cuestiones, es decir, herejes: de los cuales también en otro lugar dice que algunos se apartarán de la fe, atendiendo a espíritus de error y doctrinas de demonios (I Tim. IV, 1).

135. Y Juan dice que los herejes son anticristos, designando ciertamente a los arrianos (I Juan II, 18). Porque esta herejía comenzó después de todas las herejías, y recogió venenos de todas las herejías. Porque, como está escrito del Anticristo, que abrió su boca en blasfemia contra Dios, para blasfemar su nombre, y hacer guerra contra sus santos (Apoc. XIII, 6): así también estos desmerecen al Hijo de Dios, ni perdonaron a los mártires; y, lo que tal vez él no hará, falsificaron las Escrituras divinas. Por lo tanto, quien dice que Jesús no es el Cristo, este es el Anticristo: quien niega al Salvador del mundo, niega a Jesús: quien niega al Hijo, niega también al Padre; porque está escrito: Todo el que niega al Hijo, niega también al Padre (I Juan II, 23).

CAPÍTULO XVI.

Prometiéndole victoria a Graciano, narra que fue predicha por Ezequiel. Confirma esta esperanza por la piedad del Emperador, atribuyendo las derrotas anteriores a la herejía de los orientales. Finalmente, suplica a Dios que, ya apaciguado, brinde ayuda al ejército fiel, a la región y al líder.

136. Ni debo, en verdad, retenerte, emperador, con más palabras, mientras estás atento a la guerra y meditando trofeos victoriosos sobre los bárbaros. Avanza, ciertamente, cubierto con el escudo de la fe, y teniendo la espada del espíritu: avanza hacia la victoria prometida en tiempos anteriores, y profetizada por oráculos divinos.

137. Porque Ezequiel ya profetizó en aquel tiempo nuestra futura devastación y las guerras de los godos; pues así tienes: Por tanto, profetiza, hijo de hombre, y di: Oh Gog, así dice el Señor: ¿No es en aquel día cuando mi pueblo Israel habitará en paz, que te levantarás y vendrás de tu lugar, desde el extremo norte: y muchas naciones contigo, todos jinetes de caballos, una gran y poderosa congregación; y subirás contra mi pueblo Israel como una nube para cubrir la tierra en los últimos días, etc. (Ezequiel XXXVIII, 14 y ss.).

138. Este Gog es el godo, que ya vemos que ha salido, de quien se nos promete la futura victoria, diciendo el Señor: Y saquearán a los que los saquearon, y despojarán a los que les quitaron el botín, dice el Señor. Y será en aquel día, daré a Gog, es decir, a los godos, un lugar nombrado, un monumento de Israel de muchos hombres amontonados, que vinieron al mar: y alrededor construirá la boca del valle, y allí enterrará a Gog y a toda su multitud, y se llamará Ge Polyandrium Gog; y los enterrará la casa de Israel, para que la tierra sea purificada (Ezequiel XXXIX, 10 y ss.).

139. No es dudoso, santo emperador, que quienes hemos recibido la lucha de la infidelidad ajena, tendremos la ayuda de la fe católica que en ti florece. Porque antes hubo una evidente causa de indignación divina; para que primero se quebrara la fe en el imperio romano, donde se quebró con Dios.

140. No me agrada recordar las muertes de los confesores, los tormentos, los exilios, los dones de los sacerdotios piadosos traicionados. ¿No oímos que desde las partes de Tracia, a través de la Dacia Ripense y Moesia, y toda Valeria de los Pannonios, toda esa frontera resonaba con voces sacrílegas y movimientos bárbaros? ¿Qué podía traernos una vecindad tan feroz? ¿O cómo podía estar segura la causa romana con tal custodia?

141. Pero ya basta y sobra, Dios omnipotente, con nuestro exilio y nuestra sangre, hemos expiado las muertes de los confesores, los exilios de los sacerdotes, y el crimen de tanta impiedad: ha quedado claro que aquellos que violaron la fe, no pueden estar seguros. Vuélvete, Señor, y levanta los estandartes de tu fe.

142. Aquí no son las águilas militares, ni el vuelo de las aves quienes guían al ejército: sino tu nombre, Señor Jesús, y tu culto. Aquí no hay una región infiel, sino aquella que solía enviar confesores Italia; Italia alguna vez tentada, nunca cambiada: que hace tiempo defendiste del enemigo bárbaro, ahora también la has reivindicado. Aquí no hay en el Emperador una mente inestable, sino una fe firme.

143. Muestra ahora una clara señal de tu majestad; para que aquel que te cree el verdadero Señor de las virtudes y el líder de la milicia celestial: aquel que te cree la verdadera virtud y sabiduría de Dios, no temporal ni creada, sino eterna, como está escrito, la virtud y divinidad de Dios, sostenido por la ayuda de tu majestad, merezca los trofeos de su fe (I Cor. I, 24).

LIBRO TERCERO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Donde Ambrosio prefiere tratar más extensamente en estos libros lo que fue tratado más brevemente en los anteriores; refuta el uso de fábulas que se le ha objetado con el ejemplo de la Escritura, que menciona otras poéticas, especialmente las Sirenas, que son figuras de las voluptuosidades: de las cuales deben apartar a los cristianos tanto las palabras de Pablo como los hechos de Cristo.

1. Puesto que, clementísimo Emperador, por tu instrucción me habías ordenado escribir algo sobre la fe, y tú mismo me habías exhortado incluso con modestia; por eso, como si estuviera en marcha, solo escribí dos libritos, en los que mostraba algunos caminos y senderos de la fe.

2. Pero como la mente perversa de algunos, dedicada a sembrar cuestiones, incita a escribir con un estilo más abundante; tu piadoso cuidado también me llama a lo demás, queriendo probar en muchos lo que aprobaste en pocos; aquellas cosas que antes se trataron brevemente, me ha parecido bien exponerlas un poco más ampliamente; para que no parezca que las abandonamos por desconfianza en la afirmación, más bien que las propusimos con seguridad de confianza.

3. Y porque introdujimos la comparación del nombre de Hidra y del litoral de Escila (Sup. lib. I, cap. 4), para mostrar que deben evitarse tanto los brotes revividos de la perfidia como los naufragios famosos: si alguien considera ilícito derivar el color de la argumentación de tales fábulas poéticas, y al no encontrar nada que pueda criticar en la fe, critica algo en el discurso; que reconozca que no solo las sentencias, sino incluso los versículos de los poetas están insertos en las Escrituras divinas.

4. ¿De dónde, pues, aquello: De su linaje somos (Hech. XVII, 8), que Pablo, instruido en el uso profético, emplea? Pues tanto gigantes (Num. XIII, 34), como el valle de los Titanes (II Reg. V, 18) la serie del discurso profético no rehúye. E Isaías mencionó a las Sirenas, y a las hijas de los pájaros (Isa. XLIII, 20). Y Jeremías recordó sobre Babilonia que habitarán en ella las hijas de las Sirenas (Jer. XXVII, 39); para mostrar que las seducciones de Babilonia, es decir, de la confusión secular, deben compararse con las fábulas de la lascivia antigua; que parecían resonar como una dulce, pero mortal canción en el escarpado litoral de esta vida, para capturar las almas de los jóvenes: que incluso el sabio poeta griego se presenta como si

las hubiera pasado rodeado de ciertos vínculos de prudencia. Así se juzgó difícil que incluso los más fuertes pudieran no ser capturados por los encantos de la voluptuosidad antes de la venida de Cristo.

5. [Alias cap. II.] Pero si aquel poeta juzgó que el encanto de la lascivia secular era pernicioso para las mentes de los hombres, y sujeto a naufragios, ¿qué debemos pensar nosotros, a quienes se nos ha escrito: No proveáis para los deseos de la carne (Rom. XIII, 14)? Y en otro lugar: Castigo mi cuerpo y lo reduzco a servidumbre: no sea que, habiendo predicado a otros, yo mismo sea reprobado (I Cor. IX, 27).

6. Porque Cristo no nos trajo la salvación a través de la lujuria, sino a través del ayuno. Ni ayunó para merecer su gracia, sino para nuestra instrucción. Ni fue vencido por la debilidad del cuerpo, para que tuviera hambre: sino que al tener hambre, demostró la fe del cuerpo asumido; para enseñar que no solo asumió el cuerpo, sino también las debilidades de nuestro cuerpo, como está escrito: Porque él tomó nuestras debilidades, y llevó nuestras enfermedades (Isa. LIII, 4).

CAPÍTULO II.

Lo que es del cuerpo asumido por Cristo por nosotros, no debe atribuirse a la divinidad: según esta, él es altísimo; quien lo niegue, lo atribuye al Padre la encarnación. Cuando se lee que Dios es el único, o el único que tiene inmortalidad, esto también debe entenderse de Cristo, tanto para evitar la impiedad mencionada, como porque se afirma la misma operación del Hijo y del Padre.

7. Es del cuerpo, por tanto, es nuestro, que tuvo hambre: es nuestro, que lloró, que estuvo triste hasta la muerte. ¿Por qué se refieren a la divinidad las cosas que son nuestras? Es del cuerpo, que también se dice que fue hecho. En definitiva, así tienes: La madre Sion dirá: Hombre, y hombre fue hecho en ella, y él la fundó el Altísimo (Sal. LXXXVI, 5). Hombre, dice, fue hecho, no Dios fue hecho.

8. ¿Quién es el mismo altísimo, el mismo hombre, sino el Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, que se dio a sí mismo como redención por nosotros (I Tim. II, 5, 6)? Y esto ciertamente pertenece a la encarnación; nuestra redención es por la sangre, el perdón por el poder, la vida por la gracia. Como altísimo dona, como hombre ruega: una cosa es del creador, otra del redentor. Aunque distintas, son beneficios de un solo autor; pues convenía que nos redimiera quien nos creó.

9. ¿Quién negará que Cristo es el altísimo significado? Porque quien piensa de otra manera, atribuye a Dios Padre el sacramento de la encarnación. Pero de esto no se puede dudar que el altísimo sea Cristo; ya que en otro lugar dijo sobre el misterio de la pasión: Dio su voz el Altísimo, y la tierra se movió (Sal. XVII, 14). Y en el Evangelio tienes: Y tú, niño, serás llamado profeta del Altísimo; porque irás delante de la faz del Señor para preparar sus caminos (Luc. I, 76). ¿Quién es el altísimo? El Hijo de Dios. Por lo tanto, quien es el altísimo Dios, es Cristo.

10. Y ciertamente cuando se dice Dios, no se separa tampoco al Hijo de Dios. Pues quien es el Altísimo, solo, como está escrito: "Y reconozcan que tu nombre es Señor, tú solo Altísimo sobre toda la tierra" (Salmo 82, 19).

11. Por lo tanto, también se ha refutado aquello que suelen usar para calumniar, porque está escrito sobre Dios: "El único que tiene inmortalidad, que habita en luz inaccesible" (1 Timoteo 6, 16); pues está escrito sobre Dios, que es un nombre común al Padre y al Hijo.

12. Porque si dondequiera que leen Dios, niegan que también se designe al Hijo; son impíos, al negar al Hijo el poder de la divinidad, y parecerán afirmar con la impiedad sabeliana que el Padre se encarnó. Que digan cómo pueden entender sin impiedad sobre el Padre lo que el Apóstol dice: "En quien también resucitasteis por la fe en la operación de Dios, que lo resucitó de los muertos" (Colosenses 2, 12); y adviertan de lo que sigue lo que incurren; pues sigue: "Y cuando estabais muertos en delitos y en la incircuncisión de vuestra carne, nos vivificó juntamente con él, perdonándonos todos los delitos, borrando el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria: y la quitó de en medio, clavándola en la cruz, despojándose de la carne" (Ibid., 13, 14).

13. Por lo tanto, no debe entenderse que solo Dios Padre resucitó la carne: y no también el Hijo, cuyo templo fue resucitado. Quien resucitó, ciertamente también vivificó: quien vivificó, también perdonó los delitos: quien perdonó los delitos, también quitó el acta: quien quitó el acta, la clavó en la cruz: quien la clavó en la cruz, se despojó de la carne. Pero el Padre no se despojó de la carne; pues el Padre no se hizo carne, sino el Verbo, como leemos, "el Verbo se hizo carne" (Juan 1, 14). Veis, por lo tanto, que los arrianos, al separar al Hijo del Padre, caen en el peligro de recordar que el Padre sufrió.

14. Nosotros, sin embargo, fácilmente enseñamos que se dice de la operación del Hijo; pues él mismo resucitó su cuerpo, como él mismo dijo: "Destruid este templo, y en tres días lo levantaré" (Juan 2, 19). Y él mismo nos vivifica con su cuerpo: "Porque como el Padre levanta a los muertos y les da vida, así también el Hijo a los que quiere da vida" (Juan 5, 21). Y él mismo perdonó los delitos diciendo: "Tus pecados te son perdonados" (Lucas 5, 20). Y él mismo clavó el acta en la cruz, quien fue crucificado por la pasión del cuerpo. Nadie más se despojó de la carne, sino el Hijo de Dios, quien se revistió de carne. Él, por lo tanto, es significado como Dios, quien realizó la obra de nuestra resurrección.

CAPÍTULO III.

Se confirma por el Apóstol que el Hijo no debe separarse del Padre, ya que también al Hijo le conviene ser bienaventurado, único poderoso e inmortal, por naturaleza, no por gracia, por la cual incluso los ángeles son inmortales; y habitar en luz inaccesible: explicado por qué razón se dice que el Padre es solo, y el Hijo igualmente solo.

15. Por lo tanto, cuando lees Dios, no separes al Padre, no separes al Hijo; porque la deidad del Padre y del Hijo es una y la misma. Y por eso tampoco separes allí, donde lees que es "bienaventurado y único poderoso"; pues se ha dicho de Dios, como tienes: "Te mando delante de Dios, que da vida a todas las cosas" (1 Timoteo 6, 13); pero también Cristo da vida: por lo tanto, conviene tanto al Padre como al Hijo el nombre de Dios; cuando conviene también el efecto de la operación. Sigamos con lo demás. "Te mando", dice, "delante de Dios que da vida a todas las cosas, y de Cristo Jesús".

16. En Dios está también el Verbo, como está escrito: "En Dios alabaré el Verbo" (Salmo 55, 11). En Dios está su eterna virtud Jesús: en Dios, por lo tanto, testificó la unidad de la divinidad, y en el nombre de Cristo el sacramento de la encarnación.

17. Finalmente, para mostrar que hablaba de la encarnación de Cristo, añadió: "Que dio testimonio bajo Poncio Pilato de la buena confesión; para que guardes el mandamiento sin mancha hasta la venida de nuestro Señor Jesucristo: que a su debido tiempo mostrará el bienaventurado y único poderoso, Rey de reyes, y Señor de señores; que solo tiene inmortalidad, y habita en luz inaccesible: a quien ningún hombre ha visto, ni puede ver" (1 Timoteo 6, 13 y ss.). Por lo tanto, estas cosas están escritas sobre Dios, cuyo nombre y dignidad y verdad son comunes al Hijo.

18. ¿Por qué, entonces, en este lugar se separa al Hijo, cuando también al Hijo le convienen todas estas cosas? O si no le convienen, niega a Dios; para que niegues lo que es conveniente a Dios. No se puede negar que es bienaventurado, quien otorga bienaventuranzas: "Bienaventurados aquellos a quienes se les perdonan las iniquidades" (Salmo 31, 1). No se puede negar que es bienaventurado, quien otorga sana doctrina, como está escrito: "que es según el Evangelio de la gloria del bienaventurado Dios" (1 Timoteo 1, 11). No se puede negar que es poderoso, de quien el Padre dice: "He puesto ayuda sobre el poderoso" (Salmo 88, 20). ¿Quién se atreverá a negar su inmortalidad, cuando él mismo ha otorgado inmortalidad a otros, como está escrito sobre la sabiduría de Dios: "Por ella tendré inmortalidad" (Sabiduría 8, 13)?

19. Pero una es la inmortalidad de su naturaleza, otra la de la nuestra. No se deben comparar las cosas frágiles con las divinas: hay una sola sustancia de la divinidad, que no sabe morir. Por eso también el Apóstol, sabiendo que tanto el alma como los ángeles son inmortales, proclamó que solo Dios tiene inmortalidad. Pues también el alma muere: "El alma que pecare, esa morirá" (Ezequiel 18, 20); ni el ángel es inmortal por naturaleza, cuya inmortalidad está en la voluntad del Creador.

20. Ni debes tomar como prejuicio que Gabriel no muere, Rafael no muere, Uriel no muere; pues en ellos también la capacidad de la naturaleza está sujeta al vicio, pero no sujeta a la disciplina. Toda criatura racional recibe accidentes, y está sujeta al juicio. En los accidentes, sin embargo, están tanto la pena del juicio, como la corrupción, y el progreso. Por eso también el Eclesiastés dice: "Porque Dios traerá toda obra a juicio" (Eclesiastés 12, 14). Por lo tanto, toda criatura es capaz de corrupción y muerte, aunque no muera o peque; y no tiene inmortalidad por naturaleza, sino por disciplina o gracia, si en algunas cosas no se cambia hacia los vicios. Por lo tanto, una es la inmortalidad que se otorga, otra la que siempre está sin capacidad de mutabilidad.

21. ¿Se niega acaso la inmortalidad de la divinidad de Cristo, porque en la carne gustó la muerte por todos? ¿Es entonces mejor Gabriel que Cristo; porque aquel no murió, este murió? Pero el siervo no es mayor que su señor (Mateo 10, 24); pues una es la debilidad de la carne, otra la eternidad de la divinidad: la muerte es de la carne, la inmortalidad es del poder. Y si la divinidad hizo que la carne no viera corrupción, que ciertamente estaba sujeta a la corrupción por naturaleza; ¿cómo podría morir la misma divinidad?

22. ¿Y cómo no habita el Hijo en la luz inaccesible, cuando el Hijo está en el seno del Padre: el Padre es luz, también el Hijo es luz; porque Dios es luz (Juan 1, 9)? O si pensamos que hay otra luz inaccesible que no sea la deidad, ¿acaso es mejor que el Padre la luz; para que no esté en la luz, quien como está escrito, está con el Padre, y en el Padre (Ibid., 2)? Por lo tanto, no separen al Hijo, cuando leen solo Dios: ni separen al Padre, cuando leen solo al Hijo.

23. En la tierra el Hijo no está sin el Padre, ¿y piensas que el Padre está sin el Hijo en el cielo? El Hijo está en la carne, cuando digo que está en la carne, o en la tierra, hablo según

los tiempos del Evangelio; pues ahora según la carne ya no conocemos a Cristo (2 Corintios 5, 16): por lo tanto, el Hijo está en la carne, y no está solo, según lo que está escrito: "Y no estoy solo, porque el Padre está conmigo" (Juan 8, 16); ¿y piensas que el Padre está solo en la luz?

24. Pero para que no pienses que esto es un argumento, recibe también el testimonio: "A Dios nadie le ha visto jamás, sino el Hijo unigénito, que está en el seno del Padre, él lo ha dado a conocer" (Juan 1, 18). ¿Cómo está solo el Padre, si el Hijo está en el seno del Padre? ¿Cómo lo da a conocer, a quien no ve? Por lo tanto, no está solo el Padre.

25. Recibe ahora tanto al Padre solo, como al Hijo solo. Solo el Padre, porque no hay otro Padre: solo el Hijo, porque no hay otro Hijo: solo Dios, porque una es la divinidad de la Trinidad.

CAPÍTULO IV.

Cristo no se narra hecho sino según la carne; ya que para redimir a los hombres, no necesitó ayuda, así como tampoco para resucitarse a sí mismo; mientras que otros para resucitar a los muertos, necesitaron oración. Y aunque él mismo oró, esto debe referirse a la humanidad: la divinidad, sin embargo, debe estimarse por el hecho de que mandó; en lo cual el diablo se antepone a los arrianos. Luego, explicado por qué se dice que el Hijo del Hombre es poderoso, se pone la conclusión del argumento.

26. [Alias, cap. III.] Por lo tanto, está suficientemente claro que solo Dios no es el Padre sin el Hijo, y que solo Dios no se entiende el Hijo sin el Padre; porque se lee que el Hijo de Dios fue hecho según la carne, no según la generación divina.

27. En lo que fue hecho, lo afirmó hablando por boca del santo patriarca, diciendo: "Porque mi alma está llena de males, y mi vida se acerca al infierno. Soy contado con los que descienden al sepulcro: hecho como un hombre sin ayuda entre los muertos libre" (Salmo 87, 4 y ss.). Y aquí dice "como hombre", no como Dios, fui hecho. Y "mi alma está llena de males": ciertamente el alma, no la divinidad. Fue hecho en aquello en lo que era debido a los infiernos: fue hecho en aquello en lo que fue contado con otros; pues la divinidad rechaza la similitud de comparación. Y sin embargo, en esa misma carne sujeta a la muerte, advierte la majestad de la divinidad en Cristo. Y si fue hecho como hombre, y fue hecho como carne; sin embargo, fue hecho libre entre los muertos, y libre sin ayuda.

28. Pero ¿cómo dice aquí el Hijo que estuvo sin ayuda, cuando arriba (cap. 2) se dijo: "He puesto ayuda sobre el poderoso" (Salmo 88, 20)? Por lo tanto, también aquí distingue las naturalezas. La carne tiene ayuda, la divinidad no tiene. Por lo tanto, es libre, porque no conoció las cadenas de la muerte; no capturado por los infiernos, sino quien obró en los infiernos: está sin ayuda, porque ni por mensajero, ni por enviado, sino él mismo por sí mismo el Señor salvó a su pueblo. Pues ¿cómo podría buscar ayuda para resucitar su cuerpo, quien resucitó a otros?

29. Y aunque también los hombres resucitaron muertos; no lo hicieron en su propia virtud, sino en el nombre de Cristo. Una cosa es rogar, otra es mandar: una cosa es merecer, otra es dar.

30. Elías, por lo tanto, resucitó, pero oró, no mandó (1 Reyes 17, 21, 22). Eliseo resucitó configurado con el muerto: también resucitó el toque del cuerpo de ese muerto; para que

fuera un tipo del que vendría enviado en semejanza de carne de pecado, que incluso sepultado resucitaría muertos (2 Reyes 13 y 14).

31. También Pedro, cuando curó a Eneas, dijo: "En el nombre de Jesús Nazareno, levántate y anda" (Hechos 2, 6): no dijo en su nombre, sino en el nombre de Cristo. Levántate, sin embargo, es palabra de quien manda: pero la confianza es por el mérito, no presunción por el poder; y de la operación del nombre, no de su propia virtud es la autoridad de la orden. ¿Qué dicen, por lo tanto, los arrianos? En el nombre de Cristo también Pedro manda, y ellos no quieren que el Hijo de Dios haya mandado, sino que haya rogado.

32. Pero se ha leído que rogó. Aprende la diferencia. Roga como hijo del hombre, manda como Hijo de Dios. ¿No le atribuíste esto al Hijo de Dios, lo que incluso el diablo le atribuyó, y vosotros con mayor sacrilegio le quitáis? Él dice: "Si eres Hijo de Dios, di a esta piedra que se convierta en pan" (Lucas 4, 3). Él dice, manda: vosotros decís, ruega. Él cree que, al mandar el Hijo de Dios, la naturaleza de los elementos y de las cosas se cambiará: vosotros creéis que si no ruega el Hijo de Dios, ni siquiera se cumplirá su voluntad. Y el diablo piensa que el Hijo de Dios debe ser estimado por el poder, vosotros por la debilidad. Son más tolerables las tentaciones del diablo, que los argumentos de Arrio.

33. Ni te mueva que llamó al Hijo del Hombre poderoso, cuando has leído que el Señor de la majestad fue crucificado (1 Corintios 2, 2). ¿Y qué mayor poder, que tener dominio sobre las potestades celestiales (Efesios 1, 21)? Pues tenía quien mandaba a Tronos, Dominaciones, Ángeles. Pues aunque estaba entre las bestias, como está escrito (Marcos 1, 13), sin embargo, los ángeles le servían; para que reconozcas que una cosa es la encarnación, otra el poder. Según la carne, por lo tanto, es tentado por las bestias, según la dignidad es adorado por los ángeles.

34. Hemos aprendido, por lo tanto, que fue hecho hombre y que esto debe referirse al hombre. De hecho, en otro lugar tienes: "Que fue hecho de la simiente de David" (Romanos 1, 3), según la carne ciertamente fue hecho de la simiente de David: pero Dios nació de Dios antes de los siglos.

CAPÍTULO V.

Demuestra con ejemplos tomados de la misma Escritura que hecho no siempre significa lo mismo que creado. De ahí concluye que no se debe cavilar sobre la letra al modo de los judíos, a quienes, sin embargo, prueba que los herejes son peores; y nuevamente confirma la sentencia propuesta.

35. Sin embargo, no siempre hecho se refiere a la creación; pues está escrito: "Señor, tú has sido nuestro refugio" (Salmo 89, 1); y: "Tú has sido mi salvación" (Salmo 117, 14). No se declara ciertamente una definición de creación o edición: sino que se dice que has sido hecho mi refugio, y convertido en mi salvación, como también el Apóstol dijo: "Que nos ha sido hecho sabiduría de Dios, y justicia, y santificación, y redención" (1 Corintios 1, 30). Dijo que nos ha sido hecho, no creado del Padre. De hecho, cómo dice que nos ha sido hecho sabiduría, lo expuso en lo posterior diciendo: "Pero hablamos sabiduría de Dios en misterio, la cual está oculta, la cual Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria, la cual ninguno de los príncipes de este siglo conoció. Porque si la hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de la majestad" (1 Corintios 2, 7, 8). Donde se expresa el misterio de la pasión, no se declara ciertamente la serie de la generación eterna.

36. Por lo tanto, mi sabiduría es la cruz del Señor, mi redención es la muerte del Señor; pues hemos sido redimidos con sangre preciosa, como dijo el apóstol Pedro (1 Pedro 1, 19). Por lo tanto, con su sangre, como hombre, el Señor nos redimió; y el mismo, como Dios, perdonó los pecados.

37. No establezcamos, por lo tanto, ciertas insidias en las palabras, y no busquemos trampas de palabras; para que, porque se piensa que el discurso que se lee significa otra cosa según los impíos, no interpretemos lo que el sentido expresa, sino lo que la letra muestra. Así perecieron los judíos, mientras desprecian las profundidades de los sentidos, y siguen las palabras desnudas; "Porque la letra mata, pero el espíritu vivifica" (2 Corintios 3, 6).

38. Y sin embargo, entre dos graves sacrilegios, tal vez sea más detestable referir a la divinidad lo que es de la carne, que referir a la letra lo que es del espíritu. Aquellos temieron creer en la carne en Dios; y por eso perdieron la gracia de la redención, porque niegan la causa de la salvación: estos llevan la majestad de la divinidad hasta las debilidades de la carne. Detestables los judíos, que crucificaron la carne del Señor: sin embargo, considero más detestables a aquellos que creyeron que la divinidad de Cristo fue sometida a la cruz. De hecho, quien a menudo trataba con los judíos: "Al hombre hereje, después de una corrección, evítalo" (Tito 3, 10).

39. Sin embargo, no sin injuria al Padre derivan sacrílegamente que nos ha sido hecha sabiduría, a esa inenarrable, ni sujeta a tiempos ni momentos, generación de Cristo. Pues además de que la injuria al Hijo es una afrenta al Padre, también estos sacrilegios proceden contra el Padre, de quien está escrito: "Sea Dios veraz, y todo hombre mentiroso" (Romanos 3, 4). O si piensan que se dijo del Hijo, no prejuzgan a la generación: pero confiesan lo que niegan de Dios y del Dios verdadero por la autoridad de esta lectura.

40. Sería extenso si quisiera enumerar cada vez que leemos hecho, no ciertamente por naturaleza, sino por gracia. Pues también Moisés dice: "Mi ayudador y protector ha sido hecho mi salvación" (Éxodo 15, 2). Y David dice: "Sé para mí un Dios protector, y una casa de refugio, para salvarme" (Salmo 31, 3). Y Isaías dice: "Ha sido hecho ayudador para toda ciudad humilde" (Isaías 25, 4). No dicen ciertamente los santos a Dios: Has sido creado, sino que por tu gracia has sido hecho nuestro protector y ayudador.

CAPÍTULO VI.

Para refutar una objeción tomada de Juan, primero demuestra que el sentido arriano patrocina a los maniqueos: luego, expuesta la razón de distinguir las palabras del mismo lugar, muestra claramente que no puede referirse de ninguna manera a la sustancia divina sin injuria al Padre, y expone el verdadero entendimiento de aquel.

41. Por lo tanto, tampoco debe temerse aquello que los arrianos suelen componer con cruel interpretación, diciendo que el Verbo de Dios fue hecho; porque está escrito, dicen: "Lo que fue hecho en él, vida es" (Juan 1, 4).

42. Primero entiendan que si refieren a la sustancia divina lo que fue hecho; se implican en las cuestiones de los maniqueos. Pues los maniqueos objetan: Si lo que fue hecho en él, vida es: entonces hay algo que no fue hecho en él, y es muerte; para que impiamente introduzcan dos principios. Pero esto lo condena la Iglesia.

43. Luego, ¿de dónde pueden demostrar que el Evangelista pronunció así? Muchos doctos y fieles pronuncian así: "Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido

hecho fue hecho"; otros así: "Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada fue hecho"; finalmente: "Lo que fue hecho", pronuncian y añaden: "en él", es decir: Lo que fue hecho, es en él. ¿Qué significa, "en él"? El Apóstol enseña diciendo: "Porque en él vivimos, nos movemos y somos" (Hechos 17, 28).

44. Sin embargo, aunque pronuncien como quieran, no pueden calumniar aquí al Verbo de Dios si quieren referirse a su sustancia: "Lo que fue hecho"; sin calumniar también al Dios Padre, de quien está escrito: "Pero el que hace la verdad, viene a la luz; para que sus obras sean manifestadas, porque están hechas en Dios" (Juan 3, 21). Aquí leemos que las obras del hombre están hechas en Dios, y sin embargo no podemos referirlas a la sustancia divina: sino que las reconocemos hechas por Él, como también dice el Apóstol, que "todo fue creado por Él y en Él; y Él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en Él subsisten" (Colosenses 1, 16): o, como enseña el testimonio de la lectura presente, debemos considerar que las virtudes por las cuales se adquiere el fruto de la vida eterna están hechas en Dios, la castidad, la piedad, la religión, la fe y otras semejantes, que están hechas en la voluntad de Dios.

45. Por lo tanto, así como en la voluntad y virtud de Dios Padre, también están hechas en la de Cristo, como leemos: "Creados en Cristo para buenas obras" (Efesios 2, 10); y en el salmo: "Haya paz en tu virtud" (Salmo 121, 7); y en otro lugar: "Todo lo hiciste con sabiduría" (Salmo 103, 24). Dice "con sabiduría lo hiciste", no "hiciste la sabiduría". Pues cuando todo fue hecho con sabiduría, y Cristo es la sabiduría de Dios (1 Corintios 1, 24), no accidentalmente, sino subsistiendo y permaneciendo eternamente; si la sabiduría fue hecha, ya fue hecha en una condición inferior a todas las cosas; porque la sabiduría no pudo hacerse por sí misma. Por lo tanto, si el hecho de ser hecho frecuentemente se refiere a algo, no a la naturaleza, también el ser creado se refiere a la causa.

CAPÍTULO VII.

Lo que fue dicho por Salomón: "El Señor me creó, etc.", señala que la encarnación de Cristo fue hecha para redimir las obras del Padre; lo cual, declarado por las palabras del mismo Hijo, muestra que el "principio" también puede entenderse de las enseñanzas de las virtudes, cuyos caminos el Señor nos ha abierto, y se demuestra que verdaderamente ha sido el principio.

46. [Alias cap. IV.] De donde entendemos que lo que está escrito sobre la encarnación del Señor: "El Señor me creó como principio de sus caminos en sus obras" (Proverbios 8, 22), significa que el Señor Jesús fue creado de la Virgen para redimir las obras del Padre. Pues no puede haber duda de que se dice del misterio de la encarnación, ya que el Señor asumió la carne para liberar sus obras del servicio de la corrupción; para destruir, por la pasión de su cuerpo, a aquel que tenía el poder de la muerte. Porque la carne de Cristo es por las obras, la divinidad antes de las obras; porque Él es antes de todo, pero también todo subsiste en Él.

47. Por lo tanto, no la divinidad por las obras, sino las obras por la divinidad; como el Apóstol declaró, diciendo que todo es por el Hijo de Dios. Así lo tienes: "Porque convenía que aquel por quien son todas las cosas, y por quien son todas las cosas, llevando a muchos hijos a la gloria, perfeccionara por medio del sufrimiento al autor de su salvación" (Hebreos 2, 10). ¿No expuso claramente que el Hijo de Dios, que por su divinidad creó todo, después por la salvación del pueblo y la asunción de la carne, asumió la pasión de la muerte?

48. Por las obras para las cuales fue creado de la Virgen, el mismo Señor lo mostró cuando curó al ciego, diciendo: "Me es necesario hacer las obras de aquel que me envió" (Juan 9, 4). Y añadió, para que creyéramos que se decía de su encarnación: "Mientras estoy en el mundo, soy la luz del mundo" (Juan 9, 5). Porque como hombre está en este mundo por un tiempo; pues como Dios está siempre. Finalmente, en otro lugar dice: "He aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo" (Mateo 28, 20).

49. Tampoco queda ninguna cuestión sobre el principio, cuando interrogado en la carne: "¿Tú quién eres?" respondió: "El principio, lo que también os hablo" (Juan 8, 25). Lo cual no solo se refiere a la sustancia de la divinidad eterna, sino también a las enseñanzas de las virtudes. De esto también probó ser Dios eterno; porque Él mismo es el principio de todo, y el autor de cada virtud, porque es la cabeza de la Iglesia, como está escrito: "Porque Él es la cabeza del cuerpo de la Iglesia, que es el principio, el primogénito de entre los muertos" (Colosenses 1, 18).

50. Por lo tanto, está claro que también se dice de la encarnación "el principio de sus caminos", lo cual parece referirse al sacramento del cuerpo asumido. Porque asumió la carne para allanar el camino hacia el cielo para nosotros. Finalmente, dice: "Subo a mi Padre y a vuestro Padre: a mi Dios y a vuestro Dios" (Juan 20, 17). Finalmente, para que sepas que el Padre omnipotente prescribió sus caminos al Hijo según la encarnación, tienes en Zacarías que al Jesús vestido con vestiduras sucias el Ángel le dijo: "Así dice el Señor omnipotente: Si andas en mis caminos, y guardas mis preceptos" (Zacarías 3, 7). ¿Qué es esa vestidura sucia, sino la asunción de la carne?

51. Los caminos del Señor son como senderos de buena vida, que son dirigidos por Cristo, quien dice: "Yo soy el camino, y la verdad, y la vida" (Juan 14, 6). El camino, por lo tanto, es la virtud suprema de Dios; porque Cristo es el camino para nosotros. Y es un buen camino, que ha abierto el reino de los cielos a los creyentes. Los caminos del Señor son caminos rectos, como está escrito: "Hazme conocer tus caminos, oh Señor" (Salmo 24, 4). El camino es la castidad, el camino es la fe, el camino es la abstinencia. Hay un camino de virtud, y también hay un camino de iniquidad; pues está escrito: "Y ve si hay en mí camino de iniquidad" (Salmo 138, 24).

52. Por lo tanto, el principio de nuestra virtud es Cristo. El principio de la integridad, quien enseñó a las vírgenes a no esperar concubinatos viriles, sino a dedicar más bien la integridad de mente y cuerpo al Espíritu Santo que al esposo (2 Corintios 11, 2). El principio de la frugalidad es Cristo, quien se hizo pobre, siendo rico (2 Corintios 8, 9). El principio de la paciencia es Cristo, quien cuando fue maldecido, no devolvió maldición; cuando fue golpeado, no devolvió el golpe (1 Pedro 2, 23). El principio de la humildad es Cristo, quien tomó la forma de siervo (Filipenses 2, 7); aunque igualaba al Padre Dios en la majestad de la virtud. De Él, por lo tanto, cada virtud ha recibido su principio.

53. Y por eso, para que aprendiéramos estos géneros de virtudes: "Un Hijo nos ha sido dado, cuyo principio está sobre sus hombros" (Isaías 9, 6). Ese principio es la cruz del Señor; el principio de la fortaleza, por el cual el camino ha sido abierto a los santos mártires hacia la pasión del sagrado combate.

CAPÍTULO VIII.

El versículo en Isaías citado recientemente se explica sobre la humanidad y divinidad de Cristo, y se demuestra que con él se aniquilan varias herejías.

54. Isaías vio este principio, y por eso dice: "Un niño nos ha nacido, un Hijo nos ha sido dado". Los Magos también lo vieron, y por eso, cuando vieron al niño en el pesebre, lo adoraron diciendo: "Un niño nos ha nacido"; cuando contemplaron la estrella, proclamando: "Un Hijo nos ha sido dado" (Mateo 2, 11). Un don de la tierra, otro don del cielo, y ambos uno en cada uno perfecto, y sin mutabilidad de la divinidad, y sin disminución de la naturaleza humana. Adoraron a uno, y a él le ofrecieron dones; para mostrar que él es el Señor del cielo, quien se veía en los pesebres.

55. Distingue los momentos de cada palabra: "Un niño nos ha nacido, un Hijo nos ha sido dado". Aunque nacido del Padre, no obstante no nos ha nacido, sino que nos ha sido dado; porque no el Hijo por nosotros, sino nosotros por el Hijo. Pues no nos ha nacido, quien antes de nosotros ha nacido, y es el creador de toda la creación: ni ahora nace por primera vez, quien siempre ha sido, y era en el principio: sino que lo que no era, nos ha nacido. Lo que también el ángel dijo a los pastores cuando les hablaba, que había sido engendrado, como tienes escrito: "Porque nos ha nacido hoy un Salvador, que es Cristo el Señor, en la ciudad de David" (Lucas 2, 11). Por lo tanto, lo que no era, nos ha nacido: esto es, un niño de la Virgen, un cuerpo de María; esto después de nosotros, aquello antes de nosotros.

56. Otros códices tienen así: "Un niño nos ha nacido, un Hijo nos ha sido dado"; esto es, quien era Hijo de Dios, este de María nos ha nacido niño, y nos ha sido dado. Porque nos ha sido dado, escucha al Profeta diciendo: "Y danos tu salvación" (Salmo 84, 8). Porque lo que está por encima de nosotros, se da: lo que es del cielo, se da; como también leemos del Espíritu que, "El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado" (Romanos 5, 5).

57. Pero vean cómo este lugar extingue muchas herejías. "Un niño nos ha nacido", no a los judíos: "a nosotros", no a los maniqueos: "a nosotros", no a los marcionitas. El Profeta dice: "A nosotros", esto es, a los creyentes, no a los incrédulos. Y él, en su misericordia, ha nacido para todos, pero la perfidia de los herejes ha hecho que no haya nacido para todos, quien ha nacido para todos. Pues también se ordena que la luz del día se levante sobre buenos y malos: pero no se ve levantarse para los que no ven (Mateo 5, 15).

58. Así como el niño no ha nacido para todos, sino para los fieles: así el Hijo no ha sido dado a los infieles, sino a los fieles. Nos ha sido dado, no a los fotinianos; pues ellos dicen que no nos ha sido dado el Hijo de Dios, sino que ha nacido entre nosotros desde el principio: nos ha sido dado, no a los sabelianos; pues ellos no quieren que el Hijo sea dado, afirmando que el Padre es el mismo que el Hijo: a nosotros, no a los arrianos; pues ellos tampoco tienen al Hijo dado para la salvación, sino enviado por debilidad: no tienen al consejero, a quien creen que no conocía el futuro: no tienen al Hijo, a quien no consideran eterno; cuando está escrito del Verbo de Dios, "que era en el principio"; y en otro lugar: "En el principio, era el Verbo" (Juan 1, 2). Finalmente, para volver al ejemplo propuesto: "En el principio", dice, "antes de que hiciera la tierra, antes de que hiciera los abismos, y antes de que produjera las fuentes de las aguas, antes de todos los montes me engendró" (Proverbios 8, 23 y ss.).

CAPÍTULO IX.

Ambrosio resuelve la dificultad que surge del lugar de Salomón citado anteriormente, mostrando que allí se toma el pasado por el futuro, y se designa la doble naturaleza en Cristo.

59. Tal vez digas, ¿cómo he recordado que se dice de la encarnación de Cristo: "El Señor me creó", cuando antes de la encarnación de Cristo ya existía la creación del mundo? Pero considera que es costumbre de las Escrituras divinas, hablar de lo futuro como si fuera pasado, y significar la doble sustancia en Cristo de divinidad y carne; para que nadie niegue su divinidad, ni su carne.

60. Pues así como tienes en Isaías: "Un niño nos ha nacido, y un Hijo nos ha sido dado" (Isaías 9, 6); así también aquí primero menciona la creación de la carne, y luego subyace la afirmación de la divinidad; para que sepas que no hay dos Cristos, sino uno: quien fue engendrado del Padre antes de los siglos, y en los últimos tiempos creado de la Virgen, esto es: Yo soy aquel creado del hombre, creado para una causa, que fui engendrado antes de los siglos.

61. Finalmente, al decir: "El Señor me creó", primero dijo: "Recordaré lo que es desde el siglo". Al decir: "Engendró", primero dijo: "En el principio antes de que hiciera la tierra, antes de todos los montes me engendró". Cuando se dice "antes", se extiende infinitamente hacia atrás sin ninguna definición. Finalmente, "antes de Abraham", dice, "yo soy" (Juan 8, 58), no ciertamente después de Adán: y "antes del Lucero" (Salmo 109, 3), no ciertamente después de los ángeles. Pero cuando dijo "antes", no se refirió a sí mismo dentro de algo, sino que dijo que todo está dentro de sí mismo; pues así es costumbre de las Escrituras divinas significar la eternidad de Dios. Finalmente, en otro lugar tienes: "Antes de que los montes fueran hechos, y se formara la tierra, desde el siglo y hasta el siglo tú eres" (Salmo 89, 2).

62. Por lo tanto, antes de todo la generación, entre todo y por todo la creación. Nacido del Padre por encima de la Ley, hecho de María bajo la Ley.

CAPÍTULO X.

A punto de resolver las palabras del Bautista de las que discutían que Cristo también fue hecho antes de la encarnación, donde primero mencionó que pueden referirse a la predestinación; sin embargo, demuestra que deben entenderse de la encarnación por lo que precede. Avanzando desde aquí hacia lo místico, declara que él fue antes que Juan en dignidad y mérito: especialmente cuando la Iglesia, cuyo tipo fue expresado en la historia de Rut, fue el único esposo, incluso excluyendo a Moisés, quien fue el único que la llamó, aunque la Sinagoga no fue completamente descuidada.

63. [Alias. cap. V.] Pero está escrito: "Después de mí viene un hombre, que es antes de mí hecho; porque era antes que yo". De donde dicen: He aquí que quien era, ha sido hecho. Consideremos las mismas palabras. "Después de mí", dice, "viene un hombre" (Juan 1, 30). Por lo tanto, es un hombre quien viene, el mismo que ha sido hecho. Pero "hombre" es un nombre de sexo: el sexo no se atribuye ciertamente a la divinidad, sino a la naturaleza humana.

64. Podría decir, por lo tanto: Estaba en la precognición ciertamente del cuerpo, pero en la eternidad de la virtud; pues también la Iglesia estaba, y los santos estaban predestinados antes de los siglos: pero no digo esto en este lugar, sino que afirmo que el hecho no se refiere a la divinidad, sino que pertenece a la naturaleza de la encarnación, como el mismo Juan dijo: "Este es de quien dije: Después de mí viene un hombre, que es antes de mí hecho".

65. Por lo tanto, cuando propuso la doble sustancia en Cristo, como dije antes, para que entendas ambas, la de la divinidad y la de la carne, en este lugar comenzó con la carne. Pues

es costumbre promiscuamente de las Escrituras divinas, que a veces comiencen con la divinidad de Cristo, y desciendan a los sacramentos de la encarnación; a veces comiencen con la humildad de la encarnación, y asciendan a la gloria de la divinidad, como en los profetas, y en los evangelistas frecuentemente, y en Pablo. Por lo tanto, también aquí, según la costumbre mencionada, comenzó con la encarnación del Señor para hablar de su divinidad; no para confundir lo humano y lo divino, sino para distinguirlo. Sin embargo, los arrianos, como taberneros judíos, mezclan agua con vino; porque confunden la generación divina y humana, refiriendo a la deidad lo que se dice de la carne.

66. No temo lo que parecen objetar porque en los superiores no tiene "hombre"; pues así tiene: "Quien viene después de mí". Pero vean también lo que ha dicho antes: "El Verbo se hizo carne" (Juan 1, 14). Y por eso no añadió "hombre"; porque había dicho carne: pero en carne entendemos aquí hombre, y por hombre carne. Por lo tanto, porque había dicho: "El Verbo se hizo carne", era superfluo nombrar aquí al hombre, a quien ya había señalado con la expresión de carne.

67. Según este ejemplo, también en los posteriores mencionó primero al cordero, que quita los pecados del mundo; y para que entendieras que se refería al encarnado, a quien había mencionado antes, dice: "Este es de quien dije antes: Después de mí viene un hombre, que es antes de mí hecho" (Juan 1, 29), esto es, dije hombre, no Dios hecho. Pero para declarar que él es el encarnado, porque era antes de los siglos; para que no creamos en dos hijos, dice: "Porque era antes que yo". Pues si "hecho" lo hubiera referido a la generación divina, ¿qué necesidad había de añadir aún un tercero, y repetir lo que había dicho antes? Pero porque antes había dicho solo de la encarnación: "Después de mí viene un hombre, que es antes de mí hecho"; por eso añadió: "Porque era antes que yo", ya que la eternidad de la divinidad debía ser expresada. Y esta es la causa de la preeminencia, para que con razón se vea antepuesto, quien es la virtud sempiterna de su propio Padre.

68. Sin embargo, la abundancia del entendimiento espiritual nos da el deseo de avanzar y vagar para concluir a los arrianos, quienes quieren referir "hecho" en este lugar no al hombre, sino a la divinidad. Pues, ¿qué es sostener lo que pueden; cuando el Bautista dijo: "Después de mí viene, quien es antes de mí hecho"; esto es, hecho sobre mi mérito, hecho sobre mi gracia, posterior en tiempo de carne, venerable en honor de divinidad? "Después de mí viene", es de tiempo: "era antes que yo", de eternidad: "es antes de mí hecho", de honor; porque también el misterio de la Encarnación está por encima de la gracia humana.

69. Finalmente, en los inferiores expresó lo que había tejido arriba diciendo: "Después de mí viene un hombre, de quien no soy digno de llevar el calzado" (Juan 1, 27); exponiendo ciertamente la preeminencia de la dignidad, no la eternidad de la generación divina. Lo cual se refiere tanto a la encarnación, que antes había mencionado el tipo de calzado místico en los hombres. Pues lee que la unión de la esposa del difunto más cercano o hermano se confería por el calzado; para que se resucitara la descendencia del hermano o del más cercano (Números 36, 6). De donde Rut, aunque ella misma extranjera; sin embargo, porque había tenido un esposo de los judíos, quien había dejado un pariente sobreviviente, y ella recogía gavillas de su cosecha, con las que alimentaba tanto a sí misma como a su suegra, Booz la vio y la amó: no la toma como esposa de otra manera, sino que primero le quita el calzado a aquel a quien la esposa le era debida según la Ley (Rut 4, 5-7).

70. Historia simple, pero altos misterios; pues se llevaba a cabo una cosa, pero se figuraba otra. Pues si torcemos el sentido según la letra, hay casi cierta vergüenza y horror en la palabra, si referimos la sentencia y el entendimiento a la costumbre de la mezcla corporal.

Pero se designaba que vendría de los judíos, de quienes Cristo según la carne, quien resucitaría la descendencia de su pueblo muerto con la semilla de la doctrina celestial, a quien las prescripciones espirituales de la Ley le conferían el calzado nupcial para unir a la Iglesia.

71. No Moisés es el esposo; pues a él se le dice: "Quítate el calzado de tus pies" (Éxodo 3, 5); para que ceda a su Señor. No Josué hijo de Nun es el esposo; pues a él también se le dice: "Quítate el calzado de tus pies" (Josué 5, 16); para que no se crea que es el esposo de la Iglesia por la similitud del nombre. No otro es el esposo, sino solo Cristo es el esposo, de quien dijo Juan: "El que tiene a la esposa es el esposo" (Juan 3, 29). Por lo tanto, a ellos se les quita el calzado, a este no se le puede quitar, como dijo Juan: "No soy digno de desatar la correa de su calzado" (Juan 1, 27).

72. Por tanto, solo Cristo es el esposo, a quien aquella esposa venida de entre las naciones, antes pobre y hambrienta, pero ahora rica con la cosecha de Cristo, se une en matrimonio: quien recoge en su seno los manojos de la fecunda cosecha y las reliquias de la Palabra en el interior de su mente; para alimentar a aquella viuda exhausta por la muerte de su hijo, y a la madre del pueblo difunto con nuevos alimentos, no dejando a la viuda desamparada, y buscando nuevos.

73. Solo Cristo es el esposo, que no envidia a la misma Sinagoga los manojos de su cosecha. ¡Ojalá no se excluyera a sí misma! Tuvo a quienes recoger por sí misma: pero como su pueblo está muerto, como una madre necesitada por la muerte de su hijo, recogía a través de la Iglesia los manojos con los que viviría; los cuales vendrán con júbilo, como está escrito: Vendrán con júbilo, llevando sus manojos (Salmo 125, 6).

74. Pues, ¿quién más se atrevería a reclamar para sí a la Iglesia como esposa, sino aquel único y solo que la llamó desde el Líbano diciendo: Ven aquí desde el Líbano, esposa; ven aquí desde el Líbano (Cantar de los Cantares 4, 8)? ¿O de quién más podría la Iglesia decir: Su boca es dulzura, y todo él es deseable (Cantar de los Cantares 5, 16)? Y ya que hemos tomado el tema del calzado de los pies, ¿a quién más sino al Verbo de Dios encarnado conviene lo dicho: Sus piernas son columnas de mármol, fundadas sobre bases de oro (Ibid., 13)? Solo Cristo camina en las almas, y avanza en la mente de los santos, en quienes, como en bases de oro y fundamentos preciosos, se han asentado las huellas del Verbo celestial.

75. Queda claro, por tanto, que tanto el hombre como el tipo se refieren al misterio de la encarnación.

CAPÍTULO XI.

Vuelve al tema propuesto, y donde se dice que Cristo fue hecho, enseña que esto se refiere ya sea a la encarnación o a alguna causa o circunstancia adjunta. Expone numerosos testimonios de los libros sagrados y especialmente de Pablo en ese sentido: pero se detiene principalmente en persuadir que Cristo es el verdadero sacerdote prefigurado en Melquisedec, y que en él hay unidad de operación con el Padre, no solo similitud.

76. Por tanto, no se refiere a la sustancia de la divinidad, sino a la encarnación a menudo, y a veces también a la causa, cuando se dice hecho. Pues si lo refieres a la divinidad, entonces también en oprobio Dios fue hecho; así lo tienes: Pero tú has rechazado y despreciado, has desechado a tu ungido (Salmo 88, 39); y más adelante: Y fue hecho oprobio para sus vecinos (Ibid., 42). Vecinos, dice, no ciudadanos, no domésticos, no adherentes; porque el que se adhiere al Señor, un espíritu es (1 Cor. 6, 17): el que es vecino, no se adhiere. Y, Fue hecho

oprobio; porque la cruz del Señor es escándalo para los judíos, necedad para los griegos (1 Cor. 1, 23). Pues para los sabios, por esa misma cruz fue hecho más excelso que los cielos, más excelso que los ángeles, y fue hecho fiador de un mejor testamento, él mismo que era del anterior.

77. Mira cómo no rehúyo estas cosas, para incluso acumularlas: pero considera cómo fue hecho.

78. Primero, que hecha la purificación, se sienta a la derecha de la majestad en las alturas, hecho tanto mejor que los ángeles (Heb. 1, 3, 4). Donde hay purificación, hay sacrificio: donde hay sacrificio, hay cuerpo: donde hay cuerpo, hay oblación: donde hay don de oblación, allí hay sacrificio de pasión.

79. Luego, fiador de un mejor testamento (Heb. 7, 22). Donde hay testamento, es necesario que preceda la muerte del testador (Heb. 9, 16), como está escrito más abajo: pero la muerte no se refiere a la eternidad de la divinidad, sino a la fragilidad humana.

80. También se muestra cómo fue hecho más excelso que los cielos: Inmaculado, dice, separado de los pecadores, y hecho más excelso que los cielos: que no tiene necesidad diaria, como los sacerdotes, de ofrecer primero sacrificio por sus propios delitos, luego por los del pueblo. Esto lo hizo una vez ofreciéndose a sí mismo, como está escrito (Heb. 7, 26, 27). Nadie es dicho hecho más excelso, a menos que haya sido en algo más humilde: por tanto, fue hecho más excelso, sentándose a la derecha del Padre, en lo que se hizo menor que los ángeles, se ofreció a la pasión (Heb. 2, 9).

81. Finalmente, el mismo Apóstol dice a los Filipenses, que hecho en semejanza de hombre, y hallado en forma como hombre, se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte (Fil. 2, 7, 8). Mira dónde fue hecho: En semejanza, dice, de hombre, no en poder de Dios: y hecho obediente hasta la muerte; para que tuviera la obediencia del hombre, el reino de la divinidad.

82. Por tanto, ¿cuántos ejemplos más usaremos para mostrar que lo que fue hecho se refiere a la encarnación o a algo? Pero lo que fue hecho, también es creado: Pues dijo, y fueron hechas: él mandó, y fueron creadas (Salmo 148, 5). El Señor me creó (Proverbios 8, 22), dicho según la carne: también mostramos arriba que creado se ve dicho de la encarnación en el primer libro (Cap. 14 y sig.).

83. El mismo Apóstol, al afirmar que no se debe servir a la criatura, significó que el Hijo no fue creado de Dios, sino engendrado (Rom. 1, 25). Sin embargo, también en otro lugar, para manifestar cómo se lee en Salomón: El Señor me creó; mostró qué fue creado en Cristo.

84. Así que repasemos toda la serie del capítulo; pues así lo tienes: Porque como los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo; para destruir por la muerte a aquel que tenía el imperio de la muerte (Heb. 2, 14). ¿Quién, pues, es el que quiso que participáramos de su carne y sangre? Sin duda, el Hijo de Dios. ¿Cómo, sino por la carne, se hizo partícipe nuestro? ¿O por qué, sino por la muerte del cuerpo, disolvió las ataduras de la muerte? Pues la muerte de la muerte fue la ascensión de la muerte en Cristo. Por tanto, propuso sobre la encarnación.

85. Veamos lo que sigue: Pues no tomó a los ángeles, dice, sino la simiente de Abraham. Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos; para ser misericordioso y fiel príncipe, sacerdote ante Dios, para expiar los pecados del pueblo. En lo que él mismo sufrió; y fue

tentado, puede también ayudar a los tentados (Heb. 2, 16, 17). Por lo cual, hermanos santísimos, participes de la vocación celestial, considerad al apóstol y príncipe de los sacerdotes de nuestra confesión, Jesús, fiel a su creador, como también Moisés en su casa (Heb. 3, 1, 2). Estas son, sin duda, palabras del Apóstol.

86. Veis en qué dice que fue creado: en lo que tomó, dice, la simiente de Abraham, ciertamente afirma la generación corporal. ¿En qué, sino en el cuerpo, expió los pecados del pueblo? ¿En qué sufrió, sino en el cuerpo; como también dijimos arriba: Cristo sufrió según la carne? ¿En qué sacerdote, sino en lo que asumió del género sacerdotal?

87. Pues el sacerdote debe ofrecer algo, y según la Ley entrar en el santuario por la sangre (Heb. 9, 25): por tanto, porque Dios había rechazado la sangre de toros y machos cabríos, era necesario que este sacerdote entrara en el santuario de los cielos supremos por su propia sangre, como has leído (Heb. 9, 12); para que fuera eterna la oblación de nuestros pecados. Por tanto, el mismo sacerdote, y la misma víctima: y sin embargo, el sacerdocio y el sacrificio son oficio de la condición humana; pues también el cordero fue llevado al sacrificio, y es sacerdote según el orden de Melquisedec.

88. Por tanto, nadie donde ve el orden de la condición humana, allí afirme el derecho de la divinidad. Pues también aquel Melquisedec por quien Abraham ofreció sus sacrificios (Gén. 14, 18), la Iglesia no lo entiende como un ángel según las burlas judías, sino como un hombre santo, y sacerdote de Dios, que llevando el tipo del Señor, es descrito sin padre, sin madre, sin genealogía, sin principio, y sin fin; para mostrar que el eterno Hijo de Dios vendría a este mundo, quien también sin padre según la encarnación nació, y sin madre según la generación divina, y sin genealogía; porque está escrito: ¿Quién contará su generación? (Isaías 53, 8).

89. Por tanto, hemos aceptado a aquel Melquisedec como sacerdote de Dios en el tipo de Cristo: pero aquel en tipo, este en verdad: el tipo es sombra de la verdad: aquel en el nombre de una ciudad, este rey en la reconciliación de todo el mundo; porque está escrito: Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo mismo (2 Cor. 5, 19); esto es, la divinidad eterna; o, si el Padre está en el Hijo, como el Hijo en el Padre, tampoco se niega la unidad de sustancia y operación.

90. Pero, ¿cómo pueden negarlo con razón, incluso si quisieran, cuando está escrito: Pero el Padre que mora en mí, él hace las obras; y: Las obras que yo hago, él las hace (Juan 14, 10)? No dijo: Y él las hace; para que no pensaras en una similitud más que en una unidad de obra: pero al decir: Las que yo hago, él las hace, dejó claro que debemos creer en una obra del Padre y del Hijo.

91. Finalmente, donde quiso que se entendiera la similitud de las obras, no la unidad: El que cree en mí, las obras que yo hago, él también las hará (Juan 14, 12). Bien aquí al interponer también, nos otorgó similitud; y sin embargo, negó la unidad natural. Por tanto, una es la obra del Padre y del Hijo, aunque no agrade a los arrianos.

CAPÍTULO XII.

El reino del Padre y del Hijo es uno e indivisible; y de igual manera una es la divinidad de ambos.

92. Pero pregunto cómo quieren que el reino del Padre y del Hijo esté dividido; cuando el Señor dijo, como mostramos arriba; Todo reino dividido contra sí mismo, fácilmente será destruido (Mateo 12, 25)?

93. Y por eso, para excluir el sacrilegio de la saña arriana, el santo Pedro también afirmó un imperio del Padre y del Hijo diciendo: Por lo cual, hermanos, procurad hacer firme vuestra vocación y elección. Porque haciendo estas cosas no erraréis; pues así os será abundantemente ministrada la entrada en el eterno imperio de Dios, y de nuestro Señor y Salvador Jesucristo (2 Pedro 1, 10, 11).

94. O si alguien piensa que se dijo solo del imperio de Cristo, y lo acepta así para separar al Padre y al Hijo en poder; sin embargo, admitirá el reino del Hijo, y eterno. Por tanto, no solo introducirán dos reinos divididos, para que sean sujetos a defecto; sino también cuando no hay reinos comparables al reino de Dios, que es del Hijo, aunque quieran no pueden negarlo: o volverán contra su propia sentencia, para admitir que el reino del Padre y del Hijo es el mismo: o, lo cual es sacrilegio decir, atribuirán al Padre el derecho de un reino menor: o, lo cual es contrario, admitirán que el reino de aquel a quien impíamente recuerdan menor en divinidad, es igual.

95. Pero esto no cuadra, no concuerda, no se adhiere. Digan, por tanto, que es un reino, como nosotros decimos, y probamos: pero no probamos con nuestros testimonios, sino con los celestiales.

96. Pues primero aprende de otros ejemplos que el reino de los cielos es también el reino del Hijo: él mismo dijo: En verdad os digo que hay algunos de los que están aquí, que no gustarán la muerte, hasta que vean al Hijo del Hombre viniendo en su reino (Mateo 16, 28). Por tanto, no puede dudarse que es el reino del Hijo de Dios.

97. Pero acepta que es el mismo reino del Hijo, que es del Padre: En verdad os digo que hay algunos de los que están aquí, que no gustarán la muerte, hasta que vean el reino de Dios viniendo con poder (Marcos 8, 39). Pues hasta tal punto es un reino, que es una recompensa, el mismo heredero, los mismos méritos, el mismo fiador.

98. ¿Cómo no es el mismo reino, cuando especialmente el mismo Hijo dijo de sí: Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre (Mateo 13, 43). Pues lo que es del Padre por la propiedad de la majestad, también es del Hijo por la unidad de la misma claridad. Por tanto, la Escritura dijo reino del Padre, y del Hijo (Juan 17, 5).

99. Acepta ahora que cuando dice reino de Dios, no separa el poder del Padre ni del Hijo; porque también el reino del Padre y del Hijo lo comprende bajo un solo nombre de Dios, como tienes: Cuando veáis a Abraham, Isaac, y Jacob, y a todos los profetas en el reino de Dios (Lucas 13, 28). ¿O negamos que los profetas están en el reino del Hijo, cuando al ladrón que decía: Acuérdate de mí, cuando vengas en tu reino; el Señor respondió: En verdad te digo, hoy estarás conmigo en el paraíso (Lucas 23, 42, 43)? ¿O qué es estar en el reino de Dios, sino no conocer la muerte eterna? Pues quienes no conocen la muerte eterna, ven al Hijo del Hombre viniendo en su reino.

100. ¿Cómo, pues, no puede tener en su poder lo que otorga diciendo: Te daré las llaves del reino de los cielos (Mateo 16, 19)? Y observa la diferencia. El siervo abre, el Señor otorga: este por sí mismo, aquel por Cristo: el siervo recibe las llaves, el Señor ordena las potestades: diferente es el derecho del donante, diferente el servicio del dispensador.

101. Acepta aún que es un reino, un imperio del Padre y del Hijo. Tienes a Timoteo: Pablo apóstol de Jesucristo según el imperio de Dios nuestro Salvador, y de Cristo Jesús nuestra esperanza (1 Tim. 1, 1). Por tanto, un reino del Padre y del Hijo ha sido claramente declarado,

como también el apóstol Pablo afirmó diciendo: Porque esto sabéis que ningún fornicario, o inmundo, o avaro, que es idolatría, tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios (Efesios 5, 5). Por tanto, un reino, y una divinidad.

102. La ley probó una divinidad, que dice un Dios (Deut. 6, 4). También lo probó el Apóstol, diciendo de Cristo: En quien habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente (Col. 2, 9). Pues si según el Apóstol toda la plenitud de la divinidad habita corporalmente en Cristo, o admitirán una divinidad del Padre y del Hijo: o si desean separar la divinidad del Padre y del Hijo, cuando el Hijo tiene toda la plenitud de la divinidad corporalmente; ¿qué es lo que piensan que debe reservarse más, cuando no hay nada más que la plenitud de la perfección? Por tanto, una divinidad.

CAPÍTULO XIII.

El Hijo tiene su propia majestad, igual a la del Padre: de la cual no son socios los ángeles, sino espectadores.

103. [Alias cap. VI.] Ya hemos dicho una imagen, y una semejanza (Lib. 1, cap. 7), resta que también demostremos que el Padre y el Hijo tienen una majestad. No estará lejos; pues el mismo Hijo dijo de sí: Cuando el Hijo del Hombre venga en su majestad, y todos los ángeles con él, entonces se sentará sobre el trono de su majestad (Mateo 25, 31). He aquí la majestad del Hijo expresada: ¿qué le falta, cuya majestad increada no pueden negar? Por tanto, hay majestad del Hijo.

104. Acepten ahora, para que no puedan dudar, que hay una majestad del Padre y del Hijo; pues el mismo Señor dijo: Porque el que se avergonzare de mí y de mis palabras, de este se avergonzará el Hijo del Hombre; cuando venga en su majestad, y del Padre, y de los santos ángeles (Lucas 9, 26). ¿Qué es: Y de los santos ángeles, sino que los siervos son honrados con la dignidad de su Señor?

105. Por tanto, refirió su dignidad al Hijo y al Padre; no para que los ángeles tengan con el Padre y el Hijo igual consorcio, sino para que vean la preeminente gloria de Dios. Pues los ángeles no tienen su propia majestad, como se ha leído del Hijo: Cuando se sienta en el trono de su majestad (Mateo 25, 31); sino que asisten, para ver la gloria del Padre y del Hijo, a quienes pueden o merecen con sus vistas.

106. Finalmente, las mismas palabras divinas se explican a sí mismas, para que entiendas que aquella gloria del Padre y del Hijo no es común con los ángeles; pues así lo tienes: Pero cuando venga el Hijo del Hombre en su majestad, y todos los ángeles con él. Y para enseñar que hay una majestad y una gloria del Padre y suya, él mismo en otro libro dice: Y el Hijo del Hombre se avergonzará de él, cuando venga en la gloria de su Padre con los santos ángeles (Marcos 8, 38). Ellos en servicio, él en gloria: ellos en compañía, él en el trono: ellos están de pie, él se sienta; para que, sin embargo, usemos una palabra humana, él juzga, ellos ministran.

107. Pero no antepuso la majestad divina del Padre, y añadió la suya y la de los ángeles; para que no pareciera haber hecho un cierto descenso y orden de lo superior a lo inferior. Pero porque el Padre no podía parecer inferior, antepuso su majestad, y añadió la del Padre y la de los ángeles; para que no pareciera haber hecho un cierto ascenso de los ángeles al Padre nombrándose a sí mismo en medio, o que se creyera haber hecho un descenso del Padre a los ángeles con un orden incluso de su disminución. Pues nosotros que confesamos una divinidad del Padre y del Hijo, no pensamos en un orden diverso, como los arrianos.

CAPÍTULO XIV.

El Hijo es de una sustancia con el Padre; pero esto también debe entenderse según la divinidad en muchos testimonios de las Escrituras, aunque en algunos otros este término se entienda de posesiones o de la encarnación.

108. Pero, ¿qué diré, Emperador augusto, de que el Hijo es de una sustancia con el Padre; cuando hemos leído que es la imagen de la sustancia del Padre (Sabiduría 7, 26); para que entiendas que en nada según la divinidad difiere del Padre?

109. Según esta imagen dijo: Todo lo que el Padre tiene, es mío (Juan 16, 15). Por tanto, no podemos negar la sustancia en Dios; pues no es insustancial, quien dio a otros tener sustancia: aunque otra es la sustancia de Dios, otra de la criatura. Ni podría ser insustancial el Hijo de Dios, por quien todas las cosas subsisten.

110. Y por eso dice: No fue ocultado mi ser que hiciste en lo oculto, y mi sustancia en los lugares inferiores de la tierra (Salmo 138, 15). Pues a la virtud y divinidad no podían estar ocultas las cosas que antes de la constitución del mundo, o en majestad impenetrable, fueron hechas. Por tanto, leemos sustancia.

111. Pero dirás que se ha hablado de la encarnación como sustancia. Por ahora, he demostrado que se ha leído el término sustancia, y no se ha leído en el contexto de patrimonios, como decís. Ahora, si te parece, aceptemos que según el misterio, en los aspectos inferiores de Cristo hubo sustancia. En efecto, para liberar las almas de los difuntos en el alma de su cuerpo, para desatar las cadenas de la muerte, para perdonar los pecados, obró en el infierno.

112. Y sin embargo, ¿qué impide que entiendas que esa sustancia es divina, cuando Dios está en todas partes, de modo que se le dice: Si subo al cielo, allí estás; si desciendo al infierno, allí estás?

113. Finalmente, declaró que el entendimiento debe derivarse hacia la sustancia divina diciendo: Mis ojos vieron mi obra no hecha; porque el Hijo no es obra de una creación, sino el Verbo engendrado de poder eterno: en efecto, dijo ἀκατέργαστον, es decir, el Verbo no hecho ni creado, nacido del Padre sin el testimonio de ninguna criatura: y sin embargo, abundamos en otros testimonios de sustancia. Que en este lugar sea sustancia corporal, siempre que no consideres al Hijo como obra de Dios, sino que admitas su divinidad no hecha.

114. Sin embargo, sé que algunos dicen que el misterio de la encarnación también es no hecho, porque no fue obra de unión viril; ya que es el parto de una Virgen. Si entonces muchos en este lugar dijeron que el parto de María no es obra, ¿tú, arriano, piensas que el Verbo de Dios es obra?

115. ¿O solo leemos aquí sustancia? ¿No dijo también en otro lugar: Las puertas de las ciudades han sido derribadas, los montes han caído, y se ha revelado la sustancia? ¿Acaso aquí también se señala una criatura? Pues algunos suelen decir que la sustancia es pecuniaria. Entonces, si refieres a este sentido, los montes cayeron para que se viera el patrimonio pecuniario.

116. Pero recordemos qué montes cayeron, aquellos de los que se dijo: Si tuvierais fe como un grano de mostaza, diríais a este monte: Muévete, y échate al mar. Los montes, por tanto, son las alturas que se exaltan.

117. Finalmente, en griego, se dice que los reinos cayeron. ¿Qué reinos, sino los de Satanás, de quien el Señor dijo: ¿Cómo se sostendrá su reino? Leemos, por tanto, que esos montes son los reinos del diablo. Y así, al caer estos reinos del corazón de los fieles, se reveló que Cristo es el Hijo de la sustancia del Padre. ¿Quiénes son también esos mismos montes de bronce, de cuyo medio salen cuatro carros?

118. Observamos que esa altura que se exalta contra el conocimiento de Dios cayó por la palabra del Señor; cuando el Hijo de Dios decía: Calla, y sal, espíritu inmundo. De quien también el profeta dijo: He aquí, yo estoy contra ti, monte corrupto.

119. Por tanto, esos montes cayeron, y se reveló que en Cristo había sustancia divina, diciendo aquellos que lo vieron: Verdaderamente este es el Hijo de Dios; pues no mandaba a los demonios con poder humano, sino divino. Jeremías también dice: Sobre los montes tomad lamento, y sobre los caminos desiertos llanto, porque han perecido; porque no hay hombres, no han recibido la voz de la sustancia: desde las aves hasta los animales han temido y perecido.

120. Tampoco pasó por alto en otro lugar, cuando exponía las fragilidades de la condición humana, para mostrar la debilidad de la carne que asumió y el afecto de nuestra mente, que el Señor dijo por el Profeta: Recuerda, Señor, cuál es mi sustancia; porque el Hijo de Dios hablaba en la naturaleza de la fragilidad humana.

121. De lo cual, para revelar los misterios de la encarnación, dijo: Pero tú has rechazado, Señor, y has tenido en nada; has dispersado a tu Cristo, has destruido el pacto de tu siervo, has profanado su santidad en la tierra. ¿En qué, ciertamente, llamó siervo, sino en la carne, porque no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse, sino que se despojó a sí mismo tomando forma de siervo, hecho a semejanza de los hombres, y hallado en forma como hombre? Por mi ascensión, siervo; por su poder, Señor.

122. ¿Qué es lo que tienes? Porque ¿quién ha estado en la sustancia del Señor?; y en otro lugar: Y si hubieran estado en mi sustancia, y hubieran oído mis palabras, y si hubieran enseñado a mi pueblo; los habría apartado de sus maldades y de sus invenciones.

CAPÍTULO XV.

Cuando los arrianos dicen que el Hijo es ἕτεροούσιον al Padre, reconocen abiertamente la sustancia en Dios: y no evitan esta palabra por otra razón, sino porque no quieren confesar que él es el verdadero Hijo de Dios, como lo indicó Eusebio de Nicomedia. Por tanto, correctamente se estableció por los Padres de Nicea la palabra ὁμοούσιον, como opuesta a la herejía y firmada en la Escritura; por lo tanto, desechando lo que estos inventan sobre los sabelianos, debe mantenerse.

123. ¿Cómo niegan que haya sustancia en Dios? ¿Cómo piensan que debe evitarse la palabra sustancia, que es muy frecuente en las Escrituras, cuando ellos mismos, al decir que el Hijo es de otra sustancia, es decir, ἕτεροούσιον, no niegan que haya sustancia en Dios?

124. Por tanto, no evitan la palabra, sino la fuerza de la palabra; porque no quieren que sea el verdadero Hijo de Dios. Pues aunque la serie de la generación divina no puede ser

comprendida por palabra humana; sin embargo, los Padres juzgaron que su fe debía ser propiamente señalada con tal palabra contra el ἕτεροούσιον, siguiendo la autoridad del profeta, que dijo: ¿Quién ha estado en la sustancia del Señor, y ha visto su Verbo? Por tanto, los arrianos aceptan la palabra sustancia según su impiedad, pero rechazan y refutan lo comprobado según la piedad de los fieles.

125. Pues, ¿qué otra cosa es, por qué no quieren que el Hijo sea llamado ὁμοούσιον al Padre, sino porque no quieren confesar que es el verdadero Hijo de Dios? como su autor Eusebio de Nicomedia reveló en su carta escribiendo: Si decimos, dice, que el Hijo de Dios es verdadero e increado, comenzamos a confesar que es ὁμοούσιον con el Padre. Cuando esta carta fue leída en el concilio de Nicea, los Padres pusieron esta palabra en el tratado de la Fe, porque vieron que era temida por los adversarios; para que, como si desenvainaran una espada de ellos mismos, cortaran la cabeza de su nefanda herejía.

126. En vano dicen que evitan esta palabra por los sabelianos, y en ello muestran su ignorancia; porque ὁμοούσιον significa una cosa para uno, y otra para otro, no es lo mismo para sí mismo. Por tanto, correctamente decimos que el Hijo es ὁμοούσιον al Padre, porque con esa palabra se significa tanto la distinción de personas como la unidad de naturaleza.

127. ¿Pueden negar que se ha leído οὐσίαν, cuando el Señor también dijo ἐπιούσιον pan; y Moisés escribió: ὑμεῖς ἔσεσθέ μοι λαὸς περιούσιος? ¿O qué es οὐσία, o de dónde se dice, sino οὐσα ἀεί, que siempre permanece? Porque el que es, y es siempre, es Dios; y por eso se dice que la οὐσία es la sustancia divina que siempre permanece. Por eso el pan ἐπιούσιος, porque de la sustancia del Verbo suministra sustancia de virtud permanente al corazón y al alma; pues está escrito: Y el pan fortalece el corazón del hombre.

128. Guardemos, por tanto, los preceptos de los mayores, y no nos atrevamos a violar con temeridad inexperta los sellos hereditarios. Aquel libro sellado del profeta, que ni los Ancianos, ni las Potestades, ni los Ángeles, ni los Arcángeles se atrevieron a abrir: solo a Cristo se le ha reservado el privilegio de explicarlo. ¿Quién de nosotros se atreverá a desatar el libro sacerdotal, sellado por los confesores, y ya consagrado por el martirio de muchos? Aquellos que fueron obligados a desatarlo, después, condenando el fraude, lo sellaron: aquellos que no se atrevieron a violarlo, se convirtieron en confesores y mártires. ¿Cómo podemos negar la fe de aquellos cuya victoria proclamamos?

CAPÍTULO XVI.

Para que los católicos se protejan contra los fraudes de los arrianos, expone algunas de sus confesiones engañosas: y demuestra que no basta con que a veces llamen a Cristo Dios, a menos que lo admitan igual al Padre, reuniendo argumentos para probarlo.

129. Que nadie tema, que nadie se asuste: quien amenaza, beneficia más a los fieles. Las adulaciones de los pérfidos son venenosas, deben temerse cuando simulan predicar lo que niegan. Así fueron engañados antes, aquellos que creyeron fácilmente; para que cayeran en las trampas de la perfidia donde creían que había fe.

130. Dicen: Quien diga que Cristo es una criatura según las demás criaturas, sea anatema. Los simples escucharon y creyeron: Porque el inocente, como está escrito, cree toda palabra. Escucharon, pues, y creyeron, engañados por el primer sonido; y como aves atentas al cebo de la fe, no evitaron la trampa tendida para ellos. Así, mientras seguían la fe, tocaron el

anzuelo del nefando fraude. Y por eso: Sed, dice, astutos como serpientes, y sencillos como palomas; se antepone la astucia, para que la sencillez sea segura.

131. Porque hay serpientes evangélicas, que se despojan del viejo uso, para revestirse de nuevos hábitos, como está escrito: Despojándoos del viejo hombre con sus actos, y revistiéndoos del nuevo según la imagen de aquel que lo creó. Aprendamos, pues, dejando las exuvias del hombre viejo, los caminos de las serpientes evangélicas; para que, al modo de las serpientes, sepamos proteger la cabeza, evitar el fraude.

132. Bastaba con decir: Quien diga que Cristo es una criatura, sea anatema. ¿Por qué mezclas, arriano, veneno con la buena confesión, para contaminar todo el cuerpo? Al añadir: Según las demás criaturas, no niegas que Cristo sea una criatura, sino que dices que es una criatura diferente; dices que es una criatura, aunque afirmes que es superior a las demás criaturas. De hecho, Arrio, maestro de esta impiedad, dijo que el Hijo de Dios era una criatura perfecta, pero no como las demás criaturas. Veis, pues, que habéis usado el lenguaje heredado de vuestro padre. Basta con negar que es una criatura, ¿qué necesidad había de añadir: Pero no como las demás criaturas? Corta lo que está podrido, para que no se extienda la infección: tiene veneno; trae muerte.

133. Luego dices a veces que Cristo es Dios: pero dilo de tal manera que le asignes la plenitud de la divinidad paterna; porque hay quienes son llamados dioses, ya sea en el cielo o en la tierra. Por tanto, no debe llamarse Dios superficialmente, sino de tal manera que proclames en el Hijo la misma divinidad que tiene el Padre, como está escrito, Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también dio al Hijo tener vida en sí mismo. Ciertamente dio como a Hijo por generación, no como a indigente por gracia.

134. Y le dio poder para hacer juicio, porque es el Hijo del hombre. Mira lo que añadió, para que no calumnies por la palabra. Lees Hijo del hombre, y acusas de recibir? Niega, pues, que es Dios, si no se le confieren al Hijo todas las cosas que son de Dios; porque cuando dijo: Todas las cosas que el Padre tiene, son mías; ¿por qué no confiesas en el Hijo todas las cosas que son de la naturaleza divina? Porque quien dice: Todas las cosas que el Padre tiene, son mías; ¿qué exceptúa que no tiene?

135. ¿Qué es lo que mencionas enfáticamente, más que con un discurso fiel, que resucitó a los muertos, caminó sobre el mar, curó las enfermedades de los hombres? Pues también a sus siervos les concedió estas cosas. Más bien, me maravillo de estas cosas en los hombres, que les dio tanto poder. Deseo escuchar algo de Cristo que sea propio de Cristo, que no pueda ser común con las cosas creadas; porque es engendrado, porque es el único Hijo de Dios, porque es Dios verdadero de Dios verdadero, porque está sentado a la derecha del Padre.

136. Dondequiera que leo la sesión del Padre y del Hijo, siempre el Hijo está sentado a la derecha. ¿Acaso el Hijo es mejor que el Padre? No decimos esto: pero lo que la caridad de Dios honra, la iniquidad humana denigra. El Padre sabía que se sembrarían cuestiones sobre el Hijo, nos proporcionó lo que debíamos seguir, un ejemplo de piedad, para que no denigremos al Hijo.

CAPÍTULO XVII.

Respondiendo a una objeción que podría surgir aquí, explica por qué el Señor fue visto de pie por Esteban: y con las oraciones de este al Hijo, confirmada la igualdad del mismo con el Padre, termina el libro.

137. Solo en un lugar Esteban dijo que vio a Jesús de pie a la derecha de Dios. Y aprende esto, para que no plantees ninguna cuestión al respecto. Pues, ¿por qué en todas partes se muestra sentado a la derecha, y en un lugar se lee que está de pie? Está sentado como juez de vivos y muertos: está de pie como abogado de los suyos. Estaba, pues, de pie como sacerdote, cuando ofrecía al Padre la ofrenda del buen mártir: estaba de pie como para entregar el premio al buen luchador de tan gran combate.

138. Recibe también tú el espíritu de Dios, para que distingas estas cosas, como lo recibió Esteban; y di como dijo el mártir: He aquí, veo los cielos abiertos, y al Hijo del hombre de pie a la derecha de Dios. Quien tiene los cielos abiertos, ve a Jesús a la derecha de Dios: quien tiene los ojos de la mente cerrados, no ve a Jesús a la derecha de Dios. Confesemos, pues, a Jesús a la derecha, para que el cielo también se nos abra. Cierran el cielo para sí mismos, quienes confiesan de otra manera.

139. Pero si algunos objetan que el Hijo estaba de pie, que muestren en este lugar que el Padre estaba sentado. Pues aunque dijo que el Hijo del hombre estaba de pie; sin embargo, en este lugar no mencionó que el Padre estaba sentado.

140. Pero para que se conociera más claramente que no hay injuria en estar de pie, sino poder, Esteban suplicaba al Hijo, para que lo recomendara más al Padre, diciendo: Señor Jesús, recibe mi espíritu. Y para mostrar que es la misma potestad del Padre y del Hijo, repitió diciendo: Señor, no les imputes este pecado. Esto el Señor lo dice en su propia pasión como Hijo del hombre al Padre: esto también Esteban lo suplica al Hijo de Dios en su martirio. Cuando se pide la misma gracia al Padre y al Hijo, se declara la misma potencia.

141. O si quieren que Esteban lo dijera al Padre, que vean qué significan con su propia testimonio. Aunque estas cosas no nos mueven, sin embargo, que consideren aquellos que ponen todo en la letra y en el orden, que el Hijo fue rogado primero. Pero nosotros, incluso según su interpretación, mostramos la unidad de la majestad Paterna y del Hijo; pues cuando se ruega al Padre y al Hijo, la igualdad de la oración indica la unidad de la operación. Pero si no les agrada que se haya dicho al Hijo, Señor, vemos que también intentan negar que es Señor.

142. Pero ya que la corona de tan gran mártir ha salido, relajemos los esfuerzos del combate, tengamos un descanso en el discurso de hoy. Sigamos alabando al santo mártir, como convenía después de tan grandes combates, herido por las heridas del adversario, pero coronado con los premios de Cristo.

LIBRO CUARTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

No es de extrañar que los hombres hayan errado en el conocimiento de Cristo, sino que no hayan obedecido a las Escrituras: tampoco fue conocido por los ángeles sino por revelación, como tampoco por el mismo Precursor. ¿Qué clase de triunfo fue el de Cristo ascendiendo al cielo, y cuánto más excelente que el rapto de algunos profetas? Luego, descrito el coloquio de los ángeles sobre este asunto, se muestra contra los arrianos que el Hijo es omnipotente.

1. Considerando, augusto Emperador, de qué manera erró tanto el género humano, que muchos, ay de mí, siguieron diversas opiniones sobre el Hijo de Dios; no me parece en absoluto extraño que la ciencia humana haya errado sobre las cosas celestiales, sino que no haya obedecido a las Escrituras.

2. Pues, ¿qué tiene de extraño que el misterio de Dios Padre y del Señor Jesucristo, en el cual están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento, no pudieran los hombres comprenderlo por la sabiduría del mundo, cuando ni los ángeles pudieron conocerlo sino por revelación?

3. Pues, ¿quién pudo seguir al Señor Jesús más por opinión que por fe, ahora penetrando los infiernos desde las alturas del cielo, ahora resurgiendo de los infiernos a las cosas celestiales: de repente vaciado, para habitar en nosotros; nunca disminuido, pues siempre el Hijo está en el Padre, y en el Hijo el Padre?

4. Dudó en él el mismo Precursor, aunque por el tipo de la Sinagoga, dudó el mismo destinado antes de la faz del Señor. Finalmente, enviando discípulos, pregunta: ¿Eres tú el que ha de venir, o esperamos a otro?

5. Se asombraron también los ángeles del misterio celestial. Por lo cual, cuando el Señor resucitaba, y aquel que antes según la carne el estrecho lugar del sepulcro cubría, resurgiendo de los infiernos las alturas del cielo no podían sostenerlo, también las cosas celestiales quedaron en la incertidumbre de la opinión.

6. Pues venía el Señor en su templo santo, redimido con nuevos despojos victoriosos; los ángeles y arcángeles lo precedían, maravillándose del botín obtenido de la muerte: y aunque sabían que nada podía añadirse a Dios por la carne, porque todas las cosas están debajo de Dios, sin embargo, contemplando los trofeos de la cruz, cuyo principio sobre sus hombros, y las ganancias del eterno triunfador, como si las puertas del cielo que lo habían enviado no pudieran contenerlo; aunque nunca alcanzan su majestad, buscaban un camino mayor para su regreso: ¡tanto no había perdido al vaciarse!

7. Sin embargo, debía prepararse un nuevo camino para el nuevo vencedor; pues siempre el vencedor es como mayor y más excelso: pero como las puertas de la justicia eterna son, y las mismas del Nuevo y Antiguo Testamento, por las cuales se abre el cielo, no se cambian ciertamente, sino que se elevan; porque no un solo hombre, sino todo el mundo en el redentor de todos entraba.

8. Enoc fue trasladado, Elías arrebatado: pero no es el siervo mayor que el Señor. Pues nadie ha ascendido al cielo, sino el que descendió del cielo. Porque aunque Moisés, aunque su cuerpo no apareció en la tierra, sin embargo, no leemos que estuviera en la gloria celestial, sino después de que el Señor, con el testimonio de su resurrección, rompió las cadenas del infierno, y elevó las almas de los piadosos. Traslados, pues, Enoc, arrebatado Elías; ambos siervos, ambos con cuerpo: pero no después de la resurrección, no con los despojos de la muerte, y el triunfo de la cruz los vieron los ángeles.

9. Y por eso, viendo al Señor de todos venir primero y solo triunfante de la muerte, mandaban levantar las puertas a los príncipes, diciendo con admiración: Levantad, príncipes, vuestras puertas; y elevaos, puertas eternas: y entrará el rey de gloria.

10. Sin embargo, aún había en los celestiales quienes se asombraban, quienes admiraban la nueva pompa, la nueva gloria; y por eso preguntaban: ¿Quién es este rey de gloria? Pero como los ángeles también tienen procesos de conocimiento, y capacidad de progreso, tienen ciertamente discreción de virtud, y de prudencia: solo Dios es sin proceso; porque en toda perfección siempre es eterno.

11. Decían unos, aquellos ciertamente que asistieron al resurgente, aquellos que lo vieron o ya lo conocieron: El Señor fuerte y poderoso, el Señor poderoso en la batalla.

12. De nuevo, la multitud de Ángeles en un desfile triunfal proclamaban: Levantad, oh príncipes, vuestras puertas; y alzaos, puertas eternas: y entrará el rey de la gloria. 13. Nuevamente, otros asombrados decían: ¿Quién es este rey de la gloria? (Ibid., 10). Lo vimos sin aspecto ni hermosura (Isaías LIII, 2): si, por tanto, él no es, ¿Quién es este rey de la gloria?

14. Se responde por los que saben: El Señor de los ejércitos, él es el rey de la gloria. Por lo tanto, el Señor de los ejércitos es el Hijo. ¿Y cómo dicen los arrianos que es débil, a quien creemos Señor de los ejércitos, al igual que al Padre? ¿Cómo hacen los arrianos distinción de poder, cuando hemos leído que el Señor de los ejércitos es el Padre, y el Señor de los ejércitos es el Hijo? Pues también aquí muchos códices tienen así dispuesto que el Señor de los ejércitos es el rey de la gloria: sabaoth, sin embargo, los intérpretes lo han traducido en algunos lugares como Señor de los ejércitos, en otros como rey, en otros como omnipotente. Por lo tanto, ya que quien ascendió es el Hijo: quien ascendió, sin embargo, es el Señor de los ejércitos; ciertamente el Hijo de Dios es omnipotente.

CAPÍTULO II.

Nadie ascenderá al cielo sin fe, o si alguien asciende, será expulsado: por lo tanto, debe ser cuidadosamente conservada. También hay cielos en nosotros, cuyas puertas deben ser abiertas, y elevadas por la confesión de la divinidad de Cristo. Estas no son elevadas por los arrianos, ni por aquellos que buscan al Hijo entre las cosas terrenales; por lo tanto, deben ser enviados con Magdalena a los Apóstoles, contra quienes las puertas del infierno no prevalecerán. Se concluye de lo dicho que no se debe menospreciar la dignidad del siervo del Señor.

14. ¿Qué haremos entonces? ¿Cómo ascenderemos al cielo? Allí están dispuestas potestades, ordenados príncipes, que guardan las puertas del cielo, que interrogan al que asciende: ¿quién me admitirá, si no anuncio a Cristo omnipotente? Las puertas están cerradas, no se abren a cualquiera: no entrará quien quiera, sino quien fielmente crea. Se guarda la sala imperial.

15. Pero supongamos que un indigno se infiltra, pasa desapercibido por los príncipes de las puertas celestiales, se sienta en la cena del Señor; cuando el Señor del banquete entre, viendo que no está vestido con el traje nupcial de la fe, lo echará a las tinieblas exteriores, donde habrá llanto y crujir de dientes, si no guarda la fe y la paz (Mateo XXII, 11 y ss.).

16. Conservemos, por tanto, el vestido nupcial que hemos recibido, y no neguemos a Cristo lo que le es propio, a quien los ángeles anuncian como omnipotente, los profetas señalan, los apóstoles testifican, como ya hemos mostrado (Libro II, cap. 4).

17. Y tal vez el profeta no se refirió solamente a las puertas de este cielo que pasarán; pues el Verbo de Dios penetra otros cielos, de los cuales se ha dicho: Porque tenemos un gran sacerdote, príncipe de los sacerdotes, que ha atravesado los cielos, Jesús, el Hijo de Dios (Hebreos IV, 14). ¿Cuáles son estos cielos, sino también aquellos de los que dice el Profeta: Los cielos cuentan la gloria de Dios (Salmo XVIII, 1)?

18. Cristo está de pie a la puerta de tu mente, escúchalo decir: He aquí, estoy a la puerta y llamo; si alguien me abre, entraré a él; y cenaré con él, y él conmigo (Apocalipsis III, 20). Y la Iglesia dice de él: La voz de mi hermano llama a la puerta (Cantar de los Cantares V, 2).

19. Está, pues, y no está solo; sino que lo preceden los ángeles, que dicen: Levantad, oh príncipes, vuestras puertas (Salmo XXIII, 7). ¿Qué puertas? Aquellas de las que también en otro lugar dice: Abridme las puertas de la justicia (Salmo CXVII, 19). Abre, pues, tus puertas a Cristo, para que entre en ti: abre las puertas de la justicia, abre las puertas de la castidad, abre las puertas de la fortaleza y la sabiduría.

20. Cree a los ángeles que dicen: Y alzaos, puertas eternas, y entrará el rey de la gloria, el Señor de los ejércitos (Salmo XXIII, 7). Tu puerta es la confesión sonora de una voz fiel: tu puerta es la puerta de la palabra, que el Apóstol desea que se le abra, diciendo: Para que se me abra la puerta de la palabra para declarar el misterio de Cristo (Colosenses IV, 3).

21. Ábrese, pues, tu puerta a Cristo, y no solo ábrese, sino también elévese; si es eterna, no caduca; pues está escrito: Y alzaos, puertas eternas. Fue elevada sobre el umbral de Isaías, cuando el Serafin tocó sus labios, y vio al rey, el Señor de los ejércitos (Isaías VI, 7).

22. Por tanto, tus puertas se elevarán, si crees que el Hijo de Dios es eterno, omnipotente, inestimable, incomprendible, y que conoce tanto lo pasado como lo futuro. Pero si piensas que tiene un poder y conocimiento limitados, y que está sujeto, no elevas las puertas eternas.

23. Elevad, pues, vuestras puertas, para que Cristo no entre en vosotros con el sentido arriano de pequeño, insignificante, o subordinado; sino que entre en la forma de Dios, entre con el Padre, entre tal como es, habiendo superado el cielo y todo, y os envíe el Espíritu Santo. Te conviene creer que ascendió, y que está sentado a la derecha del Padre. Pues si lo retienes entre las criaturas y las cosas terrenales con un pensamiento impío, si no se va de ti, no asciende para ti, ni el Paráclito vendrá a ti, como él mismo dijo: Porque si no me voy, el Paráclito no vendrá a vosotros; pero si me voy, os lo enviaré (Juan XVI, 7).

24. Pero si lo buscas entre las cosas terrenales, como María Magdalena lo buscaba, ten cuidado de que no te diga también a ti: No me toques; porque aún no he subido a mi Padre (Juan XX, 17). Porque tus puertas son estrechas, no pueden contenerme: no pueden elevarse, no puedo entrar.

25. Ve, pues, a mis hermanos, es decir, a aquellas puertas eternas, que cuando ven a Jesús, se elevan (Ibid.). La puerta eterna es Pedro, contra quien las puertas del infierno no prevalecerán (Mateo XVI, 18). Puertas eternas son Juan y Santiago, como hijos del trueno (Marcos III, 17). Puertas eternas son las Iglesias, donde el Profeta deseando anunciar las alabanzas de Cristo, dice: Para anunciar todas tus alabanzas en las puertas de la hija de Sion (Salmo IX, 15).

26. Grande, pues, es el misterio de Cristo, que asombró incluso a los ángeles; y por eso debes venerarlo, y no debes menospreciar al siervo del Señor. No es lícito ignorarlo; por eso descendió para que creas: si no crees, no descendió para ti, no sufrió por ti. Si no hubiera venido, dice, y no les hubiera hablado, no tendrían pecado; pero ahora no tienen excusa por su pecado. El que me odia, odia también a mi Padre (Juan XV, 22, 23). ¿Quién, pues, odia a Cristo, sino quien lo menosprecia? Pues así como es propio del amor honrar, así es propio del odio menospreciar. Quien odia, plantea cuestiones; quien ama, muestra reverencia.

CAPÍTULO III.

Aquellas palabras: La cabeza de todo hombre es Cristo... y la cabeza de Cristo es Dios, primero se vuelven contra los mismos arrianos: luego se prueba que Dios es la cabeza de Cristo solo según la naturaleza humana, a partir de otro lugar de la Escritura que los mismos herejes solían objetar: ni tampoco el texto opuesto que ellos prudentemente citaban: El que planta y el que riega son uno. Explicadas estas cosas, se abre cómo el Padre está en el Hijo, y el Hijo en el Padre, y también los fieles en ambos.

27. [Alias cap. II.] Examinemos, pues, sus otras cuestiones. Está escrito, dicen: La cabeza de todo hombre es Cristo, la cabeza de la mujer es el hombre, y la cabeza de Cristo es Dios (I Cor. XI, 3). En esta cuestión, díganme, por favor, si quieren unir o dividir estas cuatro cosas. Si quieren unir las, y así dicen que Dios es la cabeza de Cristo, como el hombre es la cabeza de la mujer, vean en qué caen. Pues si esta comparación se toma como de cosas iguales, y estas cuatro, es decir, mujer, hombre, Cristo y Dios, se comparan como de una misma naturaleza, entonces la mujer y Dios comenzarán a ser de una misma naturaleza.

28. Pero si esto les desagrada, porque es sacrílego decirlo, que lo dividan como quieran. Así que si quieren que Cristo esté con Dios Padre como la mujer con el hombre; ciertamente dicen que Cristo y Dios son de una misma sustancia, ya que la mujer y el hombre son de una misma naturaleza en la carne (Gén. II, 24): pues lo que difiere es en el sexo. Pero como entre Cristo y el Padre no interviene el sexo, confesarán que lo que es uno entre el Hijo y el Padre es en la naturaleza: lo que es diferente en el sexo, lo negarán.

29. ¿Les agrada esta división? ¿O quieren que la mujer, el hombre y Cristo sean de una misma sustancia, y separan al Padre? ¿Les agrada, pues, esta división? Si es así, vean en qué caen. O bien deben confesar que no solo son arrianos, sino también fotinianos; porque confiesan que Cristo es solo hombre, a quien consideran que debe unirse solo a la naturaleza humana: o bien, aunque no quieran, deben aceptar nuestra opinión, por la cual defendemos piadosa y religiosamente lo que impiamente pensaron; para que Cristo sea, según la generación divina, la virtud de Dios, pero según la asunción de la carne, de una misma sustancia en la carne con todos los hombres: salvando, sin embargo, la gloria de su encarnación; porque asumió la verdad, no la imagen de la carne.

30. Sea, pues, según la condición humana, la cabeza de Cristo Dios; pues no dijo la cabeza de Cristo el Padre, sino la cabeza de Cristo Dios; porque la divinidad, como creadora, es cabeza de la criatura. Y bien dijo: La cabeza de Cristo Dios; para significar tanto la divinidad de Cristo, como la carne, es decir, la encarnación en el nombre de Cristo: en Dios, sin embargo, la unidad de la divinidad, y la magnitud del poder.

31. Hasta el punto de que se ha dicho que la cabeza de Cristo es Dios según la encarnación, que también se ha dicho que la cabeza del hombre es Cristo según la encarnación del Verbo. Lo que en otro lugar el Apóstol expuso claramente diciendo: Porque el hombre es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la Iglesia (Efes. V, 23). Y en lo que sigue añadió: Quien se entregó por ella (Ibid., 25). Según la encarnación, pues, la cabeza del hombre es Cristo, porque según la encarnación se hizo la entrega.

32. Es, pues, la cabeza de Cristo Dios; donde se trata de la forma de siervo, es decir, de hombre, no de Dios. Pero nada prejuzga al Hijo de Dios, si según la verdad de la carne es semejante a los hombres, quien en la divinidad es uno con el Padre (Juan X, 30); pues no se disminuye el poder con esta interpretación, sino que se proclama la misericordia.

33. ¿Quién, pues, niega piadosamente la única divinidad del Padre y del Hijo; cuando el mismo Señor, al completar los preceptos, dijo a sus discípulos: Para que sean uno, como nosotros somos uno (Juan XVII, 11)? Porque se ha puesto como testimonio de la fe, aunque los arrianos lo derivan como argumento de infidelidad. Pues ya que no pueden negar la unidad tantas veces leída, intentan atenuarla; para que la unidad de la divinidad entre el Padre y el Hijo parezca tal como es la unidad entre los hombres de devoción y fe: aunque también entre los mismos hombres hay unidad de naturaleza por la comunidad de naturaleza.

34. De donde también se resuelve claramente aquello que solían objetar para atenuar la unidad del Señor, porque está escrito: El que planta y el que riega son uno (I Cor. III, 8). Esto, si los arrianos fueran sabios, no lo objetarían. Pues ¿cómo intentan negar que el Padre y el Hijo son uno, cuando Pablo y Apolo son uno tanto por naturaleza como por fe? Pero sin embargo, no pueden ser uno en todo, porque no pueden compararse las cosas humanas con las divinas.

35. Por tanto, Dios Padre es inseparable del Verbo, inseparable en virtud, inseparable en sabiduría por la unidad de la sustancia divina; y está en el Hijo, como frecuentemente está escrito: está, sin embargo, no como santificando al necesitado, ni como llenando al vacío; porque la virtud de Dios no está vacía. Ni la virtud se aumenta con la virtud; porque no hay dos virtudes, sino una virtud: ni la divinidad recibe divinidad; porque no hay dos divinidades, sino una divinidad: pero nosotros seremos uno en Cristo por la virtud recibida y habitante en nosotros.

36. Por tanto, la letra es común, pero la sustancia divina y humana es diferente. Nosotros seremos uno, el Padre y el Hijo son uno: nosotros según la gracia, el Hijo según la sustancia. Otra es la unidad por conjunción, otra por naturaleza. Finalmente, ve lo que antes ha dicho: Para que todos sean uno, como tú, Padre, en mí, y yo en ti (Juan XVII, 21).

37. Considera, pues, que no dijo: Tú en nosotros, y nosotros en ti: sino tú en mí, y yo en ti; para separarse de las criaturas. Y añadió: Y estos en nosotros (Ibid.), para que también aquí separara su poder y el del Padre de nosotros, para que lo que nosotros somos uno en el Padre y el Hijo, no parezca ser de naturaleza, sino de gracia: pero lo que el Hijo y el Padre son uno, no se crea que el Hijo lo ha recibido por gracia, sino que lo posee naturalmente como Hijo.

CAPÍTULO IV.

El lugar objetado por los herejes: El Hijo no puede hacer nada por sí mismo, etc., primero se expone a partir de las palabras subsiguientes: luego, examinando cada una de las palabras del texto completo, se demuestra que no pueden ser tomadas en la interpretación arriana sin impiedad o absurdo, especialmente con ejemplos de la creación del mundo y algunos milagros de Cristo.

38. [Alias cap. III.] Nuevamente objetan, afirmando que no puede haber un mismo poder del Hijo y del Padre, porque él mismo dijo: En verdad, en verdad os digo, el Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre (Juan V, 19). Por lo tanto, dicen que el Hijo no ha hecho nada por sí mismo, ni puede hacer, sino lo que ve hacer al Padre.

39. ¡Oh, sabiduría previsor de los argumentos de los infieles! que añadió lo que resolvería la cuestión, añadiendo lo que sigue: Porque todo lo que él hace, también lo hace el Hijo igualmente (Ibid.); esto es lo que sigue. ¿Por qué, entonces, está escrito: El Hijo hace lo

mismo, y no cosas semejantes; sino para que en el Hijo consideres la unidad, no la imitación de la obra paterna?

40. Pero sin embargo, para que también discutamos sus argumentos, pregunto que respondan, si el Hijo ve las obras del Padre. ¿Las ve, entonces, o no? Si las ve, entonces también las hace: si las hace, dejen de negar que es omnipotente, a quien confiesan que puede hacer todo lo que ve hacer al Padre.

41. Pero, ¿qué significa, ve? ¿Es acaso un uso de los ojos corporales? Pero si quieren decir esto del Hijo, también mostrarán un uso corporal de la operación en el Padre; para que vea haciendo lo que él mismo va a hacer.

42. Pero, ¿qué significa: El Hijo no puede hacer nada por sí mismo? Preguntemos esto, consideremos esto. ¿Hay algo imposible para la virtud y sabiduría de Dios? Pues esto es el Hijo de Dios, quien ciertamente no ha recibido una fortaleza ajena, sino que así como es vida, no apoyado en una vivificación ajena, sino vivificando a otros; porque él mismo es vida: así también es sabiduría, no como insensato recibiendo sabiduría, sino que de lo suyo hace sabios a otros: así también es virtud, no como por debilidad alcanzando incrementos de virtud, sino él mismo virtud, que otorga virtud a los fuertes.

43. ¿Cómo, pues, la virtud dice como con una atestación de juramento: En verdad, en verdad os digo (Juan V, 19), que es: Fielmente, fielmente digo? Fielmente, pues, dices, Señor Jesús, y con una cierta repetición de sacramento confirmas que no puedes hacer nada, sino lo que ves hacer al Padre. Hiciste el mundo, ¿acaso tu Padre hizo otro mundo, que tomaste como modelo? Por lo tanto, es necesario que los impíos confiesen o que hay dos, o ciertamente muchos mundos, lo que los filósofos afirman; para que también en esto se envuelvan en el error del paganismo. O si quieren seguir la verdad, digan que lo hiciste sin modelo, lo que hiciste.

44. Dime, Señor, ¿cuándo viste al Padre encarnado caminando sobre el mar (Marcos VI, 48)? Pues yo no lo sé, yo creo que es sacrílego pensar esto del Padre, quien solo a ti te conozco haber asumido carne. ¿Cuándo viste al Padre en las bodas convirtiendo el agua en vino (Juan II, 9)? Pero solo a ti, unigénito Hijo, he leído nacido del Padre, solo a ti he recibido del Espíritu Santo y de la Virgen según los sacramentos de la encarnación (Mateo I, 25). Por lo tanto, estas cosas que hemos recordado hechas por ti, no las hizo el Padre: sino que sin modelo de la obra paterna, para redimir con tu sangre la salvación del mundo, solo tú, inmaculado, saliste del seno de la Virgen.

45. Y no sea que piensen que solo el misterio de la encarnación debe ser separado (aunque cuando dicen: El Hijo no puede hacer nada por sí mismo (Juan V, 19), no exceptúan nada, de tal manera que incluso un impío dijo: Ni un mosquito puede hacer, con tan temerario atrevimiento y petulante discurso burlándose de la majestad de la virtud suprema), di, Señor Jesús, ¿qué tierra hizo el Padre sin ti? Pues el cielo no lo hizo sin ti, porque está escrito: Por la palabra del Señor fueron hechos los cielos (Salmo XXXII, 6).

46. Pero tampoco hizo la tierra sin ti, porque está escrito: Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada fue hecho (Juan I, 3). Pues si algo fue hecho sin ti, Dios Verbo, entonces no todas las cosas fueron hechas por el Verbo, y el evangelista miente. Pero si todas las cosas fueron hechas por el Verbo, y todas por ti comenzaron a ser, que no eran, ciertamente lo que no viste hecho por el Padre, lo hiciste tú mismo. A menos que tal vez te presten las ideas filosóficas de aquella disputa platónica, que sabemos que incluso por los mismos filósofos

fueron ridiculizadas. Si, sin embargo, lo hiciste por ti mismo, es vana la afirmación de los infieles, que al autor de todo, a quien le basta el magisterio de hacer por sí mismo, le atribuyen el progreso de aprender.

47. Pero si niegan que el cielo fue hecho por ti, o la tierra, consideren los impíos a dónde se precipitan con su furia, cuando está escrito: Los dioses que no hicieron el cielo y la tierra, perezcan (Jeremías X, 11). ¿Perecerá, pues, arriano, quien lo que había perecido, encontró y redimió? Pero volvamos a lo propuesto.

CAPÍTULO V.

Al continuar con la exposición del lugar objeto, explica las cuatro razones por las cuales afirmamos que algo no puede hacerse, y demuestra que las tres primeras no se aplican a Cristo, resolviendo ciertas objeciones, y deduce que el Hijo no puede hacer nada por sí mismo debido a la unidad de poder con el Padre. 48. ¿Cómo es que el Hijo no puede hacer nada por sí mismo? Preguntemos qué es lo que no puede hacer. Hay muchas diferencias de imposibilidades. Hay algo imposible por naturaleza, y hay algo que es posible por naturaleza, pero imposible por debilidad. También hay una tercera cosa que es posible por la fortaleza del cuerpo y del alma, pero imposible por ignorancia o impotencia. También hay algo que, por la definición de un propósito inmutable y la perseverancia constante de la voluntad y la fidelidad de la amistad, es imposible de cambiar.

49. Pero para que podamos advertir esto más claramente, dirijamos nuestra discusión a través de ejemplos. Es imposible que un ave adquiera alguna disciplina o arte de sabiduría: también es imposible que una piedra se mueva por sí misma; es imposible que una piedra se mueva, a menos que sea movida por otra cosa: por lo tanto, la piedra no puede moverse por sí misma y trasladarse de lugar. Tampoco puede un águila ser instruida en disciplinas humanas. Tienes una especie cuya causa de imposibilidad es la naturaleza.

50. También es imposible que un débil realice las obras de un fuerte; pero a este le corresponde otra causa de imposibilidad; porque lo que puede hacer por naturaleza, no puede hacerlo por debilidad. Por lo tanto, la causa de esta imposibilidad es la debilidad. Esta es otra especie de imposibilidad; ya que se le impide hacer por la debilidad del cuerpo.

51. También hay una tercera causa de imposibilidad, por la cual, aunque alguien pueda hacer algo por naturaleza y fortaleza del cuerpo, no puede hacerlo por ignorancia o impotencia, como un ignorante o un siervo.

52. ¿Cuál de estas causas de imposibilidad que hemos enumerado, dejando de lado por el momento la cuarta, crees que se aplica al Hijo de Dios? ¿Acaso es insensible por naturaleza e inmóvil, como una piedra? La piedra es, en efecto, para los impíos una piedra de tropiezo, para los fieles una piedra angular. Pero no es insensible, sobre la cual se edifican los afectos fieles de los pueblos sensibles. No es una roca inmóvil: pues bebían de la roca espiritual que los seguía; y la roca era Cristo (1 Cor. X, 4). Por lo tanto, la obra del Padre no es imposible para Cristo por la distancia de la naturaleza.

53. ¿Acaso pensamos que algo le es imposible por debilidad? Pero no es débil aquel que sanaba las debilidades de otros con su palabra imperial. ¿Acaso parecía débil cuando, ordenando al paralítico: "Toma tu camilla y anda" (Marcos II, 11), ya le mandaba el oficio de la salud, cuando aún pedía el remedio de su debilidad? ¿Acaso es débil el Señor de las virtudes, cuando iluminaba a los ciegos, levantaba a los inclinados (Salmo CXLV, 8),

resucitaba a los muertos (Mateo XI, 5), anticipaba con el efecto de la medicina nuestros deseos, curaba a los que oraban, y purificaba el contacto de su manto (Marcos VI, 56)?

54. A menos que, impíos, pensarán que era debilidad cuando veían las heridas. Eran, en efecto, heridas del cuerpo, pero no había debilidad en esa herida, de la cual fluía la vida de todos. Por eso el profeta dijo: "Por su llaga fuimos nosotros curados" (Isaías LII, 5). ¿Acaso quien no era débil en la herida, lo era en la majestad? ¿Cómo lo preguntas? Cuando mandaba a los demonios y perdonaba los pecados a los culpables; ¿o cuando rogaba al Padre?

55. En este punto tal vez digan: ¿Cómo es que el Padre y el Hijo son uno, si el Hijo a veces manda y a veces ruega? Y son uno, y manda, y ruega: pero ni cuando manda está solo; ni cuando ruega es débil. No está solo, porque todo lo que el Padre hace, lo hace igualmente el Hijo: no es débil, porque aunque en la carne fue debilitado por nuestros pecados, sin embargo, eso era la instrucción de nuestra paz en él, como está escrito, no la debilidad de su majestad.

56. Finalmente, para que sepas que según el hombre ruega, pero en su divinidad manda, tienes en el Evangelio que dijo a Pedro: "He rogado por ti, para que tu fe no falte" (Lucas XXII, 32). Pero al mismo que antes había dicho: "Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente", respondió: "Tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi Iglesia; y te daré las llaves del reino de los cielos" (Mateo XVI, 18). Entonces, ¿a quien daba el reino por su propia autoridad, no podía fortalecer su fe; a quien llama roca, no indicaba como fundamento de la Iglesia? Considera, pues, cuándo ruega y cuándo manda. Ruega cuando se muestra que va a sufrir, manda cuando se cree que es el Hijo de Dios.

57. Por lo tanto, ya vemos que dos especies de imposibilidad no se aplican, porque la virtud de Dios no puede ser ni insensible ni débil. ¿Acaso presentan una tercera, que como si fuera inexperto no puede hacer nada sin un maestro, o como siervo sin un señor? Entonces mentiste, Señor Jesús, que te llamaste a ti mismo maestro y señor; y engañaste a tus discípulos, diciendo: "Vosotros me llamáis maestro y señor, y decís bien; porque lo soy" (Juan XIII, 13). Pero no engañarías, verdad, especialmente a aquellos que llamaste amigos.

58. Sin embargo, si te separan del artífice como inexperto, al ver que a ti, es decir, a la sabiduría de Dios, le faltaba pericia; no pueden separar la unidad de sustancia entre tú y el Padre. Porque el artífice se distingue del inexperto por la imprudencia, no por la naturaleza: pero no hay artificio en el Padre, ni insensatez en ti; porque la sabiduría no es insensata.

59. Por lo tanto, si en el Hijo no puede haber naturaleza insensible, ni debilidad, ni inexperiencia, ni servidumbre; consideren que tanto por naturaleza como por majestad el Hijo es uno con el Padre, y que por la operación la virtud no difiere del Padre; ya que todo lo que el Padre ha hecho, lo hace igualmente el Hijo: porque nadie puede hacer de manera similar la misma obra que otro ha hecho; a menos que no tenga desigualdad de operación, y tenga la unidad de la misma naturaleza.

60. Aún requiero, ¿qué es lo que el Hijo no puede hacer por sí mismo, a menos que vea al Padre haciéndolo (Juan V, 19); y propongo insensatamente algunos ejemplos de cosas más viles: "Me he hecho insensato, vosotros me obligasteis" (II Cor. XII, 11). Porque, ¿qué más insensato que discutir argumentos sobre la majestad de Dios, que presentan más cuestiones que la edificación de Dios, que es en la fe (I Tim. I, 4, 5)? Pero que los argumentos respondan a los argumentos: a ellos las palabras, a nosotros la caridad, que está en Dios, de corazón puro

y buena conciencia, y fe no fingida. Por lo tanto, para debilitar una proposición tan inepta, no me molesta derivar incluso en lo ridículo.

61. ¿Cómo ve, entonces, el Hijo al Padre? Un caballo ve una pintura, que por naturaleza no puede imitar: ciertamente no así ve el Hijo. Un niño ve las obras de un hombre mayor, pero no puede imitar: ciertamente no así ve el Hijo de Dios.

62. Por lo tanto, si el Hijo puede ver y hacer invisiblemente por el misterio común de la misma naturaleza con el Padre, y ejecutar lo que quiera por la plenitud de la divinidad: ¿qué queda, sino que por la unidad inseparable del poder no creamos que el Hijo haga nada, sino lo que vea al Padre haciendo; porque por la caridad incomparable el Hijo no hace nada por sí mismo; porque no quiere nada que el Padre no quiera? Lo cual ciertamente no es de debilidad, sino de unidad.

CAPÍTULO VI.

Se acerca a la cuarta de las razones mencionadas anteriormente; y probando claramente que el Hijo no hace nada que no sea aprobado por el Padre, ya que hay una perfecta unidad de voluntad y poder entre ambos, resuelve algunas dificultades.

63. Por lo tanto, el Hijo no es contumaz, para que también hablemos de la cuarta proposición; porque el Hijo no hizo nada que no concordara con la voluntad del Padre. Finalmente, el Padre vio lo que hizo el Hijo, y aprobó que era muy bueno. Así lo tienes en Génesis: "Y dijo Dios: Sea la luz, y fue la luz; y vio Dios que la luz era buena" (Gén. I, 3, 4).

64. ¿Acaso aquí dijo el Padre: Sea tal luz, como la que yo hice: o sea la luz, que antes no era: o preguntó al Hijo cómo la haría? Pero hizo, como quiso, tal como el Padre quiso hasta el punto de aprobarla. Por lo tanto, la obra del Hijo es nueva.

65. Luego, si se reprende al Hijo según las interpretaciones de los arrianos porque lo que vio, hizo, quien ciertamente según las Escrituras lo que no vio, también hizo, y dio ser a lo que no era: ¿qué dicen del Padre, que lo que vio proclamó, como si no pudiera prever lo que habría de hacerse?

66. De manera similar, el Hijo ve la obra del Padre, como el Padre la obra del Hijo: y no la alaba como ajena, sino que la reconoce como propia: "Porque todo lo que el Padre hace, lo hace igualmente el Hijo" (Juan V, 19); para que sientas que la obra del Padre y del Hijo es la misma. Por lo tanto, el Hijo no hace nada, sino lo que el Padre aprueba, el Padre alaba, el Padre quiere; porque del Padre es todo: no como la criatura, que comete muchas cosas, mientras que por el afán y la caída del pecado, frecuentemente ofende la voluntad del autor. Por lo tanto, el Hijo no hace nada, sino lo que agrada al Padre; porque hay una voluntad, una sentencia, una verdadera caridad, un efecto de una operación.

67. Finalmente, para que sepas que es por caridad que el Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve al Padre haciendo, después de haber dicho: "Porque todo lo que el Padre hace, lo hace igualmente el Hijo", añadió: "Porque el Padre ama al Hijo". Por lo tanto, lo que dijo la Escritura que "no puede", lo refirió a la unidad de caridad inseparable e indivisible.

68. Y si es natural, como verdaderamente es, la caridad inseparable; ciertamente también es inseparable la operación naturalmente: y es imposible que la obra del Hijo no concuerde con la voluntad del Padre (Juan XII, 50); cuando lo que el Hijo opera, lo opera también el Padre:

y lo que el Padre opera, lo opera también el Hijo: y lo que el Hijo habla, lo habla también el Padre, como está escrito (Juan XIV, 10): "Mi Padre que mora en mí, él hace las obras". Porque el Padre no ha hecho nada sin su virtud y sabiduría; porque todo lo hizo en sabiduría, como está escrito: "Todo lo hiciste en sabiduría" (Salmo CIII, 24). Tampoco el Verbo de Dios hizo nada sin el Padre.

69. No opera sin el Padre, no sin la voluntad paterna se ofreció como sacrificio salvador del mundo entero a la pasión, no sin la voluntad paterna resucitó a los muertos (Hebr. X, 10). Finalmente, al resucitar a Lázaro levantó los ojos al cielo, y dijo: "Padre, te doy gracias porque me has oído: y yo sabía que siempre me oyes: pero lo dije por la multitud que está alrededor; para que crean que tú me enviaste" (Juan XI, 41, 42): para que aunque hablara desde la persona del hombre encarnado, expresara la unidad de la voluntad y operación paterna; porque el Padre oye todo, ve todo lo que el Hijo quiere. Por lo tanto, el Padre ve al Hijo haciendo, oye al Hijo queriendo. Finalmente, no rogó, y dijo que fue oído.

70. No puede pensarse que el Padre no oye lo que el Hijo quiere: y para que sepas que siempre es oído por el Padre, no como siervo, ni como profeta, sino como Hijo: "Y yo sabía que siempre me oyes: pero lo dije por la multitud que está alrededor; para que crean que tú me enviaste".

71. Por lo tanto, da gracias por nosotros; para que no creamos que el Padre y el Hijo son el mismo, cuando escuchamos la misma obra del Padre y del Hijo. Porque para que conocieras que no dio gracias como si fuera débil, sino que como Hijo de Dios siempre reivindica para sí el poder divino, clamó: "Lázaro, ven fuera". Ciertamente esta es la voz de quien manda, no de quien ruega.

CAPÍTULO VII.

La doctrina propuesta se confirma aquí, ya que el Hijo es la Palabra del Padre, no como la nuestra, sino viva y operativa; y por lo tanto no puede negarse que es de la misma voluntad, poder y sustancia que el Padre.

72. Pero para volver a lo anterior, y concluir lo propuesto, el Hijo hace la voluntad del Padre como Verbo. Esta nuestra palabra es ciertamente proferida, son sílabas, es sonido; y sin embargo no discrepa de nuestro sentido y mente, y lo que mantenemos con afecto interior, lo señalamos como testimonio del Verbo operante. Pero nuestra palabra no opera, solo es el Verbo de Dios, que no es proferido, ni lo que llaman endiatético; sino que opera, vive y sana.

73. ¿Quieres saber qué tipo de Verbo? Escucha al que dice: "Porque la Palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos, y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos" (Hebr. IV, 12).

74. Por lo tanto, escuchas que el Hijo es el Verbo de Dios, y lo separas de la voluntad y poder del Padre? Escuchas que vive, escuchas que sana: no lo compares, entonces, con nuestra palabra. Porque si nuestra palabra habla de lo que no ha visto con la vista, ni ha oído con el oído; y sin embargo habla de lo conocido a través de ciertos misterios internos de la naturaleza humana: ¿cómo no es impío quien exige en el Verbo de Dios una cierta visión corporal y audición: y piensa que el Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve al Padre haciendo; cuando por la unidad, como hemos dicho, de la misma sustancia, el mismo querer y el mismo no querer y el mismo poder están en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo?

75. Porque si los hombres, a menudo diferenciados por la calidad de los sentidos, sin embargo concuerdan en la intención de un mismo propósito; ¿qué debemos pensar del Padre y del Hijo de Dios: cuando lo que la caridad humana imita, la sustancia divina posee?

76. Sin embargo, pongamos, como ellos quieren, que el Hijo hace lo que ve al Padre haciendo, como en un ejemplar. Y esto ciertamente es de la misma sustancia; porque nadie puede cumplir la imitación de la operación de otro a menos que tenga la unidad de la misma naturaleza.

CAPÍTULO VIII.

La objeción de los herejes, que negaban que el Hijo fuera igual al Padre porque no podía generar a otro, primero se vuelve contra los mismos adversarios: luego muestra con ejemplos de hombres que el que alguien genere o no, no pertenece al poder; especialmente cuando de otro modo el mismo Padre debería ser considerado menos poderoso. De ahí concluye que lo divino no debe juzgarse por lo humano, sino que debe mantenerse la autoridad de la Escritura. Finalmente, habiendo demostrado que la omnipotencia debe ser negada al Padre o concedida al Hijo, introduce que si no han engendrado hijos, serán menos poderosos que sus propios siervos que han procreado descendencia, y por lo tanto toda su disputa es absurda.

[Alias cap. VI.] Es ridículo, Emperador augusto, que algunos hayan acostumbrado a usar esto también como objeción a la desigualdad del Padre y del Hijo de Dios, diciendo que el Padre es omnipotente porque generó al Hijo: pero niegan que el Hijo sea omnipotente, diciendo que no pudo generar.

78. Pero mira cómo la impiedad severa; para que la dialéctica de los filósofos se convenza a sí misma. Porque con esta cuestión deben confesar con su propia voz que el Hijo es coeterno con el Padre, o si atribuyen algún principio de tiempo al Hijo, deben atribuir también un principio de poder al Padre. Así, cuando niegan que el Hijo sea omnipotente, comienzan a afirmar, lo cual es impío decir, que el Padre comenzó a ser omnipotente por el Hijo.

79. Porque si el Padre es omnipotente por la generación, ciertamente o el Hijo es coeterno con el Padre; porque si el Padre siempre es omnipotente, el Hijo también es sempiterno: o si hubo un tiempo cuando el Hijo no era sempiterno; entonces hubo un tiempo cuando el Padre no era omnipotente. Porque cuando quieren decir que el Hijo comenzó en algún momento, caen en eso, que también dicen que el poder del Padre no siempre fue, sino que comenzó con la generación del Hijo. Así, mientras desean despojar al Hijo de Dios, le atribuyen más; de modo que contra toda razón parecen declarar al Hijo como autor del poder paterno; cuando el Hijo dice: "Todo lo que el Padre tiene, es mío" (Juan XVI, 15). esto es, no lo que él mismo entregó al Padre, sino lo que recibió del Padre por derecho de generación.

80. Y por eso decimos que el Hijo es la virtud sempiterna: si, por lo tanto, su virtud y divinidad son sempiternas, ciertamente también su poder es sempiterno. Por lo tanto, quien despoja al Hijo, despoja al Padre, ofende la piedad, viola la caridad. Honremos al Hijo, en quien el Padre se complace; porque al Padre le agrada que se alabe al Hijo, en quien él mismo se complace.

81. Sin embargo, respondamos a su intención, para que no parezca que hemos evitado la cuestión con un epílogo. Dicen que el Padre generó. 536 no generó el Hijo. ¿Qué argumento es este de desigualdad? La generación es una propiedad paterna, no de poder: y la piedad iguala, no separa. Finalmente, en el mismo uso de nuestra debilidad, frecuentemente

conocemos que los débiles tienen hijos, y los más fuertes no: los siervos tienen, los señores no: los pobres tienen, los poderosos no.

82. Pero si dicen que esto también es de debilidad, porque los hombres quieren tener hijos; y no pueden: aunque lo humano no debe compararse con lo divino, entiendan sin embargo que incluso entre los mismos hombres no es de poder, sino de propiedad paterna, tener hijos, o no tener: ni está en el poder de nuestra voluntad generar, sino en la calidad del cuerpo; porque si fuera de poder, ciertamente el más poderoso tendría muchos. Por lo tanto, no es de poder tener hijos o no tener.

83. ¿Acaso es de naturaleza? Si piensan que es una debilidad de la naturaleza, y se refieren a ejemplos humanos, la misma naturaleza del Padre es la del Hijo. Por lo tanto, o dicen que es un verdadero Hijo, y despojan al Padre en el Hijo por la unidad de la misma naturaleza (porque así como el Padre es Dios por naturaleza, así también el Hijo: pero el Apóstol dice (1 Cor. VIII, 5) que los dioses no son dioses por naturaleza, sino que se les llama); o si niegan que sea un verdadero Hijo, es decir, de la misma naturaleza, entonces no es generado: si el Hijo no es generado, entonces el Padre no generó.

84. Se deduce, por tanto, según vuestra opinión, que Dios Padre no es omnipotente; porque no pudo engendrar si no generó al Hijo, sino que lo creó. Pero como el Padre es omnipotente, siendo según vuestra opinión el único generador omnipotente, ciertamente engendró al Hijo, no lo creó. En verdad, es más digno de fe Él que vosotros. Él dice: "He engendrado" (Salmo 109, 3); y frecuentemente lo dice, testigo de su generación.

85. No hay, por tanto, en Cristo ninguna debilidad de naturaleza ni de poder, porque no engendró; ya que la generación, como ya hemos dicho muchas veces, no se refiere a la sublimidad del poder, sino a la propiedad de la naturaleza. Pues si el Padre es omnipotente porque tiene un Hijo, podría ser más omnipotente si tuviera más.

86. ¿Acaso su poder se agotó en una sola generación? Pero yo mostraré que Cristo tiene hijos, a quienes engendra cada día, pero con esa generación, o más bien regeneración, que es de potestad, no de naturaleza; porque la adopción es de potestad, la generación de propiedad. La misma Escritura nos lo ha enseñado; pues Juan dice que "en este mundo estaba, y el mundo por él fue hecho, y el mundo no le conoció. A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron. Pero a todos los que le recibieron, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios, a los que creen en su nombre" (Juan 1, 10 y ss.).

87. Hemos aprendido, por tanto, que es de potestad el que nos hizo hijos de Dios: pero la generación es de propiedad, como lo declaran los oráculos divinos; pues la Sabiduría de Dios dice: "Salí de la boca del Altísimo" (Eclesiástico 24, 5), es decir, no forzada, sino libre: no sujeta a potestad, sino nacida del misterio de la generación, con el privilegio de la dominación y el derecho de potestad. Finalmente, sobre la misma Sabiduría, es decir, sobre el Señor Jesús, en otro lugar el Padre dice: "Desde el seno, antes de la aurora, te engendré" (Salmo 109, 3).

88. Esto lo dijo, no para declarar un vientre corporal, sino para mostrar la propiedad de la verdadera generación. Pues si lo refieres a lo corporal, entonces el omnipotente Padre engendró con dolor y concepción. Pero lejos de nosotros medir a Dios por la debilidad del cuerpo. Hay un cierto seno del arcano de la sustancia paterna, un secreto interior que ninguna naturaleza de ángeles, arcángeles, potestades, dominaciones o alguna de las criaturas pudo

penetrar. Porque el Hijo está siempre con el Padre, y siempre en el Padre: con el Padre por la distinción indisoluble de la Trinidad eterna, en el Padre por la unidad de la naturaleza divina.

89. ¿Quién es, pues, este árbitro de la divinidad que discute sobre el Padre y el Hijo: aquel, por qué engendró: este, por qué no engendró? Nadie condena a su siervo o sierva por no haber engendrado: estos condenan a Cristo por no haber engendrado; condenan con su opinión, cuando desmerecen. Ni entre los cónyuges se disminuye el amor o se desmerece el mérito por no haber engendrado: estos, porque no engendró, disminuyen el poder de Cristo.

90. Preguntan: ¿Por qué el Hijo no es Padre? Porque tampoco el Padre es Hijo. ¿Por qué no engendró este? Porque tampoco aquel fue engendrado. Ni por eso tiene menos el Hijo, porque no es Padre: ni el Padre tiene menos, porque no es Hijo. Pues el Hijo dijo: "Todo lo que el Padre tiene, es mío" (Juan 16, 15). Así que la generación está en la propiedad paterna, no en el derecho de potestad.

91. Hay una cierta sustancia indistinta de la Trinidad distinta, incomprensible e inenarrable. Hemos recibido la distinción del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, no la confusión: distinción, no separación: distinción, no pluralidad. Por el divino y admirable misterio, aceptamos al Padre siempre existente, siempre al Hijo, siempre al Espíritu Santo: no dos Padres, no dos Hijos, no dos Espíritus. Porque hay un solo Dios Padre, de quien son todas las cosas, y nosotros en él: y un solo Señor Jesús, por quien son todas las cosas, y nosotros por él (1 Cor. 8, 6). Un solo Señor Jesús nacido del Padre, y por eso unigénito. Uno y el Espíritu Santo (1 Cor. 12, 11), como dijo el mismo Apóstol: Así lo aceptamos, así lo leemos, así lo mantenemos. Conocemos la distinción, no conocemos los secretos: no discutimos las causas, guardamos los sacramentos.

92. Es un acto indigno que quienes no tienen la facultad de su propia generación, se arroguen el examen de la generación divina, reivindiquen la potestad: nieguen, por tanto, que el Hijo es igual al Padre, porque el Hijo no engendró: nieguen que el Hijo es igual al Padre, porque tiene Padre. Si esto lo dijeran de los hombres, de los cuales algunos quieren tener hijos y no pueden, lo consideraríamos una injuria: así también, si entre dos iguales en honor, al que tiene hijos se le negara la igualdad con el que no los tiene. Y por eso, digo, parece grave incluso entre los mismos hombres, que alguien sea considerado menor porque tiene Padre. A menos que tal vez piensen que Cristo, como si estuviera establecido en una familia, se duele de no haber sido emancipado del Padre, y de no tener la facultad de administrar el patrimonio. Pero Cristo no está en lo sagrado, quien destruyó todas las cosas sagradas.

93. Como quieran, respondan, si la generación es verdadera, y si el Hijo es verdaderamente nacido de Dios Padre, es decir, de la sustancia del Padre, o si es nacido de otra sustancia. Pues si dicen que es del Padre, es decir, de la sustancia de Dios, conviene; porque dicen que el Hijo es de la sustancia del Padre. Por tanto, porque es de una sola sustancia, es ciertamente de un solo poder. Pero si el Hijo es de otra sustancia, ¿cómo es que el Padre es omnipotente y el Hijo no lo es? ¿Qué es más excelente si Dios hizo al Hijo de otra sustancia, cuando ciertamente el Hijo también nos hizo hijos de Dios de otra sustancia? Por tanto, o el Hijo es de una sola sustancia con el Padre, o de un solo poder.

94. Su cuestión, por tanto, es fría, porque no pueden juzgar a Cristo; más bien, porque Él vence cuando es juzgado. Sin embargo, son dignos de su propio juicio, quienes plantean esta cuestión. Pues si el Hijo no es igual al Padre porque no engendró un Hijo, también deben admitir que si no tienen hijos, quienes siembran tales cuestiones, sus propios siervos deben

ser preferidos a ellos, ya que no pueden ser iguales a quienes tienen hijos. Pero si tienen hijos, no piensen que es un mérito propio, sino que se debe al derecho de los hijos.

95. No se sostiene, por tanto, esta cuestión, porque el Hijo no puede ser igual al Padre porque el Padre engendró al Hijo, y el Hijo no engendró a nadie de sí mismo. Pues también la fuente genera el río, y el río no genera la fuente de sí mismo: y la luz genera el resplandor, no el resplandor la luz; y una es la naturaleza del resplandor y de la luz.

CAPÍTULO IX.

Presenta y refuta varias argucias de los arrianos, con las que argumentaban que el Hijo tuvo un comienzo. Pues además de que se demuestra que no logran nada o se contradicen, al no poder haber un principio de todas las cosas, incluso en lo humano su argumentación es defectuosa. Por tanto, el tiempo no precedió a su autor: si alguna vez no fue, entonces el Padre fue sin su virtud y sabiduría. Finalmente, después de mostrar con ejemplos humanos que alguien puede decirse que es antes de nacer, detesta la temeridad de los herejes.

96. Por lo tanto, al no poder probar la desigualdad con el objeto de la generación, entiendan también que esa calumnia divulgada de su cuestión ha sido refutada. Suelen proponer: ¿Cómo puede ser el Hijo igual al Padre? Pues si es Hijo, antes de ser engendrado no era: o si era, ¿por qué nació? ¿Y se niegan a ser arrianos, quienes proponen las cuestiones de Arrio?

97. Por tanto, exigen de nosotros una respuesta, para que si decimos: Antes de ser engendrado, era, astutamente respondan: Entonces, antes de ser engendrado, fue creado, y no se diferencia de las demás criaturas: porque la criatura comenzó a ser antes que el Hijo. Y añaden: ¿Por qué, si era, nació? ¿Acaso porque era imperfecto, para hacerse después más perfecto? Pero si respondemos que no era, inmediatamente objetan: Entonces la generación le confirió el ser, que no era antes de nacer; para concluir de aquí: Entonces era, cuando no era Hijo.

98. Pero quienes proponen esto, y quieren envolver la verdad en oscuridad: digan ellos mismos si el Padre genera temporalmente o intemporalmente. Pues si dicen que temporalmente, atribuirán al Padre lo que objetan al Hijo; para que parezca que el Padre comenzó a ser lo que no era: si intemporalmente, ¿qué queda, sino que ellos mismos resuelvan la cuestión que han propuesto; para que al negar la generación temporal del Padre, también admitan que la generación del Hijo no es temporal?

99. Si, por tanto, su generación no es temporal, se da a entender que nada precedió al Hijo, que no es temporal. Pues si algo es antes del Hijo, ya no están en él creadas todas las cosas que están en el cielo o en la tierra, y el Apóstol es refutado, quien escribió esto en su epístola (Col. 1, 16): que si nada es antes de la generación, no veo por qué se afirma que es posterior, a quien nadie precedió.

100. Debe conectarse otra objeción suya llena de impiedad, que tiene un engaño latente, con el que confunde los sentidos de los sencillos y las mentes. Preguntan si todo lo que tiene fin, alguna vez comenzó. Y si reciben una respuesta de este tipo, que lo que tiene fin, alguna vez comenzó; replican, si el Padre dejó de engendrar al Hijo. Lo cual, cuando lo han sostenido, con nuestro consentimiento, concluyen: Entonces comenzó la generación. Si no lo niegas, parece seguir que si comenzó la generación, parece haber comenzado en aquel que nació; para que se diga que nació, quien antes no era, de donde definen: Entonces alguna vez el Hijo no fue.

101. Añaden otras necesidades de su locuacidad, diciendo: Si el Verbo del Padre es el Hijo, y por eso se dice engendrado, porque es Verbo: pero lo que es Verbo, no es obra: de muchas maneras habló el Padre (Heb. 1, 1); por tanto, generó muchos hijos, si no obró, sino que habló el Verbo. ¡Hombres insensatos! como si no entendieran la diferencia entre el discurso proferido y el Verbo de Dios nacido del Padre que permanece eternamente: nacido ciertamente, no proferido: en el cual no hay sílaba compuesta, sino plenitud de divinidad eterna, y vida sin fin.

102. Añaden otra impiedad, proponiendo si el Padre engendró voluntariamente o involuntariamente; para que si decimos voluntariamente, parezca que confesamos una voluntad anterior a la generación, y respondan que el Hijo no es coeterno con el Padre, a quien algo precedió: o que también él es criatura; porque está escrito: "Todo lo que quiso, lo hizo" (Salmo 113, 11); cuando esto mismo no se dijo del Padre y del Hijo, sino de las criaturas que el Hijo hizo. Pero si respondemos que el Padre engendró involuntariamente, parezca que hemos dicho que el Padre es débil.

103. Pero para mí, en la generación sempiterna no precede ni querer ni no querer: por tanto, no diré ni involuntario ni voluntario; porque la generación no está en la posibilidad de la voluntad, sino que parece estar en un derecho y propiedad del secreto paterno. Pues así como el buen Padre no es ni por voluntad ni por necesidad, sino por encima de ambos, es decir, por naturaleza; así el Padre no genera por voluntad o necesidad.

104. Sin embargo, sea así, que la generación esté en la voluntad del que genera, ¿cuándo dicen que fue esta voluntad? Si en el principio, ciertamente el Hijo en el principio: si la voluntad es sempiterna, también el Hijo es sempiterna: si la voluntad comenzó, entonces le desagradó ser Dios Padre, para cambiar de estado. Por tanto, le desagradó estar sin el Hijo, comenzó a agradarle en el Hijo.

105. Ya esa consecuencia de que digamos: Si asumió el deseo de engendrar a nuestro modo, entonces también asumió las demás cosas que preceden a la generación, a nuestro modo; pero según nuestro uso, el deseo de generación es, no la voluntad.

106. Por tanto, revelan su impiedad, quienes quieren que la generación de Cristo haya comenzado; para que no parezca que es la generación de aquel Verbo que permanece, sino la prolatación de un discurso que fluye: luego, al introducir muchos hijos, nieguen en Cristo la propiedad de la naturaleza divina; para que no se le considere unigénito ni primogénito: finalmente, para que si se cree que tuvo un principio, también parezca que tendrá un fin.

107. Pero el Hijo de Dios no asumió en algún momento un principio, quien era en el principio (Juan 1, 1): ni tendrá fin, quien es el principio del universo y el fin (Juan 8, 20). Pues siendo principio, ¿cómo asumió lo que tenía? o ¿cómo tendrá fin de sí mismo; cuando él es el fin de todos, para que en ese fin permanezcamos sin fin? Porque la generación de Dios, al no ser temporal, no encuentra tiempo ni antes de sí, ni en sí.

108. Por tanto, su cuestión es fría y vana, y no tiene lugar ni siquiera en las mismas criaturas; pues incluso las cosas que son temporales, no parecen tener distinción de tiempo en algunos casos. La luz ciertamente genera el resplandor, y no se puede comprender que el resplandor sea posterior a la luz, ni la luz anterior al resplandor; porque donde hay luz, hay resplandor: y donde hay resplandor, también hay luz. Por tanto, ni puede haber luz sin resplandor, ni resplandor sin luz; porque tanto en el resplandor hay luz, como en la luz hay resplandor. De donde también el Apóstol llamó al Hijo resplandor de la gloria paterna (Heb. 1, 3); porque el

Hijo es el resplandor de la luz paterna: coeterno, por la eternidad de la virtud: inseparable, por la unidad de la claridad.

109. Por tanto, si no podemos comprender y separar estas cosas temporales y aéreas que vemos; ¿podemos comprender a Dios, a quien no vemos, que está por encima de toda criatura, en el mismo arcano de su generación? ¿Podemos separarlo del Hijo en el tiempo, cuando todo tiempo es obra del Hijo?

110. Dejen, por tanto, de decir: Y antes de ser engendrado, no era. Pues la generación es antes del tiempo; y por eso lo que es posterior, no es anterior: ni la obra puede ser antes que su autor; cuando las mismas obras toman su principio de su autor. Pues ¿cómo se estima el uso de la obra antes que su autor; cuando todo tiempo es obra, y toda obra recibió de su autor el ser?

111. Quiero, por tanto, aún probar a estos que se creen astutos; para que respondan de los nuestros, quienes calumnian a los divinos, y huyen lejos del inscrutable arcano de la generación celestial: que su cuestión se sustente con el ejemplo de la generación humana. Dicen del Hijo de Dios que antes de ser engendrado no era, es decir, de la sabiduría de Dios, de la virtud de Dios, del Verbo de Dios, cuya generación no conoció nada antes de sí. Si alguna vez, como quieren, no fue (lo cual es un sacrilegio decirlo) entonces alguna vez no hubo en Dios la plenitud de la perfección divina, si después recibió el proceso de la generación.

112. Sin embargo, para que sepan cuán vana y soluble es su cuestión; aunque no hay nada común en ello entre lo humano y lo divino, sin embargo, mostraré que los hombres, antes de nacer, existían. O nieguen que Jacob era santo antes de nacer, quien suplantó a su hermano estando aún en el arcano del vientre materno (Gén. 25, 23): nieguen que Jeremías existía antes de nacer, a quien se le dice: "Antes de formarte en el vientre de tu madre, te conocí: y antes de que salieras del vientre, te santifiqué, y te puse por profeta a las naciones" (Jer. 1, 5). ¿Qué hay más evidente que este ejemplo de tan gran profeta, que fue santificado antes de nacer, y fue conocido antes de ser formado?

113. ¿Qué diré también de Juan, de quien la madre religiosa testifica que, estando aún en las entrañas maternas, reconoció la presencia del Señor con el espíritu, y lo confirmó con exultación, como recordamos que está escrito, diciendo la madre: "Porque he aquí, tan pronto como llegó a mis oídos la voz de tu salutación, exultó de gozo el niño en mi vientre" (Luc. 1, 41)? ¿Era, por tanto, quien profetizaba, o no era? Pero ciertamente era; era quien veneraba al autor, era quien hablaba en la madre. Finalmente, Isabel se llenaba del espíritu de su hijo, María se santificaba con el espíritu de su hijo; pues así tienes, que "exultó el niño en su vientre, e Isabel se llenó del Espíritu Santo" (Ibid.).

114. Observa las propiedades de cada una de las palabras. Isabel escuchó primero la voz de María, pero Juan sintió primero la gracia del Señor. Las oráculos se corresponden bien entre sí, la mujer a la mujer, y el hijo al hijo. Estas hablan de la gracia, aquellos obran dentro el misterio de la piedad y comienzan en los progresos maternos; y con un doble milagro, aunque con diverso honor, las madres profetizan con el espíritu de los pequeños. ¿Quién es, por tanto, el autor de este milagro? ¿No es el Hijo de Dios, quien hizo que existieran los no nacidos?

115. La cuestión de ustedes no puede convenir a las cosas humanas; ¿puede convenir a los secretos divinos? ¿Qué significa: Antes de ser engendrado, no era? ¿Acaso el Padre aceptó

algún tiempo de concepción, para que los tiempos precedieran al Hijo? ¿O, al modo de la naturaleza femenina, el Padre trabajó en el parto de su generación; para que ese trabajo mismo fuera anterior al Hijo? ¿Qué es esto? ¿Por qué discutimos los secretos divinos? He leído la propiedad de la generación divina, no la calidad.

116. ¡Es un acto indigno! que algunos midan las cosas celestiales por sí mismos, quienes piensan que Cristo no pudo nacer, sino ser hecho, como uno de los eunucos: o que el Padre adoptó al Hijo como uno de los eunucos, a quien no pudo engendrar.

CAPÍTULO X.

A los que objetan que Cristo, según el testimonio de Juan, vive por el Padre, y por tanto no debe ser considerado igual a Él, se les responde que la vida del Hijo según la divinidad ni comenzó en el tiempo, ni depende de nadie: y que el pasaje debe entenderse de su vida humana, como se prueba por el hecho de que allí mismo había hablado de su cuerpo y sangre. Luego, de las dos interpretaciones controvertidas del pasaje, la primera se refiere a la humanidad, y la segunda señala la igualdad del Hijo con el Padre, así como su semejanza con el hombre. Después de haber tocado la injuria que le imputaban al Hijo, explica cómo incluso según la divinidad vive por el Padre. Y finalmente, después de exponer cuál es la unidad de nuestra vida con la divina, resuelve brevemente otra objeción, en la que se opone que el Hijo es glorificado por el Padre.

117. [Alias cap. V.] Muchos también hacen cuestión de esto, porque está escrito: "Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre: y el que me come, él también vivirá por mí"; diciendo: ¿Cómo es igual al Padre el Hijo, quien dijo que vive por el Padre?

118. Aquellos que proponen esto, primero deben responder qué tipo de vida tiene el Hijo, si es aquella que el Padre otorgó a quien no la tenía. Pero, ¿cómo pudo alguna vez no tener vida, si Él mismo es la vida, como dice: "Yo soy el camino, la verdad y la vida" (Juan 14, 6)? Vida ciertamente eterna, como es eterna la virtud (Rom. 1, 20). ¿Acaso, entonces, para hablar de esta manera, alguna vez la vida no se tuvo a sí misma?

119. Consideren lo que se ha leído hoy sobre el Señor Jesús, que murió por nosotros; para que, ya sea que vigilemos o durmamos, vivamos juntos con Él (1 Tes. 5, 10). ¿La muerte de quien es vida, su divinidad no es vida, cuando la divinidad es vida eterna?

120. ¿O acaso su vida está en el poder del Padre? Pero ni siquiera recordó que la vida de su cuerpo estuviera en el poder de otro, como está escrito: "Yo pongo mi vida para volver a tomarla. Nadie me la quita, sino que yo la pongo de mí mismo. Tengo poder para ponerla y tengo poder para volver a tomarla: este mandamiento recibí de mi Padre" (Juan 10, 17 y ss.).

121. ¿Se juzga entonces que su vida según la divinidad está en el poder de otro, cuando su vida según el cuerpo no estaba sujeta al poder ajeno? Porque sería un poder ajeno si no hubiera unidad de poder. Pero así como significa que es de su propio poder poner su vida, y de libre voluntad: así también lo que según el mandamiento del Padre depuso, significa la unidad de su voluntad y la del Padre.

122. Por lo tanto, si el Hijo no recibió la vida en algún momento, ni está sujeta al poder ajeno, veamos de qué manera dijo: "Como el Padre viviente me envió, y yo vivo por el Padre" (Juan 6, 58). Expliquemos como podamos: más bien, que Él mismo lo explique.

123. Considera, pues, lo que antes ha dicho; porque dice: "Amén, amén os digo". Antes instruye cómo debes escuchar: "En verdad", dice, "en verdad os digo, si no coméis la carne del Hijo del hombre y bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros" (Juan 6, 54). Antes ha dicho que habla según el Hijo del hombre, y tú, lo que ha dicho sobre la carne y la sangre, ¿piensas que debe referirse a la divinidad?

124. Finalmente, añadió: "Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida" (Juan 6, 56). Oyes carne, oyes sangre, reconoces los sacramentos de la muerte del Señor; ¿y calumnias a la divinidad? Escucha al mismo decir: "Porque el espíritu no tiene carne ni huesos" (Lucas 24, 39). Pero nosotros, cada vez que tomamos los sacramentos, que por el misterio de la sagrada oración se transfiguran en carne y sangre, anunciamos la muerte del Señor (1 Cor. 11, 26).

125. Por lo tanto, después de que declaró que hablaba según el Hijo del hombre, y repitió a menudo carne y sangre, añadió después: "Como el Padre viviente me envió, y yo vivo por el Padre; y el que me come, él también vivirá por mí" (Juan 6, 58). ¿Cómo, entonces, creen que debe entenderse esto? Puede parecer una doble comparación. La primera así: "Como el Padre viviente me envió, y yo vivo por el Padre". La segunda así: "Como el Padre viviente me envió, y yo vivo por el Padre; así también el que me come, él vivirá por mí".

126. Si eligen la primera, esto significa que así como fui enviado por el Padre, y descendí del Padre, así vivo por el Padre. Pero, ¿quién fue enviado y descendió, sino como el Hijo del hombre, como Él mismo dijo antes: "Nadie ha subido al cielo, sino el que descendió del cielo, el Hijo del hombre" (Juan 3, 13)? Por lo tanto, así como fue enviado y descendió como el Hijo del hombre; así como el Hijo del hombre vive por el Padre. Finalmente, el que come como el Hijo del hombre, él también vive por el Hijo del hombre. Así, comparó el acto de su encarnación con su venida.

127. Pero si les agrada la segunda, ¿no recogemos con clara distinción tanto la igualdad del Hijo con el Padre como su semejanza con el hombre? Porque, ¿qué significa: Así como Él vive por el Padre, y nosotros vivimos por Él; sino que así como el Hijo vivifica al hombre, así el Padre vivificó la carne humana en el Hijo? Porque así como el Padre resucita a los muertos y vivifica; así también el Hijo vivifica a quienes quiere, como el mismo Señor dijo antes (Juan 5, 21).

128. Por lo tanto, la igualdad del Hijo con el Padre también se establece por la unidad de vivificación; cuando el Hijo vivifica así como el Padre. Reconoce, pues, su vida y poder eterno. También se declara nuestra semejanza con el Hijo, y cierta unidad según la carne; porque así como el Hijo de Dios es vivificado por el Padre, así el hombre es vivificado en la carne. Pues así está escrito (Rom. 4, 24), que así como Dios resucitó a Jesucristo de entre los muertos, así también nosotros, como hombres, somos vivificados por el Hijo de Dios.

129. Según esta exposición, no solo se deriva la gracia de la generosidad a la condición humana, sino que también se proclama la eternidad de la divinidad; de la divinidad, porque ella misma vivifica: de la condición humana, porque fue vivificada y en Cristo.

130. Pero si alguien refiere ambas cosas a la divinidad de Cristo: entonces el Hijo de Dios se compara con los hombres; para que así el Hijo viva por el Padre, como nosotros vivimos por el Hijo de Dios. Pero el Hijo de Dios otorga vida eterna, y nosotros no podemos otorgarla; por lo tanto, en comparación con nosotros, tampoco Él la otorga. Que los arrianos tengan la recompensa de su fe, para que no obtengan la vida eterna del Hijo.

131. Me gustaría avanzar aún más; porque si les agrada referir este pasaje a la perpetuidad de la sustancia divina, también acepten una tercera exposición. ¿No parece decir claramente que así como el Padre es viviente, así también vive el Hijo? ¿Qué no se advierte aquí sobre la unidad de vida, que debe referirse a que la vida del Padre y del Hijo es la misma? Porque así como el Padre tiene vida en sí mismo, así también dio al Hijo tener vida en sí mismo (Juan 5, 26). Dio por unidad: dio, no para quitar, sino para ser glorificado en el Hijo: dio, para complacer: dio, no para que el Padre lo custodiara, sino para que el Hijo lo poseyera.

132. Pero piensan que debe objetarse porque dijo: "Yo vivo por el Padre" (Juan 6, 58). Ciertamente, si lo refieren a la divinidad, el Hijo vive por el Padre; porque el Hijo es del Padre: por el Padre; porque es de la misma sustancia que el Padre: por el Padre; porque la Palabra fue emitida del corazón del Padre (Sal. 44, 1), porque procedió del Padre, porque fue engendrado del seno paterno (Sal. 109, 3), porque el Padre es la fuente del Hijo, porque el Padre es la raíz del Hijo.

133. Pero tal vez dicen: Si piensas que la unidad de vida del Padre y del Hijo es, cuando el Hijo dijo: "Y yo vivo por el Padre" (Juan 6, 58), ¿acaso es unidad de vida del Hijo y de los hombres: cuando el Hijo dijo que "El que me come, él también vive por mí"?

134. Más bien, así como confieso que hay unidad de vida celestial en el Padre y el Hijo por la unidad de la sustancia divina, así también, excepto por el privilegio de la naturaleza divina o de la encarnación del Señor, profeso que hay una sociedad con nosotros de vida espiritual en el Hijo por la unidad de la naturaleza humana: "Porque así como es el celestial, así también son los celestiales" (1 Cor. 15, 48). Finalmente, así como en Él nos sentamos a la derecha del Padre, no porque nos sentemos con Él, sino porque nos sentamos en el cuerpo de Cristo, de lo cual hablaremos más plenamente después (Infr. lib. V): así como, digo, nos sentamos en Cristo por la unidad del cuerpo: así también vivimos en Cristo por la unidad del cuerpo.

135. No solo no temo porque está escrito: "Y yo vivo por el Padre"; sino que incluso si hubiera dicho por el Padre, no temería.

136. [Alias cap. VI.] También suelen objetar porque dijo: "Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios; para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella" (Juan 11, 4). Porque no solo por el Padre y del Padre el Hijo es glorificado, porque está escrito: "Glorifícame, Padre" (Juan 17, 5); y en otro lugar: "Ahora ha sido glorificado el Hijo del hombre, y Dios ha sido glorificado en Él, y Dios lo ha glorificado" (Juan 13, 31, 32): sino también por el Hijo y del Hijo el Padre es glorificado, porque la verdad dijo: "Yo te he glorificado en la tierra" (Juan 17, 4).

137. Así como, pues, es glorificado por el Padre, así también vive por el Padre. De donde algunos pensaron que δόξαν es más una opinión que una gloria; y por eso lo interpretaron así: Yo te he glorificado en la tierra, he consumado la obra que me diste; y ahora glorifícame, Padre, esto es, δόξασον, para que este sea el sentido: Yo he infundido en los hombres tal opinión de ti, para que te reconozcan como el verdadero Dios; y tú confirma en ellos esta opinión de mí, para que crean que soy tu Hijo y el verdadero Dios.

CAPÍTULO XI.

La distinción que los arrianos intentaban crear a partir de las palabras del Apóstol de que todo es del Padre y por el Hijo, es ridiculizada. Se demuestra que allí se expresa la misma omnipotencia del Padre y del Hijo: lo cual se confirma tanto por otros pasajes como por el

mismo texto de Pablo. Se demuestra que este texto, que los herejes refieren absurdamente al Padre, pertenece al Hijo según su contexto: sin embargo, no se le quita nada al poder del Hijo, si se entiende del Padre. Finalmente, en estas expresiones, de quien, por quien, y en quien algo, no hay diferencia, y se demuestra que todas estas cosas se dicen de las tres personas.

138. Ya es ridículo que algunos hagan una distinción de poder entre el Padre y el Hijo a partir de aquel pasaje apostólico, porque está escrito: "Para nosotros, sin embargo, hay un solo Dios, el Padre, de quien son todas las cosas, y nosotros en Él; y un solo Señor, Jesucristo, por quien son todas las cosas, y nosotros por Él" (1 Cor. 8, 6). Dicen que no es pequeña la distancia de la majestad divina, porque se dijo: De Él todas las cosas, y por Él todas las cosas. Pero nada más claro que en este lugar se señala al Hijo omnipotente con evidente razón; pues así como de Él todas las cosas, así por Él todas las cosas.

139. Entre todas las cosas no está el Padre, a quien se le dijo: "Porque todas las cosas te sirven" (Sal. 118, 91). Entre todas las cosas no está el Hijo, porque "todas las cosas fueron hechas por Él" (Juan 1, 3), y todas las cosas en Él subsisten, y Él está sobre todos los cielos (Col. 1, 17). Por lo tanto, el Hijo no está entre todas las cosas, sino sobre todas las cosas: quien según la carne es de la familia de los judíos; sin embargo, el mismo es sobre todas las cosas, Dios bendito por los siglos (Rom. 9, 5), cuyo nombre está sobre todo nombre, y de quien se dice: "Todas las cosas sujetaste bajo sus pies" (Sal. 8, 8). Al sujetar todas las cosas, no dejó nada que no le estuviera sujeto, como dijo el Apóstol (Heb. 2, 8). Y si esto también lo dijo según el misterio de la encarnación, ¿cómo podemos dudar de la incomparable majestad de la generación celestial?

140. Por lo tanto, es cierto que no hay diferencia de poder entre el Padre y el Hijo. De hecho, hasta tal punto no hay diferencia de poder, que el mismo Apóstol dijo que todas las cosas son de Él, por quien todas las cosas, como tienes: "Porque de Él, y por Él, y en Él son todas las cosas" (Rom. 11, 36).

141. Si, por lo tanto, creen que solo se significa al Padre, no puede ser el mismo y omnipotente, porque de Él todas las cosas: y no ser omnipotente, porque por Él todas las cosas. O, por lo tanto, recordarán al Padre como inválido y no omnipotente por su afirmación, o ciertamente confesarán al Hijo como omnipotente incluso a pesar de sí mismos.

142. Sin embargo, elijan si creen que aquí se declara al Padre. Si al Padre, entonces también por Él todas las cosas: si al Hijo, entonces también de Él todas las cosas. Pero si también por el Padre todas las cosas, ciertamente no se debe quitar nada al Hijo: y si de Él todas las cosas, igualmente se debe deferir al Hijo.

143. Y para que no piensen que nos insidiamos con la obrepción de un solo versículo, repasemos todo el capítulo: "¡Oh profundidad", dice, "de las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Cuán inescrutables son sus juicios, e ininvestigables sus caminos! Porque, ¿quién conoció la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero? ¿O quién le dio primero, para que le sea recompensado? Porque de Él, y por Él, y en Él son todas las cosas, a Él sea la gloria por los siglos" (Rom. 11, 33 y ss.)

144. ¿De quién, pues, creen que se dice, del Padre o del Hijo? Si del Padre: pero el Padre no es la Sabiduría de Dios; porque la Sabiduría de Dios es el Hijo. ¿Qué es lo que no puede la Sabiduría, de la cual está escrito: "Siendo una sola, todo lo puede y permanece en sí misma, renueva todas las cosas" (Sab. 7, 27)? No leemos, pues, que se acerque, sino que permanece.

Tienes, pues, según Salomón, la Sabiduría omnipotente y permanente. También la tienes buena, porque está escrito: "La malicia no prevalece contra la Sabiduría" (Sab. 7, 30).

145. Pero volvamos al tema. "¡Cuán inescrutables son", dice, "sus juicios!" Si, por lo tanto, todo juicio el Padre lo dio al Hijo, parece que el Padre declara al Hijo, quien juzga (Juan 5, 22).

146. Finalmente, para que sepas que no habla del Padre, sino del Hijo, añadió: "¿Quién le dio primero?", dice. Porque el Padre dio al Hijo: pero dio por derecho de generación, no por don de generosidad. Y por eso, porque no se puede negar que el Hijo recibió del Padre, según está escrito: "Todas las cosas me han sido entregadas por mi Padre" (Mat. 11, 27): sin embargo, al decir: "¿Quién le dio primero?", no negó que el Hijo recibió por naturaleza del Padre, sino que declaró que no se puede decir que haya un primero entre el Padre y el Hijo; porque aunque el Padre dio al Hijo, no lo dio como a un posterior: porque la Trinidad increada e inestimable, que es de una sola eternidad y gloria, no recibe tiempo ni grado, ni de posterior ni de anterior.

147. Pero si creemos que deben seguirse más los códices griegos, que tienen τὴν προσέδωκεν αὐτῷ, ves que a quien nada se le puede añadir, no es diferente de lo pleno. Por lo tanto, si este capítulo apostólico conviene más al Hijo, vemos que también debe creerse del Hijo, porque de Él todas las cosas, como está escrito: "Porque de Él, y por Él, y en Él son todas las cosas".

148. Sin embargo, supongamos que creen que se dice del Padre. Así que recordemos que así como leemos de Él todas las cosas, así también por Él todas las cosas: porque en la universalidad de toda la creación se expresa la autoridad del Padre y del Hijo. Y aunque antes hemos probado al Hijo omnipotente con el ejemplo paterno, sin embargo, porque su empeño es denigrar, consideren que también denigran al Padre. Porque si el Hijo es débil, porque por Él todas las cosas, ¿acaso el Padre es débil, porque también por el Padre todas las cosas?

149. Pero para que reconozcan que no hay diferencia entre estas cosas, nuevamente demostraré que es lo mismo de quien algo, y por quien algo; y mostraré que ambos se leen del Padre. Pues así tenemos: "Fiel es Dios por quien fuisteis llamados a la comunión de su Hijo" (1 Cor. 1, 9). Consideren lo que dijo el Apóstol. Por el Padre somos llamados, y no hay cuestión: por el Hijo somos creados, ¿y esto lo estimaron más vil? El Padre nos llamó a la comunión del Hijo, y lo aceptamos religiosamente como debemos: el Hijo creó todas las cosas, ¿y piensan que no fue el libre albedrío de su voluntad, sino la obediencia de una operación forzada y servil?

150. Pero para que reconozcas más plenamente que no hay diferencia entre el poder del Padre y del Hijo, cuando por el Padre somos llamados a la comunión de su Hijo; de Él es la misma comunión, como está escrito: "Porque de su plenitud todos hemos recibido" (Juan 1, 16); aunque según el Evangelio griego, debemos entender de su plenitud.

151. He aquí también que por el Padre la comunión, y del Hijo la comunión: pero no discrepante, sino una sola comunión; como el mismo Juan dijo en su epístola: "Y nuestra comunión es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo" (1 Juan 1, 3).

152. También recibe que no solo del Padre y del Hijo, sino también del Espíritu Santo, la Escritura nos ha recordado una sola comunión: "La gracia", dice, "de nuestro Señor Jesucristo, y el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sea con todos vosotros" (2 Cor. 13, 13).

153. Pero pregunto en qué parece menor aquel por quien todas las cosas, que aquel de quien todas las cosas. ¿Es porque se le afirma como operador? Pero también el Padre opera; porque es verdadero quien dijo: "Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo" (Juan 5, 17). Así como el Padre opera, también el Hijo opera. Por lo tanto, no es débil ni vil el operador; porque también el Padre opera: y por eso lo que es común al Hijo con el Padre, o por el Padre no debe ser considerado en un lugar inferior; no sea que más bien se denigre al Padre en el Hijo por los herejes.

154. Tampoco es menor aquello que en otro lugar también el mismo santo Juan, para refutar las cuestiones de la perfidia arriana, dice: "Si sabéis que Él es justo, sabed que todo aquel que hace justicia, ha nacido de Él" (1 Juan 2, 29). Pero, ¿quién es justo sino el Señor, que amó la justicia (Sal. 10, 8)? O, ¿a quién, como indican los versículos anteriores, tenemos como promotor de la vida eterna, si no tenemos al Hijo? Si, por lo tanto, el Hijo de Dios nos prometió la vida eterna, y Él mismo es justo, ciertamente hemos nacido de Él. O si niegan que hemos nacido de gracia del Hijo, tampoco confiesan al Hijo como justo.

155. Por lo tanto, es necesario creer que todo proviene también del Hijo de Dios; porque así como el Padre es el autor y creador de todo, también lo es el Hijo. Vemos, entonces, que esta cuestión es vana, ya que es apropiado creer también en el Hijo, puesto que todo es de Él, por Él y en Él. 156. Hemos explicado cómo todo es de Él y cómo también es por Él. ¿Quién podría dudar de que todo está en Él, cuando en otro lugar está escrito: "Porque en Él fueron creadas todas las cosas en los cielos, y en Él fueron creadas: y Él es antes de todos, y todo subsiste en Él" (Colosenses I, 16)? Por lo tanto, tienes la gracia de Él, Él es el operador, y en Él está el fundamento de todo.

549 CAPÍTULO XII.

Lo que se objetaba de Juan, que el Hijo es comparado a la vid y el Padre al agricultor, debe entenderse en el contexto de la encarnación: aquellos que lo interpretan según la generación divina cometen dos injurias al Hijo, al ponerlo por debajo de Pablo y al igualarlo con otros hombres; y también al Padre, al no solo no considerarlo igual al mismo Apóstol, sino al testificar que no es nada. Luego, rechazada nuevamente la falsa interpretación y confirmada la verdadera, se demuestra que el Hijo también es agricultor según la divinidad, y uva según la humanidad; de donde se establece la explicación de la superioridad de la excelencia paterna.

157. [Alias cap. VII.] También solían objetar para separar la divinidad del Padre y del Hijo, porque el Señor dijo en el Evangelio: "Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el agricultor" (Juan XV, 1); diciendo que el agricultor y la vid son de naturaleza diferente, y que la vid está bajo el poder del agricultor.

158. Así, entonces, quieren que el Hijo sea según la divinidad, como es la vid; que sin el cultivador no vale nada, y puede ser abandonada o cortada: ¿y comparan la calumnia de la letra, porque el Señor dijo que Él es la vid, significando el sacramento de su encarnación? Sin embargo, si les agrada que argumentemos desde la letra, confieso yo también, más bien profeso que el Hijo se nombró a sí mismo como la vid. ¡Ay de mí, si niego el sacramento de la salvación pública!

159. ¿Cómo, entonces, quieren entender que el Hijo de Dios se nombró a sí mismo como la vid? Si lo toman según la sustancia divina: y como entre el agricultor y la vid, así también

creen que hay una distancia de divinidad entre el Padre y el Hijo, hacen una doble injuria al Hijo, una doble al Padre: al Hijo, porque si según la divinidad es inferior al agricultor, también es necesario que sea considerado inferior al apóstol Pablo según su afirmación; porque Pablo también se dijo a sí mismo agricultor, como tienes: "Yo planté, Apolo regó; pero Dios dio el crecimiento" (I Cor. III, 6). ¿Quieren, entonces, que Pablo sea mejor que el Hijo de Dios?

160. Tienen una injuria. La otra, porque si según la sustancia de la generación eterna, el Hijo es la vid, cuando dijo: "Yo soy la vid, ustedes son los sarmientos" (Juan XV, 5); también esa generación divina parecerá ser de una sola sustancia con nosotros. Pero, "¿quién es como tú entre los dioses, Señor?", como está escrito (Éxodo XV, 11)? Y nuevamente en el salmo: "Porque, ¿quién en los cielos se igualará al Señor? ¿O quién será semejante a Dios entre los hijos de Dios?" (Salmo LXXXVIII, 7).

161. Sin embargo, no solo deshonran al Hijo, sino también al Padre. Pues si en el nombre de agricultor está toda la prerrogativa del poder paterno, ya que también Pablo es agricultor, ciertamente comparan al Apóstol con el Padre, a quien niegan que el Hijo sea igual.

162. Luego, cuando está escrito: "Pero ni el que planta es algo, ni el que riega: sino Dios, que da el crecimiento" (I Cor. III, 7); colocan en ese nombre la suma de la majestad paterna, que ven como débil. Pues si el que planta y el que riega no son nada, sino Dios, que da el crecimiento; vean qué intenta afirmar su impiedad, para que el Padre sea despreciado con el nombre de agricultor; y se busque a algún Dios que otorgue el crecimiento a la obra paterna. Por lo tanto, impiamente consideran que el poder del Padre Dios debe ser preferido por el nombre de agricultor, en el que hay una asociación común de apelación con el hombre.

163. Pero, ¿qué hay de notable, si (como quieren, herejes) se prefiere al Hijo, cuya sustancia divina no difiere de la condición humana? Pues si creen que el Hijo fue llamado vid según la sustancia divina, no solo lo juzgan sujeto a la corrupción y a los elementos inciertos, sino también solo compañero de la naturaleza humana; porque la vid y los sarmientos son de una sola naturaleza; para que no parezca que el Hijo de Dios asumió la carne por el sacramento de la encarnación, sino que tomó su principio de la carne.

164. Sin embargo, yo diré claramente que su carne, aunque por el nuevo misterio de la generación, fue de una sola naturaleza con nosotros, y que esto es el sacramento de nuestra salvación, no el comienzo de la generación divina. Porque Él es la vid, ya que soporta mis pasiones; puesto que en Él, apoyada la frágil condición humana, primero creció con los fecundos frutos de la piedad revivida.

165. Sin embargo, si te deleita la pompa del agricultor; dime, por favor, ¿quién es aquel que habló en el profeta: "Señor, hazme saber, para que sepa: entonces vi sus pensamientos. Yo fui llevado como un cordero inocente al sacrificio, y no sabía: contra mí tramaron un plan, diciendo: Venid, pongamos madera en su pan" (Jeremías XI, 19). Pues si el Hijo habla del sacramento de la futura encarnación, porque es impío creerlo del Padre, ciertamente es el Hijo quien dice arriba: "Yo te planté como una vid fructífera, ¿cómo te has convertido en amargura de una vid extraña?" (Jeremías II, 21).

166. Así que ves que el Hijo también es agricultor, de un solo nombre con el Padre, de una sola obra, de una sola dignidad y sustancia. Por lo tanto, si el Hijo es agricultor y vid, ciertamente tomamos la vid según el sacramento de la encarnación.

167. Pero no solo dijo que Él es la vid, sino que también se llamó racimo con voz profética, cuando Moisés, por orden del Señor, envió exploradores al valle del racimo (Números XIII, 14). ¿Cuál es ese valle, sino la humildad de la encarnación y la fecundidad de la pasión? Y creo que se le llamó racimo porque de aquella viña trasladada de Egipto, es decir, de la familia de los judíos, surgió un fruto útil para el mundo (Salmo LXXIX, 9). Ciertamente nadie puede referir el racimo a la generación divina: o quien lo refiere, no deja nada más que creer que ese racimo nació de la vid. Así que el insensato atribuye al Padre lo que reprende en el Hijo.

168. Pero si ya no se puede dudar de que el Hijo de Dios fue nombrado vid según la encarnación, ven que según qué sacramento el Señor habló; "Porque el Padre es mayor que yo" (Juan XIV, 28). Pues cuando dijo esto en lo anterior, inmediatamente añadió: "Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el agricultor" (Juan XV, 1), para que reconozcas que según eso el Padre es mayor: porque así como el agricultor cultiva la vid, así el Padre es el cultivador de la carne del Señor: que pudo crecer con la edad, y ser cortada por la pasión; para que toda la humanidad, del nocivo calor de los placeres mundanos, fuera cubierta por la sombra de los brazos extendidos de la cruz.

LIBRO QUINTO.

551 PRÓLOGO.

¿Quién es el siervo fiel y prudente? Su recompensa se indica en Pedro, también en Pablo, cuya autoridad Ambrosio deseando obedecer quiso que este libro se añadiera a otros, que no pudo ser comprendido en el anterior. ¿De qué tratará en este? ¿Con qué propósito? Se debe pedir perdón, ya que de todos los ministros se debe buscar el interés del dinero confiado. Este interés para él son los fieles: pero será bienaventurado si se le permite esperar una recompensa; sin embargo, no desea tanto las recompensas de los santos, como la inmunidad de las penas, para lo cual exhorta a todos a merecerla.

1. ¿Quién es el siervo fiel y prudente, a quien el Señor ha puesto sobre su familia, para darles el alimento a su tiempo? Bienaventurado aquel siervo, a quien su Señor, cuando venga, lo encuentre haciendo así (Mateo XXIV, 45, 46). Este no es un siervo vil, debe ser alguien grande: consideremos quién es este.

2. Es Pedro, elegido por el juicio del mismo Señor para apacentar el rebaño, quien merece escuchar tres veces: "Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas, apacienta mis ovejitas" (Juan XXI, 13 y ss.). Así, apacentando bien con el alimento de la fe al rebaño de Cristo, abolió la culpa de su caída anterior. Y por eso se le advierte tres veces que apaciente, se le pregunta tres veces si ama al Señor; para que quien lo negó tres veces antes de la cruz, lo confesara tres veces (Mateo XXVI, 70 y ss.).

3. Bienaventurado también aquel siervo, que puede decir: "Os di a beber leche, no alimento sólido; porque aún no podíais" (I Cor. III, 2); pues sabe a quiénes y cómo apacentar. ¿Quién de nosotros puede hacer esto? ¿Quién de nosotros puede decir verdaderamente: "Me hice débil con los débiles, para ganar a los débiles" (I Cor. IX, 22)?

4. Y sin embargo, aquel tan grande, elegido por Cristo para el cuidado del rebaño, que sanara a los enfermos, cuidara a los débiles, expulsa al hereje del redil confiado a él inmediatamente después de una corrección (Tito III, 10); para que la sarna de una oveja errante no contamine

con su úlcera al rebaño entero. Además, ordena que se eviten las cuestiones necias y las contiendas (Ibid., 9).

5. ¿Qué haremos, entonces, nosotros, colocados imprudentemente entre las nuevas cizañas de la antigua cosecha? Si callamos, pareceremos ceder: si discutimos, es de temer que también se nos juzgue carnales. Pues está escrito sobre tales cuestiones, que generan disputas: "El siervo del Señor no debe ser contencioso, sino amable con todos, apto para enseñar, paciente, corrigiendo con mansedumbre a los que se oponen" (II Tim. II, 23, 24); y en otro lugar: "Si alguno es contencioso, nosotros no tenemos tal costumbre, ni las iglesias de Dios" (I Cor. XI, 16). Por eso fue mi intención escribir algo, para que sin ruido alguno nuestras escrituras respondan a la impiedad de los herejes.

6. 552 Por lo tanto, augusto Emperador, nos preparamos para comenzar este quinto libro: pues, también era necesario terminar el cuarto libro en esa discusión sobre la vid; para que no pareciera que habíamos acumulado más bien ese mismo libro con un tumulto de cuestiones, que llenarlo con el fruto de la viña espiritual: ni era apropiado dejar la vendimia de la fe inconclusa con tantas disputas aún sobrantes.

7. En el quinto libro, por lo tanto, tratamos sobre la inseparable divinidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, dejando de lado por el momento una discusión más completa sobre el Espíritu Santo, provocados por la enseñanza de la lectura evangélica (Mateo XXV, 15); para que los cinco talentos de fe confiados a nosotros, como una especie de suerte de estos cinco libros, los prestemos a los afectos humanos; no sea que cuando venga el Señor, y encuentre su dinero escondido en la tierra, me diga: "Siervo malo y perezoso, sabías que siego donde no sembré, y recojo donde no esparcí: debías haber puesto mi dinero en el banco; y al venir yo, hubiera recibido lo que es mío" (Ibid., 26, 27): o como está en otro libro: "Y yo, al venir, ciertamente lo habría exigido con intereses" (Lucas XIX, 23).

8. Por lo tanto, perdonen, si a algunos ofende la audacia de este tipo de discurso más extenso. La contemplación del deber nos obliga a creer lo que hemos recibido: "Somos administradores de los misterios celestiales" (I Cor. IV, 1). Somos ministros, no todos por igual, "sino a cada uno, como el Señor dio. Yo planté, Apolo regó; pero Dios dio el crecimiento" (I Cor. III, 3, 6). Por lo tanto, cada uno debe esforzarse para poder recibir la recompensa según su trabajo; "porque somos colaboradores de Dios, como dijo el Apóstol, labranza de Dios, edificio de Dios" (Ibid., 9). Bienaventurado aquel que ve tales intereses de su préstamo: bienaventurado también aquel que contempla los frutos de su obra: "Bienaventurado también el que edifica sobre el fundamento de la fe oro, plata, piedras preciosas" (Ibid., 12).

9. Ustedes son para nosotros todo, quienes escuchan o leen esto: ustedes son los intereses del prestamista; intereses de la palabra, no del dinero: ustedes son los rendimientos del agricultor: ustedes son el oro, la plata y las piedras preciosas del constructor. En sus méritos está la suma del trabajo sacerdotal, en sus almas resplandece el fruto de la obra episcopal; en sus progresos brilla el oro del Señor, se multiplica la plata, si retienen las palabras divinas: "Porque las palabras del Señor, son palabras puras, plata refinada en el fuego, probada en la tierra, purificada siete veces" (Salmo XI, 7). Ustedes, por lo tanto, harán rico al prestamista, fructífero al agricultor: ustedes probarán al arquitecto como hábil. No lo digo con arrogancia; porque no son tanto mías, como suyas, las cosas que prometo.

10. Oh, si me fuera permitido decir con seguridad de ustedes en ese tiempo: "Señor, cinco talentos me diste, y he aquí otros cinco he ganado" (Mateo XXV, 20), y mostrar los preciosos

talentos de sus virtudes. "Porque tenemos este tesoro en vasos de barro" (II Cor. IV, 7). Estos son los talentos que el Señor manda prestar espiritualmente: o las dos monedas del Nuevo y Antiguo Testamento, que aquel Samaritano evangélico dejó al herido por los ladrones para curar sus heridas (Lucas X, 35).

11. Ni yo, hermanos, codicioso de votos, deseo estas cosas para ser puesto sobre muchas: me basta la recompensa de su progreso. Ojalá no sea hallado indigno de lo que he recibido. Las cosas que son mayores que yo deben ser dadas a los mejores, no las exijo; aunque sueles, Señor, decir: "Pero quiero dar a este último, como a ti" (Mateo XX, 14). Que reciba poder sobre diez ciudades, quien lo merece (Lucas XIX, 17).

12. Que sea tal como Moisés, quien escribió las diez palabras de la Ley (Deut. V, 5 y ss.). Que sea como Josué, quien sometió a cinco reyes, y aceptó a los gabaonitas en rendición (Josué X, 22 y ss.); para que fuera un tipo del hombre de ese nombre que vendría, bajo cuyo mandato todas las delicias corporales serían vencidas, las naciones convertidas: para que siguieran más bien la fe de Jesucristo, que sus antiguos estudios y votos. Que sea como David, a quien salieron al encuentro las jóvenes cantando, diciendo: "Saúl ha matado a sus miles, y David a sus diez miles" (I Sam. XVIII, 7).

13. Me basta, si no soy arrojado a las tinieblas exteriores, como aquel que escondió el talento confiado a él en la tierra de su carne: como el príncipe de la sinagoga, y los demás príncipes de los judíos, quienes ocultaron las palabras de Dios confiadas a ellos en una especie de tierra de su cuerpo: y dedicados a los placeres de la carne, como en una especie de fosa de su corazón elevado, sumergieron el préstamo celestial (Mateo XXIII, 14 y ss.).

14. Por lo tanto, no mantengamos el dinero del Señor escondido dentro de los escondites de la carne, ni pongamos esa mina en un pañuelo (Lucas XIX, 20): sino que, como buenos cambistas, con un cierto sudor de mente y cuerpo, siempre pesemos con un afecto justo y dispuesto; para que la palabra esté cerca de ti, en tu boca y en tu corazón (Deut. XXX, 14).

15. Esta es la palabra de Dios, es un talento precioso, con el que eres redimido. Este es el dinero que debe ser visto a menudo en las mesas de las almas; para que al agitarlo frecuentemente, el sonido de los buenos dineros pueda salir a toda la tierra, por el cual se obtiene la vida eterna. Esta es la vida eterna, que tú, Padre omnipotente, otorgas; para que te conozcamos a ti, el único Dios verdadero, y a quien enviaste, Jesucristo (Juan XVII, 3).

CAPÍTULO PRIMERO.

Cuán impíos son los arrianos, mientras atacan aquello en lo que consiste la felicidad humana. Juan siempre une al Hijo con el Padre, especialmente donde dice: "Para que te conozcan a ti, el único verdadero, etc." Allí, por lo tanto, también debe entenderse al Hijo como verdadero Dios, cuando no puede negarse que es Dios, ni decirse que es falso; ni siquiera nominal. Lo último, donde se demuestra desde el Apóstol, se concluye correctamente que Cristo es verdadero Dios.

16. Por lo tanto, que los arrianos adviertan cuán impíos son, que hacen cuestiones sobre nuestra esperanza y deseo. Y puesto que suelen vociferar sobre esto más que sobre otras cosas, diciendo que Cristo está separado del único y verdadero Dios, refutemos sus impías interpretaciones según nuestras fuerzas.

17. En este lugar, deben entender más bien que esta es la utilidad, esta es la recompensa de la virtud perfecta, este es el don divino e incomparable, que conozcamos a Cristo con el Padre,

y no separemos al Hijo del Padre, como la Escritura no lo separa. Pues esto contribuye más a la unidad que a la distancia del poder divino, que el mismo premio, el mismo honor nos da el conocimiento del Padre y del Hijo: tal recompensa no podrá tener quien no conozca al Padre y al Hijo; pues así como el conocimiento del Padre, también el del Hijo adquiere la vida eterna.

18. Por lo tanto, así como al principio el Evangelista unió inmediatamente al Verbo con Dios Padre con una piadosa confesión diciendo: "Y el Verbo estaba con Dios" (Juan I, 1), así también aquí, al escribir las palabras del Señor: "Para que te conozcan a ti, el único verdadero Dios, y a quien enviaste, Jesucristo" (Juan XVII, 3); con esa conjunción ciertamente unió al Padre y al Hijo, para que nadie separe a Cristo, verdadero Dios, de la majestad del Padre: pues la conjunción nunca separa.

19. Y por eso, al decir: "Para que te conozcan a ti, el único verdadero Dios, y a quien enviaste, Jesucristo", mata a los sabelianos y excluye a los judíos, ciertamente aquellos que escuchaban al que hablaba; para que ni aquellos pensarán que el Padre es el mismo que el Hijo, si no hubiera añadido también a Cristo: ni estos separarán al Hijo del Padre.

20 y 21. Sin embargo, pregunto por qué no creen que debe entenderse, y deducirse de lo anterior; para que, como mencionó al Padre como el único verdadero Dios, entendamos también a Jesucristo como el único verdadero Dios. Pues de otra manera no debía expresarse, para que no pareciera que decía dos dioses; pues no decimos dos dioses, y confesamos al Hijo de la misma divinidad que el Padre.

22. Por lo tanto, preguntemos por qué razón creen que aquí se hizo una distancia de la divinidad, si niegan que Cristo es Dios. Pero no pueden negarlo. ¿O niegan que es verdadero Dios? Pero que digan, si niegan que es verdadero, si lo juzgan falso o nominal. Pues según las Escrituras, o es verdadero Dios, o solo nominal, o falso. Verdadero como el Padre, nominal como los santos, falso como los demonios y las imágenes. Que digan, por lo tanto, con qué confesión designan al Hijo de Dios, si creen que el nombre de Dios es falsamente asumido, o si piensan que solo tiene la inspiración de la divinidad como nominal.

23. No creo que usen un nombre falsamente asumido para que se envuelvan en un crimen más evidente de impiedad; no sea que, al insinuar un nombre falso de Dios a Cristo, como a los demonios y a las imágenes, se delaten a sí mismos. Pero si piensan que se le llama Dios porque tuvo la inspiración de la divinidad, como muchos hombres santos (pues la Escritura llama dioses a aquellos a quienes se dirigía la palabra de Dios) (Juan X, 35), entonces no lo prefieren a los hombres, sino que lo consideran comparable a los hombres; para que piensen que es lo que él mismo otorgó a los hombres, diciendo a Moisés: "Te he puesto como Dios para el faraón" (Éxodo VII, 1). Por eso también se dice en el salmo: "Yo dije, dioses sois" (Salmo LXXXI, 6).

24. Y sin embargo, Pablo excluye esta opinión de los sacrílegos, quien dice: "Porque aunque haya quienes sean llamados dioses, ya sea en el cielo o en la tierra" (I Cor. VIII, 5). No dijo que son dioses, sino que son llamados. Cristo, sin embargo, como está escrito, "ayer y hoy es el mismo" (Hebr. XIII, 8). Dice "es", es decir, no solo de nombre, sino también de verdad.

25. Y está bien escrito: "Ayer y hoy es el mismo"; para que la impiedad de Arrio no pudiera encontrar lugar para establecer su sacrilegio. Cuando leía en el segundo salmo al Padre diciendo al Hijo: "Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy" (Salmo II, 7); anotó "hoy" no

"ayer", refiriéndose a la eternidad de la generación divina, lo que se menciona sobre la ascensión de la carne, como Pablo dice en los Hechos de los Apóstoles: "Y nosotros os anunciamos la promesa hecha a nuestros padres; que Dios la ha cumplido para nuestros hijos, resucitando al Señor Jesús, como está escrito en el segundo salmo: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy" (Hechos XIII, 32 y ss.). Por lo tanto, el Apóstol, lleno del Espíritu Santo, para eliminar esa severidad, dice: "Ayer y hoy es el mismo, y por los siglos: ayer, por la eternidad: hoy, por la ascensión del cuerpo".

26. Cristo es, y siempre es; porque quien es, siempre es. Cristo, sin embargo, siempre es, de quien Moisés dice: "El que es, me envió" (Éxodo III, 14). Gabriel existía, Rafael existía, los ángeles existían: pero no se dice que siempre existan, quienes alguna vez no existieron, de ninguna manera se dice de la misma manera. Cristo, sin embargo, como leemos, no fue, es, y no: sino que en él fue (II Cor. I, 19); por lo tanto, verdaderamente solo Dios es ser, quien siempre es.

27. Por lo tanto, si no se atreven a decir que es un Dios nominal, y decir que es falso es una mayor impiedad, queda que sea un Dios verdadero, no diferente del verdadero Padre, sino igual. Quien, al justificar y santificar a quienes quiere, no asumiendo desde fuera, sino teniendo en sí mismo el poder de santificar, ¿cómo no es un Dios verdadero? Pues el Apóstol ciertamente lo llamó verdadero Dios, quien naturalmente es Dios, como tienes: "Porque entonces, dice, no conociendo a Dios, servisteis a los que por naturaleza no eran dioses" (Gálatas IV, 8); es decir, que no podían ser verdaderos dioses, a quienes esto naturalmente no les correspondía.

CAPÍTULO II.

Habiendo probado que el Hijo es verdadero Dios, y no menor que el Padre; se muestra que cuando en las Escrituras se dice "solo" del Padre, no se excluye al Hijo; más bien, esta palabra le conviene a él sobre todos y solo a él. La Trinidad no está entre todas las cosas, sino sobre todas las cosas: el Hijo realmente hace solo lo que hace el Padre, y solo él tiene inmortalidad; por lo tanto, no debe separarse del Padre en palabras controvertidas; sin embargo, se permite entender ese lugar sobre la encarnación: finalmente, el Padre es excluido de la redención de los hombres por aquellos que quieren separar al Hijo de él.

28. Pero ya hemos demostrado abundantemente que Cristo es el verdadero Dios en los libros anteriores con las lecturas de las Escrituras. Por lo tanto, si Cristo, como se ha enseñado, es el verdadero Dios, busquemos por qué razón, cuando leen que solo el Padre es el verdadero Dios, desean separar al Hijo del Padre.

29. Si dicen que solo el Padre es el verdadero Dios, no pueden negar que también el Hijo es el único Dios de la verdad, porque Cristo es la verdad. ¿Acaso la verdad es menor que lo verdadero, cuando según la denominación de los nombres, lo verdadero a menudo se dice de la verdad, como el sabio de la sabiduría, el justo de la justicia? Esto no lo sentimos entre el Padre y el Hijo, porque al Padre no le falta nada, porque el Padre es veraz: y el Hijo, porque es la verdad, es igual a lo verdadero.

30. Pero para que sepan que cuando leen "solo", de ninguna manera debe separarse al Hijo del Padre, recuerden que en los profetas se dice de Dios: "Yo extendí el cielo solo" (Isaías XLIV, 24). Y ciertamente no lo extendió sin el Hijo el Padre. Pues el mismo Hijo, que es la sabiduría de Dios, dice: "Cuando preparaba el cielo, yo estaba con él" (Proverbios VIII, 27). Y Pablo confirma que se dice del Hijo: "En el principio tú fundaste la tierra, Señor, y los

cielos son obra de tus manos" (Hebreos I, 10). Por lo tanto, ya sea que el Hijo hizo el cielo, como el Apóstol quiso que se entendiera, y ciertamente él no extendió el cielo solo sin el Padre, o, como tienes en Proverbios, "Dios fundó la tierra con sabiduría, preparó los cielos con inteligencia" (Proverbios III, 19), se muestra que ni el Padre solo sin el Hijo hizo los cielos, ni el Hijo sin el Padre; y sin embargo, quien extendió el cielo, se dice que lo hizo solo.

31. Cuán verdaderamente debe entenderse esto también del Hijo, que se le llame solo, aunque nunca se crea que hizo algo sin el conocimiento del Padre; también lo tienes en otro lugar, donde está escrito: "Extendiendo el cielo solo, y caminando como sobre el pavimento sobre el mar" (Job IX, 8). Pues el Evangelio del Señor nos enseñó que en el mar no fue el Padre, sino el Hijo quien caminó, cuando Pedro le rogó diciendo: "Señor, mándame ir a ti" (Mateo XIV, 28). Pero también la misma profecía es testimonio; pues el santo Job profetizaba la venida del Señor (Job III, 8), de quien verdaderamente dijo que iba a derrotar al gran cetáceo, y así fue: pues ese cetáceo mortal, es decir, el diablo, en los últimos tiempos fue abatido y afligido por la venerable pasión de su cuerpo (Isaías XXVII, 1).

32. Por lo tanto, el Hijo es solo y verdadero Dios; pues esta prerrogativa también se le otorga al Hijo. De ninguno que haya sido creado se puede decir propiamente que es solo. Pues a quien le pertenece la comunidad de la criatura, ¿cómo puede ser separado de los demás como si fuera solo? Así, el hombre parece ser racional entre todos los seres animados terrenales, pero sin embargo no es el único racional; pues sabemos que las obras celestiales de Dios, los ángeles y arcángeles, confesamos que son racionales. Si, por lo tanto, los ángeles son racionales, ciertamente no se dice que el hombre sea el único racional.

33. Pero dicen que solo se puede decir del sol; porque no hay otro sol. Pero incluso el sol tiene muchas cosas en común con las estrellas, que recorre el cielo (Génesis I, 14), que es de esa sustancia etérea y celestial, que es criatura, que se cuenta entre todas las obras de Dios, que sirve a Dios con todos, que bendice a Dios con todos, que alaba con todos. Por lo tanto, no se dice propiamente que sea solo, porque no se separa de los demás (Salmo CXLVIII, 3).

34. Por lo tanto, como a la divinidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, que sola no está entre todas las cosas, sino sobre todas las cosas, ninguna criatura puede compararse, para que la afirmación sobre el Espíritu se reserve por ahora: así como el Padre se dice que es el único Dios verdadero, a quien nada le es común con los demás; así también el Hijo es la única imagen del verdadero Dios, la única diestra del Padre, la única virtud de Dios y sabiduría.

35. Por lo tanto, el Hijo hace solo lo que hace el Padre, porque está escrito: "Lo que hago, él lo hace" (Juan V, 16). Pues cuando la obra del Padre y del Hijo es una, se dice bien del Padre y del Hijo que Dios solo ha obrado; de donde también cuando decimos creador, confesamos tanto al Padre como al Hijo. Pues ciertamente cuando Pablo decía: "Quienes sirvieron a la criatura antes que al Creador" (Romanos I, 25); no negó al Padre como creador, de quien son todas estas cosas; ni al Hijo, por quien son todas.

36. No parece ajeno, ciertamente, porque está escrito: "Quien solo tiene inmortalidad" (I Tim. VI, 16). Pues ¿cómo no tiene inmortalidad quien tiene vida en sí mismo? Ciertamente la tiene en naturaleza, la tiene en sustancia; y la tiene no por gracia temporal, sino por divinidad eterna: la tiene no como un don como si fuera un siervo, sino por la propiedad de la generación como Hijo coeterno; y la tiene como el Padre: "Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también dio al Hijo tener vida en sí mismo" (Juan V, 16); como tiene, dice, así dio. Aprendiste antes (Libro IV, cap. 6), cómo dio; para que no pienses que es una largueza de gracia, donde está el misterio de la generación. Por lo tanto, cuando no hay

distancia de vida entre el Padre y el Hijo, ¿cómo puede estimarse que el Hijo no tiene lo que el Padre tiene, que es la inmortalidad?

37. De donde entiendan que tampoco en este lugar debe separarse al Hijo del único verdadero Dios Padre; porque no pueden probar que el Hijo no es el único y verdadero Dios: especialmente cuando aquí se subentiende, como hemos dicho, y que Cristo es el único verdadero Dios: o ciertamente debe entenderse que algo se refiere a la divinidad del Padre y del Hijo, y algo a la encarnación de Cristo; porque no es un conocimiento perfecto, sino el que confiesa tanto al unigénito Dios verdadero Hijo de Dios Jesucristo según la eternidad, como al nacido de la Virgen según la carne. Lo que en otro lugar este mismo Evangelista nos enseñó diciendo: "Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios" (I Juan IV, 2).

38. Finalmente, cuán no ajeno es entender también en este lugar el sacramento de la encarnación, nos lo enseña la misma serie de la lectura; pues así tienes: "Padre, ha llegado la hora, glorifica a tu Hijo" (Juan XVII, 1). Ciertamente, cuando menciona que ha llegado la hora, y pide ser glorificado, ¿cómo sino según la asunción de la carne se le debe considerar hablando? Pues ni la divinidad tiene momentos prescritos de tiempo, ni la luz eterna necesita glorificación. Por lo tanto, en el único verdadero Dios Padre entendemos también al Hijo de Dios como el único verdadero según la unidad de la divinidad, y en el nombre de Jesucristo, que recibió al nacer de la Virgen, reconocemos el sacramento de la encarnación.

39. Pero si cuando leen que solo el Padre es el verdadero Dios, desean separar al Hijo; entonces cuando leen sobre la encarnación del Hijo: "Este es el piedra que fue rechazada por vosotros los edificadores, que ha llegado a ser la cabeza del ángulo; y más adelante: No hay otro nombre bajo el cielo dado a los hombres, en el cual debemos ser salvos" (Hechos IV, 11, 12), piensan que el Padre debe ser separado del beneficio de impartirnos la salvación. Pero ni hay salvación sin el Padre, ni vida eterna sin el Hijo.

CAPÍTULO III.

A los arrianos que insisten en que se introducen dos dioses a partir de la unidad de sustancia, se les responde que la pluralidad se infiere más bien de la diversidad, y por lo tanto su acusación recae sobre ellos mismos. La diversidad múltiple es la causa de por qué dos hombres no pueden ser llamados un solo hombre; aunque todos los hombres se llaman singularmente hombre, donde se indica la unidad de la naturaleza. Solo en estos hay una naturaleza única; pero en las personas divinas hay una unidad completa: por lo tanto, el Hijo no debe separarse del Padre; especialmente cuando no se atreven a negar que le es debida la adoración.

40. Pero los arrianos afirman: Si decís que el Hijo es el único verdadero Dios como el Padre, y confesáis que el Padre y el Hijo son de una sola sustancia, no introducís un solo Dios, sino dos dioses; porque quienes son de una sola sustancia no parecen ser un solo Dios, sino dos dioses, como se dice de dos hombres, o de dos ovejas, o de varios: pero el hombre y la oveja no se dicen dos hombres, ni dos ovejas, sino un solo hombre, y una sola oveja.

41. Esto dicen los arrianos, y con esta astuta argumentación intentan atrapar a los más simples. Sin embargo, si leemos las Escrituras divinas, encontraremos que la pluralidad recae más bien en aquello que son de sustancia diversa y distinta, es decir, ἑτεροουσία. Y esto lo tenemos expresado en los libros de Salomón, en el lugar donde dice: "Tres cosas son imposibles de entender, y una cuarta que no conozco; las huellas del águila volando, y los

caminos de la serpiente sobre la roca, y las sendas del barco navegando, y los caminos del hombre en la juventud" (Proverbios XXX, 18, 19). Ciertamente, el águila, el barco y la serpiente no son de un mismo género y naturaleza, sino de sustancia diferente y distinta, y sin embargo son tres. Por lo tanto, entienden que sus argumentos son contrarios a ellos mismos por los testimonios de las Escrituras.

42. Por lo tanto, al decir que la sustancia del Padre y del Hijo es distinta y diferente, ciertamente ellos mismos afirman dos dioses: pero nosotros, al confesar tanto al Padre como al Hijo; afirmando, sin embargo, que son de una sola deidad, no decimos dos dioses, sino un solo Dios. Y esto lo aprobamos con las palabras del Señor; porque donde hay muchos, allí hay una diferencia de naturalezas o de voluntades y operaciones. Por lo tanto, para que sean refutados por sus propios testimonios, se dice de dos hombres; porque aunque son de una sola naturaleza por derecho de nacimiento, sin embargo, difieren en tiempo, pensamiento, obra y lugar: y por eso no se puede decir un solo hombre en la significación y número de dos; porque no hay unidad donde hay diversidad: pero se dice un solo Dios, y se señala la gloria y plenitud del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

43. Por lo tanto, tanta es la verdad de la unidad, que incluso cuando se significa solo la naturaleza de la generación o carne humana, y se dice un solo hombre de muchos, como tienes: "El Señor es mi ayudador, no temeré lo que me haga el hombre" (Salmo CXVII, 6), es decir, no una persona especial del hombre, sino una carne, y una fragilidad de la generación humana. Y añadió: "Es mejor confiar en el Señor, que confiar en el hombre" (Ibid., 9). Y aquí ciertamente no designó a un hombre especial, sino a la condición general. Por lo tanto, inmediatamente añadió sobre muchos: "Es mejor confiar en el Señor, que confiar en los príncipes" (Ibid., 9). Pero donde se dice hombre, a veces se significa la unidad común entre todos de la naturaleza: donde príncipes, hay una cierta diferencia de varias potestades.

44. Pero entre los hombres o en los hombres hay una unidad de alguna cosa, ya sea de caridad, de deseo, de carne, de devoción y fe: pero la unidad general, y que en sí misma según la gloria de la divinidad abarca todo, es solo del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

45. Por lo tanto, el Señor, al designar la diversidad entre los hombres, que no tienen nada entre sí que pueda pertenecer a la unidad de la sustancia indivisa: "En vuestra ley, dice, está escrito, que el testimonio de dos hombres es verdadero" (Juan VIII, 17). Y cuando había dicho antes: "El testimonio de dos hombres es verdadero"; cuando llegó a su testimonio y al del Padre, no dijo: Es verdadero nuestro testimonio, porque es el testimonio de dos dioses; sino: "Yo soy quien doy testimonio de mí mismo, y el Padre que me envió da testimonio de mí" (Ibid., 18). También antes dijo de manera similar: "Y si yo juzgo, mi juicio es verdadero, porque no estoy solo, sino yo y el Padre que me envió" (Ibid., 16). Por lo tanto, tanto antes como después significó al Padre y al Hijo, y no mezcló pluralidad, ni separó la unidad de la sustancia divina.

46. Es evidente, por lo tanto, que lo que es de una sola sustancia, no puede separarse, aunque no sea de singularidad, sino de unidad. Esta singularidad digo, que en griego se llama μονοτης. La singularidad pertenece a la persona, la unidad a la naturaleza. Pero aquellas cosas que son de sustancia diversa, no solo se dice que son una, sino también muchas, aunque ya ha quedado claro por el testimonio profético; sin embargo, el mismo Apóstol lo declaró más claramente diciendo: "Porque aunque hay quienes sean llamados dioses, ya sea en el cielo o en la tierra" (I Cor. VIII, 5). Ves, por lo tanto, que aquellos que son de diferentes sustancias, y no de la verdad de una sola naturaleza, son llamados dioses? Pero el Padre y el Hijo, porque son de una sola sustancia, no son dos dioses, sino "Un solo Dios, el Padre de

quien son todas las cosas, y un solo Señor Jesucristo, por quien son todas las cosas" (Ibid., 6). "Un solo Dios, el Padre, y un solo Señor Jesús"; y antes: "Un solo Dios, no dos dioses" (Ibid. 4); y después: "Un solo Señor, y no dos".

47. Por lo tanto, se excluye la pluralidad, no se separa la unidad. Pero así como cuando leemos al Señor Jesús, ni al Padre, como dijimos antes (Libro II, cap. 5), lo separamos del derecho de dominio, que le es común con el Hijo: así cuando leemos solo al verdadero Dios Padre, tampoco podemos separar al Hijo del derecho del único verdadero Dios, que le es común con el Padre.

48. O digan qué otra cosa sienten, o qué piensan, cuando leemos: "Adorarás al Señor tu Dios, y a él solo servirás" (Mateo IV, 10), si no piensan que Cristo debe ser adorado, y que no se debe servir a Cristo? Pero si aquella que lo adoró, la cananea (Mateo XV, 25), mereció obtener lo que pidió; y el apóstol Pablo, quien profesa ser siervo de Cristo en el primer prefacio de sus escritos (Romanos I, 1), mereció ser apóstol, no de hombres ni por hombre, sino por Jesucristo; digan qué piensan que debe seguirse, si prefieren tener sociedad con Arrio en la perfidia; para que al negar que Cristo es el único y verdadero Dios, muestren que no juzgan que debe ser adorado, ni servido: o si prefieren tener consorcio con Pablo, quien al servir y adorar también a Cristo, ciertamente no negaba con voz y afecto que era el único verdadero Dios, a quien confesaba con piadoso servicio.

CAPÍTULO IV.

Se objetaba por parte de los herejes que Cristo había rendido adoración al Padre. Pero se responde que esto debe referirse a su humanidad, como se manifiesta al examinar el contexto: sin embargo, se añaden testimonios de su divinidad, como también vemos en otras obras de Cristo.

49. [Otro capítulo II.] Si alguien dice que el Hijo adora a Dios Padre, porque está escrito: "Vosotros adoráis lo que no conocéis, nosotros adoramos lo que conocemos" (Juan IV, 22); considere cuándo, ante quién, y con qué afecto asumido habla.

50. Finalmente, y no sin razón, se ha mencionado anteriormente que Jesús, cansado del camino, se sentó y pidió de beber a la samaritana; porque hablaba según la carne del hombre: ya que según la divinidad no podía cansarse ni tener sed (Ibid. VI, 7).

51. Luego, cuando la samaritana lo llamó judío y lo consideró profeta; como judío que enseñaba espiritualmente los misterios de la Ley, respondió: "Vosotros adoráis lo que no conocéis, nosotros adoramos lo que conocemos". Dijo "nosotros", es decir, se unió a los hombres. ¿Y cómo sino según la carne se une a los hombres? Y para mostrar que había respondido según la encarnación, añadió: "Porque la salvación viene de los judíos" (Ibid. 22).

52. Pero inmediatamente después de esto, separó el afecto humano, diciendo: "Vendrá la hora, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre" (Ibid., 23). No dijo: "Adoraremos". Lo cual ciertamente habría dicho, si hubiera asumido la participación en nuestro servicio.

53. Sin embargo, cuando leemos que María lo adoró (Mateo XXVIII, 9), debemos entender que no puede, por la misma naturaleza, adorar como siervo y ser adorado como Señor: sino más bien que se dice que adora como hombre entre los hombres, y es adorado como Señor por los siervos.

54. Leemos y creemos muchas cosas según el misterio de la encarnación, pero en el mismo afecto de la naturaleza humana se puede contemplar la majestad divina. Jesús se cansa del camino, para restaurar a los cansados: pide de beber, para dar bebida espiritual a los sedientos: tiene hambre, para ser entregado como alimento de salvación a los hambrientos: muere, para dar vida: es sepultado, para resucitar: cuelga tembloroso en el madero, para fortalecer a los temblorosos: cubre el cielo de oscuridad, para iluminar: hace temblar la tierra, para consolidarla: agita los mares, para calmarlos: abre las tumbas de los muertos, para mostrar que son moradas de los vivos: es creado de la Virgen, para que se crea que ha nacido de Dios: finge no saber, para hacer saber a los ignorantes: se dice que adora como judío, para que como verdadero Dios Hijo sea adorado.

CAPÍTULO V.

A las palabras de la madre de los hijos de Zebedeo, Ambrosio responde que Cristo no quiso afligirla con tristeza, siendo esto un acto de clemencia. Se presenta una causa múltiple de esta indulgencia. Se argumenta que el Señor quiso remitir la concesión de esa petición al Padre, en lugar de declararla imposible: y sin embargo, se muestra que la respuesta de Cristo no le perjudica, tanto por sus propias palabras como por la comparación con otros pasajes.

55. ¿Cómo, dicen, puede el Hijo de Dios ser el único verdadero Dios semejante al Padre, cuando él mismo dijo a los hijos de Zebedeo: "Mi cáliz ciertamente beberéis, pero sentarse a mi derecha o a mi izquierda no es mío daros, sino a quienes está preparado por mi Padre" (Mateo XX, 23)? Este, por tanto, es vuestro argumento de la desigualdad divina, como queréis; cuando más bien deberíais venerar la clemencia del Señor, adorar la gracia: si pudierais advertir los profundos secretos de la virtud y sabiduría de Dios.

56. Considerad, pues, lo que pide con los hijos y por los hijos. Es madre, ciertamente, cuya medida de deseos, aunque desmedida, es perdonable por la preocupación por el honor de sus hijos. Y madre de avanzada edad, religiosa en su devoción, desprovista de consuelo: que en aquel tiempo, cuando debía ser ayudada o alimentada por el auxilio de su prole fuerte, sufría la ausencia de sus hijos, y había preferido la recompensa de seguir a Cristo al placer de tener a sus hijos: quienes, llamados por la primera voz del Señor, como leemos (Mateo IV, 22), dejando las redes y al padre, lo siguieron.

57. Esta, pues, más indulgente por el celo de la diligencia materna, suplicaba al Salvador, diciendo: "Di que estos dos hijos míos se sienten, uno a tu derecha y otro a tu izquierda en tu reino" (Ibid. 20, 21). Aunque es un error, es un error de piedad; pues las entrañas maternas no conocen la paciencia: aunque avara en su deseo, es una avaricia perdonable, que no es ávida de dinero, sino de gracia: ni es una petición desvergonzada, que no buscaba para sí, sino para sus hijos. Considerad a la madre, pensad en la madre.

58. Pero no es de extrañar si el afecto de los padres por sus hijos os parece insignificante, ya que también consideraríais insignificante el amor del Padre omnipotente por su Hijo unigénito. El Señor del cielo y de la tierra se avergonzaba (hablando según la asunción de la carne y las virtudes del alma), se avergonzaba, digo, y para usar su propia palabra, se confundía de negar incluso la compañía de su sede a la madre que pedía por sus hijos: vosotros sostenéis que el Hijo de Dios eterno a veces está de pie para el ministerio, a veces como servidor, es decir, no por la unidad de la majestad, sino por la precepto del Padre queréis que sea su asiento; y negáis esto al verdadero Dios Hijo de Dios, lo que él no quiso negar abiertamente a los hombres.

59. Consideraba, en efecto, el amor de la madre, que consolaba su ancianidad con la recompensa de sus hijos, y aunque cansada por sus deseos maternos, soportaba la ausencia de sus queridísimos hijos.

60. Considerad también a la mujer, es decir, el sexo más frágil, que el Señor aún no había confirmado con su propia pasión. Considerad, digo, a la heredera de Eva, la primera mujer, cayendo en la sucesión de la desmedida codicia transmitida a todos, a quien el Señor aún no había redimido con su propia sangre, aún no había lavado con su sangre la inclinación de todos los afectos hacia el honor desmedido contra la ley. La mujer, pues, pecaba por error hereditario.

61. Y ¿qué de extraño tiene que una madre pida por sus hijos, lo cual es más tolerable que por sí misma; cuando incluso los mismos apóstoles entre sí, como leemos (Lucas XXII, 24), disputaban sobre su preeminencia?

62. No debía, pues, el médico de todos herir con reproches de pudor a la madre desamparada y aún enferma de mente; no fuera que, al serle denegada con mayor altivez su petición, se afligiera como condenada por una petición desmedida.

63. Finalmente, el Señor que sabía que la piedad debía ser honrada, no respondió a la mujer, sino a sus hijos, diciendo: "¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber?" Y ellos dijeron: "Podemos". Jesús les dijo: "Mi cáliz ciertamente beberéis; pero sentarse a mi derecha o a mi izquierda no es mío daros, sino a quienes está preparado por mi Padre" (Mateo XX, 22, 23).

64. ¡Qué paciente y clemente el Señor, qué alta sabiduría y buena caridad! Queriendo mostrar que no pedían los discípulos algo trivial, sino lo que no podían obtener, reservó la prerrogativa de su honor paterno: no temiendo que algo se le restara a su derecho, quien no consideró usurpación ser igual a Dios (Filipenses II, 6); al mismo tiempo amando a los discípulos, porque, como tienes, los amó hasta el fin (Juan XIII, 1), no quiso parecer que les negaba lo que pedían: santo y buen Señor, que prefería disimular algo de su derecho antes que renunciar a la caridad: "La caridad es paciente, es benigna, no tiene envidia, no se envanece, no busca lo suyo" (I Corintios XIII, 4).

65. Finalmente, para que reconozcáis que no es por debilidad, sino por indulgencia, que dijo: "No es mío daros"; donde los hijos de Zebedeo piden sin la madre, no dijo nada del Padre; así lo tienes: "No es mío daros, sino a quienes está preparado" (Mateo X, 40). Así lo puso el evangelista Marcos. Pero donde la madre pide por los hijos, es decir, según Mateo: "No es mío daros, sino a quienes está preparado por mi Padre" (Mateo XX, 23), aquí añadió: "Por mi Padre"; porque el afecto materno pedía mayor indulgencia.

66. Pero si piensan que al decir: "A quienes está preparado por mi Padre", o bien atribuyó más al Padre, o se restó algo a sí mismo; que digan si también allí piensan que se restó algo al Padre, porque el Hijo dijo en el Evangelio del Padre: "El Padre no juzga a nadie" (Juan V, 22).

67. Pero si consideramos sacrílego creer que el Padre así transfirió el juicio al Hijo, que él mismo no lo tiene; pues lo tiene, y no puede perder lo que tiene naturalmente la majestad divina: debemos considerar sacrílego que el Hijo no pueda dar lo que los hombres puedan merecer, o cualquier criatura pueda recibir; especialmente cuando él mismo dijo: "Voy al Padre, y lo que pidáis al Padre en mi nombre, eso haré" (Juan XIV, 12, 13). Pues si lo que el Padre puede dar, el Hijo no puede, entonces la verdad ha mentado, y no puede hacer lo que

sea que el Padre sea suplicado en su nombre. Pues no dijo: "Lo que me pidáis, eso haré"; sino: "Lo que pidáis al Padre en mi nombre, eso haré".

CAPÍTULO VI.

Para resolver más cuidadosamente la objeción propuesta, sostiene que la petición mencionada, si no era imposible en sí misma, era posible para Cristo; especialmente cuando el Padre le ha dado todo juicio, lo cual debe entenderse sin ninguna nota de imperfección. Sin embargo, prueba que esa misma petición debe considerarse entre las imposibles. Para que fuera completamente posible, entonces la respuesta de Cristo debe entenderse según la naturaleza humana, y lo declara con la explicación del pasaje. Finalmente, confirma de nuevo su respuesta sobre la imposibilidad de esta sesión.

68. Pregunto ahora si consideran que lo que pidió la esposa de Zebedeo y sus hijos era posible para la condición humana o para alguna criatura, o imposible. Si era posible, ¿cómo no tenía el poder de otorgar a los apóstoles sentarse a su derecha o a su izquierda, quien hizo que existieran todas las cosas que no eran? ¿O cómo no podía juzgar sobre los méritos de los hombres, a quien el Padre dio todo juicio?

69. Es conocido cómo lo dio (Juan V, 22): pues ¿cómo recibió el Hijo como necesitado, quien creó todo de la nada? ¿De aquellos cuyas naturalezas había hecho, no tenía su juicio? Pero el Padre dio al Hijo todo juicio; "Para que todos honren al Hijo como honran al Padre" (Ibid., 23). Por tanto, no progresa la potencia del Hijo, sino nuestro conocimiento: ni se añade algo a su sustancia, sino a nuestra utilidad, que es conocido por nosotros; para que conociendo al Hijo de Dios, tengamos vida eterna (Juan XVII, 3).

70. Pero cuando en el conocimiento del Hijo de Dios está su honor, y nuestro progreso no es el suyo, si alguien piensa que la virtud de Dios se incrementa con ese honor, es necesario que también crea que el Padre puede ser incrementado; porque él mismo es glorificado por nuestro conocimiento como el Hijo, según está escrito, diciendo el Hijo: "Yo te he glorificado en la tierra" (Ibid., 4). Por tanto, si era posible lo que se pedía, ciertamente estaba en el poder del Hijo.

71. Pero sin embargo, que muestren, si piensan que es posible, quién de los hombres o de las demás criaturas se sienta a la derecha o a la izquierda de Dios; pues el Padre dice al Hijo: "Siéntate a mi derecha" (Salmo CIX, 1). Por tanto, si alguien se sienta a la derecha del Hijo, ciertamente entre él y el Padre, para hablar en términos humanos, el Hijo se encuentra en medio.

72. Por tanto, no se pedía algo posible para el hombre, sino que no quiso decir que los hombres no puedan sentarse con él; ya que no deseaba que su gloria divina se revelara antes de resucitar. Pues también antes, cuando apareció en gloria entre sus siervos Moisés y Elías, había advertido a los discípulos que no dijeran a nadie lo que habían visto (Mateo XVII, 9).

73. Por tanto, si no era posible para los hombres o para las demás criaturas merecer esto, no debe parecer que el Hijo puede menos, porque no dio a los apóstoles lo que ni el Padre dio a los hombres o a las demás criaturas. O que digan a quién de ellos dio el Padre. No ciertamente a los ángeles, de quienes la Escritura dice que todos los ángeles estaban de pie alrededor del trono (Apocalipsis VII, 11). Finalmente, Gabriel dijo que estaba de pie, como tienes: "Yo soy Gabriel, que estoy delante de Dios" (Lucas I, 19).

74. Por tanto, no a los ángeles, no a los ancianos que adoran al que está sentado; pues ellos no se sientan sobre el trono de la majestad: sino, como dice la Escritura, alrededor del trono; pues hay otros veinticuatro tronos, como tienes en el Apocalipsis de Juan: "Y sobre el trono veinticuatro ancianos sentados" (Apocalipsis IV, 4). En el Evangelio también el mismo Señor dice: "Cuando el Hijo del Hombre se sienta en el trono de su majestad, vosotros también os sentaréis sobre doce tronos, juzgando a las doce tribus de Israel" (Mateo XIX, 28). Por tanto, no dijo que el consorcio de su trono se diera a los apóstoles, sino que hay otros doce tronos; que sin embargo no debemos estimar por el consorcio corporal, sino por el éxito de la gracia espiritual.

75. Finalmente, en el libro de los Reyes, el profeta Micaías dijo: "Vi al Señor Dios de Israel sentado sobre su trono, y todo el ejército del cielo estaba de pie alrededor de él, a su derecha y a su izquierda" (III Reyes XXII, 19). ¿Cómo, pues, estando los ángeles de pie a la derecha o a la izquierda del Señor Dios, estando todo el ejército celestial de pie, se sentarán los hombres a la derecha de Dios, o a su izquierda, a quienes se promete como recompensa de virtud la semejanza con los ángeles, como dice el Señor: "Seréis como los ángeles en el cielo" (Mateo XXII, 30)? "Como los ángeles", dice, no más que los ángeles.

76. Por tanto, si el Padre no dio más que el Hijo, ciertamente el Hijo no dio menos que el Padre: por tanto, el Hijo no puede menos que el Padre.

77. Sin embargo, supongamos que lo que se pedía era posible para los hombres, ¿qué significa que dijo: "Pero sentarse a mi derecha o a mi izquierda no es mío daros" (Mateo XX, 23)? ¿Qué significa "mío"? Antes dijo: "Mi cáliz ciertamente beberéis"; después puso: "No es mío daros"; y antes "mío", y después "mío" dijo, y no cambió. Por tanto, los anteriores enseñan por qué dijo "mío".

78. Pues siendo pedido por la mujer como hombre, que permitiera a sus hijos sentarse a su derecha o a su izquierda; porque ella lo había pedido como hombre, y el Señor respondió como si solo fuera hombre sobre su pasión: "¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber?" (Ibid., 22).

79. Por tanto, porque hablaba según la carne sobre la pasión de su cuerpo, quiso mostrar que según la carne ciertamente dejaba a nosotros el ejemplo y la semejanza de su pasión, pero según la condición humana no otorgaba los consorcios del trono supremo. Esto es lo que dijo: "No es mío"; como en otro lugar: "Mi doctrina no es mía" (Juan VII, 16); pues no es, dice, "según la carne mía": porque lo que es divino, no son palabras de carne.

80. Pero reveló expresamente su indulgencia hacia los discípulos que amaba, diciendo antes: "Mi cáliz ciertamente beberéis". Pues porque no debía dar lo que pedían, propuso otra cosa; para que primero recordara lo que les concedía, antes de lo que les negaba: para que entendieran más que les faltaba la equidad de la petición, que el estudio de la liberalidad del Señor.

81. "Mi cáliz ciertamente beberéis", dice, es decir, la pasión que es de mi carne, no la negaré; pues lo que tengo de la ascensión humana, podéis imitar: os he dado la victoria de la pasión, la herencia de la cruz: "Pero sentarse a mi derecha o a mi izquierda no es mío daros". No dijo: "No es mío dar", sino, "no es mío daros", es decir, no afirmando que le faltaba poder, sino mérito a las criaturas.

82. Tómallo de otra manera: "No es mío daros". Es decir, "no es mío", que vine a enseñar humildad: "no es mío", que vine no para ser servido, sino para servir: "no es mío", que guardo justicia, no gracia.

83. Finalmente, refiriéndose al Padre, añadió: "A quienes está preparado"; para mostrar que el Padre tampoco suele conceder a las peticiones, sino a los méritos, porque Dios no hace acepción de personas (Hechos X, 34). De donde también el Apóstol dice: "A quienes conoció de antemano, también los predestinó" (Romanos VIII, 29); pues no los predestinó antes de conocerlos: sino que a quienes conoció de antemano sus méritos, a ellos predestinó sus premios.

84. Por tanto, con razón se reprende a la mujer, que pidió imposibles y un privilegio especial de aquel Señor, que juzgó que lo que debía ser dado a los santos, no a dos apóstoles, sino a todos los discípulos, incluso sin la oración de nadie, lo concedió con la liberalidad de su voluntad, como está escrito: "Vosotros doce os sentaréis sobre tronos, juzgando a las doce tribus de Israel" (Mateo XIX, 28).

85. Por tanto, aunque pensemos que lo que se pedía era posible, no hay lugar para la calumnia; sin embargo, cuando he leído que los Serafines están de pie (Isaías VI, 2), ¿cómo puedo pensar que los hombres se sientan a la derecha o a la izquierda del Hijo de Dios? El Señor se sienta sobre los Querubines, como tienes: "Tú que te sientas sobre los Querubines, aparece" (Salmo LXXIX, 2); ¿cómo se sentarán los apóstoles sobre los Querubines?

86. Y esto, sin embargo, lo recojo no de mi ingenio, sino del oráculo de la voz del Señor; pues el mismo Señor, en los posteriores, recomendando a los apóstoles al Padre, dice: "Padre, los que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo" (Juan XVII, 24). Ciertamente, si hubiera juzgado que el Padre daría el trono divino a los hombres, habría dicho: Quiero que donde yo me siento, también ellos se sienten conmigo; Pero "quiero", dice, "que estén conmigo", no que se sienten conmigo; y "donde yo estoy", no como yo.

87. Luego sigue: "Para que vean mi gloria". Ni aquí dijo: "Para que tengan mi gloria", sino "para que vean"; pues el siervo ve, el Señor posee; como también David enseñó diciendo: "Para que vea la bondad del Señor" (Salmo XXVI, 4). Y el mismo Señor en el Evangelio reveló afirmando: "Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios" (Mateo V, 8). "Verán", dice, no se sentarán sobre los Querubines con Dios.

88. Dejen, por tanto, de considerar cosas inferiores sobre el Hijo de Dios en relación con la divinidad, para no pensar también cosas inferiores sobre el Padre. Porque quien cree mal del Hijo, no puede tener un buen concepto del Padre; quien cree mal del Espíritu, no puede tener un buen concepto del Hijo. Donde hay una sola dignidad, una sola gloria, una sola caridad, una sola majestad; se menosprecia en común, cualquier cosa que pienses que debe ser menospreciada en alguno: ya no habrá plenitud que puedas discernir y dividir en algunas porciones.

CAPÍTULO VII.

Objeción tomada de este lugar: "Los amaste, como también me amaste", para refutarla, primero se demuestra la impiedad de la interpretación arriana, luego se comparan las mismas palabras con otras similares, y finalmente se considera todo el lugar. De aquí se deduce que la misión de Cristo, aunque debe entenderse según la carne, no le perjudica. Una vez probado esto, se describe cómo se realiza la misión divina.

89. [Alias cap. III.] Sin embargo, existen, augusto Emperador, quienes, deseando negar esta unidad de sustancia divina, se esfuerzan por debilitar la caridad del Padre y del Hijo; porque está escrito: "Y los amaste, como también me amaste" (Juan XVII, 23). Al decir esto, ¿qué hacen sino introducir una cierta igualdad de comparación entre el Hijo de Dios y los hombres?

90. ¿Acaso pueden ser amados los hombres por Dios de la misma manera que el Hijo, en quien el Padre se complace? Él complace por sí mismo, nosotros por medio de Él: pues en aquellos en quienes Dios ve a su Hijo a su imagen, los adopta como hijos por medio del Hijo; para que así como somos a imagen por la imagen, así por la generación del Hijo seamos llamados a la adopción. Por tanto, un amor es eterno por naturaleza, otro es de gracia.

91. O si hacen una cuestión de las palabras, porque está escrito: "Y los amaste, como también me amaste"; y piensan que se ha hecho una comparación: entonces también piensan que aquello se dijo comparativamente: "Sed misericordiosos, como también vuestro Padre que está en los cielos es misericordioso" (Lucas VI, 36); y en otro lugar: "Sed perfectos, como también mi Padre que está en los cielos es perfecto" (Mateo V, 48). Pues si Él es perfecto según la plenitud de su majestad, nosotros, sin embargo, somos perfectos según el progreso de la virtud que se nos añade; también el Hijo es amado por el Padre según la plenitud siempre constante de la caridad: en nosotros, sin embargo, la caridad de Dios se merece por el progreso de la virtud.

92. Ves, por tanto, cuánta gracia ha dado Dios a los hombres, y tú quieres disolver la caridad natural e indivisible del Padre y del Hijo; y tú aún discutes las palabras, donde adviertes la unidad de la majestad.

93. Mira todo este lugar, desde cuyo afecto habla; pues tienes al mismo diciendo: "Glorifícame, Padre, con la gloria que tuve antes de que el mundo existiera, contigo" (Juan XVII, 5). Mira que habla desde el afecto del primer hombre; pues nos pide con esa petición lo que el hombre recuerda haber recibido en el paraíso antes del pecado, como también recordó al ladrón en la pasión: "Amén, amén te digo, hoy estarás conmigo en el paraíso" (Lucas XXIII, 42). Esta es la gloria antes del mundo. Sin embargo, dijo mundo por los hombres, como tienes: "He aquí que todo el mundo va tras él" (Juan XII, 19); y en otro lugar: "Para que este mundo sepa que tú me enviaste" (Juan XIV, 22).

94. Y sin embargo, para que supieras que el Hijo de Dios es grande, salvador y omnipotente; mezcló una indicación de su majestad diciendo: "Y todo lo mío es tuyo, y lo tuyo mío" (Juan XVII, 10). Lo tiene todo, ¿y tú interpretas que ser enviado es una injuria?

95. Si no aceptas que fue enviado según la carne, como dijo el Apóstol (Romanos VIII, 3), y construyes un prejuicio a partir de una simple palabra, diciendo que los inferiores suelen ser enviados por los superiores: ¿qué respondes a aquello, que el Hijo fue enviado a los hombres? Pues si piensas que es menor aquel que es enviado, evidentemente por aquel que lo envía; aprende que también el menor envió al mayor, y los mayores fueron enviados a los menores. Pues también Tobías envió al arcángel Rafael (Tobías IX, 3), y el ángel fue enviado a Balaam (Números XXII, 22), y el Hijo de Dios a los judíos (Mateo XXV, 24).

96. ¿Acaso entonces el Hijo de Dios es también menor que los judíos, a quienes fue enviado? Pues de él está escrito: "Finalmente les envió a su hijo único diciendo: Respetarán a mi hijo" (Mateo XXI, 37). Y mira que antes nombró a los siervos, después al hijo; para que sepas que

el Hijo unigénito de Dios, según el poder de la divinidad, no tiene nombre ni compañía común con los siervos: es enviado con reverencia, no para ser comparado con los siervos.

97. Y bien añadió, "mi", para que no se creyera que vino uno de muchos, ni de naturaleza degenerada, ni de algún poder menor: sino que se creyera que el verdadero vino del verdadero, y que es la imagen de la sustancia paterna.

98. Sin embargo, sea que el menor sea quien es enviado, por aquel que lo envía; entonces también Cristo es menor que Pilato, ya que Pilato lo envió a Herodes. Pero la palabra no prejuzga el poder: la Escritura, que dice que fue enviado por el Padre, dice que fue enviado por el gobernador.

99. Por lo tanto, si pensamos sobriamente sobre el Hijo de Dios lo que es digno, debemos entender que fue enviado porque desde ese secreto incomprensible e inefable de la majestad profunda, el Verbo de Dios se dio a comprender a nuestras mentes según nuestra capacidad, no solo cuando se vació a sí mismo, sino también cuando habitó en nosotros, como está escrito: "Porque habitaré en ellos" (II Corintios VI, 16). Finalmente, también en otro lugar tienes que Dios dijo: "Venid, descendamos y confundamos sus lenguas" (Génesis XI, 7). Pues Dios no desciende de un lugar, quien dice: "Yo lleno el cielo y la tierra" (Jeremías XXIII, 24); sino que parece descender si el Verbo de Dios penetra nuestros afectos, como dijo el profeta: "Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas" (Isaías XL, 3); para que, como él prometió, viniendo con el Padre, haga su morada entre nosotros. Es evidente, por tanto, cómo viene.

CAPÍTULO VIII.

Cristo en cuanto es verdadero Hijo de Dios, no es Señor, sino en cuanto es hombre; como se significa en las palabras del mismo que a veces llama Padre, a veces Señor. Cuántas herejías se eliminan con un solo versículo de la Escritura. Por lo tanto, se deben distinguir las cosas que convienen a Cristo ya sea como Hijo de Dios o como hijo de David; pues solo bajo este último nombre debe atribuirse que fue siervo. Finalmente, se demuestra que muchos lugares no pueden ser entendidos sino según la encarnación.

100. Por lo tanto, también es evidente cómo llama Señor a quien conoce como Padre; pues dice: "Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra" (Mateo XI, 25). Antes llamó a su Padre Sabiduría, después nombró Señor de la criatura. Así que el dominio no está donde hay verdadera progenie, el mismo Señor lo muestra en su Evangelio, diciendo: "¿Qué pensáis del Cristo? ¿De quién es hijo? Le dicen: De David. Jesús les dice: ¿Cómo entonces David en el espíritu lo llama Señor, diciendo: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha? Y añadió: Si David en el espíritu lo llama Señor, ¿cómo es su hijo? Y nadie podía responderle palabra" (Mateo XXII, 42 y ss.).

101. ¡Oh, cuán cautelosamente el Señor proveyó a la fe en este testimonio también por causa de los arrianos! Pues no dijo: El espíritu lo llama señor: sino que David dijo en el espíritu; para que aquel de quien es hijo según la carne, es decir, de David, también se creyera que es su Señor y Dios según la divinidad. Ves, por tanto, que el nombre de piedad y dominio está diferenciado.

102. Y bien el Señor proclamó a su Padre como su Padre, pero al cielo y a la tierra como su Señor; para que tú, cuando leas tanto Padre como Señor, entiendas al Padre del Hijo y al Señor de la criatura. En uno está la prerrogativa de la naturaleza, en el otro la autoridad del

poder; pues tomando la forma de siervo, ciertamente lo llama Señor en cuanto asumió la servidumbre, igual en la forma de Dios, siervo en el cuerpo: la servidumbre es de la carne, pero el dominio es de la divinidad. Por lo tanto, también el Apóstol dice: "El Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria" (II Corintios I, 3), es decir, afirmando a Dios de la ascensión humana, pero al Padre de la gloria. ¿Acaso tuvo Dios dos hijos, Cristo y la gloria? De ninguna manera. Por lo tanto, si Cristo es el único Hijo de Dios, ciertamente Cristo es la gloria. ¿Qué le quitas, entonces, a quien es la gloria del Padre?

103. Si, por tanto, el Hijo es gloria, y el Padre es gloria; porque el Padre de la gloria no puede ser otra cosa que gloria: no hay división de glorias, sino que es una sola gloria. Así que la gloria se refiere a la propiedad de la naturaleza, pero el dominio a la servidumbre del cuerpo asumido. Pues si la carne también está sujeta al alma del justo, como está escrito: "Castigo mi cuerpo y lo reduzco a servidumbre" (I Corintios IX, 27), cuánto más está sujeta a la divinidad, de la cual se dice: "Porque todas las cosas te sirven" (Salmo CXVIII, 91).

104. Con una sola cuestión, el Señor excluyó a los sabelianos, a los fotinianos y a los arrianos. Pues cuando dice que el Señor dijo al Señor, se excluye a Sabelio, quien quiere que el Padre sea el mismo que el Hijo. Se excluye a Fotino, quien juzga según la carne; porque el señor del rey David no podía ser sino quien es Dios; pues está escrito: "Adorarás al Señor tu Dios, y a él solo servirás" (Deuteronomio VI, 13). ¿Acaso el profeta pensaría contra la Ley, quien reinaba bajo la Ley? Se excluye a Arrio, quien oye que el Hijo se sienta a la derecha del Padre; para que si argumenta desde el uso humano, se destruya a sí mismo, y vierta el veneno de su sacrílega disputa sobre sí mismo, para que, mientras interpreta la desigualdad del Padre y del Hijo según la costumbre de los hombres, en ambos se desvíe de la verdad, prefiriendo a aquel a quien denigra, confesando primero a quien oye a la derecha. También se excluye a Maniqueo: pues no niega ser hijo de David según la carne; como quien, al clamar los ciegos: "Jesús, hijo de David, ten misericordia de nosotros" (Mateo XX, 30); y se deleitó en la fe, y se detuvo y los curó: pero niega que esto sea de su eternidad, si los impíos lo nombran solo como hijo de David.

105. Pues es Hijo de Dios contra Ebión, es Hijo de David contra los maniqueos: es Hijo de Dios contra Fotino, es Hijo de David contra Marción: es Hijo de Dios contra Pablo de Samosata: es Hijo de David contra Valentino: es Hijo de Dios contra Arrio y Sabelio, herederos del error gentil: es Señor de David contra los judíos, quienes viendo al Hijo de Dios en la carne, con impío furor solo creían que era hombre.

106. Pero en la fe eclesiástica, el mismo y único es Hijo de Dios Padre y de David; porque el misterio de la encarnación de Dios es la salvación de toda la criatura; según está escrito: "Para que sin Dios gustara la muerte por todos" (Hebreos II, 9), es decir, que toda la criatura sin ninguna pasión de la divinidad sea redimida por el precio de la sangre del Señor, como en otro lugar dice: "Toda la creación será liberada de la servidumbre de la corrupción" (Romanos VIII, 21).

107. Por lo tanto, es diferente ser llamado Hijo según la sustancia divina, y ser llamado Hijo según la ascensión de la carne: pues según la generación divina, el Hijo es igual a Dios Padre, y según la ascensión del cuerpo, el Hijo es siervo de Dios Padre; porque "tomó la forma de siervo" (Filipenses II, 7): sin embargo, es uno y el mismo Hijo. Pero contra el santo patriarca David, según su gloria, es Señor, según la serie de sucesión corporal es hijo, no deficiente de sí mismo, sino adquiriendo para sí el derecho de nuestra adopción.

108. Y no solo de la descendencia de David asumió la servidumbre en la persona del hombre; sino también del nombre, como tienes: "He hallado a David mi siervo"; y en otro lugar: "He aquí que enviaré a mi siervo" (Zacarías III, 8), "Oriens es su nombre" (Ibid. VI, 12). Y el mismo Hijo dice: "Así dice el Señor, quien me formó desde el vientre como siervo para sí, y me dijo: Es grande para ti ser llamado mi siervo. He aquí que te he puesto como pacto de mi pueblo, como luz de las naciones; para que seas salvación hasta el extremo de la tierra" (Isaías XLIX, 6 y ss.). ¿A quién se dice esto, sino a Cristo? quien, siendo en forma de Dios, se vació a sí mismo y tomó la forma de siervo (Filipenses II, 6). ¿Qué es en la forma de Dios, sino en la plenitud de la divinidad?

109. Aprende, por tanto, qué significa: Tomó la forma de siervo, es decir, la plenitud de la perfección humana, la plenitud de la obediencia. Por eso dice en el salmo treinta: "Pusiste mis pies en un lugar espacioso. Me he convertido en oprobio para todos mis enemigos. Ilumina tu rostro sobre tu siervo" (Salmo XXX, 9, 12 y 17). Fue llamado siervo el hombre, en quien fue santificado: siervo el hombre, en quien fue ungido: siervo el hombre, en quien fue hecho bajo la Ley, hecho de una Virgen; y para decirlo brevemente, fue llamado siervo, en quien tiene madre, como está escrito: "Oh Señor, yo soy tu siervo, yo soy tu siervo, y el hijo de tu sierva" (Salmo CXV, 7); y en otro lugar: "Fui afligido y humillado en extremo" (Salmo XXXVII, 9).

110. ¿Quién fue humillado en extremo, sino Cristo, quien vino para liberar a todos por la obediencia? Pues como por la desobediencia de un hombre muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno muchos serán constituidos justos (Romanos V, 19). ¿Quién tomó el cáliz de la salvación (Salmo CXV, 13), Cristo, príncipe de los sacerdotes, o David, quien ni tenía sacerdocio ni sufrió pasión? ¿Quién sacrificó la ofrenda de alabanza?

111. Pero si esto es poco, toma otro: "Guarda mi alma, porque yo soy santo" (Salmo LXXXV, 2). ¿Acaso diría esto de sí mismo David? Pero lo dice aquel que dijo: "No dejarás mi alma en el infierno, ni permitirás que tu santo vea corrupción" (Salmo XV, 10). Por lo tanto, el mismo dice ambas cosas.

112. Sin embargo, añadió: "Salva a tu siervo" (Salmo LXXXV, 2); y más adelante: "Da poder a tu siervo, y al hijo de tu sierva" (Ibid. 16); y en otro lugar, es decir, en Ezequiel: "Y levantaré sobre ellos un solo pastor, y los gobernará mi siervo David. Él los apacentará, y será su pastor: y yo, el Señor, seré para ellos un Dios, y mi siervo David será príncipe en medio de ellos" (Ezequiel XXIV, 23, 24). Ciertamente David ya había muerto, el hijo de Jesé. Por lo tanto, habla de Cristo, quien por nosotros se hizo hijo de una sierva, según la forma del hombre; pues según la generación divina no tiene madre, sino Padre: ni es fruto de un vientre corporal, sino eterna virtud de Dios.

113. Por lo tanto, también cuando leemos que el Señor dijo: "Mi tiempo aún no se ha cumplido" (Juan VII, 8), y: "Aún un poco estaré con vosotros" (Juan XIII, 33), y: "Voy a aquel que me envió" (Ibid.), y: "El Hijo del Hombre ha sido glorificado" (Ibid., 31), debemos referirlo al sacramento de la encarnación. Pero cuando leemos: "Y Dios ha sido glorificado en él, y Dios lo ha glorificado" (Ibid.); ¿qué hay allí de cuestionable, donde tanto el Hijo es glorificado por el Padre, como el Padre es glorificado por el Hijo?

114. Finalmente, para revelar la fe de la unidad y el vínculo de la Trinidad, también dijo que sería glorificado por el Espíritu, como tienes: "Él tomará de lo mío, y me glorificará" (Juan XVI, 14). Por lo tanto, el Espíritu Santo también glorifica al Hijo de Dios. ¿Cómo, entonces, él dijo: "Si yo me glorifico a mí mismo, mi gloria no es nada" (Juan VIII, 54)? ¿Entonces la

gloria del Hijo no es nada? Es sacrílego decirlo, a menos que lo refieras a la carne; porque el Hijo hablaba desde la persona del hombre, ya que en comparación con la divinidad, la gloria de la carne no es nada.

115. Dejen, por tanto, de objetar impiamente, lo que se vuelve contra su propia infidelidad. Pues dicen: Está escrito: "Ahora ha sido glorificado el Hijo del Hombre" (Juan XIII, 31). No niego que está escrito: "Ha sido glorificado el Hijo del Hombre"; pero vean qué sigue: "Y Dios ha sido glorificado en él". Yo tengo excusa por el Hijo del Hombre, él no tiene excusa por el Padre; porque el Padre no asumió carne. Tengo excusa, y no la uso: él no la tiene, y calumnia. O me permite entenderlo simplemente, o referir a la carne lo que es de la carne. Una mente piadosa distingue lo que se lee según la carne y la divinidad: una mente sacrílega lo confunde, y lo tuerce hacia la injuria de la divinidad, todo lo que se dice según la humildad de la carne.

CAPÍTULO IX.

A los que, al modo judío, objetan el orden de las palabras: "En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo", además de la respuesta que el santo varón indica haber dado ya, les responde también que el Hijo a menudo se coloca antes que el Padre.

116. [Alias cap. IV.] ¿Qué decir de que también al modo judío los falsos e impúdicos intérpretes arrianos son de las palabras divinas, diciendo que hasta tal punto es diferente el poder del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, que está escrito: "Id, enseñad a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo" (Mateo XXVIII, 19); y hacen una diferencia del poder divino a partir del orden de las palabras?

117. Sin embargo, aunque ya he afirmado este mismo testimonio en los libros anteriores por la unidad de la majestad y del nombre, si hacen una cuestión de esto, puedo afirmar con testimonios de las Escrituras que en muchos lugares primero se nombra al Hijo, y después se menciona al Padre. ¿Acaso porque la significación del Hijo se menciona antes, según el prejuicio de las palabras, como quieren los arrianos, el Padre es segundo después del Hijo? De ninguna manera, digo, de ninguna manera. La fe no conoce este orden, no conoce el honor diferenciado del Padre y del Hijo. No he leído, no he oído, ni he encontrado ningún grado en Dios. En ninguna parte he leído un segundo, en ninguna parte un tercer Dios: he leído primero, he oído primero y único (Isaías XLIV, 6).

118. Si exigimos el orden de la superstición, el Hijo no debería sentarse a la derecha del Padre, ni debería haberse llamado a sí mismo primero y principio. Por lo tanto, el Evangelista comenzó mal con el Verbo antes que con Dios, diciendo: En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios (Juan 1, 1). Pues según el orden del rito humano, primero debió nombrar al Padre. Tampoco conocía el Apóstol el orden, quien dijo: Pablo, siervo de Cristo Jesús, llamado a ser apóstol, apartado para el Evangelio de Dios (Rom. 1, 1); y en otro lugar: La gracia de nuestro Señor Jesucristo, y el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo (II Cor. 13, 13). Si seguimos el orden de las palabras, en primer lugar puso al Hijo, en segundo al Padre. Pero el orden de las palabras a menudo se cambia; y por eso no debes cuestionar ni el orden ni el grado entre Dios Padre y su Hijo, ya que según la divinidad no hay división alguna de la unidad.

CAPÍTULO X.

Los arrianos pasan abiertamente a los gentiles, mientras objetan aquellas palabras: El que cree en mí, no cree en mí, etc. Se explica el verdadero sentido del pasaje, y para que no se crea que el Señor prohibió nuestra fe en Él, se muestra que habló a veces como Dios, a veces como hombre. Inmediatamente, tras exponer varios efectos de esa misma fe, prueba que también deben tomarse de la misma manera otros pasajes.

119. Finalmente, para manifestar que no son cristianos, niegan que se deba creer en Cristo, diciendo que está escrito: El que cree en mí, no cree en mí, sino en aquel que me envió (Juan 12, 44). Esperaba esta confesión, ¿por qué me engañaban con ciertas ambigüedades? Sabía que mi contienda era contra los gentiles: pero ellos se convierten, ustedes no se convierten. Si ellos creen, el sacramento es seguro: ustedes han perdido lo que recibieron; y tal vez ni siquiera lo comenzaron, sino que lo fingieron.

120. Dicen que está escrito: El que cree en mí, no cree en mí, sino en aquel que me envió. Pero vean lo que sigue, y vean cómo el Hijo de Dios quiere ser visto; pues sigue: Y el que me ve, ve al que me envió (Juan 12, 45), es decir, que el Padre se ve en el Hijo. Por lo tanto, explicó lo que antes había dicho, que aquel cree en el Hijo, quien confiesa también al Padre. Pues quien no conoce al Hijo, tampoco conoce al Padre; porque todo el que niega al Hijo, tampoco tiene al Padre: quien confiesa al Hijo, tiene tanto al Hijo como al Padre.

121. ¿Qué significa entonces: No cree en mí? No en lo que ven corporalmente, no solo en el hombre que ven: pues no afirmó que se deba creer solo en el hombre, sino que creas que Jesucristo es el Hijo de Dios y hombre. Por eso dijo ambas cosas: No he venido de mí mismo (Juan 7, 28); y en otro lugar: Yo soy el principio que también os hablo (Juan 8, 25). Como hombre, no vino de sí mismo: como Hijo de Dios, no tiene principio de hombre: sino que dice, yo soy el principio que también os hablo (Juan 12, 46): no son humanas, sino divinas las cosas que he hablado.

122. Pues no es lícito creer que negó que se deba creer en Él, cuando Él mismo dijo: Para que todo el que cree en mí, no permanezca en tinieblas (Juan 3, 16); y en otro lugar: Esta es la voluntad de mi Padre que me envió, que todo el que ve al Hijo y cree en Él, tenga vida eterna (Juan 6, 40); y en otro lugar: Creéis en Dios, creed también en mí (Juan 14, 1).

123. Por lo tanto, nadie debe aceptar al Hijo sin el Padre, porque leemos del Hijo. El Hijo tiene al Padre, pero no temporal, no de pasión, no de concepción, no de gracia. Leí generación, no leí concepción. Y el Padre dice, he engendrado (Salmo 2, 7); no dice, he creado: y el Hijo no llama a su Dios creador según la eternidad de la generación divina, sino Padre.

124. Se significa a sí mismo a veces desde la persona del hombre, a veces en la majestad de Dios: a veces reivindicando para sí la unidad de la divinidad con Dios Padre, a veces asumiendo la fragilidad de la carne humana: a veces diciendo que no tiene su doctrina, a veces que no busca su voluntad: a veces significando que su testimonio no es verdadero, a veces que es verdadero. Pues Él mismo dijo: Si yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio no es verdadero (Juan 5, 31). Y Él mismo dijo más adelante: Y si yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio es verdadero (Juan 8, 14).

125. ¿Cómo, entonces, no es verdadero tu testimonio, Señor Jesús, a quien quien creyó, aunque puesto en la cruz, y constituido entre los suplicios de un crimen confesado, se despojó de los méritos del ladrón, mereció las recompensas del inocente (Lucas 23, 41 y ss.)?

126. ¿Fue entonces engañado Pablo, quien por eso recuperó la vista, porque creyó, la cual había perdido antes de creer (Hechos 9, 18)?

127. ¿Erró también Josué, quien reconoció al jefe del ejército celestial? Pero después de que creyó, inmediatamente venció, digno de triunfar en la batalla de la fe. Finalmente, no llevó ejércitos armados a la guerra, ni con ariete, ni con otras máquinas de tormento, sino que con el sonido de las siete trompetas sacerdotales, derribó los muros enemigos. Así, el clamor de la trompeta y la mitra del sacerdote completaron la gran guerra (Josué 6).

128. Esto lo vio la ramera, y quien en la destrucción de la ciudad desesperaba de remedios de salvación, porque la fe había vencido, levantando los signos de la fe y los estandartes de la pasión del Señor, ató un cordón escarlata en la ventana; para que la apariencia de la sangre mística que habría de redimir al mundo floreciera (Josué 2). Así, fuera el nombre de Jesús fue para los combatientes hacia la victoria, dentro la apariencia de la pasión del Señor para los que peligraban hacia la salvación. Por lo cual, porque Rahab entendió el misterio celestial, dice el Señor en el salmo. Me acordaré de Rahab y de Babilonia, de los que me conocen (Salmo 86, 4).

129. ¿Cómo, entonces, no es verdadero tu testimonio, Señor, sino según la fragilidad de los hombres? Porque todo hombre es mentiroso (Salmo 115, 2).

130. Finalmente, para demostrar que lo dijo según el hombre, dice: El Padre que me envió, Él da testimonio de mí (Juan 8, 18). Pero el testimonio es verdadero según la divinidad, como Él mismo dice: Y mi testimonio es verdadero; porque sé de dónde vine y a dónde voy: pero vosotros no sabéis de dónde vengo ni a dónde voy. Vosotros juzgáis según la carne (Juan 8, 14-15). Por lo tanto, no juzgan según la divinidad, sino según el hombre, quienes piensan que a Cristo le faltó el conocimiento para testificar.

131. Por lo tanto, cuando escuchas: El que cree en mí, no cree en mí; y: El Padre que me envió, Él me dio mandamiento (Juan 12, 49); has aprendido a qué debe referirse esto. Finalmente, mostró cuál era el mandamiento, diciendo: Pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo la pongo de mí mismo (Juan 10, 17 y ss.). Ves que se dijo para mostrar que tenía el poder libre de poner y retomar su vida, como Él mismo dijo: Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volver a tomarla. Este mandamiento recibí de mi Padre (Juan 10, 18).

132. Por lo tanto, ya sea mandamiento, o como algunos códigos latinos tienen, precepto, no se da según la divinidad, sino según la encarnación, para la victoria de la pasión que ha de soportar.

CAPÍTULO XI.

Lo que se lee de que Cristo no habla de sí mismo, esto debe referirse a su humanidad. Cómo también según la divinidad se dice correctamente que oye y ve al Padre, después de explicar esto, demuestra con muchos argumentos acumulados que el Hijo de Dios no es una criatura.

133. [Alias Cap. V.] ¿Acaso reduciremos al Hijo de Dios a tal humildad, que no sepa hacer o hablar sino lo que ha oído, y pensemos que tiene una medida prescrita de actuar y hablar; porque está escrito: No he hablado de mí mismo (Juan 12, 49); y más adelante: Como el Padre me ha dicho, así hablo (Juan 12, 50)? Pero estas cosas deben referirse a la obediencia de la carne, o a la fe de la unidad. Pues muchos doctores aceptan que el Padre dice algo al

Hijo y que el Hijo oye al Padre por la unidad de naturaleza, porque lo que el Hijo sabe que el Padre quiere por la unidad de voluntad, parece haberlo oído.

134. Por lo tanto, no se declara aquí un oficio corporal, sino un arbitrio inseparable de cooperación; pues no se significa aquí una audición de palabras, sino la unidad de voluntad y poder, que está tanto en el Padre como en el Hijo. Lo cual también recordó que está en el Espíritu Santo en otro lugar, diciendo: Porque no hablará de sí mismo, sino que hablará todo lo que oyere (Juan 16, 13); para que advirtiéramos que todo lo que el Espíritu habla, lo habla también el Hijo: y todo lo que el Hijo habla, lo habla también el Padre; porque una es la sentencia y operación de la Trinidad. Pues así como el Padre se ve en el Hijo, no ciertamente en forma corporal, sino en unidad de divinidad; así también el Padre habla en el Hijo, no con voz temporal, ni con sonido corporal, sino con unidad de obra. Finalmente, cuando dijo: El Padre que mora en mí, Él habla: y las obras que yo hago, Él las hace; añadió: Creedme que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí. De otra manera, creed por las mismas obras (Juan 14, 10-11).

135. Este es nuestro entendimiento según la serie de las Escrituras divinas: pero los arrianos que no quieren estimar de Dios lo que es digno, o sean refutados con un ejemplo adecuado a sus méritos, para que no crean todo carnalmente; ya que ellos mismos ven las obras de su padre el diablo de manera incorpórea. Como el Señor declaró de sus compañeros judíos diciendo: Vosotros hacéis lo que habéis visto hacer a vuestro padre (Juan 8, 38); cuando ciertamente no porque hayan visto al diablo obrando, sino porque se les acusa de haber hecho sus designios, operando invisiblemente en ellos según su iniquidad el diablo en el pecado. Esto lo hemos puesto según el Apóstol (II Tim. 3, 9) por la insensatez de los infieles.

136. Sin embargo, está suficientemente probado con ejemplos de las Escrituras que pertenece a la unidad de la majestad divina, que el Padre mora en el Hijo; y que lo que el Hijo habla, parece haberlo oído del Padre. Pero, ¿qué otra cosa podemos entender por la unidad de la majestad, sino que las mismas cosas se atribuyen al Padre y al Hijo? Pues, ¿qué puede decirse más excelente que lo que el Apóstol dijo que el Señor de la majestad fue crucificado (I Cor. 2, 8)?

137. Por lo tanto, el Hijo es tanto Dios de la majestad como Señor de la majestad; pero la majestad no está sujeta a las criaturas: por lo tanto, el Hijo no es una criatura.

138. El Hijo es la imagen de la sustancia del Padre (Heb. 1, 3): pero toda criatura es disímil a la sustancia suprema, pero el Hijo no es disímil al Padre: por lo tanto, el Hijo no es una criatura.

139. El Hijo no consideró como usurpación ser igual a Dios (Fil. 2, 6): pero ninguna criatura es igual a Dios, el Hijo es igual: por lo tanto, el Hijo no es una criatura.

140. Toda criatura es mutable: pero el Hijo de Dios no es mutable: por lo tanto, el Hijo de Dios no es una criatura.

141. Toda criatura recibe accidentes tanto de bien como de mal según la capacidad de su naturaleza, y también siente la disminución: pero al Hijo de Dios nada puede disminuirle ni aumentarle de su divinidad: por lo tanto, el Hijo de Dios no es una criatura.

142. Dios llevará toda su obra a juicio (Ecl. 12, 14), pero el Hijo de Dios no es llevado a juicio; porque Él mismo juzga: por lo tanto, el Hijo de Dios no es una criatura.

143. Finalmente, para que entiendas la unidad, el Salvador al hablar de las ovejas dice: Nadie las arrebatara de mi mano. Mi Padre, que me las dio, es mayor que todos, y nadie puede arrebatarlas de la mano de mi Padre. Yo y el Padre somos uno (Juan 10, 29-30).

144. Así vivifica el Hijo, como el Padre: Porque como el Padre levanta a los muertos y les da vida, así también el Hijo da vida a los que quiere (Juan 5, 21). Así resucita el Hijo, como el Padre: así conserva el Hijo, como el Padre. ¿Cómo puede ser desigual en gracia, si no es desigual en poder? Así también el Hijo no pierde, como el Padre. Y por eso, para que nadie crea en dos dioses, o introduzca una distinción de poder, dijo que Él y el Padre son uno. ¿Cómo puede decir esto una criatura? Por lo tanto, el Hijo de Dios no es una criatura.

145. No es lo mismo reinar que servir: pero Cristo es tanto rey como hijo de rey: por lo tanto, el Hijo de Dios no es siervo. Pero toda criatura sirve; pero el Hijo de Dios no sirve, quien de siervos hace hijos de Dios: por lo tanto, el Hijo de Dios no es una criatura.

CAPÍTULO XII.

Confirma lo anterior con la parábola del rico que va a buscarse un reino; y muestra que cuando el Hijo entrega el reino al Padre, no debe tomarse como una afrenta si se dice que el Padre le sujeta todo. Nosotros aquí somos el reino de Cristo, y en el reino de Cristo; estaremos algún día en el reino de Dios, donde reina por igual toda la Trinidad.

146. Divinamente, por lo tanto, introdujo aquella parábola del rico que se fue a una región lejana para recibir un reino y volver (Lucas 19, 12), describiéndose a sí mismo según la sustancia de la divinidad y de la encarnación. Pues Él mismo es rico según la plenitud de la divinidad, quien por nosotros se hizo pobre, siendo rico y rey eterno, y engendrado por un rey eterno: se fue de viaje según la ascensión del cuerpo; porque al entrar en los caminos del hombre como en un camino ajeno, vino a este mundo para prepararse un reino de nosotros.

147. Vino, por lo tanto, Jesús a esta tierra para recibir un reino de nosotros, a quienes dice: El reino de Dios está dentro de vosotros (Lucas 17, 21). Este es el reino que Cristo recibió, este es el que entregó al Padre. Pues, ¿cómo recibió un reino quien era rey eterno? Vino, por lo tanto, el Hijo del Hombre a recibir un reino, y a volver. No quisieron recibirlo los judíos, de quienes dice: Aquellos que no quisieron que yo reinara sobre ellos, traedlos y matadlos (Lucas 19, 27).

148. Sigamos el orden de las Escrituras. Aquel que vino, entregará el reino a Dios Padre: y cuando haya entregado el reino, entonces también Él mismo estará sujeto a aquel que le sujetó todo; para que Dios sea todo en todos (I Cor. 15, 24, 28). Si como Hijo del Hombre el Hijo de Dios recibió el reino; como Hijo del Hombre ciertamente también lo entregará, lo que recibió: si como Hijo del Hombre lo entrega, entonces también como Hijo del Hombre reconoce la sujeción, ciertamente por la condición de la carne, no por la majestad de la divinidad.

149. Y tú lo objetas como afrenta, que Dios le haya sujetado todo; cuando escuchas que el Hijo del Hombre entrega el reino a Dios, y como dijimos en los libros anteriores, leíste: Nadie viene a mí, si el Padre no lo atrae, y yo lo resucitaré en el último día (lib. II, cap. 4)? Si seguimos la letra, observa más y advierte la unidad de la honorificencia: y el Padre sujetó al Hijo, y el Hijo entrega al Padre. Di qué es más, ¿atraer o resucitar? ¿No es según la costumbre de los hombres el ministerio del que atrae, el poder del que resucita? Pero tanto el

Hijo atrae al Padre, como el Padre atrae al Hijo; y el Hijo resucita, y el Padre resucita. Que se alejen los sacrílegos comentarios de la distinción, donde hay unidad de poder.

150. ¿Entregará, por lo tanto, el Hijo su reino al Padre? No se pierde a Cristo el reino que entrega, sino que se beneficia. Nosotros somos el reino, porque se nos ha dicho: El reino de Dios está dentro de vosotros (Lucas 17, 21). Y somos el reino de Cristo antes, después del Padre; porque está escrito: Nadie viene al Padre, sino por mí (Juan 14, 6). Cuando estoy en el camino, soy de Cristo; cuando llego, soy del Padre: pero en todas partes por Cristo, y en todas partes bajo Cristo.

151. Es bueno estar en el reino de Cristo, para que Cristo esté con nosotros, como Él mismo dice: He aquí yo estoy con vosotros hasta el fin del mundo (Mateo 28, 20). Pero es mejor estar con Cristo: Porque partir y estar con Cristo es mucho mejor (Fil. 1, 23). Cuando en este mundo estamos bajo el pecado, Cristo está con nosotros; para que por la obediencia de uno muchos sean constituidos justos (Rom. 5, 19). Y si escapo del pecado de este mundo, comenzaré a estar con Cristo. Finalmente, dice: Vendré otra vez, y os tomaré a mí (Juan 14, 3); y más adelante: Quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo (Juan 17, 24).

152. Por lo tanto, ahora estamos bajo el reino de Cristo, mientras estamos en el cuerpo, y aún no nos despojamos de la forma de siervo, que Él tomó cuando se vació a sí mismo: pero cuando veamos su gloria, que tuvo antes de que el mundo existiera, estaremos en el reino de Dios, en el cual están los patriarcas y los profetas, de quienes está escrito: Cuando veáis a Abraham, Isaac y Jacob, y a todos los profetas en el reino de Dios (Lucas 13, 28); para que ya poseamos un conocimiento más pleno de Dios.

153. Pero en el reino del Hijo también el Padre reina, y en el reino del Padre el Hijo reina, porque el Padre está en el Hijo, y el Hijo en el Padre: y en quien habita el Hijo, habita también el Padre; y en quien habita el Padre, habita también el Hijo, como Él mismo dice: Yo y el Padre vendremos a él, y haremos morada con él (Juan 14, 23). Por lo tanto, así como una casa, así también un reino. Hasta tal punto es uno el reino del Padre y del Hijo, que lo que el Hijo entrega, el Padre recibe, y lo que el Padre recibe, el Hijo no pierde. Por lo tanto, en un reino hay unidad de poder. Nadie, por lo tanto, separe la divinidad entre el Padre y el Hijo.

CAPÍTULO XIII.

Al buscar qué significa la sujeción de Cristo, después de haber propuesto y rechazado varias sujeciones, recorre el texto apostólico; de donde rechaza la impía opinión de los herejes sobre este asunto. La sujeción que se indica como futura no puede ser de la divinidad, ya que siempre ha habido una suma concordia de voluntad entre el Padre y el Hijo. También al mismo Hijo, según la divinidad, verdaderamente todo le está sujeto, pero aún no se dice que todo esté sujeto en el sentido de que no todos los hombres obedecen sus mandatos: cuando estos le sean sometidos, entonces Cristo se sujetará en ellos, y la obra del Padre será perfecta.

154. [Alias cap. VI.] Si al Padre y al Hijo les corresponde un solo nombre y derecho de Dios, ya que el Hijo de Dios es también el verdadero Dios y rey eterno; ciertamente no está sujeto el Hijo de Dios según la divinidad. Consideremos, pues, augusto Emperador, cómo debemos entender la sujeción.

155. ¿Cómo está sujeto el Hijo de Dios? ¿Como criatura a la vanidad? Pero es impío pensar algo así de la sustancia de la divinidad.

156. ¿O como toda criatura al Hijo de Dios, ya que está igualmente escrito: "Todo lo sujetaste bajo sus pies" (Salmo VIII, 8)? Pero Cristo no está sujeto a sí mismo.

157. ¿O como la mujer al hombre, como leemos: "Las mujeres estén sujetas a sus maridos" (Efesios V, 22); y en otro lugar: "La mujer aprenda en silencio con toda sujeción" (I Timoteo II, 11)? Pero es sacrílego comparar al hombre con el Padre o a la mujer con el Hijo de Dios.

158. ¿O como dijo Pedro: "Estad sujetos a toda criatura humana" (I Pedro II, 13)? Tampoco así ciertamente Cristo.

159. ¿O como escribió Pablo: "Sujetos unos a otros en el temor de Cristo" (Efesios V, 21)? Pero ni en su propio temor ni en el de otro Cristo está sujeto el Hijo, porque Cristo es uno. Considerad la fuerza de estas palabras, porque estamos sujetos al Padre mientras también tememos a Cristo.

160. ¿Cómo, pues, entendemos la sujeción? Repasemos todo el capítulo apostólico; para que no parezca que se ha sustraído algo con engaño o se ha restringido con astucia: "Si en esta vida solamente esperamos en Cristo, somos los más miserables de todos los hombres. Pero ahora Cristo ha resucitado de los muertos, primicias de los que durmieron" (I Corintios XV, 19, 20). Veis que se ha tratado la discusión sobre la resurrección de Cristo.

161. "Porque así como por un hombre vino la muerte, también por un hombre la resurrección de los muertos. Porque así como en Adán todos mueren, así también en Cristo todos serán vivificados. Pero cada uno en su debido orden: Cristo, las primicias; luego los que son de Cristo, los que han creído en su venida. Luego el fin, cuando entregue el reino a Dios y al Padre, cuando haya destruido todo principado, autoridad y poder. Porque es necesario que él reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos bajo sus pies. Y el último enemigo que será destruido es la muerte; porque todas las cosas las sujetó bajo sus pies. Pero cuando dice que todas las cosas le están sujetas, claramente se exceptúa a aquel que le sujetó todas las cosas. Y cuando todas las cosas le estén sujetas, entonces también el Hijo mismo se sujetará a aquel que le sujetó todas las cosas, para que Dios sea todo en todos" (I Corintios XV, 20-28). Lo mismo dijo el Apóstol a los Hebreos: "Pero ahora no vemos todavía que todas las cosas le estén sujetas" (Hebreos II, 8). Hemos recibido la serie de la lectura apostólica.

162. ¿Cómo, pues, decimos que está sujeto? Los sabellianos y marcionitas dicen que esta será la sujeción de Cristo a Dios Padre, para que el Hijo se funda en el Padre. Si, pues, esa será la sujeción del Verbo, para que Dios Verbo se disuelva en el Padre: entonces también todo lo que está sujeto al Padre y al Hijo se disolverá en el Padre y en el Hijo; para que Dios sea todo y en todas las criaturas. Pero es absurdo decirlo: no es, pues, por fusión la sujeción. Son otras las cosas que se sujetan, ciertamente las que han sido creadas: y otro es aquel a quien se hace esa sujeción. Callen, pues, los intérpretes de la cruel fusión.

163. Y ojalá también callaran aquellos que, como no pueden probar que el Verbo de Dios y la sabiduría de Dios son resolubles, atribuyen a la divinidad la debilidad de la sujeción, diciendo que está escrito: "Cuando todas las cosas le estén sujetas, entonces también el Hijo mismo se sujetará a aquel que le sujetó todas las cosas" (I Corintios XV, 28).

164. Vemos, pues, que la Escritura menciona que aún no está sujeto, sino que debe ser sujeto: por lo tanto, ahora el Hijo no está sujeto a Dios Padre. ¿En qué, pues, decís que el Hijo será sujeto? Si en la divinidad; no es desobediente, porque no está en discordia con el Padre: ni sujeto, porque no es siervo, sino el único Hijo de su propio Padre. Finalmente, cuando creó el

cielo, fundó la tierra, y ejercía poder y caridad. No hay, pues, sujeción servil en la divinidad de Cristo. Si no hay sujeción, la voluntad es libre.

165. Pero si piensan que esa es la sujeción del Hijo, porque el Padre hace todas las cosas con su voluntad, aprendan que esto mismo es un argumento de poder indiviso; porque es unidad de voluntad, que no comenzó en el tiempo, sino que siempre existió. Donde hay unidad perpetua de voluntad, no hay debilidad de sujeción temporal. Porque si por naturaleza estuviera sujeto, siempre permanecería sujeto: pero como se dice que debe ser sujeto en el tiempo, esa sujeción será por la dispensación asumida, no por debilidad perpetua; especialmente cuando la virtud sempiterna de Dios no puede cambiar de estado según el tiempo, ni al Dios Padre le puede sobrevenir el derecho de poder en el tiempo. Pues si el Hijo alguna vez se cambiará, para que según la divinidad sea sujeto: entonces también Dios Padre, si alguna vez puede más, para tener al Hijo sujeto según la divinidad, ahora mientras tanto debe estimarse que puede menos según vuestra interpretación.

166. ¿Qué culpa ha cometido el Hijo, para que después se crea que puede ser sujeto según la divinidad? ¿Acaso según la carne se sentó a la derecha del Padre, y, con el Padre no queriéndolo, se arrogó la prerrogativa del trono Paterno? Pero él mismo dijo: "Siempre hago lo que le agrada" (Juan VIII, 29). Entonces, si en todo el Hijo agrada al Padre, ¿por qué será sujeto quien antes no lo era?

167. Veamos, pues, si esa sujeción no es de la divinidad, sino nuestra en el temor de Cristo, llena de gracia y llena de misterio. Por tanto, consideremos de nuevo las palabras apostólicas. "Cuando todas las cosas le estén sujetas, entonces también el Hijo mismo se sujetará a aquel que le sujetó todas las cosas, para que Dios sea todo en todos". Entonces, ¿qué dices? ¿Ahora no le están sujetas todas las cosas? ¿No están sujetos los coros de los santos? ¿No los ángeles, que le ministraban cuando estaba en la tierra (Mateo IV, 11)? ¿No los arcángeles, que también fueron enviados como mensajeros del advenimiento del Señor a María (Lucas I, 26)? ¿No todo el ejército celestial? ¿No los querubines y serafines, no los tronos y dominaciones y potestades, que le veneran y alaban?

168. ¿Cómo, pues, estarán sujetas? Así ciertamente como el mismo Señor dijo: "Tomad mi yugo sobre vosotros" (Mateo XI, 29); pues no llevan el yugo los indómitos, sino los humildes y mansos. Esta es ciertamente una sujeción no vil ni siquiera para los hombres, sino gloriosa; "para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra: y toda lengua confiese que el Señor Jesús está en la gloria de Dios Padre" (Filipenses II, 10, 11). Por eso antes no estaban sujetas todas las cosas, porque aún no habían recibido la sabiduría de Dios, aún no llevaban el yugo del Verbo con cierta cerviz de la mente. Pero a todos los que, como está escrito, le recibieron, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios (Juan I, 11).

169. Alguien dirá: ¿Entonces ya está sujeto Cristo, porque muchos han creído? De ninguna manera; porque la sujeción de Cristo no está en unos pocos, sino en todos. Pues así como si en mí la carne aún codicia contra el espíritu, y el espíritu contra la carne, no parezco estar sujeto, aunque en parte lo esté: así, porque toda la Iglesia es un solo cuerpo de Cristo, mientras el género humano disienta, dividimos a Cristo. Aún no está, pues, sujeto Cristo, cuyos miembros no están aún sujetos. Pero cuando no seamos muchos miembros, sino un solo espíritu: entonces también él mismo será sujeto; para que por su sujeción Dios sea todo en todos.

170. Así como aún no está sujeto Cristo, así tampoco está perfecta la obra del Padre; porque dijo el Hijo de Dios: "Mi comida es que haga la voluntad de mi Padre que me envió, y que acabe su obra". ¿Qué cuestión hay, pues, de que en mí será la sujeción del Hijo, en quien la obra del Padre está imperfecta; porque yo mismo no soy perfecto? Entonces, ¿quien hace imperfecta la obra del Padre, hace que el Hijo sea sujeto? Pero no es esta una injuria, sino una gracia; porque en lo que nos sujetamos, es ciertamente nuestro progreso, no de la divinidad; para que nos sujetemos a la Ley, nos sujetemos a la gracia. Porque antes, como dijo el mismo Apóstol, la sabiduría de la carne era enemiga de Dios; pues no estaba sujeta a la Ley (Romanos VIII, 7): pero ahora ya está sujeta por la pasión de Cristo.

CAPÍTULO XIV.

Prosigue la dificultad comenzada, y enseña que Cristo no está sujeto sino según la carne: pero él mismo, mientras se sujetaba en la carne, sin embargo, mostró signos de divinidad. Se opone a que sea sujeto según esta: pero la humanidad que adoptó, está así sujeta en nosotros, del mismo modo que en esa misma humanidad suya se exalta también la nuestra. Finalmente, se explica cuándo será esa misma sujeción de Cristo.

171. Y sin embargo, para que nadie calumnie, ved lo que la Escritura, inspirando divinamente, ha prevenido; pues nos muestra en qué será sujeto Cristo a Dios, mientras enseña en qué se ha sujetado a sí mismo todas las cosas. Por eso dice: "Pero ahora no vemos todavía que todas las cosas le estén sujetas" (Hebreos II, 8). Pues le vimos hecho un poco menor que los ángeles por la pasión de la muerte. Muestra, pues, que fue hecho menor en la ascensión de la carne. ¿Qué impide, pues, que también la sujeción se signifique en la ascensión de la carne, por la cual se sujetará a sí mismo todas las cosas, mientras en ella él mismo está sujeto a Dios Padre?

172. Consideremos, pues, su sujeción: "Padre, si quieres, pasa de mí este cáliz: pero no se haga mi voluntad, sino la tuya" (Lucas XXII, 42). Por lo tanto, según la ascensión de la naturaleza humana será esa sujeción; porque como leemos: "Hallado en forma de hombre, se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte" (Filipenses II, 8): la sujeción es ciertamente de la obediencia, la obediencia de la muerte, la muerte de la ascensión de la humana; por lo tanto, la sujeción será de la ascensión humana. No es, pues, debilidad de la divinidad, sino que esta es una dispensación de piedad.

173. Mira cómo no temo las proposiciones de ellos. Ellos objetan que debe ser sujeto a Dios Padre, yo leo que estaba sujeto a María su madre; porque está escrito de José y María: "Y estaba sujeto a ellos" (Lucas II, 51). O si piensan esto, digan que la divinidad estaba sujeta a los hombres.

174. No debe, pues, prejuzgar porque se dice sujeto, a quien no prejuzga, porque se lee siervo, porque se afirma crucificado, se predica muerto. Quien, cuando moría, vivía; cuando se sujetaba, reinaba: cuando era sepultado, resucitaba; y se mostraba sujeto al poder humano, mientras se declaraba Señor de la majestad eterna. Estaba bajo el juez, y a la derecha de Dios se arrogaba el trono como juez perpetuo. Está escrito, pues: "Desde ahora veréis al Hijo del hombre sentado a la derecha del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo" (Mateo XXVI, 64). Era azotado por los judíos, mandaba a los ángeles: nacido de María estaba bajo la Ley, antes de Abraham estaba sobre la Ley (Gálatas IV, 4). En la cruz era venerable por naturaleza: por eso el sol se ocultó, la tierra tembló, los ángeles callaron (Mateo XXVII, 51). ¿De quién, pues, los elementos temieron ver la pasión, pudieron ver la generación? ¿Y en quien no soportaron la sujeción del cuerpo, soportarán la sujeción de la naturaleza venerable?

175. Pero como el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son de una sola naturaleza, ciertamente el Padre no estará sujeto a sí mismo. Y por eso el Hijo no estará sujeto en aquello en lo que es uno con el Padre; para que por la unidad de la divinidad no parezca que el Padre está sujeto al Hijo. Por lo tanto, así como en esa cruz no estaba sujeta la plenitud de la divinidad, sino nuestra fragilidad: así también después el Hijo será sujeto al Padre, ciertamente en la participación de nuestra naturaleza; para que, sujetas las tentaciones de la carne, no sean las riquezas queridas al corazón, ni la ambición, ni el placer: sino que Dios sea todo para nosotros, si en todo cuanto podamos, vivamos a su imagen y semejanza.

176. El beneficio, pues, pasó a la comunidad desde la especie; porque en su carne dominó la naturaleza de toda la carne humana. Y por eso, según el Apóstol: "Así como llevamos la imagen de lo terrenal, llevemos también la imagen de lo celestial" (I Corintios XV, 49). Lo cual ciertamente no puede suceder sino por el hombre interior. Dejando, pues, todas las cosas, esto es, aquellas que leemos; ira, animosidad, blasfemia, palabras deshonestas (Colosenses III, 8); y como se dice más adelante: "Despojándonos del hombre viejo con sus hechos, vistámonos del nuevo, que se renueva en conocimiento, según la imagen de aquel que lo creó" (Colosenses III, 9, 10).

177. Y para que sepas que cuando dice: "Para que Dios sea todo en todos", no separa a Cristo de Dios Padre, él mismo dice a los Colosenses: "Donde no hay varón ni hembra, judío ni griego, bárbaro ni escita, siervo ni libre: sino que Cristo es todo y en todos" (Colosenses III, 11). Por lo tanto, también diciendo a los Corintios: "Para que Dios sea todo en todos" (I Corintios XV, 28), abarcó la unidad y la igualdad de Cristo con Dios Padre; porque el Hijo no se separa del Padre. Y de manera similar, así como el Padre es todo y en todos, así también Cristo obra todo en todos. Si, pues, Cristo también obra todo en todos (I Corintios XII, 6), ciertamente no está sujeto en la majestad de la divinidad, sino en nosotros. ¿Cómo, pues, está sujeto en nosotros, sino de la manera en que fue hecho menor que los ángeles, en el sacramento del cuerpo? En eso, pues, aún no le estaban sujetas todas las cosas, que ciertamente servían a su creador desde el principio.

178. Pero si preguntas cómo está sujeto en nosotros, él mismo lo muestra diciendo: "Estuve en la cárcel, y vinisteis a mí: estuve enfermo, y me visitasteis. Lo que hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis" (Mateo XXV, 36 y ss.). Oyes enfermo, y no te conmueves: oyes sujeto, y te conmueves; cuando en eso está enfermo, en lo que está sujeto, en lo que fue hecho pecado y maldición por nosotros.

179. Así como, pues, no por sí mismo, sino por nosotros fue hecho pecado y maldición: así no por sí mismo, sino por nosotros será sujeto en nosotros, no sujeto en la naturaleza eterna, ni maldito en la naturaleza eterna: "Maldito todo el que cuelga de un madero" (Gálatas III, 13). Maldito, porque tomó nuestras maldiciones: también sujeto, porque tomó nuestra sujeción, pero en la ascensión de la forma servil, no en la majestad de Dios; para que mientras él se mostraba participe de nuestra fragilidad en la carne, nos hiciera partícipes de su virtud en la naturaleza divina (II Pedro I, 4). No porque tengamos con la generación suprema de Cristo una participación natural, ni esa sujeción sea de la divinidad en Cristo: sino como en él por esa carne, que es prenda de nuestra salvación, el Apóstol dijo que nos sentamos en los cielos (Efesios II, 6), ciertamente no sentados; así también él por la ascensión de nuestra naturaleza se dice sujeto en nosotros.

180. Pues ¿quién es tan demente que piense, como dijimos antes (Cap. 5 y ss.), que se le debe el trono venerable a la derecha de Dios Padre; cuando aunque también según la carne a Cristo

le sea conferido por el Padre, sin embargo, se le confiere por la generación suprema y el poder igual? Los ángeles adoran, y tú con presunción sacrílega preparas el trono de Dios para ti.

181. Está escrito, dirás, que "cuando estábamos muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo, por cuya gracia sois salvos; y juntamente nos resucitó, y nos hizo sentar en los cielos, en Cristo Jesús" (Efesios II, 5, 6). Reconozco lo escrito: pero no para que Dios permita que los hombres se sienten a su derecha, sino para que se sienten en Cristo; porque él es el fundamento de todos, y él es la cabeza de la Iglesia (Efesios V, 23), en quien la naturaleza común según la carne mereció la prerrogativa del asiento celestial: en Cristo, pues, Dios es honrado en la carne, y en la carne la naturaleza del género humano de todos los hombres es partícipe.

182. Así como, pues, nos sentamos en él por la comunidad de la naturaleza corporal, así también él, que por la ascensión de nuestra carne fue hecho maldición por nosotros; cuando ciertamente la maldición no cae en el Hijo de Dios bendito: así, digo, también él por la obediencia de todos será sujeto en nosotros; cuando el gentil haya creído, cuando el judío haya reconocido a quien crucificó; cuando el maniqueo haya adorado a quien no creyó que vino en carne; cuando el arriano haya confesado al omnipotente, a quien negó; cuando finalmente en todos esté la sabiduría de Dios, la justicia, la paz, la caridad, la resurrección. Por sus obras, pues, Cristo y los diversos géneros de virtudes estarán en nosotros sujetos al Padre; cuando, desechados los vicios, y cesando el delito, un solo espíritu de todos los pueblos comience a adherirse a Dios en un solo sentido, entonces Dios será todo en todos (I Corintios XV, 28).

CAPÍTULO XV.

Resume brevemente lo discutido anteriormente, deduciendo hábilmente que, por la unidad del poder divino en el Padre y el Hijo, todo lo que se dice de la sujeción del Hijo debe referirse únicamente a la humanidad: lo cual además confirma por la caridad, que es la misma en ambos.

183. Concluamos brevemente toda la absolución. La unidad del poder excluye la opinión de una sujeción injuriosa: la eliminación de los poderes y la victoria sobre la muerte obtenida no disminuye el poder del triunfador: la obediencia produce sujeción, Cristo asumió la obediencia, obediencia hasta la cruz, la cruz para la salvación. Por lo tanto, donde hay obra, allí está el autor de la obra. Así que cuando todo haya sido sometido a Cristo por la obediencia de Cristo, para que en su nombre todos doblen la rodilla, entonces él será todo en todos; porque ahora, ya que no todos creen, no parece que todos estén sujetos. Cuando todos crean, y hagan la voluntad de Dios, Cristo será todo en todos: cuando Cristo sea todo en todos, Dios será todo en todos; porque el Padre permanece siempre en el Hijo. ¿Cómo, entonces, se le acusa de debilidad a quien redimió a los débiles?

184. Y no sea que también refieras a la debilidad del Hijo lo que está escrito de que Dios le sometió todo; aprende que él mismo también se sometió todo; pues está escrito: "Nuestra ciudadanía está en los cielos; de donde también esperamos al Salvador, el Señor Jesús, quien transformará el cuerpo de nuestra humillación, para que sea conforme al cuerpo de su gloria según la operación, por la cual puede también someterse todo" (Fil. III, 20, 21). Has aprendido, por lo tanto, que él mismo puede someterse todo, según la operación ciertamente de la divinidad.

185. Aprende ahora que según la carne recibe todo sometido, como está escrito: "El que obró en Cristo, resucitándolo de los muertos, y colocándolo a su derecha en los cielos, sobre todo principado, y potestad, y virtud, y dominación, y todo nombre que se nombra no solo en este siglo, sino también en el venidero; y todo lo sometió bajo sus pies" (Efes. V, 20, 21). Según la carne, por lo tanto, todo le será entregado sometido, según la cual también fue resucitado de los muertos, y según el alma humana y racional la sujeción.

186. Muchos interpretan divinamente lo que está escrito: "¿No estará mi alma sometida a Dios?" (Sal. LXI, 1)? Dijo alma, no divinidad; alma, no majestad. Y para que supiéramos que el Señor habló por el Profeta sobre la ascensión de la naturaleza humana, añadió: "¿Hasta cuándo añadiréis sobre el hombre?" (Ibid., 3)? según lo que dice en el Evangelio: "¿Por qué buscáis matarme, hombre?" (Juan VIII, 40)? Y añadió: "Sin embargo, quisieron rechazar mi precio, corrieron en sed, con su boca bendecían, y en su corazón maldecían" (Sal. LXI, 4). Pues los judíos, al devolver Judas el precio, no quisieron recibirlo (Mat. XXVII, 6), corriendo en la sed de la locura; porque rechazaron la gracia de la bebida espiritual.

187. Esta es la piadosa interpretación de la sujeción. Pues siendo este el don de la pasión del Señor, ciertamente en lo que sufrió, en eso será sometido en nosotros. ¿Por qué causa buscamos? Para que ni ángeles, ni potestades, ni altura, ni profundidad, ni lo presente, ni lo futuro, ni otra criatura pueda separarnos del amor de Dios, que está en Cristo Jesús (Rom. VIII, 38, 39). Vemos, por lo tanto, de lo que hemos dicho, que no hay criatura exceptuada: sino que a estas, que mencionó antes, se les ha enumerado todo, si es que hay alguna.

188. Al mismo tiempo, también debe considerarse que cuando en lo anterior dijo: "¿Quién nos separará del amor de Cristo?" más abajo puso: "Ni la muerte, ni la vida, ni otra criatura podrá separarnos del amor de Dios, que está en Cristo Jesús" (Ibid., 35). Vemos, por lo tanto, que es el mismo amor de Dios, que es de Cristo. Finalmente, no puso ociosamente el amor de Dios, que está en Cristo Jesús; para que no entendieras el amor de Dios y de Cristo como separado. Sin embargo, no hay nada que divida el amor, nada que la divinidad sempiterna no pueda, nada que oculte la verdad, engañe a la justicia, pase por alto la sabiduría.

CAPÍTULO XVI.

Los arrianos condenados por el Espíritu Santo a través de David, ya que se atreven a menospreciar el conocimiento de Cristo. El lugar citado por ellos para esto no carece de sospecha de corrupción; pero aunque carezca de ella, debe distinguirse la voz Hijo; pues a Cristo como Hijo de Dios no puede faltarle conocimiento, ya que es sabiduría: ni el conocimiento de ninguna parte, ya que creó todo. Aquel que hizo los siglos no puede no conocer el futuro, y mucho menos el día del juicio. Sea algo grande ese conocimiento, sea algo pequeño, no debe negarse al Hijo; ni siquiera al Espíritu Santo. Finalmente, añade varios signos, de los cuales se puede deducir que este conocimiento está en Cristo.

189. [Alias cap. VII.] Por lo tanto, debemos saber que aquellos que mencionan estas cosas son execrables y condenados por el Espíritu Santo. Pues, ¿a quiénes otros, sino a los arrianos en particular, condena el Profeta, que dicen que el Hijo de Dios no conoce los tiempos y los años? No hay nada que Dios ignore: pero Cristo es Dios, y Cristo es altísimo; pues él es sobre todo Dios.

190. Vean cómo el santo David aborrece a hombres de este tipo que menosprecian el conocimiento del Hijo de Dios; pues así tienes: "No están en los trabajos de los hombres, y

no serán azotados con los hombres; por eso los ha dominado su soberbia; están cubiertos de iniquidad e impiedad: su iniquidad ha salido como de la grasa, han pasado a la disposición del corazón" (Sal. LXXII, 5 y ss.). Ciertamente condena a aquellos que, al estimar lo que es divino desde la disposición del corazón, piensan: porque Dios no está sujeto a disposición, ni a orden; cuando incluso las cosas que están en uso de los hombres, y en la sucesión del género humano, no siempre suceden por alguna disposición solemne de razón, sino que a menudo se ven suceder por misterios secretos y ocultos.

191. "Han pensado", dice, "y han hablado maldad, han hablado iniquidad en lo Alto, han puesto su boca en el cielo" (Ibid., 8). Vemos, por lo tanto, que condena a los impíos culpables de sacrilegio, que desde la semejanza de la naturaleza humana, se arrogan la disposición del misterio celestial.

192. Y dijeron: "¿Cómo supo Dios? y si hay conocimiento en el Altísimo" (Ibid., 11)? ¿No es esto lo que los arrianos proclaman diariamente, que no puede haber todo conocimiento en Cristo? Porque dicen que él se declaró ignorante del día y la hora. ¿No dicen: "¿Cómo supo?", quienes recuerdan que no pudo saber, sino lo que oyó y vio: y las cosas que pertenecen a la unidad de la naturaleza divina las derivan a la debilidad con una interpretación sacrílega?

193. Dicen que está escrito: "Pero de aquel día y hora nadie sabe, ni los ángeles del cielo, ni el Hijo, sino solo el Padre" (Marcos XIII, 32). Primero, los antiguos códices griegos no tienen que el Hijo no sabe: pero no es de extrañar si también falsificaron esto, quienes interpolaron las Escrituras divinas. Sin embargo, la razón por la cual parece añadido, se revela, mientras se deriva a la interpretación de tan gran sacrilegio.

194. Supón que fue escrito por los evangelistas. El nombre del Hijo es ciertamente intermedio: pues también se dice Hijo del hombre; para que según la imprudencia de nuestra ascensión, parezca que no conocía el día del juicio futuro. ¿Cómo podría el Hijo de Dios no conocer el día, cuando en él están escondidos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento de Dios (Col. II, 3)?

195. Pregunto, sin embargo, si tuvo conocimiento por sustancia o por accidente; pues todo conocimiento es o por naturaleza, o por disciplina: por naturaleza se da, como al caballo correr, al pez nadar; pues hacen estas cosas antes de aprenderlas: por disciplina, nuevamente, se da al hombre nadar; pues si no aprende, no podrá saber. Entonces, cuando a los animales mudos se les da por naturaleza hacer y saber lo que no han aprendido, ¿qué piensas del Hijo de Dios, si tiene conocimiento por instrucción o por naturaleza? Si por instrucción: entonces no nació sabiduría, y comenzó a ser perfecto por proceso, ni era siempre. Pero si tiene conocimiento natural, ciertamente era perfecto en el principio, perfecto procedió del Padre; y por eso no necesitó presciencia de los futuros.

196. Por lo tanto, no desconocía el día; pues no es propio de la sabiduría de Dios saber en parte, y en parte no saber. Pues, ¿cómo puede no saber una parte, quien hizo todo; cuando es menos saber, que hacer? Pues sabemos muchas cosas, que no podemos hacer: ni todos sabemos de la misma manera, sino que conocemos en parte. Pues el rústico conoce de una manera la fuerza de los vientos, y los cursos de las estrellas, el habitante de la ciudad de otra manera, el piloto de otra. Aunque no todos conocen todo, sin embargo, se dice que saben: pero solo él conoce plenamente, quien hizo todo. Conoce el piloto en qué vigilia sale el Arcturo, qué ortos explora Orión; sin embargo, no conoce las constelaciones de las Pléyades, ni el número ni los nombres de las demás estrellas, como aquel, "Quien cuenta el número de

las estrellas, y a todas ellas llama por sus nombres" (Sal. CXLVI, 4): a quien ciertamente no le engaña la virtud de su obra.

197. Pues, ¿cómo quieren que el Hijo de Dios haya hecho estas cosas? ¿Acaso como un anillo, que no siente lo que imprime? Pero todo en sabiduría hizo el Padre (Sal. CIII, 24), es decir, todo lo hizo por el Hijo, que es la virtud de Dios y sabiduría (I Cor. I, 24): pero es propio de la sabiduría conocer las virtudes y causas de sus obras. Y por eso no pudo el creador de todo ignorar lo que hizo, no saber lo que él mismo dio: por lo tanto, conoce el día que hizo.

198. Pero dices, porque conoce el presente, no conoce el futuro. Aunque la proposición es absurda, sin embargo, para satisfacerte con las Escrituras, aprende que no solo hizo lo pasado, sino también lo que está por venir, como está escrito: "Quien hizo lo que está por venir" (Isaías XLV, 11). Y en otro lugar dice la Escritura: "Por quien también hizo los siglos, es el resplandor de su gloria, y la imagen de su sustancia" (Hebr. I, 2, 3). Pues los siglos son tanto pasados como presentes y futuros. ¿Cómo, entonces, fueron hechos los que están por venir; sino porque la virtud operativa y el conocimiento comprenden el número de todos los siglos? Pues así como llama a las cosas que no son, como si fueran (Rom. IV, 17): así también hizo lo que está por venir, como si fuera; porque no puede ser que no sean, sino que necesariamente serán, lo que ordenó que sea. Por lo tanto, quien hizo lo que está por venir, lo conoció de la misma manera en que será.

199. Si esto es sobre los siglos, mucho más debe creerse sobre el día del juicio; ya que el Hijo de Dios tiene conocimiento de él como si ya lo hubiera hecho; porque está escrito: "Por tu disposición permanecerá el día" (Sal. CXVIII, 91). No solo dijo que permanece, sino también que permanecerá; para que por su disposición se gobiernen las cosas que están por venir. ¿Entonces lo que dispuso, no lo conoce? ¿El que plantó el oído, no oirá? ¿El que formó el ojo, no verá? (Sal. XCIII, 9).

200. Sin embargo, veamos si acaso hay algo grande que pueda haber pasado por alto al creador; y sin embargo, elijan si piensan que es algo grande y más excelente que las demás cosas: o si es algo mínimo y despreciable. Si es mínimo y despreciable, no es una injuria, para hablar en nuestro uso, ignorar las cosas viles y pequeñas; pues siendo propio del poder conocer las cosas más grandes, parece más bien haber despreciado la vileza de una obra degenerada. Por lo tanto, fue absuelto por desdén, no privado de poder.

201. Pero si piensan que conocer el día del juicio es algo grande y supremo, digan qué es mayor o mejor que Dios Padre. Por lo tanto, el Hijo conoce a Dios Padre, como él mismo dice: "Nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo quiera revelarlo" (Mat. XI, 27). Conoce, digo, al Padre y no conoce el día? ¿Así, entonces, creen que revela al Padre, y no puede revelar el día?

202. Luego, porque hacen algunos grados; para preferir al Padre al Hijo, al Hijo al Espíritu; díganme si el Espíritu Santo conoce el día del juicio; pues no se ha escrito nada sobre él en este lugar. Sin duda lo niegan. ¿Qué si demuestro que lo conoce? Pues está escrito: "Pero Dios nos lo reveló por su Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios" (I Cor. II, 10). Ciertamente, porque escudriña lo profundo de Dios, ya que Dios conoce el día del juicio, también el Espíritu lo conoce. Pues conoce todo lo que Dios conoce, como declara el Apóstol diciendo: "¿Quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así también las cosas de Dios, nadie las conoció, sino el Espíritu de Dios" (Ibid., 11). Veán, por lo tanto, no sea que al negar que el Espíritu Santo

conoce, nieguen también que el Padre conoce; porque las cosas de Dios las conoció también el Espíritu de Dios: pero lo que no conoció el Espíritu de Dios, ciertamente no es de Dios: o al confesar que el Espíritu de Dios conoce, lo que niegan que el Hijo sepa, prefieran al Espíritu sobre el Hijo contra su propia afirmación. Sin embargo, no solo es sacrílega, sino también una duda absurda.

203. Ahora consideremos de qué maneras se deduce el conocimiento, y mostremos que el mismo Hijo demostró que también conocía el día. Pues lo que sabemos, lo declaramos ya sea por tiempo, o por lugar, o por signos, o por personas, o por orden. ¿Cómo, entonces, desconocía el día del juicio, quien expresó la hora del juicio, el lugar, los signos y las causas?

204. Pues así tienes: "En aquella hora, el que esté en el techo, no descienda a tomar las cosas de su casa; y el que esté en el campo, de igual manera no vuelva atrás" (Luc. XVII, 31). Por lo tanto, conocía hasta tal punto los eventos de los peligros futuros, que incluso mostraba los refugios a los que estaban en peligro.

205. ¿O podría el Señor ignorar el día, quien dijo de sí mismo que el Hijo del hombre es Señor del sábado (Mat. XII, 8)?

206. También designó el lugar en otro lugar, cuando a sus discípulos que le mostraban las estructuras del templo, les dijo: "¿Veis todo esto? De cierto os digo, no quedará piedra sobre piedra, que no sea destruida" (Mat. XXIV, 2).

207. También, cuando fue interrogado sobre el signo por los Apóstoles, respondió: "Mirad que no seáis engañados. Porque muchos vendrán en mi nombre, diciendo que yo soy el Cristo" (Luc. XXI, 8); y más adelante: "Habrá grandes terremotos en diversos lugares, y hambres, y pestilencias, y terrores del cielo, y grandes señales habrá" (Ibid., 11). Por lo tanto, también expresó personas y signos.

208. ¿Y cómo, o de qué manera, dice que los ejércitos rodearán Jerusalén, o que se cumplirán los tiempos de los gentiles, y en qué orden, ciertamente se revela por el testimonio de la lectura evangélica. Por lo tanto, conocía todo.

CAPÍTULO XVII.

Que Cristo no quiso revelar el día del juicio, en esto se consultó nuestra utilidad. Esto se declara por otra sentencia del Señor; y también por un lugar de Pablo claramente similar. A los que insisten en por qué respondió así a los discípulos como si no supiera, se les oponen otros lugares donde parece atribuirse al Padre la misma ignorancia: de los cuales, si admiten ignorancia o impotencia en el Padre, Ambrosio les argumenta que debe admitirse la misma sustancia en el Hijo que en el Padre; a menos que prefieran acusar al Hijo de mentira; ya que ni en él ni en el Padre cabe engañar, sino que en los lugares mencionados se designa la unidad de ambos.

209. Pero buscamos por qué razón no quiso designar los momentos (Luc. XIX, 43). Si buscamos, no encontraremos que sea por ignorancia, sino por sabiduría. Pues no nos convenía saber; para que, mientras no conocemos los momentos ciertos del juicio futuro, siempre como colocados en guardia, y colocados en una especie de atalaya de virtud, evitemos la costumbre de pecar; para que el día del Señor no nos sorprenda entre los vicios. Pues no es útil saber, sino temer lo que vendrá; pues está escrito: "No seas altivo, sino teme" (Rom. XI, 20).

216. Pues si hubiera designado el día expresamente, parecería haber prescrito la disciplina de vivir solo a la generación de hombres que estaba más cercana al juicio; el justo de la generación anterior sería más remiso, o el pecador más seguro. Pues el adúltero no puede dejar de desear adulterar, a menos que tema el castigo diario: ni el ladrón abandonar los secretos de los pasos asaltados, a menos que sepa que en todo momento le amenaza el castigo. Pues a menudo, para quienes la impunidad es un incentivo, el temor es tedioso.

211. Por eso dije que no era útil saber, más bien era útil ignorar; para que ignorando temiéramos, para que observando nos corrigiéramos, como él mismo dijo: "Estad preparados, porque no sabéis a qué hora vendrá el Hijo del hombre" (Mat. XXIV, 44). Pues el soldado, a menos que sepa que la guerra está en sus manos, no sabe cómo estar preparado en el campamento.

212. Por lo tanto, en otro lugar también el mismo Señor, interrogado por los apóstoles, digo, que ciertamente no entendían como Arrio, sino que creían que el Hijo de Dios conocía el futuro; pues si no lo hubieran creído, nunca habrían preguntado: interrogado, por lo tanto, cuándo restauraría el reino a Israel, no dijo que no sabía, sino que dijo: "No os corresponde a vosotros saber los tiempos y los años, que el Padre puso en su potestad" (Hechos I, 7). Presta atención a lo que dijo: "No os corresponde a vosotros saber". Lee de nuevo: "No os corresponde a vosotros". Dijo "a vosotros", no "a mí"; pues ya no hablaba según la perfección, sino según el progreso del cuerpo humano y de nuestra alma. Por lo tanto, dijo "a vosotros", no "a mí".

213. Lo que también siguió el Apóstol: "Pero acerca de los tiempos y de los momentos, hermanos, no tenéis necesidad de que os escribamos" (I Tes. V, 1). Por lo tanto, ni siquiera el mismo Apóstol, siervo de Cristo, dijo que no sabía los momentos, sino que no era necesario enseñar al pueblo que siempre debe estar armado con municiones espirituales; para que la virtud de Cristo se manifieste en cada uno. Pero cuando el Señor dice: "De los tiempos que el Padre puso en su potestad", ciertamente no puede estar fuera de la ciencia paterna, de la cual no está fuera de la potestad; pues el poder nace de la sabiduría y la virtud, que ambos son Cristo.

214. Pero preguntáis por qué razón no negó así a los discípulos, como si supiera y no quisiera decir: sino que recordó que ni los ángeles, ni el Hijo sabían (Marcos XIII, 32). También os preguntaré yo, ¿por qué razón en el Génesis Dios dice: "Descenderé, pues, y veré si han consumado su obra según el clamor que ha llegado hasta mí; y si no, lo sabré" (Génesis XVIII, 21)? ¿Por qué razón también la Escritura dice del Señor: "Y descendió el Señor para ver la ciudad y la torre que edificaban los hijos de los hombres" (Génesis XI, 5)? ¿Por qué razón también dice el Profeta en el Salterio: "El Señor miró desde el cielo sobre los hijos de los hombres, para ver si había algún entendido, que buscara a Dios" (Salmo LII, 3); como si allí, si Dios no descendiera, y aquí si el Señor no mirara, ignorara las obras de los hombres o sus méritos?

215. Pero también en el Evangelio tienes según Lucas, que el Padre dice: "¿Qué haré? Enviaré a mi amado Hijo, quizás a él lo respetarán" (Lucas XX, 13). Según Mateo, y según Marcos tienes: "Porque envió a su único Hijo, diciendo: Respetarán a mi Hijo" (Mateo XXI, 37; Marcos XII, 6). En un libro dice: "Quizás lo respetarán", y como si dudara sin saber; pues esta es la palabra de quien duda: pero en los otros dos libros dice: "Respetarán a mi Hijo"; esto es, confirma la reverencia que se debe mostrar.

216. Pero ni dudar es propio de Dios, ni equivocarse; pues duda quien ignora lo que va a suceder: y se equivoca quien predijo una cosa y sucedió otra. ¿Qué hay más evidente que lo que la Escritura tiene que el Padre dijo una cosa sobre el Hijo, y la misma Escritura testifica que sucedió otra? Él dijo: "Respetarán a mi Hijo": pero el Hijo fue azotado, burlado, crucificado, muerto (Mateo XXVII, 29 y ss.); y sufrió cosas mucho más graves en la carne que aquellos siervos que antes habían sido enviados. ¿Engañó entonces el Padre, o ignoró, o no pudo socorrer? Pero el verdadero no sabe engañar; pues está escrito: "Dios fiel que no miente" (Tito I, 2). ¿Cómo ignoró, quien conoce todo (Daniel XIII, 42)? ¿O qué no pudo, quien todo lo puede?

217. Sin embargo, si o ignoró, o no pudo (pues más fácilmente consentís en decir que el Padre ignoró, que en confesar que el Hijo sabía), veis que por esto mismo el Hijo es de una sola sustancia con el Padre; si como el Padre, así también el Hijo, para hablar según vuestra insensatez, o no lo sabe todo, o no lo puede todo. Pues no soy avaro ni precipitado en las alabanzas del Hijo, para atreverme a decir que el Hijo puede más que el Padre, ya que no hago ninguna distinción de poder entre el Padre y el Hijo.

218. Pero tal vez digáis que no fue así como lo dijo el Padre, sino que el Hijo engañó sobre el Padre. Entonces ya no solo acusáis al Hijo de debilidad, sino también de sacrilegio y mentira. Sin embargo, si no creéis sobre el Padre al Hijo, tampoco creáis sobre él; pues si quiso engañarnos, porque dijo que el Padre dudó, como si no supiera lo que iba a suceder: entonces también quiso engañarnos sobre sí mismo, porque dijo que no sabía lo que iba a suceder; y es mucho más tolerable para el pudor, si antes pretendió ignorancia, lo que hace sobre sí mismo, que si parece burlado por el efecto contrario a las promesas, lo que predicó sobre el Padre.

219. Pero ni el Padre se equivoca, ni el Hijo engaña: sino que es costumbre en las Escrituras divinas, como también los ejemplos anteriores y muchos otros lo atestiguan, que Dios disimule no saber lo que sabe. Y en esto, por tanto, se prueba la unidad de la divinidad y la unidad de disposición en el Padre y el Hijo, si como Dios Padre disimula lo que conoce, así también el Hijo, imagen de Dios, disimula lo que le es conocido.

CAPÍTULO XVIII.

A punto de exponer la causa de la respuesta del Señor a los apóstoles, primero atribuye esto a la indulgencia de Cristo, luego, tras proponer otra razón de algunos, profesa que esta es genuina, ya que el mismo Señor habló desde un afecto humano. De ahí deduce que el conocimiento del Padre y del Hijo es igual; y por tanto, el Hijo no es menor que el Padre. Después, al oponer al texto que dice que es menor, otro que dice que es igual, reprende la temeridad de los arrianos que juzgan sobre el Hijo, y cuando impiamente lo afirman menor, muestra que piadosamente se le llama piedra.

220. Se ha enseñado, por tanto, que el Hijo de Dios no ignoraba lo que iba a suceder. Si lo admiten, y yo, para responder ya por qué razón recordó que ni los ángeles, ni el Hijo, sino el Padre sabían (Marcos XIII, 32), reconozco también en este lugar su amor constante hacia los discípulos y su gracia, que por la misma frecuencia debe ser ya conocida por todos. Pues el Señor, inclinado por un amor excesivo hacia los discípulos, prefiere, cuando le piden cosas que juzga inútiles de conocer, parecer ignorar lo que sabía, antes que negarlo; y ama más instruir nuestra utilidad que demostrar su poder.

221. Sin embargo, hay muchos que no son tan temerosos como yo; pues prefiero temer las cosas altas que saberlas: hay muchos, sin embargo, que confiados en lo que está escrito: "Y

Jesús crecía en edad, sabiduría y gracia ante Dios y los hombres" (Lucas II, 52), dicen con confianza que según la divinidad ciertamente no podía ignorar lo que iba a suceder, pero según la asunción de nuestra condición, dijo que ignoraba como Hijo del hombre antes de la cruz. Pues cuando dice Hijo, no lo dice como de otro; pues él mismo es nuestro Señor, Hijo de Dios, e Hijo de la Virgen: pero con una palabra intermedia informa nuestro afecto, para que como hijo del hombre según la asunción de nuestra imprudencia, o progreso, no se creyera que sabía todo plenamente; pues no es nuestro conocer lo que va a suceder. Por tanto, parece ignorar por la misma condición por la que progresa: pues ¿cómo progresa según la divinidad, en quien habita toda la plenitud de la divinidad (Colosenses II, 9)? ¿O qué es lo que no sabe el Hijo de Dios que decía: "¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones?" (Mateo IX, 4)? ¿Cómo no sabe, de quien dice la Escritura: "Pero Jesús conocía sus pensamientos" (Lucas VI, 8)?

222. Sin embargo, que otros digan esto: yo, para volver a lo anterior, que propuse que estaba escrito que el Padre dijo: "Quizás respetarán a mi Hijo" (Lucas XX, 13); lo cual ciertamente creo que se puso por esta razón; para que, como el Padre hablaba de los hombres, pareciera hablar con afecto humano: mucho más creo que el Hijo, que convivió con los hombres, y actuó como hombre, y asumió carne, asumió nuestro afecto; para que con nuestra ignorancia dijera que no sabía, no porque él mismo ignorara algo. Pues aunque se veía como hombre en la verdad del cuerpo; sin embargo, era vida, era luz, y salía de él una virtud que sanaba las heridas de los heridos por la autoridad de su majestad (Lucas VI, 19).

223. Advertís, por tanto, que se os ha quitado la cuestión, ya que la palabra del Hijo se refiere a la asunción de la condición humana íntegra, y sobre el Padre está escrito para que así dejéis de calumniar al Hijo.

224. Por tanto, no hubo nada que ignorara el Hijo de Dios; pues no hubo nada que ignorara el Padre. Y si el Hijo no ignoró nada, para concluir ya, que digan en qué quieren verlo menor. Si Dios engendró al Hijo menor, dio menos; si dio menos, o quiso menos, o pudo menos: pero ni el Padre es débil ni envidioso; porque ni la voluntad es anterior al Hijo, ni el poder: pues ¿en qué es menor, quien tiene todo lo que el Padre tiene (Juan XVI, 15)? Pues todo lo recibió del Padre por derecho de generación, y expresó al Padre entero en la gloria de su majestad.

225. Está escrito, dicen: "Porque el Padre es mayor que yo" (Juan XIV, 28). Pero está escrito: "No consideró el ser igual a Dios como algo a lo que aferrarse" (Filipenses II, 6). Está escrito que por eso los judíos querían matarlo, porque se decía Hijo de Dios, haciéndose igual a Dios (Juan V, 18). Está escrito: "Yo y el Padre somos uno" (Juan X, 30). Leen uno, no leen muchas cosas. ¿Acaso puede ser menor y igual por la misma naturaleza? Pero una cosa se refiere a la divinidad, otra a la carne.

226. Dicen que es menor: pregunto quién lo midió, quién tiene un corazón tan exaltado, que como ante su tribunal coloque al Padre Dios y al Hijo; para juzgar sobre la preeminencia. No está exaltado mi corazón, ni mis ojos se han levantado en vano, dice David (Salmo CXXX, 1). El rey David temió exaltar su corazón en cosas humanas, nosotros nos exaltamos contra los secretos divinos. ¿Quién, pues, juzga sobre el Hijo de Dios? ¿Tronos, Dominaciones, Ángeles, Potestades? Pero sirven y ministran los Arcángeles, pero ministran los Querubines y Serafines, pero alaban. ¿Quién, pues, juzga sobre el Hijo de Dios, cuando ha leído que el mismo Padre conoce al Hijo, no juzga; "Nadie conoce al Hijo, sino el Padre" (Mateo XI, 27). Conoce, dice, no juzga. Conocer es una cosa, juzgar es otra. El Padre tiene en sí el conocimiento, el Hijo no tiene sobre sí poder. Y de nuevo: "Nadie conoce al Padre, sino el Hijo; y él mismo conoce al Padre, como el Padre lo conoce a él.

227. Pero dices que se dijo menor (Juan XIV, 28): también se dijo piedra. Dices más, y calumnias impiamente: digo menos, y lo afirmo piadosamente. Dices menor, y confiesas que está por encima de los ángeles: yo digo menor que los ángeles, y no le quito; porque no acuso la divinidad, sino que predico la misericordia.

CAPÍTULO XIX.

Dirigiéndose al Dios Padre, el santo varón expone por qué no considera al Hijo menor que él: luego afirma que no le corresponde medir al Hijo de Dios; ya que solo al ángel se le dio medir Jerusalén, e incluso tal vez a Cristo como hombre: pero que Arrio se mostró imitador de Satanás. Por tanto, es temerario discutir sobre la generación divina; ya que solo se ha propuesto una señal de la humana a través de Isaías; y no debe hacerse comparación en las cosas divinas. Finalmente, muestra cuánto debe evitarse la arrogancia de Arrio, mediante la oposición de varios ejemplos de la Escritura.

228. A ti ahora, omnipotente Padre, con lágrimas dirijo mis palabras. Yo ciertamente diría prontamente que eres inaccesible, incomprensible, inestimable: pero no me atrevería a decir que tu Hijo es menor. Pues habiendo leído que él es el resplandor de tu gloria, y la imagen de tu sustancia (Hebreos I, 3); temo que al decir que es menor la imagen de tu sustancia, parezca que digo que es menor tu sustancia, de la cual el Hijo es imagen, ya que toda la plenitud de tu divinidad está en el Hijo. He leído frecuentemente que tú, tu Hijo y el Espíritu Santo sois inmensos, incircunscriptos, inestimables, inenarrables, y lo creo gustosamente. Y por eso no puedo estimar, para poder examinar.

229. Sin embargo, si con espíritu y audacia temeraria quisiera medir... ¿de dónde, te pregunto, te mediría? El profeta vio un cordel de agrimensor (Ezequiel XL, 3), con el que el ángel medía Jerusalén. Sin embargo, medía el ángel, no Arrio: medía Jerusalén, no a Dios. Y tal vez ni siquiera el ángel podía medir Jerusalén; pues era un hombre. De hecho, así lo tienes: "Y alcé mis ojos, y vi: y he aquí un hombre, y en su mano un cordel de agrimensor" (Ibid.). Era un hombre porque se declaraba el tipo de la asunción del cuerpo. Era un hombre aquel de quien se dijo: "Después de mí viene un hombre, del cual no soy digno de desatar la correa de su calzado" (Juan I, 27). Por tanto, Cristo en tipo mide Jerusalén, Arrio mide a Dios.

230. Y Satanás se transfigura en ángel de luz; ¿qué maravilla si Arrio imita a su autor, para usurpar lo ilícito (II Corintios XI, 14)? Aunque lo que su padre el diablo no hizo por sí mismo, este lo presume con sacrilegio más intolerable, al atribuirse el conocimiento de los secretos divinos y los arcanos de la generación suprema; pues el diablo confesaba al verdadero Hijo de Dios, Arrio lo niega.

231. Si, por tanto, no puedo medir, omnipotente Padre, ¿puedo sin sacrilegio discutir sobre el secreto de tu generación? ¿Puedo decir que hay algo más o menos entre tú y tu Hijo; cuando el mismo que nació de ti, dijo: "Todo lo que el Padre tiene es mío" (Juan XVI, 15)? ¿Quién me constituyó juez o divisor de las cosas humanas? Esto lo dice el Hijo, y nosotros reclamamos para nosotros la división y el juicio entre el Padre y el Hijo. La buena piedad rehúye los árbitros incluso en la división del patrimonio. ¿Seremos, pues, árbitros para dividir entre tú y tu Hijo la majestad de la sustancia increada?

232. "Esta generación", dice, "es una generación malvada: busca una señal, y no se le dará señal, sino la señal del profeta Jonás" (Lucas XI, 29). Ciertamente se da una señal no de la

divinidad, sino de la encarnación. De hecho, al hablar de la encarnación dice: "Pide para ti una señal". Y cuando él dijo: "No pediré, ni tentaré al Señor", se le respondió: "He aquí que la virgen concebirá" (Isaías VII, 11 y ss.). Por tanto, no podemos ver una señal de la divinidad, ¿buscamos una medida? ¡Ay de mí, miserable, nos atrevemos a discutir impíamente, a quien no podemos rogar dignamente!

233. Sin embargo, que vean qué hacen los arrianos: yo, Padre, si te dijera mayor que todos, injuriosamente te comparé con tus obras: si mayor que el Hijo, como afirma Arrio, impíamente juzgué. De ti será primero esa sentencia, pues no puede hacerse ninguna preeminencia sino por comparación, ni puede preferirse a alguien, sino de quien primero se haya juzgado.

234. No nos es lícito jurar por el cielo (Mateo V, 3), ¿nos es lícito juzgar sobre Dios? Pero solo a tu Hijo le confiaste el juicio sobre todos.

235. Juan temía bautizar la carne del Señor, Juan prohibía diciendo: "Yo necesito ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí?" (Mateo III, 14); ¿y yo someteré a Cristo a mi juicio?

235. Moisés excusa el sacerdocio, Pedro declina el servicio ordenado en el ministerio: ¿Arrio escudriña incluso las cosas altas de Dios? Pero no Arrio, sino el Espíritu Santo: pero a Arrio y a los hombres se les dijo: "No busques cosas más altas que tú" (Eclesiástico III, 22).

236. Moisés es prohibido de ver el rostro del Señor (Éxodo XXXIII, 23): Arrio mereció ver el secreto. Moisés y Aarón entre sus sacerdotes, Moisés que aparece con el Señor en gloria; Moisés, por tanto, aquel solo vio las espaldas de Dios en tipo: Arrio comprendió todo a Dios cara a cara. Pero nadie, dice, puede ver mi rostro, y vivir (Éxodo XXXIII, 20).

237. Pablo también dice de las cosas inferiores: "En parte conocemos y en parte profetizamos" (I Corintios XIII, 9). Arrio dice: Conozco a Dios en su totalidad, no en parte. ¿Es, pues, inferior Pablo a Arrio; y el vaso de elección conoce en parte, el vaso de perdición conoce todo: "Conozco", dice, "a un hombre, ya sea en el cuerpo, ya sea fuera del cuerpo no lo sé, Dios lo sabe, que fue arrebatado al paraíso, y oyó palabras inefables" (II Corintios XII, 4, 5). Pablo arrebatado hasta el tercer cielo, no se conoció a sí mismo: Arrio revolcado en el estiércol conoció a Dios. Pablo dice de sí mismo: "Dios sabe"; Arrio dice de Dios: Yo sé.

238. Pero no Arrio arrebatado al cielo, aunque lo siguió, quien con jactancia condenable presumía de lo divino, diciendo: "Pondré mi trono sobre las nubes, y seré semejante al Altísimo" (Isaías XIV, 14); pues así como él dijo: "Seré semejante al Altísimo": así también Arrio quiere ver al altísimo Hijo de Dios semejante a sí mismo: a quien no venera en la majestad de la divinidad eterna, sino que lo mide desde la debilidad de la carne.